Si no fueras tan niña

Memorias de la violencia

Sol Fantin



PAIDÓS

SI NO FUERAS TAN NIÑA

SI NO FUERAS TAN NIÑA

MEMORIAS DE LA VIOLENCIA

SOL FANTIN



Índice de contenido

Fantin, María Sol
Si no fueras tan niña / María Sol Fantin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-12-0436-0
1. Estudios de Género. I. Título.
CDD 305.42

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Imagen de cubierta: Gentileza de la autora.

Publicado bajo su sello PAIDÓS®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2022
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-0436-0

PRIMERA PARTE

I

Me llamo Sol y tengo treinta y siete años. Finalmente, estoy en condiciones de romper el silencio que se me impuso y contar esta historia, la historia de lo que viví, reinscribiendo en el flujo del mundo el tesoro de mi memoria, dolorosa memoria, para que alumbre lo que haga falta alumbrar y repare los tejidos que haga falta reparar. No solo los míos. Ya aprendimos que lo íntimo es también colectivo, que lo personal es político. Lo aprendimos saliendo del laberinto del único modo posible, que no es por arriba porque no podemos volar, sino al revés: cavando hacia adentro, tramando una red de túneles, descubriendo una raíz subterránea y común.

Ayer, 4 de octubre de 2019, se cumplieron veintidós años desde la noche en que Marcos me acompañó a la parada del colectivo en la esquina de la sede central de la Fundación, en el centro porteño, y –para mi sorpresa– se subió al colectivo conmigo. Era sábado y yo volvía a mi casa, que quedaba lejos, en Villa Luro, después de la clase de Teatro Sagrado. Calculo que serían cerca de las ocho. Marcos se había aparecido a la salida de la clase, dictada por Lucio, su mejor amigo.

Me acuerdo de la catramina que eran los colectivos en esos años, chiquititos, destartalados, con asientos de cuerina marrón, con las máquinas de boletos recién estrenadas. Yo tenía en mi habitación

una lata de Mickey llena de boletos de colores, que hacía muy poco habían dejado de circular y que al final usé para forrar una carpeta del colegio.

Nos sentamos en los últimos asientos, los de la rueda. Marcos arrancó de su cuaderno el poema que había escrito para mí y me lo dio. Según me dijo, lo había escrito en el barco que lo trajo de vuelta desde Uruguay, a donde había tenido que ir esa semana, enviado nada menos que por la fundadora. Para ese momento, ya me había acostumbrado yo también a llamarla *la Madre*. Marcos había ido a enseñar meditación y espiritualidad en la sede uruguaya. A transmitir la llama del Ideal. Una tarea que solo a un maestro espiritual podía encomendársele.

Sol amada, mi anhelo, mi codicia dice el verso final del poema que me dio ese día, que juega con el significado de mi nombre y rima machaconamente con *un aguado celeste de delicia,* por el color de mis ojos. Hace poco, cuando encontré esa hoja de cuaderno entre mis papeles viejos, comprobé que me acordaba el soneto palabra por palabra. Que no me lo había olvidado en más de veinte años.(1)

La parada en la que bajamos, sobre Rivadavia, quedaba justo delante de una florería que tenía en la vidriera un cuadro de Santa Teresita del Niño Jesús, la santa del Amor. Yo había leído hacía poco la vida de esta santa, una adolescente francesa que, a fines del siglo XIX, había padecido unos maltratos horribles en el monasterio de las carmelitas descalzas, soportándolo todo con humildad y obediencia por amor a su Esposo invisible. Marcos se detuvo enfrente de la vidriera y se emocionó porque bajar del colectivo justo delante del cuadro significaba que la patrona del Amor nos estaba bendiciendo.

Yo no tenía la menor idea de lo que pretendía hacer Marcos, si iba a acompañarme hasta la puerta de mi casa o no, ni se me pasaba por la cabeza preguntárselo. Mucho menos se me pasaba por la cabeza que yo pudiese decidir algo de lo que fuera a pasar. A mis quince años, yo no había tenido ni noviecito en la escuela primaria, y el respeto que sentía por este hombre de treinta y pico, a más de un año de conocernos, era abrumador.

Estaba *shockeada* en particular por lo que Marcos había hecho en la parada del colectivo: informarme que, si yo tuviera dieciocho años, me besaría. ¿Besarme? ¿De verdad? ¿Como en las películas? ¿A mí? Me estremecí. Sentí un vacío cerebral, de pie hecha una cosa que podría ser besada, a condición de tener algo que le faltaba: años. Fue la primera vez que sentí esa falta, como una culpa y como una fatalidad, un agujero en mí, como la boca abierta de un cocodrilo. Siempre iba a faltarme eso, mientras permaneciera en contacto con él, que no eran años y nada más. Era ser mujer.

Esa cosa a la altura del estómago, esa desesperación de llenar la falta, no era deseo. Si hubiera sido deseo, podría haberlo besado yo a él, por ejemplo. Imaginarlo, al menos. Yo llevaba puesta una remera de Disney y un pantalón de algodón que usaba para hacer gimnasia en el colegio y, aunque era casi tan alta como él, no hubiera sabido cómo encender el cigarrillo que Marcos se fumaba delante de mí, achinando los ojos como un actor de cine. Si yo hubiera estado en condiciones de darle un beso, también habría estado en condiciones de rechazarlo. Pero no. Yo no podía nada y a él le daba un placer inmenso contemplar eso: yo sin poder nada más que ser ese hueco, con el pensamiento confuso, la emoción revuelta y el cuerpo en vilo.(2)

Eso acababa de pasar en la parada del colectivo, antes del viaje en el que me dio el poema y me habló sin parar, pausadamente, más bien monologando con su tono melancólico y su voz melosa. Al bajar, el episodio con el cuadro de Santa Teresita, sobre el sedimento de la horrorosa antieducación sentimental con que se alecciona a las niñas (y en mi caso, también espiritual), alimentaba la confusión de que algo de todo eso que yo estaba experimentando fuera Amor, con mayúsculas, como obsesivamente lo estampaba la fundadora, la Madre, en cuanto libro, artículo o folleto ponía a circular.

En la media cuadra que caminamos al bajar del colectivo, antes de que yo doblara por Lope de Vega rumbo a mi casa y él cruzara Rivadavia para volverse a tomar el mismo colectivo de regreso a no sé dónde, me abracé a mí misma porque había refrescado de golpe,

como es normal al principio de la primavera, y yo no tenía ni un buzo. Él sí estaba abrigado, tenía puesto un saco de vestir gastado. Deseé que Marcos hiciera algo para protegerme del frío, que me prestara su saco. Al fin y al cabo, él era el adulto. No lo hizo y yo tuve ganas de llorar.(3)

---

1. Creo que fue a partir de esa noche en que Marcos se trepó a mi colectivo, que yo empecé a registrar las fechas, como si en algún rincón de mí entendiera que algo de lo que pasaba estaba mal, que necesitaba ayuda, que la iba a necesitar más adelante. Tuve que creer que el tremendo impacto que las acciones de Marcos tenían sobre mí eran algo maravilloso, tan maravilloso que nadie podía entenderlo y, por lo tanto, no había que contárselo a nadie. Desde entonces escribí sobre eso diariamente, en decenas de cuadernos sucesivos. Escribir fue el desvío que me permitió sobrevivir, incluso cuando casi todo lo que escribí estuviera codificado en el lenguaje laberíntico y cacofónico de la mística.

2. No se me ocurrió preguntarle por qué había que esperar a que yo cumpliera dieciocho. De ninguna manera alcancé a pensar que besarme, teniendo yo menos de dieciocho años, era algo que podía traerle consecuencias legales a él. Lo que apareció en mi pensamiento, confusamente, fue lo contrario: tuve miedo de que, si él me besaba, me retaran a mí. Yo era una adolescente rigurosa con las reglas. Ahora pienso: qué importante cultivar el hábito de preguntar lo que no se entiende, incluso lo que parece obvio.

3. Durante años pensé que esa noche Marcos no me había protegido del frío por su falta de empatía, e interpreté esa falta como un signo de lo que vendría después: un vínculo extraño y tortuoso que me dejó a mí, seis años más tarde, en un estado de aislamiento y debilidad del que sobreviví por un pelo. Hasta hace algunos meses, cargué sola con la responsabilidad por lo que había padecido todos esos años, como si Marcos y yo hubiésemos estado en igualdad de condiciones, cuando no lo estábamos en absoluto. Viví más de veinte años sin entender que, si Marcos no me prestó su abrigo aquella noche ni me abrazó tampoco, fue por una razón de otro calibre: porque tenía más de treinta años frente a mis quince, tenía autoridad espiritual sobre mí, no tenía ningún motivo lícito para haber hecho ese viaje en colectivo conmigo y necesitaba asegurarse la clandestinidad para lo que se proponía hacer: cometer un delito grave. Un delito imposible de consumar sin una compleja manipulación de la menor y de su entorno. Un error de cálculo podía llevarlo a la cárcel y, aunque todavía me cueste creerlo algunas veces,

sobran los indicios para suponer que él lo tenía más claro que nadie. Yo era su presa. Considerar esto me llevó décadas.

II

Lo siguiente fue otra aparición después de la clase de Teatro Sagrado, un par de semanas después.

Marcos vivía en una quinta campo adentro, en el conurbano. Era un centro de retiros espirituales de la Fundación, que se llamaba Centro Pedagógico "San Federico" y que todos llamábamos *Federico*. La quinta, que en aquel momento era de una hectárea, estaba dividida en tres zonas. La principal era un jardín con templetes, estanques con peces de colores y templos grandes: dos hindúes, uno griego, una capilla, una pagoda y un *Templo Mayor* dedicado al *Dios Uno*. Esta zona, que llamábamos *los templos*, era estéticamente muy impactante y estaba delimitada por un muro.

En la segunda zona había pabellones de habitaciones, baños, galpón de trabajo (se fabricaban sahumerios), cocina, cuchas de perros y lavaderos al aire libre, todo más bien pobretón y descuidado. En esta parte del predio, las reglas de conducta eran mucho más relajadas que en los templos, donde cada movimiento tenía un protocolo. El contraste entre estas dos zonas era muy marcado, no solo por su apariencia sino también por lo que estaba permitido y prohibido en cada lugar. Sin embargo, las puertas que los comunicaban se cruzaban con frecuencia: para ir al baño, comer, dormir, o charlar y tomar mate. Así, pasar un día en Federico era comportarse de dos maneras distintas todo el tiempo.

(4)

La tercera zona era la más reducida: consistía en un chalet reservado para la fundadora, Madre y Maestra espiritual, y para los discípulos encargados de su servicio personal. Era un espacio prohibido para los visitantes y envuelto en el misterio. La señora usaba también un departamento en un barrio elegante de la capital, que estaba a nombre de la Fundación, razón por la cual ella aseguraba que vivía en la pobreza, ya que en rigor no tenía nada para sí misma. Ella podía entrar a la quinta por un portón exclusivo, con su auto último modelo, también a nombre de la Fundación, que conducía su secretario personal, cosa que hacía de improviso, a cualquier hora del día o de la noche. Por eso, siempre quedaba la duda de si la Madre estaba o no en el predio.(5) No sé si fue en 1998 o en 1999, a medida que los contingentes de retiros crecían, que la fundadora se hizo amurallar un sector de parque para su uso personal en el fondo del chalecito, donde también mandó hacer jardines y templetes, que llamó la *Gurukula*, el lugar donde está el Gurú.

En el año 1997 había unos pocos residentes permanentes en Federico, cinco o seis. Entre ellos, estaba Marcos, que compartía una habitación con su hijito de siete años. La mamá vivía en una casa prefabricada en un barrio pobre de los alrededores. El nene pasaba una semana con ella y una con Marcos. En 1997 los residentes eran todos varones, salvo la discípula que se ocupaba del chalet de la Madre y una niña también de unos siete u ocho años, hija de la Directora Internacional de la Fundación; esta directora algunas veces se quedaba a dormir en Federico y otras en la sede central, dejando a su hija al cuidado del padre, que iba y venía con una camioneta vendiendo los sahumerios que se producían, y a veces también dejándola sola.

Los residentes estaban envueltos en un halo místico. Vestían rotosos y se mostraban hoscos y solícitos con los visitantes, que solo podían ir a Federico en contingentes autorizados desde las filiales o *escuelas*, como se les decía internamente, solo los sábados y domingos. Durante la semana, se suponía que estos personajes,

discípulos directos de la Madre, se consagraban a la meditación y al trabajo. Se decía que eran monjes, que vivían en la austeridad y la entrega a Dios. Que no manejaban dinero, salvo por un viático que se les daba para que visitaran a sus familias los días que tenían permiso para salir. Todo esto se decía, porque no existía todavía ningún reglamento escrito. Era habitual verlos de lejos rodear a la Madre, a quien ellos llamaban *la Vieja* y saludaban prosternándose en el suelo y hasta besándole los pies.

Durante los retiros de fin de semana, con miembros llegados desde la capital, los residentes solían dirigir meditaciones o cantos devocionales y dar algunas *clases*, que eran exposiciones sobre santos o libros espirituales, en las galerías de los templos, para un puñado de personas que formaban una ronda y recibían embelesadas casi cualquier cosa que se les dijera, siempre que incluyera la palabra *amor* y algún término exótico. En estas clases se desplegaban discursos reconfortantes, orientados a alivianar el peso de la responsabilidad sobre la propia vida, que podía descansar por fin sobre las anchísimas espaldas de Dios. La constrictiva moral que traficaban, lo mismo que la perspectiva conservadora, no eran evidentes para ese público que sentía desbordársele el corazón de un amor trascendental.

De todos los residentes, Marcos era el que más fama de monje tenía. A mí me había quedado claro que venir a la capital era, para él, un sacrificio que cumplía para visitar a su mamá, una señora de aspecto frágil que atendía la librería de la sede central, a cambio de una remuneración que complementaba su jubilación mínima. Por eso, cuando Marcos volvió a aparecerse a la salida de mi clase de Teatro Sagrado, el sábado por la tarde, y me propuso ir a caminar en lugar de volver a mi casa –los días se estaban alargando, todavía quedaba un rato de luz– no pude sino interpretarlo según el libreto: como un honor que él me hacía, a mí, una quinceañera que se estaba iniciando en el camino espiritual y apenas si sabía dónde tomar el colectivo y dónde bajarse para estar de vuelta en su casa a la hora de la cena.

4. La disposición del Centro Pedagógico, que llamábamos Federico, era una escenificación gigante de la disociación que se provocaba entre quienes frecuentábamos el lugar. Un fabuloso campo de entrenamiento para sostener luego una disociación semejante en la vida de cada quien. Un dispositivo arquitectónico alienador, monstruosamente eficaz.

5. Rápidamente familiarizada con el funcionamiento de todo Federico, y lógicamente fascinada con ello, yo estaba a años luz de pensar que estaba en juego la condición básica del panóptico, un tipo de arquitectura carcelaria ideada hacia el siglo XVIII, cuyo objetivo es permitir a su guardián (guarnecido en una torre central) observar a todos los prisioneros (recluidos en celdas individuales alrededor de la torre), sin que ellos puedan saber cuándo son observados y cuándo no. En Vigilar y castigar (1975), Michel Foucault explicó que este dispositivo crea un sentimiento de omnisciencia sobre los detenidos, es decir, de permanente visibilidad: la misma omnisciencia del Dios Uno que era venerada en cada templo de Federico. Dios estaba en cada imagen sagrada, pero también en el corazón de todas las cosas y, muy especialmente, en el corazón inegoísta, compasivo y rebosante de sabiduría del Maestro Espiritual.

III

Caminamos. Me acuerdo muy bien de la última luz de la tarde en las calles desiertas del centro. En la recova, frente a la Casa Rosada, justo en la esquina, él levantó la mano como cubriéndose la cara. Me explicó que no quería que lo vieran desde las cámaras de seguridad. *¿Qué cámaras de seguridad?* Yo preguntaba todo y él, achinando los ojos, respondía con frases enigmáticas que mi fantasía de fin de la infancia agigantaba de sabiduría y misterio.

Apenas tres años atrás, yo todavía añoraba ver llegar a Peter Pan volando en la ventana de mi casa, literalmente. Esa tendencia a fantasear, que debería haber perdido fuerza frente a otros criterios de realidad, había ganado terreno en mi mundo interno, a causa de las mitologías, mantras, rituales, inciensos y cantos devocionales en lenguas extrañas elevándose en las cúpulas de los templos, y por la emoción de vislumbrar un Dios –Padre, Madre, Amante, Maestro y Amigo–(6) sentado en el trono de mi corazón. Una atractiva caravana de Dioses y Diosas de ojos rasgados y piel azul, montando fieras tropicales y lanzando rayos de luz, con una milenaria tradición oriental detrás, había reemplazado al inocente Peter Pan.

En Marcos yo veía lo que me habían dicho que él era: un maestro espiritual que, como Dios mismo, podía también ser, en algún sentido cuyos alcances yo no llegaba a delimitar, un amigo. Desde hacía unas dos semanas, cuando se había trepado a mi

colectivo para decirme que si yo tuviera dieciocho años me besaría, yo había tratado de asimilar la idea de que quizás pudiera ser también alguna clase de amante, como Dios mismo, que era todas esas cosas mezcladas (incluso Padre, claro).

Ahora bien, aunque en Federico Marcos lograra una apariencia de monje acorde al decorado, caminando por la ciudad era un personaje ridículo y feo, si se lo miraba con alguna objetividad. Olía a rancio, se vestía mal y, encima, a mis ojos de quinceañera era un anciano, con la piel gastada, la dentadura emparchada y el pelo raleado. Pero yo reinterpretaba todas esas carencias como parte de la mística. Además, esos rasgos corporales de Marcos no me inquietaban porque no se me había ocurrido que yo tuviera que entrar en ninguna clase de contacto con ellos. Por lo menos, no hasta cumplir dieciocho años, como me había dicho él, para lo cual faltaba una eternidad.

En la plaza frente al Correo, estuvimos a punto de sentarnos en un banco y Marcos lo impidió con uno de sus gestos tipo señor Miyagui. Dijo que mejor no sentarnos en un banco de color negro, que era un mal presagio. El atardecer de la primavera en Buenos Aires es una experiencia que me sigue deslumbrando. El barrio de Puerto Madero no existía, así que la naturaleza se sentía cerca. El mundo, incluso la ciudad, el microcentro, parecía un lugar encantado, donde los Dioses hablaban lenguajes simbólicos que Marcos interpretaba para mí.

Seguimos caminando por Leandro N. Alem hacia el sur, hasta la plaza que tiene una estatua de Diana Cazadora, creo que en la intersección con Belgrano. Marcos me explicó que Diana era la patrona de las jovencitas como yo, vírgenes, guerreras y ariscas debido a su juventud. Me dijo que era la diosa de la Luna y que me iba a proteger. Luego le dirigió una oración, indicándome que le tocara los pies, como se hace con las Vírgenes. Y obviamente, interpretó todo eso como un buen augurio sobre nosotros dos, entretejiendo su tela con los hilos que encontraba por ahí: era el mundo, animado por presencias mágicas, lo que parecía unirnos fatalmente.

En el viaje en colectivo de vuelta a mi casa, apenas caída la noche, tuve, por primera vez, un pico de esa sensación que se me iba a hacer familiar con los años: un desborde emocional a la altura del pecho que me daba ganas de llorar, y el pensamiento detenido, como si la cabeza estuviera hueca y eso intensificara los colores. Cuando se lo conté a Marcos, cuando le dije que había sentido eso, sentenció: *samadhi*, y le destellaron los ojos. *Samadhi* es la palabra en sánscrito para nombrar el éxtasis, el objetivo de la práctica espiritual, el tesoro de los sabios, el instante en que se experimenta la unión con Dios.

Debe haber ocurrido por esos días esta escena que aparece en mi memoria envuelta en una niebla: estoy en un asiento de madera del claustro central, en el Colegio Nacional de Buenos Aires, con mi amiga Clara, mi compañera de banco de segundo tercera. Le cuento sobre Marcos. Le digo que no puedo contarle a mi mamá porque *va a pensar mal*, no va a tener idea de lo *puro* que es todo entre nosotros, de lo *elevadas* que son nuestras conversaciones. Y se me llenan los ojos de lágrimas. No sé qué me respondió Clara ni qué cara puso, pero ahora me parece obvio que ella debía haberme preguntado si mi mamá estaba al tanto de estos últimos encuentros claramente inquietantes, incluso para otra adolescente con la misma inexperiencia que yo, pero con los pies afuera del guiso de caca en el que yo estaba sumergida hasta el cuello.(7)

---

6. Hago cierto esfuerzo para escribir colocando esas mayúsculas que perturban mi campo visual. Son el colmo del mal gusto. Funcionan como una clase especial de comillas. Sobre todo, son tramposas. La mayúscula viene a decir que la palabra no significa lo que vos creés que significa, o no solamente eso, sino algo más; algo que, en el fondo, no podés saber a ciencia cierta qué es. Viene a decir que esa palabra no está a la par de las otras, sino por encima, y que por eso mismo no puede ser discutida. Interminables veces tuve que escuchar, ante una objeción o un uso trivial de algún término: “Ah, no… pero estamos hablando de la Verdad con mayúsculas”. Es decir, no eso que vos entendés por verdad, que cualquiera entiende por verdad, eso que la palabra significa por el uso que cualquier hablante competente del español le da, y que eventualmente podemos contextualizar, matizar, resignificar. No. Otra cosa. Algo inaccesible. Daba lo mismo si se hablaba del Amor, la

Felicidad e incluso de una Mano o de un Hogar; cualquier palabra podía quedar congelada en el cielo de un significado único, totalizante, contraintuitivo e indiscutible. Las mayúsculas ofenden la inteligencia de quien lee, pero eso no es lo peor. Para decirlo de una buena vez: son autoritarias. Son (y voy a estampar esta palabra que viene sobrevolando casi todo lo que llevo escrito) auténticamente fascistas. Me guste o no, tengo que usarlas para contar esta historia, aunque haya párrafos enteros que queden flotando en el ridículo.

7. Este recuerdo guarda una información relevante: se advierte inequívoca la huella del miedo, el mandato de clandestinidad, además de esa manera particular de entender sin entender, de saber sin saber, que caracteriza subjetivamente la experiencia del abuso y que iba a potenciarse drásticamente con el paso del tiempo y los acontecimientos.

IV

Marcos y yo nos habíamos visto por primera vez un año y cuatro meses atrás, los primeros días de junio de 1996. A mí me faltaba todavía un mes para cumplir catorce años. O sea que tenía trece.(8) *Si Sol no fuera tan niña/ me robaría su amor* decía un poema que me dio poco después del soneto del colectivo y que –según me dijo– había escrito cuando se fijó en mí, a mis catorce. En el poema también me compara con una fruta, *como una fresa con rizos*, y se refiere a sí mismo como un *gigante egoísta*, el personaje comeniñas de los cuentos de hadas.(9)

En esos primeros días de junio de 1996, yo fui con mis trece años a un aula de la filial de la Fundación a la que iba mi mamá a escuchar una conferencia que dictaba Marcos. Yo había empezado ya el curso de *Filosofía de Oriente y Occidente y Meditación* en calidad de *aspirante*. El mecanismo de incorporación a la Fundación era así: finalizado este curso de seis meses, te recibías de *miembro*. Entonces te invitaban a formar parte de una *secretaría*, una de las unidades de trabajo que mantenía la filial, *tu escuela*. La Fundación, que pasaba a ser *la Escuela*, carecía de empleados y se mantenía fundamentalmente mediante el trabajo *ad honorem* y los donativos, más algún eventual emprendimiento productivo. A mayor jerarquía, se suponía que los miembros lograban mayor conciencia y mayor entrega, tanto espiritual como material.

La secretaría a la que te sumabas podía ser Mantenimiento (limpiar las instalaciones), Arte y Diseño (hacer volantes y carteles), Bufet (servir tecitos y cocinar alguna tarta), Propaganda (repartir los volantes), etc. Junto al estudio de la filosofía y a la práctica de la meditación, y además del pago de la cuota donativo, para avanzar en el camino había que *servir a la Humanidad*. No había que pensar tanto: poco a poco, *la mente* se convertía en el peor de los enemigos, contra cuyas trampas había que estar alerta. El corazón, en cambio, que no andaba curioseando, preguntando ni criticando, indicaba que había que hacer servicio para purificarse y poner el amor en acto. Y el servicio consistía en trabajar para difundir el Ideal, para que la gente amara a Dios, es decir, consistía en mantener la Fundación con trabajo. A este trabajo se lo llamaba también *Karma Yoga*, un concepto del hinduismo que se interpretaba como actuar renunciando a los frutos de las acciones, actuar inegoístamente. Sobre esto machaca el lema de la Fundación, el que se repite al unísono con una mano en el pecho al comienzo y al final de cada reunión.

Yo apenas estaba haciendo el curso de aspirantes, pero mi mamá estaba en la Escuela desde hacía unos diez años,(10) y mi papá –con sus dudas, idas y vueltas– también. Es decir que yo me había criado entre sahumerios, altarcitos de dioses exóticos, jornadas de trabajo que consistían en pintar la escuela durante un feriado, comer en ronda una comida vegetariana preparada por un voluntario y terminar meditando juntos. Había crecido en ese clima amigable donde todos eran bonachones, espirituales, optimistas y con un toque transgresor, aunque obedientes con sus profesores (que poco a poco pasaban a ser *maestros*) hasta la obsecuencia. Se cantaban canciones en idiomas extraños tocando maracas y tambores y todo el tiempo se hablaba del Bien, de Dios, de la Verdad, de la Sabiduría, del Amor, del Inegoísmo y del Camino.

Poco a poco, se iba solidificando la sensación de que adentro de las escuelas se estaba a salvo del *mundo*, donde la gente se guiaba por intereses mezquinos. Había que transitar por el mundo, sí, pero convenía que los quehaceres mundanos cada vez fueran menos, los

indispensables. Sobre todo, había que pasar por el mundo *como si no se estuviese en él*, con la mente en silencio y el corazón en Dios.

Esto es importante: no había en toda la institución otra persona de mi edad. Yo era una rareza cuya precocidad nadie se cansaba de adular. *Linda por fuera y linda por dentro*, me decían casi todas esas personas adultas cuando me cruzaban en los pasillos, y a mis padres los felicitaban sin fin. Y como la curiosa idea de la transmigración de las almas o reencarnación era uno de los cimientos ideológicos que más rápido cundían (oh, sí… jamás moriremos, nadie ha muerto jamás), mucha gente decía de mí que tenía un *alma vieja en un cuerpo joven*, que por eso buscaba esos espacios espirituales en lugar de corretear por el mundo como las otras adolescentes.

En ese ambiente, durante mi infancia yo había pasado mucho tiempo, que había ido aumentando año a año. El matrimonio que dirigía la escuela a la que iba mi familia era como una pareja de tíos para mí, con cuyos hijos había jugado yo mientras los grandes oraban, estudiaban o trabajaban. Incluso habíamos compartido vacaciones a mis ocho o nueve años, y a partir de cierto momento compartiríamos también cumpleaños y cenas de fin de año, no solo con el matrimonio en cuestión sino con el grupo de profesores que era de la camada de mi mamá, que daba clases y dirigía las secretarías de manera rotativa. De todos esos niños con los que había jugado, solo yo empecé el curso de aspirantes a los trece años. (11)

---

8. Trece años. Tengo que escribirlo, aunque me cueste. Fue demasiado el tiempo que viví tratando de negar primero, y logrando negar después, que yo era una niña. Tanto, que ahora tengo que repetirlo hasta que se me reinscriba en el cuerpo. ¿Por qué traté de negarlo? En parte, porque Marcos se encargó de hacerme creer que el sufrimiento y la denigración que me provocaba el contacto con él se debía a la peor de mis carencias: ser chica. Yo creía que lo que tenía que hacer para que el suplicio terminase era crecer; entonces, él iba a poder amarme abiertamente, sin imponerme todas esas disciplinas y secretos que me torturaban. También iba a dejar de hacer todos esos comentarios que me humillaban sobre mi manera de vestirme, mis preferencias, mis preguntas. Yo creía que el rechazo que sentía estaba motivado por mi propia inmadurez, por ser una púber, una adolescente, un

ser incompleto, torpe, inexperto. Creía que el asco me lo provocaba yo misma (con el desarrollo de la anorexia, el asco hacia mi propio cuerpo llegaría a ser insoportable). En síntesis: según logró hacerme creer, él había tenido que superar el hecho de que yo fuera una niña para hacerme su elegida.

9. El poema me advertía del peligro de una manera siniestra, en un lenguaje cándido e infantil. No sería la primera vez que este hombre haría esto. Más adelante, tocándome por la calle, sería él quien me diría que la gente iba a pensar que él era *un viejo verde*, obviamente riéndose de mi estupefacción. De una manera difícil de entender, por lo menos para mí, reconocer de antemano la falta, nombrar lo que estaba mal, y seguir haciéndolo, le daba un margen de impunidad. La brutalidad y la explicitud extrema pueden ser maneras de esconderse. Leer a George Bataille (*El erotismo*, 1957), ya adulta, me permitió comprender algo más. Enunciar la prohibición para transgredirla inmediatamente: la transgresión no borra la prohibición, sino que goza en tensión con ella, erigiéndose en la prueba de un amor que hace gala de no someterse a la ley social. Suena retorcido, y lo es: son los retorcimientos que un señor tiene que tejer en la conciencia de una muchachita de catorce años para fascinarla y someterla, destrozando su autoestima, interrumpiendo su desarrollo y aprovechándose de ella hasta el límite de sus fuerzas. Para usarla como objeto de satisfacción propia y descartarla después, cuando ya no le sirva más, cuando la diferencia de poder entre ambos (y por lo tanto, el goce de someter a una persona vulnerable), deje de resultarle fascinante. Qué conveniente que luego ella se brote, se abandone a las drogas o a unos hábitos promiscuos que le resten credibilidad si habla; o que se suicide, pobre chica; o que, presa de un miedo extremo e inexplicable, pase a depender de un hombre regularmente violento y sobreviva a fuerza de psicofármacos. Afortunadamente, nada de eso ocurrió conmigo, si bien los efectos traumáticos del abuso siguen provocándome un daño que día a día tengo que esforzarme por superar.

10. Mi mamá había ingresado a la Fundación para hacer yoga. El médico clínico se lo había recomendado, como tratamiento para unas crisis de pánico que venía sufriendo. En aquel tiempo, alrededor de 1985, el curso de Filosofía de Oriente y Occidente era obligatorio si querías hacer yoga y, como no era tan fácil conseguir clases de yoga en Buenos Aires, mucha gente aceptaba el combo. Después, se activaba un mecanismo de ingreso en la institución que incluía horas de trabajo y meditaciones, e iba absorbiendo cada vez más tiempo y más dimensiones de la vida de las personas, chantejeadas emocionalmente con promesas de envolvente Amor incondicional y ausencia de conflictos exteriores. Afuera, el mundo era

demasiado hostil: la solución era volcarse hacia el interior, fuente de Luz.

Eran años muy oscuros. El terror había hecho estragos en la intimidad, produciendo un trauma colectivo de consecuencias incalculables. Había quienes ni siquiera tenían claro (porque no alcanzaban a pensar abiertamente lo que, de un modo u otro, no podían ignorar) por qué despertaban en medio de la noche perseguidas por pesadillas o sintiendo que iban a morirse. Mucha gente necesitaba con desesperación encontrar refugios simbólicos que le ofrecieran algún consuelo, alguna representación tranquilizadora sobre la cual proyectarse. Esa fue una de las principales funciones que desempeñó el *New Age* en general, de la mano de una gigantesca operación de deshistorización y, por lo tanto, de corrosión del pensamiento crítico. De paso, reclutó en sus filas el tímido inconformismo que muchas personas experimentaban frente a la decadente y opresiva forma de vida de la era posindustrial, desviándolo de cualquier forma de lucidez, hacia el mundo imaginario de un Dios o una Diosa o un Ser Verdadero que reinaban sobre unas conciencias infantilizadas, en las que se potenciaba al extremo la regresión, caldo de cultivo del autoritarismo.

11. Hay que decir que yo era una niña algo precoz en lo que se refería al estudio, y que mis padres siempre habían procurado incentivar mi desarrollo intelectual equilibrándolo con propuestas deportivas y manuales: la Fundación parecía ser un ámbito para recibir una formación equilibrada, donde el estudio, el trabajo, el cultivo de la espiritualidad y una moral desinteresada de ayuda al prójimo prometía lo que ninguna otra institución parecía estar en condiciones de ofrecer en los años noventa, ideológicamente devastados. Al final, ese grupo de personas pasó a ocupar, para mí, el lugar de una familia. Me agradezco a mí misma, a la fuerza que me nació de no sé dónde en el momento más vulnerable para apartarme de ese lugar y no volver nunca jamás. Pero el costo emocional y vital de ese apartamiento fue tan alto que todavía alimenta algunos de mis terrores.

V

Trece tenía entonces cuando fui a la conferencia que daba Marcos, el discípulo directo de la Madre.(12) La conferencia se titulaba “El Sonido, Voz de la Divinidad”. Habían preparado el aula con almohadones en el suelo. Adelante, en el lugar del orador, habían delimitado con velitas una alfombra. Yo me senté en el almohadón que quedaba adelante de todo y bien en el medio, aunque el aula todavía estaba vacía. Quería ver y escuchar desde lo más cerca posible.

Días atrás habían repartido unas hojas impresas con un poema de Marcos. Los versos decían algo sobre querer mirar al *Corazón* (o sea, a Dios en el corazón) *como un niñito desorientado y muerto de miedo*. Así empezaba. No solo ser un niño equivalía a estar desorientado y muerto de miedo sino que además estas eran las cualidades que el Dios pretendía de uno. A nadie le parecía sórdido esto, sino la mar de la dulzura espiritual.

Esa noche, Marcos entró solemnemente al aula de los almohadones, secundado por dos personas: un hombre que tocaba el *tablas* –un tambor hindú– y otra persona que tocaba la *tambura* –un instrumento de cuerdas, también hindú–. Marcos tenía la cabeza rapada y unos anteojos redondos remendados en las patillas con cinta de pintor. Se sentó exactamente enfrente de mí y, como el aula no se llenó nunca y nadie me sugirió que me reubicase, quedé

sola delante de él, con vergüenza de moverme, durante todo el rato que duró la cosa.

La tambura es un instrumento de cuerdas que produce un colchón sonoro muy sugestivo. La música tradicional de la India es exclusivamente modal por razones doctrinales: la tónica que resuena como base de toda melodía evoca a *Brahman*, la Divinidad sin nombre ni forma, el Sustrato de todo lo que existe. Todos los entes que creemos percibir en el mundo, incluso nuestro propio yo, son *en realidad* olas en el inalterado océano de Brahman, variaciones sonoras de un único Sonido primordial. Si creemos que en el mundo hay entes separados es porque ignoramos su Naturaleza esencial, como si tuviéramos delante un perro de piedra y viéramos el perro pero no la piedra. Todo es Dios, y esa es la Verdad que hay que conocer, atravesando la ilusión de los múltiples fenómenos.

Yo estaba dando mis primeros pasos en el conocimiento de estas cosas, de la *verdadera naturaleza* de las cosas, cuya base teórica proviene del sistema filosófico indio de la *Vedanta Advaita* o *No Dualista*, en versiones occidentalizadas de divulgación. Se suponía que la Madre, la fundadora, había recibido estos conocimientos directamente de monjes hindúes, en los viajes que había hecho a la India décadas atrás. Se suponía, entonces, que ese Conocimiento último –que solo puede ser transmitido de maestros a discípulos, de boca a oído– nos llegaba de manera correcta: Marcos era discípulo de la Madre, que había sido discípula de los monjes hindúes. Esa noche, escuchando la voz narcótica de Marcos que nos hacía cerrar los ojos para oír la tambura y los golpes de tambor, que emulaban el modo en que lo Uno se hace múltiple tomando las formas de todos los seres, esa noche, nosotros éramos el eslabón final de una cadena mágica que llegaba hasta la cumbre de los Himalayas.

Hacia el final, ya todos con los ojos cerrados, en un estado emocional tan perturbador que muchos estaban al borde de las lágrimas, flotando imaginariamente en ese Sonido original que era todo Amor y Unidad, Marcos nos dijo que ahora cada uno improvisaría una línea musical dedicada a Dios. Yo mantuve los

ojos apretados de nervios. Uno por uno, todos los presentes –a quienes Marcos iba llamando por el nombre– improvisaron su línea. Cuando creí que faltaba yo sola, me puse más nerviosa todavía, porque pensé que no sabría mi nombre, así que abrí de golpe los ojos y me encontré con los de él, que me miraba fijo. Me hizo una seña, era mi turno. Algo debo haber cantado, sintiendo que me moría de la vergüenza y que todo ese vacío que me rodeaba no podía ser otra cosa que la emoción de encontrarme ante un maestro guiándome frente a la enorme presencia de Dios.

Esta fue la primera vez que yo vi a Marcos. La primera vez que nos miramos uno a otro. Al volver a mi casa esa noche, pegué con cinta adhesiva la hoja con el poema de él impreso en mi placard, donde también tenía un póster de Fito Páez, una foto de Brad Pitt arrancada de una revista para *teens* y, justo al lado, un estante con una colección de osos de peluche. Un placard dentro del cual hacía pocos meses había guardado, en cajas, algunas muñecas y otros juguetes. Los álbumes de *stickers* y los sellitos seguían disponibles sobre mi escritorio.

Yo sabía que Marcos era de la gente grande, pensaba que tendría veinte o veintitrés años, me acuerdo haberle dicho algo así a Clara, mi amiga nueva del colegio. Qué vio él, con sus treinta y pico, en la niña de trece que tenía sentada justo delante, encima de un almohadón y sin nadie alrededor, es algo que recién ahora puedo suponer, *una fresa con rizos*, ahora que tengo estómago para soportar ciertas verdades, con minúsculas.

---

12. Hasta qué punto confiaban mis padres en que la Fundación era un lugar seguro para mí, que ese fin de semana en que concurrí a la conferencia de Marcos yo les había pedido autorización para ir a un campamento que organizaba el Centro de Estudiantes de mi colegio, y ellos me lo habían negado porque les parecía que era muy chica para ir a un viaje en el que no había adultos. En cambio, esta conferencia parecía una actividad edificante, en un espacio de extrema confianza.

VI

Mi siguiente recuerdo es, de nuevo, su mirada clavada en mí, casi sin parpadear, con ese gesto que había que atribuir a una especie de trance para no asustarse. Ahora me doy cuenta de lo intimidante que era. Yo me refugiaba en mi candidez para soportarla.

Estábamos en Federico. Habíamos ido con mi mamá a la principal celebración religiosa de la Fundación. Varias semanas antes, en las escuelas de la capital preparábamos *modakas* (unas masitas indias) y velitas perfumadas. El objetivo era lograr por lo menos mil unidades de cada cosa para ofrendarlas a Ganesha, el Dios hindú de la Sabiduría, cuyo templo era el primero que se había construido en Federico.

El día señalado en el *Ganapati Upanishad* (un himno hindú dedicado a este Dios), que correspondía a la luna llena de agosto-septiembre, al atardecer íbamos llegando desde todas las escuelas con las ofrendas. Se decoraba con las velitas la zona de los templos: se circundaban los estanques, se delimitaban los caminitos y las modakas se distribuían por todas partes; después de la ceremonia, ya bendecidas por el Dios, podríamos comerlas. Caída la noche, el espectáculo era fascinante: entre las cúpulas, columnas, estatuas, flores y templetes, brillaban los cientos de velitas rojas, que perfumaban el aire de incienso, almizcle, rosa, *patchouli*.

La gente iba y venía exultante, sobre todo porque habíamos

fabricado todo eso con nuestras propias manos: desde comprar la parafina para las velas en la calle Warnes y derretirla en una olla, hasta llevarlas a Federico sanas y salvas y encenderlas una por una, mientras sonaba de fondo la música de la India que alguien se encargaba de poner. Se comentaba el número estimado de ofrendas con aire misterioso: *Este año llegamos a las mil trescientas velas, y parece que hay más de tres mil modakas*… Y era misterioso, porque a quien le importaban esas ofrendas era al Dios.

Desde luego, Ganesha tenía su intermediario y su intérprete: la Madre. Todos sabíamos que ella estaba en el chalet y la emoción reinante se atribuía a esa presencia. Sabíamos que podía aparecer de sorpresa y acercarse a cualquiera que estuviera encendiendo una vela. Que se presentaría, de hecho, a dirigir la ceremonia de la medianoche. Los más nuevos –había que ser miembro para poder participar– tenían la ilusión de conocerla; los expertos les contaban anécdotas de años anteriores, caldeando el ambiente y provocando la impresión de incorporarse a una larga tradición.

Era ella, la Madre, la que daba las órdenes de cómo debía concretarse todo. Lo hacía a través de los dirigentes con cargos más altos. Ella estaba en los detalles. Era una mujer con un enorme caudal de energía, de carácter explosivo y violento. Podían llenársele los ojos de lágrimas al dirigirse a Dios como si estuviera ahí enfrente de todos, y de pronto ponerse a denigrar a los gritos a alguien y sacarlo del lugar a empujones, para luego retirarle un cargo que ocupaba. Del mismo modo, podía de repente dar la orden de casarse a dos discípulos, o de hacer un viaje disponiendo de los fondos de la Fundación, o de abrir una nueva filial. Estos arranques, que siempre sucedían en cierto círculo de intimidad, eran interpretados como una manifestación de su conexión directa con Dios.

Los discípulos cumplían las órdenes y soportaban los maltratos de la Madre –bastante frecuentes– con pasividad, porque se suponía que eran enseñanzas espirituales invaluables. Sin embargo, como las órdenes eran acatadas a rajatabla, el desprecio de ella hacia alguien en particular era replicado por todos los demás. Podías pasar a la

invisibilidad de un momento a otro. Este mecanismo de obediencia radical contribuía a la fantasía colectiva de que la Madre era un ser omnipotente, cuya voluntad se propagaba como una tormenta. De esta manera, quienes tenían cierta llegada a ella, como los jefes de las filiales y los profesores más antiguos, le tenían un miedo infantil, tan irracional como potente, que consideraban Amor.

No era este mi primer *Ganesha Chaturthi*. Años anteriores, había participado junto a mi mamá de la parte diurna del ritual, que se realizaba al día siguiente y era menos impactante, con las velas ya apagadas y las modakas a medio comer. La Madre ya me tenía vista desde mis once o doce años. Ya me había clavado ella también una mirada penetrante para decirme algo sobre *ser linda para Dios*, desde las escalinatas del templo de Ganesha. Pero esta era la primera vez que yo iba a participar del ritual completo, ahora que yo misma era *miembro*.

Me acuerdo del impacto que me produjo ver los templos iluminados por las velitas en la noche, el perfume, la música, la sensación de hermandad entre la gente. Sobre todo, me acuerdo de sentirme segura. En Federico no parecían hacer falta los cuidados que yo estaba aprendiendo desde hacía unos meses, cuando había empezado a viajar sola hasta el colegio, en el microcentro. Un par de semanas atrás, sentada en el colectivo, me había distraído mirando por la ventanilla, con la mochila sobre mi falda; de pronto, vi que el tipo sentado al lado mío tenía su mano en mi entrepierna, debajo de la mochila. Ni siquiera había sentido esa mano deslizarse sobre mi pantalón de jean. En pánico, me levanté de golpe. El tipo aprovechó que el colectivo estaba detenido con la puerta abierta para bajarse corriendo. No sé si alguien vio la escena porque nadie dijo nada. Yo me quedé parada, en *shock*, con una taquicardia que me duró hasta llegar a mi casa. Nunca le conté a nadie lo sucedido, sumergida en un sentimiento confuso de culpabilidad... ¿Cómo no me di cuenta de que el tipo me estaba metiendo la mano? ¿Qué había pensado él? Esa pregunta me daba entre asco y pánico.

Acá en Federico, en cambio, no había ninguna razón para tener miedo ni tomar ninguna precaución. Acá no había pasiones

egoístas, carnales, del mundo. Era una especie de sueño hecho realidad: como si de repente las películas de Disney le hubieran ganado la pulseada al mundo duro y complejo en el que yo, tramitando el final de la infancia, tenía que empezar a incorporarme.

A Marcos lo vi de lejos, enfundado en un poncho y con la barba crecida, yendo y viniendo en la zona de las habitaciones y los baños. Cuando cayó el sol, algunos nos reunimos en la cocina. Él entró y se acomodó en un rincón. Alguien dijo que había olor a gas y le consultó a él, que era residente, si no habría una pérdida en la garrafa. Marcos hizo un gesto como de ocuparse del asunto y, cuando la atención del grupo se concentró en otra cosa, se dirigió a mí: me preguntó si yo tenía *buen olfato*. Me acuerdo de no saber qué responder, qué sé yo si tengo buen olfato, ni siquiera sé cuál es el olor del gas, soy la más chica de todos, por qué me lo pregunta a mí. Sentí que se me aceleraba el pulso. Por las dudas, respondí que no.

Esa noche, la Madre condujo el ritual en honor a Ganesha siguiendo las indicaciones del *Ganapati Upanishad* que se recitaba en sánscrito y que muchos se sabían de memoria. Nos apretábamos sentados sobre la alfombra del templo, alrededor de la enorme estatua del Dios con cabeza de elefante, contemplando los símbolos que se mencionaban en el himno upanishádico: con uno de sus brazos, sostiene el hacha para cortar los vínculos con el mundo; con el otro, el lazo con el que nos atrae hacia Él; su vientre es abultado porque ha digerido la creación. Cada ínfimo detalle cargaba con una interpretación, significaba *otra cosa*. Sin resto, la cosa material se volvía una puerta hacia lo Invisible. Casi nadie se retiraba del templo sin tocarle el pie regordete a la estatua hecha de cemento y pintada con látex de brillante rosa claro.

Al terminar, empezaron los cantos devocionales. Se acostumbraba hacer una *pradakshina* (caminata alrededor del templo) tocando maracas y campanitas. A veces, esta caminata derivaba en una especie de danza. Aclaro que la danza no estaba bien vista en la Fundación, por considerársela asociada a la

sensualidad; en este caso, se hacía una excepción, como si un desborde místico suspendiera la prohibición tácita. La gente estaba como en trance, bailando, cantando y tocando tambores, sin mirarse entre sí. Algunos habían ido a tocar las campanas que colgaban en las puertas de los otros templos, generando la sensación de que la exaltación venía de todos lados, desde lejos.

Marcos, siempre con su poncho y su aspecto desgarbado, estaba de pie junto a la Madre, que en un momento preciso le indicó soplar la caracola, un instrumento ritual traído de la India, que simboliza el om. Luego, se ubicó unos pasos afuera del grupo, golpeando mecánicamente un tambor que tenía colgado de una correa. Con ese gesto intimidante del que hablé al principio, me clavó la mirada a mí, que hacía la *pradakshina* dando saltitos. No me sacó los ojos de encima hasta que la celebración fue declinando, y mi mamá y yo nos fuimos a acostar con nuestras bolsas de dormir al templo de Deméter, la Diosa griega de las Cosechas.

Me dormí escuchando de lejos los últimos cantos y campanadas, y sintiendo el perfume intenso que dejaban en el aire las cientos de velitas que iban a apagarse con la escarcha de la mañana.

VII

De golpe, me viene la campera azul de pólar, azul eléctrico. Una campera gruesa y gastada que Marcos solía usar, que olía fuerte. ¿Por qué tuve puesta esa campera durante el primer retiro al que fui, unos meses después del *Ganesha Chaturthi*, a mis catorce años? ¿Por qué durante las meditaciones y cantos usaba eso, y sentía el olor de ese hombre mezclado con humaredas de sahumerio, mientras experimentaba la disolución de mi ego, como gota en el océano de Dios, junto a una arrasadora conmoción emocional? ¿Con qué excusa me la dio? No lo sé. Supongo que habré tenido frío y él me la habrá ofrecido con la excusa de evitarme el trajín de ir a buscar mi propio abrigo. Sí me acuerdo de la sorpresa que me causó recibirla por el exceso de confianza que suponía (pero que yo no estaba en condiciones de percibir como *exceso*), junto a la sensación de ser elegida, especial, incluso íntima. Era un gesto definitivamente paternal, pero que traficaba otra cosa, indescifrable para mí.

Cuando quise devolvérsela, me insistió para que la tuviera hasta el final del retiro, me dijo que *le gustaba* que yo usara su campera. Yo no pude interpretar lo que resonaba en ese comentario. Él era el adulto y el maestro. Quizás pensé que *le gustaba* que yo no pasara frío, algo así, algo por mi bien. O quizás no pensé nada. Solo me sentí protegida y especial adentro de todo ese olor y ese color azul,

que oportunamente era el color del Señor Shiva, el Dios de la Misericordia y la Destrucción de los Límites.

La cosa es que ese olor *a él*, en realidad, era *a sucio*. Me di cuenta un día que reconocí el mismo olor en una camisa de un tío abuelo que no se bañaba nunca. Desde luego, procuré omitir ese registro asqueroso.(13)

---

13. Una educación sexo-afectiva debería ser también una educación en los olores, en los sabores, en las texturas. No me olvido de que lo primero que me preguntó Marcos fue si tenía buen olfato, y yo, que nunca me había hecho esa pregunta, tomé la pésima decisión de responder que no. Yo me había aprendido la lección de que una señorita bien educada tiene que ser modesta delante de un señor. Esa sí que la tenía clara a los catorce años recién cumplidos.

VIII

En el verano del final de 1996, apenas terminado mi primer año de la secundaria, me inscribí para hacer el retiro de una semana en Federico, que se llamaba *internado*. Algo habríamos cavilado, mi mamá y yo, porque un día de diciembre o enero mi mamá me dijo que había consultado con Guillermo, uno de los dirigentes más respetados de toda la Fundación. Él le dijo que no había problema, al contrario, que me aconsejaba ir *como una más, sin compunción*. Me acuerdo de esto porque mi mamá y yo nos reímos juntas de esa palabra tan rara.

A principios de febrero, entonces, me fui a pasar una semana a Federico para un retiro espiritual. Era la segunda vez en mi vida que me alejaba tanto tiempo de mi familia; la primera había sido el viaje de egresados a Córdoba, al final de séptimo grado, un año antes. La única persona conocida que iba era una señora cariñosa, que pertenecía a nuestra filial. Al subir a la combi que nos llevaría a Federico, esta señora le dijo a mi mamá que no se preocupara, que ella me cuidaría, pero lo dijo en tono de broma, como si en realidad no fuera necesario ningún cuidado. Yo fui a ese retiro *como una (adulta) más*.

Pero no lo era. Es verdad que iba a un colegio secundario donde se pretendía que púberes de trece años se manejaran con la autonomía de estudiantes universitarios, pero mi mamá firmaba el

boletín semanal de ausencias, y para entrar y salir había que dar explicaciones a Montemayor, un portero gigante como un armario. Viajaba sola en colectivo, sí, pero mis padres chequeaban los horarios de salida y de llegada a casa, hacían preguntas, y lo mismo los padres de los otros chicos y chicas de mi edad. Hacía apenas un año que yo tenía la llave de mi casa y un dinero en el bolsillo que me alcanzaba para viajar, comprar fotocopias y alguna golosina. Por eso, cuando llegamos a Federico y nos recibió Marcos, anunciándonos que él sería el director del internado (la Madre los designaba personalmente), que dirigiría las meditaciones y las clases, indicaría los trabajos y encabezaría la mesa en las tres comidas del día, agregando que estaba a nuestra disposición para lo que necesitáramos, yo me ubiqué bajo su cuidado con la espontaneidad de lo que, en rigor, marca también la ley.

Mis padres confiaban en los residentes de Federico. Esa confianza yo la asumí sin fisuras. Como cualquier púber ingresando en la adolescencia, yo no sabía cómo era ser grande, a partir de qué momento se empezaba a sentir diferente. Algunas cosas nunca me habían pasado, cosas insignificantes como decidir si prefería bañarme a la mañana o a la noche, o saltearme el cepillado de dientes. Ni siquiera en el viaje de egresados se nos había dado tanta libertad. Mi propio cuerpo, hormonalmente, estaba en un proceso de cambio desconocido, para el cual no tenía referencias.(14)

de baño. Estas reglas estaban escritas en unos folletos que se repartían a los visitantes, donde también se decía que no se podía llevar aparatos de radio ni periódicos, ni nada que produjera *agitación mental*. Jamás se me ocurrió preguntar ni preguntarme por qué un *short* producía agitación mental o a quién se la producía.

Del sexo no se hablaba, pero el *control de los sentidos*, la *práctica de austeridades y disciplinas espirituales*, la guardia contra las *tentaciones del cuerpo y del mundo*, eran *leitmotivs* que se repetían como un salvoconducto. Se enseñaba que, en la India, los discípulos espirituales que se consagraban al servicio del Gurú (*bramacharyas*) eran célibes. Tampoco los monjes renunciantes (*sanyasines*) accedían a los placeres carnales. Únicamente los padres de familia

(*grihastas*) practicaban el sexo con sus esposas legítimas. Lo hacían en armonía con su deber (*dharma*) y de ningún modo como fin en sí mismo. Esto se aprendía en el curso para aspirantes, incluso antes de recibirse de miembro. Era una especie de abecé. El mensaje implícito, por lo menos para los novatos y para los despistados, era que en el Centro Pedagógico a nadie se le ocurriría caer en algo tan bajo y mundano como el sexo.(15)

Acabo de acordarme de una escena. Al poco tiempo de terminado aquel retiro, fui con un grupo de miembros de mi filial a Federico, un domingo, con la misión de limpiar los templos. En un intervalo del trabajo, Marcos me invitó a tomar mate. No sé cómo, deslizó un comentario sobre unas calzas de color celeste que yo llevaba puestas, que había comprado para irme de viaje de egresados de séptimo. Dijo que no estaba permitido usar calzas. Yo me sentí mal y le respondí que me hubiera avisado, que me podía vestir de otra manera. Él sonrió y me dijo que no me había avisado porque me quedaban muy lindas. Recuerdo lo que sentí: una mezcla de vergüenza, halago y confusión, que mantuvo el recuerdo encapsulado por todos estos años.(16)

---

14. En particular, a una púber de catorce años es muy fácil hacerla sentir especial, distinta, porque precisamente lo que ella siente es una extrañeza radical sobre sí misma, en pleno proceso de desarrollo psicosexual, sumada a una necesidad de que la acepten, reconozcan, confirmen. Esta confianza y esta vulnerabilidad es lo que un depredador detecta y aprovecha. Se introduce en ese espacio de indeterminación, donde se está produciendo un desarrollo vital, para explotar el lugar de poder derivado de la confianza que la familia ha delegado en él, exhibiendo frente a la púber su experticia de persona adulta y su potencia protectora. Se autorizará delante de la jovencita como alguien capaz de percibir algo especial y único en ella, con una fanfarronería ridícula que a ella le parecerá muy canchera de tanto consumir ídolos del pop y telenovelas para *teens*. Le hará creer que eso que él encuentra en ella se debe a su absoluta singularidad, a tal punto que ella no debería codearse con las otras chicas de su edad porque es distinta y nadie va a comprender o valorar eso. Al mismo tiempo, irá explotando la emergente autonomía de la púber, incluso magnificándola: le hará creer que ella decide más de lo que decide, que ella le aporta a él saberes o puntos de vista geniales con cualquier pavadita que ella diga, incluso la convencerá de que

parece mucho más grande de la edad que tiene, le hará sentir que es especialmente madura, que puede cuidarse sola. Que nadie puede entender esto. Que nadie puede entender lo asombrosamente único y maravilloso que sucede entre ellos dos. Que no hay que decírselo a nadie.

Por eso, es crucial que esté con chicas y chicos de su edad, con quienes pueda compartir esta experiencia de cambio y deslumbramiento en cierta igualdad de condiciones. Que existan personas adultas con desarrollos incompletos y comportamientos inmaduros no iguala las condiciones con los y las adolescentes, porque aun en esos casos, los adultos disponen de recursos de supervivencia con los que la adolescente no puede contar todavía (la mera estabilidad hormonal, por poner un solo ejemplo) y que los colocan en una posición ventajosa, de poder. Es crucial que las personas adultas asuman explícitamente un rol de responsabilidad sobre ellos y ellas. Rol que puede ser amigable, por supuesto, pero no de paridad.

Crecer supone una ambivalencia en la cual se instala el abusador, congelando lo que debería ser dinámico, abierto a las mutaciones, para permitir que la adolescente vaya transformándose paulatinamente en mujer. Es como si detectara una brecha donde introducir una cuña que traba un engranaje. Es en esa brecha donde él se posiciona, sacando partido de la ambivalencia: mientras se reserva todo el poder para sí, le hace creer a la víctima que ella lo puede todo y más. Esas niñas y adolescentes que a golpe de vista parecen más grandes de lo que son, por desfachatadas o por sobreadaptadas, pero que enseguida se dejan ver tan inexpertas y vulnerables como cualquier otra, o incluso más: a ellas hay que acompañarlas con un plus de inteligencia afectiva y delicadeza, porque lo necesitan. Quizás con urgencia.

Hay algo trágico en esto, decimos a veces, pero no es exacto. La tragedia se caracteriza por un desenlace fatal que no puede evitarse, hagan lo que hagan los personajes. Ahora digo: quizás sí podamos hacer algo para evitarlo. La construcción de una intimidad sexo-afectiva saludable, para una vincularidad sexo-afectiva saludable, es lo único que puede proteger a las personas en desarrollo de quedar a merced de estos criminales. El punto es que esa construcción comienza con el nacimiento, o incluso antes, con la intimidad y vincularidad sexo-afectiva que hayan logrado los responsables de la crianza para sí mismos, la mamá, el papá, el pediatra, las maestras del jardín, las profesoras de la escuela; porque, como seguimos aprendiendo del psicoanálisis, mal que les pese a sus incansables detractores, la subjetividad se produce y reproduce en la estructura del vínculo, en el campo del Otro.

15. Creo que no hay responsables de crianza que no se hagan al menos una

pregunta respecto del desarrollo sexual de sus hijos e hijas al llegar la pubertad. El sentido común alrededor de esta problemática, las concepciones que circulan en medios de comunicación masivos y charlas de pasillo en cualquier institución, lo asumido irreflexivamente por familias que no hablan de este asunto, lo que parece obvio (pero no lo es), continúa siendo escalofriantemente represivo y estúpido, por no decir malintencionado a secas.

¿Está bien que en la escuela primaria dejen que las nenas de séptimo vayan con top y *minishort, o se creen que como la escuela es pública pueden hacer lo que quieren*? ¿Está mal que una nena crea que puede *hacer lo que quiere*? ¿Cuál sería el inconveniente de que la nena se ponga un top, exactamente? ¿Qué implica toda esta discusión (yo misma la presencié, entre directivas de una escuela, maestras y madres) que nadie está nombrando? ¿Podemos hablar de la sexualidad, de lo que rechazamos y de lo que nos aterra, y de lo que imaginamos y deseamos, en lugar de lanzar frases hechas que relacionan precariamente un código de vestimenta con una supuesta moral que no queda claro por qué razón deberíamos compartir, ni por qué es mejor que otra, y que además imagina como única intervención posible la constricción sobre la niña, el registro de su cuerpo en desarrollo como fuente de peligro y de mal, *que no se vaya a creer que puede hacer lo que quiere*? ¿Y si *lo que la niña quiere* es, precisamente, que un adulto deje de tocarla?

Si esto es así hoy en día, con la Ley de Educación Sexual Integral 26.150, de 2006, desde hace más de una década, la situación en los años ochenta y noventa de mi infancia y adolescencia era desesperante. Y el punto neurálgico de todo esto es que ahí donde madres y maestras, psicólogos y pediatras, diputados y doñas, ponen tabúes, prejuicios, ignorancias y reproducción de violencias empalagadas de buenas intenciones y miedo, ahí el abusador tiene una claridad meridiana sobre lo que le sucede a la púber, libre de todo tabú: un saber preciso de la etapa de desarrollo psicosexual en la que ella se encuentra y, por lo tanto, de cómo hacer para convertir toda esa confusión en un beneficio para sí mismo o, bueno, para someterla. No hay nada que deje más desprotegida a una niña o a un niño que toda esa parafernalia de prejuicios morales, omisiones, vergüenzas y terrores dentro de la cual se les cría normalmente.

16. Este recuerdo emergió en el esfuerzo por comprender las estrategias, casi invisibles, que fueron instalando una lógica de rebasamiento de los límites entre este hombre y yo. En efecto, los límites se van cruzando poco a poco, primero con palabras y gestos. *Está prohibido pero qué linda que estás.* Y es el monje el que lo dice. El gesto lascivo se encripta: está ahí, a la vista, pero se vuelve indecodificable. La confusión se va consolidando, pegajosa y letal

como una tela de araña.

IX

Es temprano. Atravesamos unos jardines con rosas, lirios y margaritas que bordean estanques con peces, senderitos que esquivan ciruelos, limoneros, cipreses altos debajo de los cuales crece un césped acolchonado. En un hueco del tronco de ese olivo –árbol sagrado de los antiguos griegos– hay una estatua en porcelana azul de Lao Tsé, el sabio chino. En cada rincón, la estatuilla de una divinidad hace del parque la miniatura de un reino encantado.

Del lado de acá de un muro cubierto de madreselva, se recorta la silueta de los templos, réplicas de sus originales dispersos por Europa y Asia. Culturas separadas y en discordia *en el mundo*, acá están en armonía. Las columnas griegas del templo a la Madre Deméter, Diosa griega de la Naturaleza. La capilla cristiana a la Virgen María, con sus líneas rectas en dirección al cielo. El enorme Templo Mayor, con sus galerías en forma de arcos, que materializa la convivencia de lo diverso en lo Uno, el sueño de una Humanidad que por fin avanza, amén de sus diferencias, en un único Camino hacia un Dios cuya esencia es el Amor. El mismo que hace aparecer las flores en las ramas de los azahares y luego las convierte en naranjas o kinotos que se pueden comer sin lavar, o que caen al suelo para alimentar a los pájaros, como ejemplo de entrega.

Esta mañana de febrero, los que vinimos al internado estamos dentro de la pagoda budista. Su arquitectura hexagonal favorece la

ronda en la que nos acomodamos, en almohadones de color ocre. Hace falta inclinarse para entrar, porque la puerta de madera es baja, lo cual vuelve natural la reverencia que se debe hacer al ingresar. Los zapatos quedan afuera. Junto a la puerta, hay una campanita de bronce que hay que tañir antes de entrar, para avisar a la Divinidad que habita dentro. Que está en todas partes, pero ahí, en el templo, se manifiesta de una manera particular. Las ventanas chiquitas, con vidrios esmerilados, dejan pasar una luz escasa y cálida, una penumbra que deja ver la punta del sahumerio encendido enfrente del altar, donde reposa una estatua del Buda de tamaño natural.

La Madre enseña que devocionarse a una Forma Personal de Dios es el camino más adecuado para acercarse a Él. Ella asegura que hay que ser muy elevado espiritualmente para conectarse con Dios Sin Forma, y nadie debe considerarse elevado. Mucho más difícil es pretender conectarse con Dios en el propio Corazón, o en la Naturaleza, o de cualquier manera que suponga una abstracción. Por eso, aunque varias ramas del budismo sean renuentes a la adoración de imágenes, en esta pagoda se ha colocado una estatua del Buda, el Maestro de la Compasión.

Todavía no son las ocho. Sentados en ronda alrededor de este altar, las nueve o diez personas que estamos en el internado esperamos a Marcos, nuestro director, que va a guiar la meditación. Marcos tiene reputación de ser algo heterodoxo en las prácticas espirituales que transmite: él sí medita en Brahman, el Dios Uno que está más allá de lo visible. Por eso dirige largas sesiones en las que solo se canta el om. Acaba de sacarse sus alpargatas viejas y dejarlas al lado de la puerta. Hizo sonar la campana y entró con una reverencia. Ya adentro, se sentó en una perfecta posición de loto, con la espalda recta y los ojos cerrados. Hay algo atlético en su figura, en la convicción de su postura inmóvil, que parece ensimismarse inmediatamente.

De mañana, el silencio es más hondo. Se escucha apenas el canto de las calandrias, algunos gallos todavía a lo lejos, el ruido de los eucaliptus y el viento. Las zapatillas que nos sacamos antes de

entrar están húmedas de rocío. Al cerrarse la puerta de la pagoda, todo eso queda afuera. De a poco, vamos quedando inmóviles, intentando imitar a Marcos. La quietud, propiciada por la coreografía del ritual, ya de por sí parece decir algo profundo. Hay que quedarse más y más quieta para percibir *eso* que está sugerido en cada gesto, en cada objeto.

Marcos tiene puesto un pantalón ancho, manchado, y una remera desteñida, a la que le cortó las mangas. Es muy delgado, pero en la posición de loto se le marcan los músculos de los brazos, tostados por el sol. Se afeitó la cara y la cabeza. Si se lo mira de reojo en la penumbra de la pagoda, parece uno de esos anacoretas de las estampitas hindúes meditando en las montañas o los bosques. Por algo la Madre lo llama, a veces, así: *mi hijo el anacoreta*.

Después de un tiempo de silencio con los ojos cerrados, en los que cada quien intentará hacer lo que pueda con su mundo interior, Marcos va a empezar a entonar el sonido del om en un tono tan grave que pareciera que su voz sale del centro de una roca. Los demás vamos a sumarnos a ese om cada vez más largo. No va cada quien a su ritmo: esperamos a oír su voz para comenzar. Las voces al unísono producen un fuerte impacto. La vibración hace resonar las propias cavidades, el pecho, el cráneo. El silencio que se forma entre sonido y sonido va dejando la mente serena y produciendo una sensación de liviandad en el cuerpo, que puede incluso asustar a los inexpertos. No es fácil mantenerse quieta por tanto rato, con la inhalación y la exhalación acompasadas en ese canto monocorde y común, pero si una lo consigue, el efecto es parecido al de un psicoactivo.

Cada tanto, el silencio se prolonga más de lo esperado. En lugar del om, la voz pausada y narcótica de Marcos va a decir algo, que va a ser oído desde ese vértigo oscuro del interior de sí. *Quietos*: a veces es una sola palabra. *Los pensamientos pasan, la sensación de existir permanece*: a veces son unas pocas más. *El om es el sonido primigenio, la creación que se despliega y se repliega en el infinito de Brahman*. De pronto, esas palabras tocan una fibra íntima o desconocida y se produce algo más, un silencio mental más hondo,

una emoción indefinida, entre dicha, terror y una libertad radical, como si se abriera la compuerta de una sensación que vagabundeaba en la memoria de las células.

Espío a Marcos. Habla con los ojos cerrados. Otras personas en la ronda tienen los ojos llenos de lágrimas, también cerrados. Yo practico la meditación desde hace un año en mi filial, pero esto es diferente. Las meditaciones a las que estoy habituada duran cuarenta minutos y consisten en cantos variados a distintas divinidades, lecturas, y luego om para cerrar. Esto es más difícil, más austero, más profundo.

¿Podría haber sentimiento del yo
sin Aquello que siempre existe?

Estos versos, oídos en los intervalos del om en aquellas mañanas de febrero de 1996, se me clavarían en el corazón para siempre. Pertenecen a un himno llamado "*Sat Darshanam*" (La Visión del Ser), compuesto por Ramana Maharshi, supongo que alrededor de los años cuarenta. Ese dato era por completo irrelevante para mí: lo mismo podían hablarme de los años cuarenta que de diez mil años atrás. Mi ignorancia histórica era absoluta. Pero de Ramana Maharshi, el Iluminado, Marcos nos mostró una foto en blanco y negro. Delgado y con su barbita rala, Ramana se le parecía, de modo que me reforzaba la desbocada admiración hacia él, que no dejaba de crecer a una imprudente velocidad.

Este Ser interno, el Corazón, existe, libre de pensamientos.
¿Cómo, pues, conocer Aquello que está más allá de la mente?
Conocerlo es residir, firmemente, en el Corazón.

Estos versos todavía tienen un efecto corporal en mí, veintitantos años después. Me producen algo en la mente, o en la conciencia, o en el cerebro, o en el sistema nervioso, como se prefiera. La sensación es difícil de explicar. Es algo así como si pudiera percibir sin ver (como se intuye lo que está a nuestras espaldas) un espacio oscuro, vivo, vacío y colmado a la vez,

semejante a una presencia ubicua, que me produce un cosquilleo a la altura del esternón, conectando con mi propia sensación de existir. No el yo, sino el sentimiento del yo. Se me relaja algo en el cráneo, no sé qué es. Esta cosa extraña, gozosa y desestabilizante no se me instaló en aquel retiro, a mis catorce, sino con años de prácticas intensas, incluso duras. Pero comenzó ahí, donde tuve un fuertísimo pantallazo. Quedó asociada a esos primeros versos que hablaban del Corazón. Y a la voz de Marcos.

En algún momento –una hora y media después de haber comenzado, ni un minuto antes ni uno después– se escuchan de lejos tres campanadas. Está listo el desayuno. Acaban de prepararlo dos participantes del internado, porque las tareas de servicio (cocina, limpieza y tañido de campanas) son comunitarias y rotativas. La impresión de fraternidad y ausencia de conflicto es total, con excepción de la lucha contra los propios pensamientos y deseos: la batalla interminable contra el ego. Salimos en silencio de la pagoda. El sol está más alto.

Avanzamos por los senderitos como despertando. Cruzamos la puerta verde que separa la zona de los templos y nos ubicamos alrededor de la mesa, debajo del árbol de tilo, al lado de la cocina. Nos rodean los perros y los gatos. El entorno es humilde, incluso descuidado, en un contraste desproporcionado con el preciosismo que reina del lado de los templos. Nuestra humanidad, nuestras necesidades materiales, el cuidado del cuerpo, debe ser reducido al mínimo, despreciado. *Que solo quede de mí, Señor, aquel poquito/ con que pueda llamarte mi Todo*, decía un poema de Rabindranath Tagore al que alguien le había puesto música para que pudiéramos cantarlo.

Sobre la mesa hay platos con tostadas recién hechas, queso y dulce en pedacitos y tazas donde los compañeros de turno sirven el café con leche. Marcos se sienta en la cabecera y yo me siento a su lado. No quiero perderme un solo gesto, una sola palabra, hasta su manera de tomar el café me parece imantada de todo eso que acaba de envolvernos.

Desde que llegué al internado, él me mira con una ternura que

me hace sentir algo intenso que nunca antes había sentido (una mirada completamente diferente de aquella otra tan intimidante, la del cumpleaños de Ganesha de unos meses atrás). O sí, quizás lo había sentido sola imaginándome vaya a saber qué cosas, cuando me disfrazaba con vestidos largos delante del espejo de mi habitación y representaba escenas de teatro, o cuando escuchaba canciones melosas de *U2*. Pero no, esto es distinto. Ni siquiera lo puedo comparar con otra cosa. Tengo una impresión de plenitud, como si cualquier miedo fuese una pesadilla boba de la que la mirada de Marcos me despierta, me rescata para siempre. Nunca lo había sentido así de real, al calor de una persona que parece emanarlo, una persona tan sabia, tan bondadosa y tan impredecible, que lo lleva en los ojos y que me lo está dando a mí. Nada más ni nada menos que a mí. Es algo que no quiero dejar de sentir nunca, nunca jamás, me cueste lo que me cueste.

X

Marcos no desentonaba de un lado ni del otro del muro que delimitaba la zona de los templos.(17) Con su ropa ancha y gastada, siempre con algún instrumento exótico en las manos y en alpargatas o descalzo, se asimilaba al paisaje.

Federico era su territorio: vivía ahí desde los diecinueve o veinte años y había participado de las primeras construcciones. Simulaba un perfil bajo que solo volvía más estridente su figura en el folklore de la mística: aunque se hiciera el distraído, el poco hábil para las cosas pragmáticas, una sola palabra de él tenía un peso gigante frente a cualquier visitante, miembro o profesor, de los que íbamos desde la capital.

Una mañana de aquel retiro, me senté a esperar a los demás debajo de un pino, antes de la primera meditación del día. Marcos me sorprendió sentándose al lado mío. Me hizo pasar la mano por el pastito que crece debajo de los pinos, al ras del suelo, que acolchona la tierra. Me instó a que sintiera la textura. Luego me mostró que junto al templete de *Nataraja* –el Rey de la Danza, Dios que baila en un círculo de fuego y es una imagen del Cosmos– crecía un musgo verde claro. También me hizo tocarlo, era como terciopelo. Me dijo que nunca había que dañarlo, porque los duendes dormían ahí.

Yo sentí un alivio de una clase específica: sentí que el mundo

mágico de mi infancia revivía en el mundo real de los adultos. ¿Le habría dicho yo a Marcos, a esa altura, que apenas tres o cuatro años antes soñaba con construir una casita en miniatura, porque estaba segura de que en mi habitación había duendes y que si les hacía una casa los vería habitarla? Hasta había juntado palitos de helado para hacer las tablitas del techo. ¿Le había contado que me abrazaba al tronco de los árboles, intentando escuchar el correr de la savia por dentro, segura de que eran gigantes antiguos reencarnados en un cuerpo vegetal? Es más que probable que, a lo largo de las clases y charlas de sobremesa del retiro, yo –que nunca fui tímida, y menos entre adultos– hubiera hablado de estas cosas con naturalidad.

Duendes. Ese elemento enlazaba justo mi mundo infantil con el universo de Dioses y Santos de Federico, pero suponía un desvío, una heterodoxia más de las que Marcos se permitía, porque los duendes no formaban parte del imaginario oficial: los duendes son seres de dentro de la Tierra, del submundo, por eso tienen las orejas hacia arriba, a diferencia de los Budas, que tienen las orejas hacia abajo porque son seres del Cielo. Esto me explicó Marcos poco después, cuando le pregunté por qué no había estatuas de duendes en el parque. Por eso la Madre sería capaz de destruir con sus propias manos una estatua de un duende si alguien llevara una. Es decir que la revelación sobre los duendes tenía el sabor de lo prohibido, y su transgresión, una pequeña desobediencia de él hacia su Madre que creaba una complicidad entre nosotros.

Digo que sentí alivio ante la posibilidad de retener mis fantasías infantiles, pero también sentí desconcierto. Algo fugaz que, ahora puedo saberlo, iba a expandirse e instalarse en mi pensamiento. ¿Este hombre grande realmente cree que acá a la noche duermen duendes? ¿Son duendes de verdad, que se pueden ver, o es una manera de decir, como dicen que el rocío baja a refrescar a las hojas por su infinita compasión? No me animé a preguntárselo, quizás porque no pude formular la pregunta. Mejor hacer silencio mental e intentar recibir las enseñanzas desde el corazón.

---

17. Ahora me doy cuenta de que no había cestos de basura en la zona de los templos del Centro Pedagógico. Por supuesto que siempre lo supe, pero hay algo particular que sucede con ciertos recuerdos: están ahí, pero aislados de los demás pensamientos, disociados, separados del resto, como si esa zona de la memoria le perteneciera a otro. Están ahí como cosas, pero no como información, desgajados de la diégesis, desarticulados del relato de la propia vida.

En la zona de los templos no había cestos de basura porque no había *resto*. Un todo homogéneo y colmado de sentido. Un espacio donde no había elemento que no tuviera una intencionalidad espiritual –una correlación simbólica con un mundo ordenado según lo Bello y lo Bueno–, que no quisiera enseñarnos algo hablando un lenguaje sagrado que había que aprender a interpretar, leyendo y oyendo a los sabios. Sin fisuras, sin falla, sin falta.

En rigor, lo residual no desaparecía por completo, sino que estaba en nosotros, en nuestros pensamientos descontrolados y en nuestras necesidades corporales. Íbamos a los templos a que *eso* que estaba de más (el velo de la ignorancia consistente en nuestro ego y nuestra individualidad) se diluyera por completo, desapareciera sin dejar rastros, como la evaporación de un estanque alucinado por la sed. No obstante, continuamente salíamos de la zona de los templos para satisfacer nuestras necesidades corporales, como ir al baño, comer o conversar. La pureza reinante en los templos se nutría, parásita, de lo que ocurría del otro lado, donde no había ni magia ni sobresaturación de sentido. Sin embargo, ambos espacios se mantenían tan inconexos a nivel simbólico como la experiencia del abuso se mantiene inconexa de las demás, en la conciencia de quien la padece, y generalmente, también, en la mirada del entorno.

XI

La Madre siempre decía que amaba a los jóvenes, y cuando decía *los jóvenes* se refería, en particular, a los adolescentes.(18) Decía que después de los veinticinco años, el mundo contamina a la gente y ya es tarde para enseñarle a consagrarse a Dios, al Maestro y al Ideal. Siempre ensalzaba al grupo de discípulos que habían entrado a la Escuela entre sus dieciséis y sus veinte años, en una época gloriosa en que la sede central ocupaba un edificio de muchos pisos, cerca del obelisco. Estas personas ahora rondaban los cuarenta años y ocupaban todos los puestos jerárquicos, algunos, dirigiendo sedes en el exterior. Eran personas que la obedecían ciegamente, profundamente dogmáticas, dotadas de una enorme capacidad de trabajo y, por lo general, con una dependencia alarmante, emocional y material, hacia la Escuela y hacia la Madre.

Ella organizaba cenas a las que solo podían entrar estas personas, pero de las que todos estábamos enterados; por ejemplo, se seleccionaban miembros para que hicieran de camareros, o se nos convocaba para cocinar, limpiar, preparar los cubiertos en la larga mesa de manteles de encaje. Ella se sentaba en la cabecera con un lujo de cotillón, de almuerzo televisivo. Marcos estaba en este grupo de discípulos privilegiados, aunque ocupaba esa posición de heterodoxia funcional que trato de describir, un rol como de místico antisocial: implícitamente invitado a estos eventos, no iba nunca.

Rehusaba el privilegio. Iba de suyo que prefería quedarse meditando, con su ropa gastada, su plato de arroz y su gesto *outsider*.

Evidentemente, aquellas de los abundantes discípulos jóvenes habían sido épocas doradas, porque en los años noventa, cuando entré yo, las personas que me seguían en edad me llevaban diez o quince años, como mínimo. Esto lo recuerdo muy bien porque a pesar de todo lo que me adulaban por ser tan chiquita, yo sentía una tristeza de estar entre viejos –lo que para mí eran viejos– que iría aumentando drásticamente con el paso del tiempo.

---

18. En la Fundación reinaba una totalidad de sentido clásica: a partir de unas pocas reglas de juego, se producen sentidos de manera virtualmente infinita y siempre coherente, proyectando la ilusión de explicarlo todo. La clave está en no recibir insumos del exterior del sistema, únicos que podrían desequilibrarlo para promover una pregunta que reenviara afuera. Aquí no hay preguntas que no se respondan rápida y fácilmente con los elementos dados, produciendo la impresión de explicar cosas complejas de manera simple (lo cual no siempre es posible sin faltar a la verdad).

Se explotaba una racionalidad desentendida de las vicisitudes incomprensibles de la realidad, de las preguntas sin respuesta, de los datos que desequilibran las teorías. Una deficiente alfabetización científica promueve la confusión de que esa racionalidad equivale a pensar científicamente, cuando es al revés: lo que impulsa el final del paradigma teocéntrico no es tanto el uso de la razón, sino la supeditación de esta a los datos de la experiencia, a los aspectos conflictivos de la realidad, a la observación de lo anómalo del mundo, territorio de lo incompleto, lo corrupto, lo perecedero, lo que nunca satisface las demandas de perfección.

Una totalidad como la que reinaba en la Fundación, ahistórica por definición, fascina a las inteligencias adolescentes por cuestiones de desarrollo psicogenético, tal como ya había explicado Jean Piaget unas cuantas décadas atrás. Hacia los catorce años, dice Piaget, se espera que una jovencita desarrolle pensamiento formal, por primera vez emancipado del pensamiento concreto que caracteriza la inteligencia infantil. Fascinada por la pureza de un sistema abstracto que parece incluirlo todo, que empieza y termina en el intelecto, todavía no tiene la madurez para aceptar que no todo funciona según la lógica, que la vida es caótica, desprolija, azarosa, que nosotras mismas lo somos, que de los esquemas que diseñamos para

comprenderla y dominarla siempre sobra un poco de barro, un equívoco, una falla, un resto inasimilable. Y menos mal, porque es gracias a ese resto que sabemos que no sabemos, que nos vinculamos con las otras y los otros con reciprocidad, que descansamos de las obsesiones, que nos hacemos preguntas y nos reconocemos frágiles. Es gracias a ese resto, también, que disfrutamos de la vida, que podemos desear.

XII

Después de la meditación de la mañana, la rutina del retiro continuaba así: terminado el desayuno, había clase en la galería de algún templo, también con Marcos. En este caso, las clases versaron sobre el mismo himno que nos leía durante la meditación. Nos sentábamos en ronda, con los jardines a la vista. Allí, él extraía del texto unas enseñanzas que mezclaban abstrusos problemas metafísicos con consejos para la vida, sin que esto suscitara la sorpresa de nadie.

Todo lo contrario: que las enseñanzas revelaran la Verdad de las cosas y a la vez tuvieran un correlato práctico era lo que nos mantenía embelesados. Era la prueba de que la filosofía que aprendíamos no estaba dirigida a la mente sino al espíritu. A Marcos lo escuchábamos maravillados por la facilidad retórica con la que pasaba de un verso sánscrito a una letra de tango o un poema de César Vallejo, haciendo guiños a los hombres y hablando con una dulzura extrema a las señoras y a mí, a quien se dirigía como a una muñequita de cristal. El contraste entre su aspecto desaliñado y sus modales refinados producía una especie de seducción generalizada. A mí me dejaba sin saber ni qué pensar, *shockeada* en una emoción improcesable.

Una hora después sonaban las campanadas otra vez. Marcos tomaba algún instrumento de los que él mismo fabricaba –un

birimbao, un dishuridu, una tambura confeccionada con calabazas de su propia cosecha– y empezaban los cantos devocionales. Tampoco eran como los de las escuelas. Él nos hacía cantar el om un rato largo, instándonos a contemplar el entorno, la maravilla de la Creación. A diferencia de la meditación de la mañana, en la que el om se cantaba con los ojos cerrados para conectar con la Conciencia en el fondo de Sí, acá las indicaciones apuntaban a percibir la misma Conciencia dando forma al espectáculo que teníamos delante: las nubes lentas, los álamos respondiéndole al viento, algún zorzal, las cúpulas de los templos.

Tat Tvam Así es una de las sentencias de la filosofía vedanta advaita, que producen la iluminación: *Tú eres Aquello*, significa. *Aquello* infinito que es el sustrato de tu existencia, es *Aquello* mismo infinito que da forma y sustrato al universo. Todo está hecho de una única Sustancia. Lo único que impide comprender y gozar de esta Verdad es el propio ego, que en su ignorancia se cree separado del Todo y se autopercibe perdido en un mundo múltiple (y por eso sufre). Nada de eso es real. La única Realidad es que Dios danza y deviene todas las cosas. Así como un hombre en la oscuridad ve una soga pero se asusta porque cree ver una serpiente, así también nosotros creemos ver un mundo de peligros donde lo único que hay es la gloria del *Sat Chit Ananda*, el *Ser Conciencia Bienaventuranza*. La serpiente nunca existió, fue una ilusión, la *Maya*. El ego y el mundo tampoco existieron jamás. Dios, cuya esencia es el Amor, es lo único real.

Es el Maestro el que revela la sentencia védica al discípulo cuando advierte que está a punto de lograr el *Samadhi*, la experiencia de unión con *Aquello*, que a veces se traduce como *posesión de Sí Mismo*. Dios dentro de sí (*Atman*) y Dios fuera de sí (*Brahman*) que se reconocen Uno, produciendo el chispazo de la Dicha. Poco a poco, para todos los miembros de la Fundación, esta cosmovisión se iba convirtiendo en el sentido común, en lo que todos en la Escuela compartíamos y dábamos por obvio.

Marcos insistía en que el om era la canción más breve que existe, la canción semilla de la que salen todos los cantos, todas las

voces, todas las cosas. Luego, elegía algún mantra que él mismo había musicalizado y lo repetía una y otra vez, intercalándolo con el om. Cuando sonaban las campanadas para el almuerzo, estábamos en un estado emocional que yo recuerdo como algo fuertísimo y frágil a la vez. Fuertísimo porque invadía la cabeza y el cuerpo hasta que una se sentía liviana: hueca de sí pero colmada de algo inexplicable. Y frágil, porque se necesitaba mucha quietud alrededor para retener esa sensación. Lo único que me importaba entonces era volver a ubicarme junto a Marcos, fuente de la que emanaba todo eso, al lado de la cabecera, para el almuerzo.

Había que esperar que todos los platos estuviesen servidos. Después, Marcos dirigía la bendición del alimento usando una fórmula creada por la Madre: una parte del padrenuestro, unos mantras a Ganesha y unos agradecimientos especiales a Lakshmi, Isis y Deméter, Diosas consideradas Madre Naturaleza en India, Egipto y Grecia. Mientras empezábamos a comer, cada comensal leía en voz alta una página de un libro elegido por el director. En ese retiro leímos *Relatos de un peregrino ruso*, un relato supuestamente testimonial de un cristiano ortodoxo que narra su viaje a pie por distintos lugares sagrados, llevando consigo pan duro, agua y sal. Cuando se completaban una o dos vueltas de lectura, según indicara Marcos, podíamos conversar de sobremesa.

Luego, había un pequeño descanso. Después, campanadas, y venía el trabajo. El director podía indicar cualquier tarea: envasado de sahumerios, limpieza, pintura en las instalaciones, jardinería en los templos. A mí, Marcos me indicó jardinería en los templos, tarea que permitía continuar con el estado de arrobamiento, porque era del lado de adentro del muro. Después de ubicar a cada quien en su tarea, se sentó en el suelo a mi lado, junto al canterito que bordeaba el templete de Nataraja, y me dijo que para mí había reservado el trabajo de *desyuyar*. Me dijo que a él le resultaba muy dura esa tarea, porque había que matar unas plantitas para que quedara todo prolijo, que a la Madre le gustaba todo prolijito, que él habría preferido dejar que los yuyos crecieran libres y que Federico fuera una selva, ah qué hermoso sería que los templos se perdieran en la

maleza, pero que no podíamos. Él había aprendido a comportarse como un hijo bueno.

Me mostró cómo arrancar las raíces de los yuyos sin dañar las otras plantas, hundiendo la yema de los dedos en la tierra húmeda. Me hizo oler las aromáticas, como la ruda (según el olor se sabe si es macho o hembra) y la lavanda. Me contó sobre las propiedades medicinales de la artemisa y el diente de león y me enseñó a reconocerlas. Iba y venía dirigiendo los trabajos de todos, aportando explicaciones y herramientas; conmigo se demoraba para abrirme estos mundos que, precisamente, a mí me fascinaban desde antes. Mi mamá me había enseñado los nombres de los árboles de mi barrio, cuando íbamos juntas por la calle. Yo sabía distinguir un plátano de un paraíso, un fresno de un álamo. Vuelvo a preguntarme si yo se lo dije o se dio cuenta solo.

Acabo de acordarme: fue en el primer almuerzo, tomando té en la sobremesa, delante de los otros participantes del internado. Tratando de agradar, dije algo sobre lo mucho que me gustaba el otoño, el color amarillo de las hojas. Marcos hizo un gesto de admiración, dijo que no era habitual ser sensible a los cambios de estación en la ciudad. En tono de broma, me preguntó cuántos años tenía yo, y cuando respondí, *catorce*, él dijo: “¡Parecés de cincuenta!”. Y se rió fuerte, con esa carcajada ridícula que yo le copié con los años. Los demás también se rieron y asintieron, los otros adultos que estaban alrededor de esa mesa dispuestos a celebrar cualquier estupidez que Marcos dijera. A mí se me erizaron las plumas como a un pavo real. Me sentí tan orgullosa, tan agraciada, tan diferente de todas las demás. Y tan sorprendida, también. ¿Yo parecía de cincuenta?

Después del trabajo, teníamos una clase más, a cargo de otro residente. No me acuerdo sobre qué era la clase, pero podía ser la *Subida al Monte Carmelo* de San Juan de la Cruz, *Vidas de los santos sufíes* o *Cuentos jasídicos* y enseñanzas de la mística judía, los *Versos áureos* de Pitágoras, el Noble Óctuple Sendero del Buda o el *Tao Te Ching*. Cada libro, cada tradición, iluminaba de un modo particular una zona del jardín, un templete, una estatua, que dejaban de ser

objetos para convertirse en puertas a otras dimensiones.(19)

En esas clases se iba entretejiendo, además, el relato mítico del propio lugar. Los residentes contaban anécdotas de la Madre, que había sido cantante de ópera y había renunciado a su carrera para dedicarse a construir esa ciudadela de templos (lo había hecho por nosotros). Que los inviernos eran crudos, que en una época solo tenían arroz blanco para comer y sin embargo habían levantado el primero de los templos, el de Ganesha, por puro fervor espiritual. Que ese tilo debajo del cual almorzábamos había sufrido una poda mal hecha, entonces la Madre le había compuesto una canción que todos cantábamos y el árbol había sanado.

Después de la clase, venía la meditación del atardecer, nuevamente a cargo de Marcos. Al terminar, la merienda compartida era la última actividad del día. A eso de las siete y media de la tarde quedábamos libres. El que quería se podía preparar alguna cosita de cena, pero no era lo recomendado. Se esperaba que nos bañáramos, leyéramos un poco y luego nos acostáramos temprano, varones por un lado y mujeres por el otro.

Releo lo que acabo de escribir sobre los días que pasé en aquel retiro de febrero de 1997 y no sé si el núcleo de la cuestión está claro. Me pregunto cómo hacer para que ustedes, lectoras y lectores, comprendan que aún hoy recuerdo esos días saturados de un goce desbordante. Me pregunto cómo hacer para que ustedes comprendan lo incómodo, lo confuso, lo vergonzante, lo doloroso, lo terrorífico de tener clavada todavía esa espeluznante felicidad en la materia que me constituye.

---

19. En los retiros del Centro Pedagógico, el mito, la trama de palabras, producía naturalmente el rito, un modo de funcionar corporalmente: caminar pausado, hablar en voz baja, sentarse en soledad (aunque nunca se estaba solo en los templos: todo era Presencia), prosternarse frente a una estatua, emocionarse delante de un arbusto. Sin que mediara una decisión, quienes formábamos parte del retiro íbamos completando una coreografía que nos integraba al paisaje, generando una sensación de unidad que atribuíamos a la poderosa imantación del lugar. Los Dioses se volvían palpables y visibles. Ya en el curso de aspirantes nos habían dicho que *religión*, en latín, significaba *re-ligare*, “volver a ligar”. Volver. Por fin, nos sentíamos de regreso a nuestro

verdadero Hogar, al cobijo de nuestro Padre y Madre eternos. Muchos años demoraría en toparme con lo que tan bien había explicado Max Weber, cuando dijo que lo decisivo ante el objeto de culto no es la relación entre ese objeto y el fiel que lo adora, sino las relaciones que se instalan *entre los fieles*, a partir de la sacralización del objeto.

XIII

Yo escribí mis primeras historias a los cuatro años, cuando mi hermano,(20) que tenía siete, instaló un pizarrón de juguete en el patio de nuestra casa y me enseñó lo que había aprendido en la escuela. A los seis compuse mi primer poema: *Estás en la barca,/ estás en la flor,/ estás en el centro/ de mi corazón*. Mi mamá me leía cuentos y novelas por capítulos todas las noches, al borde de mi cama. Me leyó la saga de *Mujercitas*, me leyó *La isla del tesoro*, me leyó *Las mil y una noches*. Aunque yo ya leía por mí misma libros completos, adoraba esa costumbre, al punto de que, cuando mi mamá no podía, la reemplazaba mi papá, que se trababa en algunas partes.

Para sobrellevar las penas de la infancia, yo leía y escribía. Escribía diarios que guardaba en el cajón de mi escritorio, escondiendo la llave. Escribía cuentos usando la máquina de escribir Remington, escribía ideas y escribía poemas. Poesías, las llamaba. Había ganado un premio de poesía infantil a los nueve años (mi maestra de tercer grado había venido a la entrega de premios con el marido) y otra a los once, y había publicado en la revistita barrial, incentivada por mi mamá, que gestionaba todo eso. A los catorce tenía un cuaderno al que pasaba mis poesías. Se lo había mostrado a mi profesora de Castellano de primer año del colegio, Amada Bianchi; ella me había hecho algunas anotaciones

en lápiz, corrigiéndome cuestiones de métrica. Tenía una antología de Rubén Darío y me había aprendido varios poemas de memoria. La profesora, cuando se lo conté, se había sonreído y me había dicho que ella, cuando era chica, también leía a Rubén Darío.

En 1904, Rubén Darío publicó su poemario *Azul*, inaugurando el *modernismo*. Su poesía retomaba la idea de un Cosmos donde las cosas eran símbolos de verdades ocultas y trascendentales. *Como es arriba, es abajo*: la naturaleza visible está signada por correspondencias con lo invisible, que la poesía viene a revelar.(21) A mí me fascinaba la musicalidad de sus poemas:

El olímpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico
lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico.

La figura del cisne no es azarosa. Nada es azaroso en la poesía de Rubén Darío. Platón le hizo decir al bueno de Sócrates que los cisnes, animales de Apolo, cantan antes de morir. En la poesía de Darío, el cisne simboliza al poeta:

¡Torres de Dios! ¡Poetas!
¡Pararrayos celestes
que resistís las duras tempestades,
como crestas escuetas, como picos agrestes,
rompeolas de las eternidades!

El poeta, vidente de lo sagrado, capta la Unidad que subyace a la diversidad, la Armonía que resuena si se oyen las vibraciones de todas las cosas, como enseñó Pitágoras. Por eso el instrumento del poeta es la lira, que representa justamente eso: el modo en que cada cuerda emite un sonido diferente, pero todas juntas forman la melodía de la Creación. En el Templo Mayor de Federico, además de los símbolos de las siete religiones consideradas principales, lo único que decoraba las paredes era una serie de liras enormes, que cada año retocábamos con purpurina dorada sobre fondo celeste.

Además de ser el escultor que modelaba las estatuas de los

Dioses y el monje que vivía para meditar, Marcos era el poeta. Eso yo ya lo sabía, porque tenía el poema de cuando había venido a dar aquella conferencia sobre el om. Era un poema compuesto según la poética modernista, la misma que yo estaba empezando a imitar en las poesías que le había mostrado a mi profesora del colegio.

No sé cómo le habrá llegado a Marcos la información de que yo escribía poesía. Si tengo que decir lo que pienso, creo que la Madre debió haberle pasado el dato. Ella estaba al tanto. Ese mismo verano, escribí un poema dedicado a un sauce llorón, una cosa obviamente muy fea que le había hecho llegar a ella. A partir de entonces, no perdería la oportunidad de ensalzarme en público por ese poema y los que seguirían, contándole a su selecto auditorio de profesores y dirigentes que la primera vez que había leído poemas míos había pensado que yo me los copiaba, como hacen algunas *nenitas* (ella usaba esa palabra), por lo perfectos que eran. Esto comenzó a suceder apenas unos meses más tarde.

En cualquier caso, la última tarde de aquel retiro, poco antes de que la combi nos devolviera a la capital, Marcos se metió en su habitación, que quedaba pegada a la cocina, y salió con unas hojas tipeadas a máquina. Eran poemas de él. Se me acercó con un gesto tímido, con esa especie de inseguridad dulzona con que me trataba esos días, y me los dio. Me dijo que le interesaba mi opinión, *de poeta a poeta*. Que se iba a sentir muy honrado si yo le dedicaba un ratito a leer *su basura*. Eso me dijo.

Ese gesto tímido. Esa manera de chequear a un lado y al otro, con la cabeza rapada un poco inclinada hacia adelante, quién podía estar viéndonos. Y su mirada intensa clavada en la mía: quedarse mirándome a los ojos unos segundos antes de empezar a hablarme. Toda esa *performance* que ya tenía el olor de la clandestinidad, y que yo recibí como una prueba de nuestra conexión espiritual.

Fue por esos días, según me dijo más tarde, que me dedicó aquel poema, *Si Sol no fuera tan niña*. Si yo no hubiera sido tan niña, este individuo no se hubiera aprovechado de mí como lo hizo. A esta altura, eso lo tenemos claro todos.

---

20. Actualmente, mi hermana se autopercibe de género no binario. Me refiero a ella en masculino para narrar pasajes de mi infancia y de mi adolescencia porque considero relevante, en este relato, narrar los hechos como yo los recuerdo, desde mi perspectiva. Esto no va en detrimento de mi feliz reconocimiento de la autopercepción de género de mi hermana en la actualidad.

21. Esta teoría de la metáfora (la del *simbolismo* francés) entraba en consonancia con el esoterismo –sobre todo, con la teosofía– bien al uso de la aristocracia latinoamericana a principios del siglo XX. En la poesía de Rubén Darío no falta el orientalismo ni la abundante referencia a la mitología clásica. Tampoco faltan los himnos triunfales en honor a gobiernos conservadores, como la *Oda a Mitre,* ni contribuciones al nacionalismo liberal, como *Canto a la Argentina*. Desde luego, a mis catorce años yo estaba a años luz de captar, siquiera de lejos, las implicancias ideológicas de la poesía de Rubén Darío.

XIV

Cuando volví de aquel retiro, a mediados de febrero de 1997, yo no era la misma. Había vivido una semana de inmersión en experiencias que eran sin duda demasiado fuertes para mí.(22)

A diferencia de las vacaciones –en las que se asume que el ocio, los paisajes y el confort producen un bienestar imposible de sentir en el trajín cotidiano– el retiro espiritual instala la idea de que el estado físico y psíquico conseguido se debe a una Verdad interior que ha aflorado gracias a las prácticas espirituales, rotunda Realidad que palpita debajo de las apariencias. En Federico se nos instaba a que, al regresar a casa, hiciéramos cambios en la rutina para que las sensaciones que habíamos experimentado en el retiro afloraran también en medio de las ocupaciones cotidianas. *No traigan el mundo a Federico, lleven Federico al mundo*, se repetía.(23)

Nos íbamos del retiro con la convicción de que habíamos llevado una vida austera, a salvo de las tentaciones de los sentidos. Lo que habíamos gozado se debía exclusivamente al Espíritu, que está en todo lugar, independiente de la materia. Ahora, había que conseguir ecuanimidad ante el placer y el dolor, el calor y el frío, el gusto y el disgusto, a fin de sostener la percepción de lo Eterno.(24)

El bienestar quedaba asociado, además, a la rutina estricta, reglada hasta en sus mínimos detalles. Se trataba, en el fondo, de una obediencia radical. Que lo mejor que puede elegir el Corazón es

no elegir (que esa es la Suprema Elección) dicía una frase de la Madre que era habitual encontrar en almanaques y cuadritos.(25) Esa cancelación de la responsabilidad del yo sobre sí y sobre sus actos se buscaba reproducir en lo cotidiano, tratando de seguir reglas imaginarias, como cantar mentalmente el om mientras se viaja en colectivo, incluir rituales devocionales en altarcitos domésticos a lo largo del día, repetir ciertas frases antes de comer. Un *discípulo* era tal porque tenía *disciplina*. Sin fin, se daban consejos *prácticos* para dedicar la vida a Dios, aun en medio de las distracciones del mundo. Obedecer, *venciéndose a sí mismo*, era la piedra angular del camino espiritual.

Desde luego, lo primero que sucedía al regresar de un retiro es que una quería pasar más tiempo en la Escuela, que también tenía un efecto burbuja: limpia, ordenada, siempre con una musiquita oriental o canto gregoriano de fondo. Los Dioses, santos y profetas de las distintas tradiciones sonreían desde cada rincón, donde ardían sahumerios y se ofrecían caramelos. Entre plantas y pizarras con frases que recordaban el Amor a Dios y la verdadera Esencia de las cosas, dentro de una escuela te sentías a salvo.

En cada una había un salón de meditación que, aunque fuera chiquito, era una réplica del Templo Mayor. Al volver de un retiro en Federico, todas las prácticas, rituales y objetos de la Escuela, que en un principio podían provocar extrañeza, adquirían un sentido, como si una dejara de pensar en elementos aislados y captara una gramática.(26) Lo que quiero decir es que la existencia de Federico empezaba a funcionar como contrapunto de lo que sucedía en las escuelas de la capital y, al mismo tiempo, en la vida entera de cada quien. Sabíamos qué hacer con los altarcitos porque habíamos vivido entre los templos. Las historias de los santos orientales y occidentales, por delirantes y ajenas a la vida contemporánea que fueran, se volvían palpables, próximas, reales, gracias a las experiencias de inmersión en Federico.(27)

Para quien había participado de un retiro internado había también una satisfacción del orden de la pertenencia, que rápidamente se reconvertía en jerarquía. Tomaba la forma de la

confianza que los profesores y dirigentes depositaban en una, delegando minúsculas responsabilidades, como explicar a los nuevos por qué había que sacarse los zapatos antes de entrar a meditar, o elegir una lectura para una práctica de meditación.

En mi caso, cuando volví de aquel retiro espiritual, a mis catorce años, yo estaba en *shock*. Lo único que podía desear, con una emoción que me desbordaba, era repetir lo que había sentido allá. Y todo eso había quedado asociado a la mirada, la voz, el gesto, la palabra, el olor y la presencia de Marcos.

---

22. Las prácticas del retiro (llamadas “espirituales”, pero que en rigor involucran actividades corporales, mentales y emocionales, incluyendo modos de alimentarse y hasta de respirar) eran fuertes para todas las personas, pero las oportunidades de establecer una mínima distancia crítica, que preservara algo del sentido de la realidad, a los catorce años eran prácticamente nulas. Esto es lo que yo sabía hasta hace pocos meses. Ahora sé, además, que alguien –nada menos que el director del retiro, designado por la fundadora, erigido como autoridad espiritual y material– había puesto en funcionamiento un dispositivo de captación particular conmigo, con el fin de apoderarse de mi sexualidad y de mi vida.

23. En el retiro se inculcaba la noción de que el bienestar existe permanentemente *dentro* de uno, en la *esencia* de uno, inalterado respecto de los cambios del *mundo externo*. Se borraba el hecho obvio de que una había modificado su estado psicofísico por estar en un parque con características concretas, como ocurre cuando una va a la montaña o al mar. En ese borramiento del sentido común, se instalaba la ilusión de que el *estado* conseguido era una Verdad subyacente a los fenómenos exteriores, de los que había que aprender a aislarse. Aunque, desde luego, nadie decía la palabra *aislarse*. Todo lo contrario: de lo que se trataba era de *conectarse con el verdadero Sí Mismo*. Se decía *ir más allá de lo aparente*, se decía *ver con los ojos del corazón*, se decía *volverse ecuánime ante los embates de los sentidos*, que aportan la engañosa sensación de que estamos separados, cuando en realidad somos Uno.

Se negaba lo obvio: el Centro Pedagógico no era concebido como un dispositivo arquitectónico y paisajístico que producía el bienestar, como cuando vamos a una quinta y sabemos que para que la pasemos bien alguien tiene que haber cortado el pasto, limpiado la pileta y llenado la heladera de bebidas. No. Aquí el bienestar provenía de la Percepción que un buen

discípulo debía aprender a sostener aunque estuviera viajando en colectivo en el microcentro, rumbo a su oficina o a su colegio, como en mi caso. Federico no *producía* sino que *revelaba*.

24. Esta noción de que era necesaria la ecuanimidad ante la información dual que aportaban los sentidos (frío, calor; gusto, disgusto, etc.) venía habilitada por un preciso aparato conceptual. Por ejemplo, se estudiaba la filosofía de los estoicos, la escuela socrática que prescribía la *ataraxia*: estado de ánimo de radical serenidad que se conseguía apaciguando deseos y pasiones. Se hablaba de mantenerse en *equilibrio* frente a los extremos. En realidad, habíamos pasado una semana disfrutando de un paisaje precioso, habíamos comido de manera saludable y rica sin tener que preocuparnos ni siquiera de elegir un menú, habíamos disfrutado del silencio, de la música, del reposo. Se narraban historias en las que los santos, aunque estuvieran en una celda húmeda comiendo raíces o pan duro, experimentaban la bienaventuranza de Dios, y luego se daba a entender que en el internado de Federico se vivía austeramente, como si se hiciera un sacrificio. Esto no era cierto: había condiciones concretas, físicas, corporales, que apuntaban a preservarnos de cualquier imprevisto, inquietud e incertidumbre, promoviendo una forma específica del placer, que no provenía autárquicamente de nuestro interior ni de la apertura de la conciencia. Mantener Federico, además, costaba muchísimo dinero.

25. Sin decidir nada en absoluto, confiábamos en que, gracias al cumplimiento estricto de cada indicación, habíamos crecido espiritualmente. Siguiendo las campanadas como autómatas, habíamos experimentado intensidades emocionales desconocidas y estímulos estéticos e intelectuales que confirmaban la coherencia de un sistema totalizante, cerrado, completo, en el hueco cálido de una fuerte regresión: una esfera gobernada por una Madre en la Tierra y un Padre en el Cielo, haciéndose Uno en nuestro propio corazón. Las claves eran la obediencia y la sumisión, a las que solía nombrarse románticamente como *entrega*.

26. Al volver del retiro y reincorporarse a las actividades de cada filial, ya no se sentía vergüenza por detenerse delante de un altar y hacer una reverencia al encender un sahumerio. La primera vez que comprabas en el kiosco caramelos para Ganesha o para Krishna, sentías que estabas en el mundo *como si no estuvieses en él*, en secreta complicidad con una realidad más verdadera que la que veían los otros, presos de las apariencias. Y en esa falta de vergüenza había una clave: una ya estaba en presencia de Dios. Se había activado una clase especial de panóptico. Además, afectivizando de esa manera la soledad y la incomunicación con el prójimo, se creaban las condiciones para sostener un costoso aislamiento social.

27. Quizás uno de los dispositivos más eficaces en este sentido fuera el de las campanas. Más allá de las que se tañían para indicar el inicio o fin de una actividad, en Federico, de diez de la mañana a cinco de la tarde, cada hora sonaban cinco campanadas. Fuera lo que fuera que estuvieras haciendo, debías interrumpirlo para orar o meditar durante cinco minutos, cuando volvían a oírse las campanadas indicando la reanudación de la actividad. Era como el juego de las estatuas. Cinco minutos, una vez por hora, es un montón. Empieza a grabársete en el cuerpo. Yo creo que fue desde aquel primer retiro del que participé que no hubo hora del día, de diez a cinco, que yo no intentara hacer mentalmente *los cinco minutos* –como se le llamaba a este intervalo– aunque estuviera en el colegio, en el colectivo, en el baño, con parientes o compañeros (hablemos de entrenarse en la disociación). En las filiales se reproducía este ritual en miniatura: sonaban campanadas cada hora, de siete de la tarde a diez de la noche, que era la franja horaria de actividad obligatoria. No se oraba durante cinco minutos, sino solo el tiempo de un padrenuestro. Pero incluso las clases se detenían. Funcionaba porque nos hacía partícipes desde lejos de lo que sucedía en Federico.

Acabo de escuchar, a través de la ventana del estudio en el que trabajo ahora, que alguien puso en la calle la cumbia de Gilda*, No me arrepiento de este amor/ aunque me cueste el corazón/ amar es un milagro y yo te amé/ como nunca jamás lo imaginé*. Es una canción de aquellos años, a la que yo le daba un sentido distinto que mis pares, o que creía distinto, que necesitaba creer que era distinto, agregando una mayúscula en la palabra Amor. Iba a llegar un momento en el que todo lo que ocurriera a mi alrededor me devolvería adentro de esa esfera donde yo no tenía ninguna posibilidad de elegir nada, como en una pesadilla.

XV

Al volver, no era la misma. Me preparé mate para mí sola por primera vez. Marcos me había enseñado a prepararme un termo de mate compañero de mi soledad. Me había mostrado cómo poner la yerba y agitarla para sacar el polvillo. Tarde o temprano lo habría aprendido de alguien, como todo lo que se aprende en esa época de la vida. Pero a mí me lo enseñó él.

También inicié una serie de cambios en mi habitación que, con el tiempo, iban a convertirla en una especie de celda monástica bastante bizarra. Lo primero que hice fue quitar un mueble en el cual tenía armado, desde hacía unos años, un altarcito cocoliche con imágenes en cartulina de dioses hindúes, estatuillas plásticas de la Virgen María y un portasahumerios. Ese estante combinaba mal con los otros, atestados de cosas que no había tirado aún de la primaria y cotillón de la infancia. En lugar de ese mueble, instalé un altar en el suelo dedicado exclusivamente a una Forma de Dios: Shiva. Pedí un cajón de manzanas en la verdulería, compré tela azul, una alfombrita y recorté una imagen grande de Shiva de un almanaque hindú que había conseguido en la librería de la filial. La pegué con cinta adhesiva a la pared aún pintada de rosa, pero ya despojada de los pósteres de Fito Páez y U2.

¿Por qué Shiva? Como ya dije, uno de los puntos fuertes de la enseñanza de la Madre era que, si bien existían diversos caminos

para llegar a Dios, uno era mejor que los demás: la devoción o Amor (*Bhakti Yoga*). Cualquier discípulo sincero debía elegir una Forma Personal de Dios (*Ishta Devata*) para poder amarlo asumiendo una actitud en particular. Por ejemplo, quienes se devocionaban a Jesús, lo amaban como un Maestro o como un Amigo, mientras que quienes se devocionaban a Krishna, lo amaban como a un Amante (generalmente eran mujeres); quienes se convertían en devotos de la Virgen, la amaban como hijos, y así. El gran favorito era, por supuesto, Ganesha, al que todos consideraban Padre, porque era a Quien se devocionaba la fundadora.(28)

Esta cuestión de la Forma de Dios elegida no figuraba oficialmente en ninguna parte, porque en cierta medida contradice el primer principio de la Fundación.(29) El doble discurso –una cosa se dice para los de afuera y otra para los de adentro– se iba instalando desde el principio. Así, lo del *ishta* era algo que se deslizaba en las meditaciones, en los pequeños rituales que se hacían en los altares de los pasillos, en las reuniones semanales de las secretarías, donde se conversaba más o menos informalmente con un secretario que, además de coordinar el trabajo del área, cumplía una función de tutoría espiritual sobre sus miembros.

Si recibirse de miembro era una ceremonia oficial, donde se cantaba el himno compuesto por la Madre contemplando los símbolos, se decían discursos, se entregaban diplomas y se brindaba con gaseosa y vino, la elección del ishta era algo informal, sujeto a los tiempos de cada quien. Un día, el devoto sentía el llamado. Entonces empezaba una construcción identitaria en torno a su ishta, que le daba cierto lugar dentro de su filial: se encargaba de mantener el altar en cuestión, compraba objetos relacionados (medallitas, rosarios, imágenes) y algo crucial: se aproximaba a los otros devotos de ese mismo ishta. Había una suerte de complicidad entre ellos, que podía incluso estar jerarquizada, si se la vivía como una iniciación. Era algo parecido a lo que sucede entre los seguidores de cuadros de fútbol.

Ser devoto de Shiva se suponía una elección difícil. Su imagen es la de un asceta de color azul, vestido con pieles de animales y

cubierto con cenizas blancas, que son las cenizas de los cadáveres cremados. Está meditando en la cumbre de los Himalayas, con los ojos semicerrados para no ver el mundo exterior, soportando el hambre y el frío de las montañas nevadas. Es el Dios de los monjes que renuncian a la vida social y, en última instancia, al propio ego. Con serpientes rodeándole el cuello, sin sentir miedo ni asco, rige los procesos de disolución y muerte.

Se supone que quien se hace devoto de Shiva está dispuesto a que su ishta le destruya la vida. Eso se decía en los pasillos, en las meditaciones, en los templos. A veces, se usaba una especie de tecnicismo: se decía que Shiva *aceleraba el karma* de sus devotos, haciéndoles vivir rápidamente todas las experiencias que tenía pendientes para liberarse de las ataduras de *la ignorancia* o de *la materia*, o de las vueltas del *samsara*, que en la jerga era más o menos lo mismo. Eso suponía sufrir grandes desgracias, pérdidas y dolores de todo tipo. Quien se devocionaba a Shiva debía estar dispuesto a sufrir las consecuencias.(30)

Marcos era devoto de Shiva. De hecho, dije que en el altar de la pagoda budista había una estatua de Buda. Esto es inexacto. Si bien la habían colocado al inaugurar el templo, poco después la Madre ordenó bajarla (la pusieron sobre una mesita baja delante del altar). Hizo colocar en su lugar un busto de Shiva muy grande, que Marcos había hecho sin pedir la autorización de nadie, por puro desborde devocional. La Madre se había conmovido tanto al ver el busto, que había decidido destronar al Buda, en uno de esos gestos caprichosos e incorrectos tan frecuentes en ella, que los discípulos atribuían a conexiones *directas* con Dios. Marcos había pintado el busto de un azul muy oscuro, como el cielo de la noche, con dos ranuras completamente blancas para los ojos entreabiertos. A mí, esa estatua, en esos rituales, con esos cantos, me parecía que miraba la eternidad. Me producía una intensa conmoción.

Cuando yo empecé a decir que me devocionaba a Shiva, al volver del internado en Federico, ocurrió algo extraño. Vi sonrisas condescendientes en algunas caras, que significaban una perspicacia respecto de la influencia de Marcos sobre mí. Me acuerdo de

incomodarme, no entender y defender mi elección de Shiva como si fuera eso: mi libre elección, o mi íntima relación con Dios. Sentí vergüenza, una vergüenza infantil de que *se notara* algo que yo creía que no debía notarse, pero que tampoco sabía qué era.

Ahora sé que las personas que conocían a Marcos se dieron cuenta de que yo estaba siendo objeto de su seducción. Porque además de tener fama de heterodoxo, de monje, de poeta y de místico *outsider*, Marcos tenía una nutrida reputación de donjuán. Sin embargo, ya entonces, tan tempranamente, los gestos de los otros adultos me dejaban en claro que, fuera lo que fuera que estuviera ocurriendo, la responsabilidad era completamente mía, y yo, con mis catorce años a cuestas, estaba sola para descifrarlo y hacerle frente.

---

28. La elección del *Ishta Devata*, a pesar de no estar escrita en ningún documento oficial de la Fundación, es absolutamente central para comprender sus mecanismos de captación. Con respecto a qué Formas Personales de Dios (de las supuestamente infinitas que existían) podían elegirse como ishtas, había algún excéntrico que se devocionaba a Sri Surya (el Dios Sol) o a la Divina Madre del hinduismo; incluso una vez escuché a una mujer que quería elegir a Kuan Ying, diosa china de la compasión. Eso estaba tolerado. Algo diferente sucedía con los escépticos que elegían al Buda, un poco como una pantalla, porque en el fondo preferían una meditación más abstracta. A ellos, como a quienes decían elegir al Tao o a Dios Padre a secas, se los miraba con cierta desconfianza, por el asomo de cierta rebeldía, o con lástima, como si todavía no hubieran logrado sentir el llamado del Amor. Porque en el fondo, lo que se daba a entender, es que era el Dios el que elegía a su devoto, manifestándosele de alguna manera. Por otra parte, elegir un ishta entre los más populares o usuales era calurosamente celebrado, asegurando cierta pertenencia al grupo.

Un sueño, encontrar una estampita en la calle, recibir de regalo un objeto del color asociado al Dios: cualquier insignificancia podía ser una señal, en un estado deliberadamente inducido de creciente sugestión que, como ya dije, inflaba las tendencias a la paranoia y la asfixiante sensación de vivir dentro de una totalidad controlada por un Padre Omnisciente, Omnipotente y Ubicuo. Los guías y referentes –ellos y ellas mismas víctimas de estos procesos de deterioro subjetivo– solían celebrar las interpretaciones paranoides y confirmatorias de los miembros nuevos, que vinculaban

cualquier suceso de la vida cotidiana con la atención especial, amorosa y de absoluto control que Dios tenía sobre cada quien.

29. Los principios de la Fundación hacen referencia a que su misión es difundir que Dios existe, que el ser humano tiene esencia divina, que los seres humanos forman una fraternidad natural, como una familia, y que las distintas religiones son distintos caminos para llegar a esta Verdad. Se refieren además a cultivar el respeto por toda la creación y a enseñar todo lo que permita al ser humano elevarse espiritualmente. Por lo menos en la época en que mi familia entró a la Fundación, y durante todo el tiempo que permaneció en ella, figuraba oficialmente como *entidad de bien público*, al igual que tantas otras.

30. La devoción por Shiva se presentaba a los principiantes como poco recomendable, como para mantener el halo de misterio ligado a cierta peligrosidad mística. La propia fundadora decía que, a ella, Shiva le daba miedo, lo cual hacía que los *shivaítas* sumaran a su construcción identitaria un rasgo levemente provocador, aunque dentro de las reglas del juego permitido.

XVI

¿Qué me pasaba a mí? Puedo decir que, hasta el año anterior, si bien ya estaba en la Escuela y mi cosmovisión estaba afectada por lo que ahí se decía y hacía, todavía buscaba integrarme al mundo social y afectivo de una adolescente. Me interesaban los chicos de mi edad. Estaba un poco pendiente de uno que me gustaba, de cuarto año: intentaba cruzármelo en el colegio y en el subte, aunque no tenía la menor idea de cómo se pasaba de ese interés a alguna forma de vínculo. Había ido a tomar una clase de tango en el SUM del colegio al terminar el horario de clases y había prestado atención a los chicos que iban a bailar ahí. Fue precisamente esa dimensión del interés la que se desconectó a partir del internado en Federico, a partir de la intervención de Marcos.(31)

Marcos me había conducido a experiencias profundamente espirituales, a través de sus enseñanzas. Él tenía una clave para abrir la percepción del Ser, aunque se mostrara reacio a compartirla con cualquiera.

Al volver del retiro, yo me había traído sus poemas. Me creí de verdad que a él le interesaba mi opinión, *de poeta a poeta*. Tanto lo creí, que le hice unas correcciones en lápiz por cuestiones de métrica, iguales a las que me había hecho la profesora de Castellano del colegio en mis cuadernos. Esto lo sé porque tengo copias de esos poemas, con las correcciones en mi letra casi infantil. Les saqué

fotocopias antes de devolvérselos, porque para mí eran un tesoro.

Poco después de terminado el retiro, quizás el fin de semana siguiente, con el contingente que iba desde la capital a hacer la limpieza de los templos, volví a Federico. Iba a buscar el contacto con Dios, a meditar, a cultivar la experiencia mística. Y también a devolverle a Marcos los poemas. Ese doble propósito se me confundía de un modo radical, indiscernible.(32)

Yo no sabía lo que iba a pasar. En algún momento me alejé del contingente de limpieza de templos para ir a saludar a Marcos, que se había asomado y me había sonreído. En algún momento le entregué el folio de poemas y él me invitó a conversar, eligiendo un banco en los templos, bien a la vista de todos. Me acuerdo de esas precauciones: dónde sentarnos, de qué manera, a la vista de quién. Me acuerdo de estar en vilo, a merced de las decisiones de él. De ir comprobando, paso a paso, que sus movimientos tendían a prolongar la duración del encuentro conmigo. Y también me acuerdo muy bien de que yo interpretaba todos esos recaudos como cuidados hacia mí, o como enseñanzas, o como reacciones intuitivas a percepciones espirituales que quizás eran parte de mi iniciación.

Algo que recordé hace poco, cuando encontré esas fotocopias con los poemas de Marcos intervenidos por mi letra infantil, fue la cara que él puso cuando yo le esbocé, muy seria, las correcciones que les había hecho a sus poemas. Le brillaron los ojos y se aguantó la risa, e inmediatamente ponderó mis intervenciones como si fueran una genialidad.(33) Sentí vergüenza, como si comprendiera súbitamente que él no esperaba, realmente, que yo le corrigiera nada. Que en realidad me los había dado para enseñarme, pero era tan humilde que lo había presentado como un gesto de compañerismo. Era tan confuso todo.

¿Qué me dijo Marcos en aquella oportunidad? ¿Qué me dijo durante los encuentros que empezaron a ocurrir casi todos los fines de semana, porque yo empecé a buscar la manera de no faltar a ninguno? A veces, me las arreglaba para ir a limpiar los templos con el contingente que salía desde otra filial, porque a la mía no le tocaba. Buscaba la manera de conseguir el permiso. Es que él me

había pedido que yo también le entregara una copia de los poemas que escribía, y cada vez que nos separábamos me pedía por favor que volviera pronto, que no lo hiciera sufrir. Eso me decía. A partir de entonces, todas las semanas me dedicaba a escribir poemas copiándole el estilo a él, los pasaba en la computadora e imprimía una copia para dárselos. Él, por su parte, preparaba una copia a máquina de los suyos para mí.

Al mismo tiempo que sucedía esto, mis poemas empezaron a tener cierta difusión dentro de la Escuela, por cuenta de la Madre. Los publicaban en folletos y volantes, me los pedían para leerlos en las reuniones de secretaría, cosas así. No sé muy bien de qué manera, se armó la costumbre de que también a ella, a la Madre, yo le hiciera llegar mis poemas. A veces, iba los miércoles a la sede central donde ella daba clases a los profesores, y esperaba en el *hall* que la clase terminara para darle el sobre. Otras, se lo enviaba a través de un profesor. Ella llegó incluso a contestarme con notas de su puño y letra. Este contacto directo con la Madre me puso a mí en un lugar de excepcionalidad dentro de la Fundación.

La Madre no perdía la oportunidad de alabarme en público. Me hacía pasar a las reuniones informales junto a profesores y jefes de filial que se armaban al terminar la clase, en su despacho: un trato preferencial para una miembro recién recibida, como era yo. Decía, delante de los demás, que yo era una gran poeta, que ella me iba a sacar buena, que yo era como ella de joven, que si estuviera en la India no me dejarían caminar por la calle, que me llevarían en palanquín. También decía que yo era hermosa, que podía ser modelo, que seguramente tenía a todos los chicos de mi colegio rendidos a mis pies, pero que yo le daba la espalda a todo eso porque tenía una gran altura espiritual y me consagraba a Dios en lugar de dejarme llevar por las trampas del mundo y la sensualidad. Que tenía que tener cuidado de no dejarme tentar por la vanidad.

Yo la escuchaba con una mezcla de satisfacción y desazón, que daba por resultado un estado anímico exaltado y confuso. Sobre todo, confuso. Era la palabra del Maestro, había que recibirla como el mensaje de una pitonisa. Me sentía tremendamente halagada,

pero a la vez no sabía cómo hacer para explicar que no, que no tenía a nadie a mis pies, que en mi colegio había muchas chicas parecidas a mí pero mejor arregladas, que no había tenido nunca un novio. Que tampoco estaba interesada en nada que involucrara la sensualidad (¿a qué se refería ella exactamente? Imposible, para mí, hacerme una idea concreta). Si lograba balbucear algo así, inmediatamente era interpretado como un magnánimo gesto de humildad y de pureza, ambas pruebas de mi gran desarrollo espiritual.

Alguna vez me animé a conversar con algún profesor sobre la confusión que me generaban esas alabanzas en público de la Madre hacia mí. La respuesta que recibí fue doble: por un lado, que ella veía lo que los demás no podíamos ver; y por el otro, que no me envaneciera, porque así como la Madre hoy me levantaba, me iba a dejar caer hasta aplastarme. Que de esa manera ella, cuando nos elegía como discípulos, nos ayudaba a liberarnos del ego. Que, en cualquier caso, yo tenía mucha suerte de que ella me prestara atención y debía sentirme agradecida.

Fue la Madre, delante de dirigentes y profesores, la que fue estableciendo el nexo con Marcos. Hablaba de *sus discípulos poetas*, él y yo. Leía poemas de los dos. Nos alababa usando los mismos términos. Esto fue generando las condiciones para que quienes nos veían juntos pensaran que compartíamos la poesía espiritual. Sobre todo, para que pensaran que esos encuentros estaban especialmente patrocinados por el Gurú, lo cual era cierto, y, como se hacía con todo lo que ella decidía, por absurdo o caprichoso que fuera, lo aceptaran sin oponerle ningún juicio.

Una vez que Marcos se aseguró de que nadie parecía poner ningún reparo en que yo me sentara a conversar con él, los encuentros dejaron de ocurrir del lado de los templos. Primero, fueron cerca de la cocina, siempre con el mate. Poco después empezó a invitarme a su taller, que estaba en un pabellón algo apartado. Él ya sabía que tenía autorización de la Madre para hacer esto conmigo. Eso me lo contó él mismo, unos meses después. Me dijo que un día, antes de que nosotros nos conociéramos (o sea,

antes de mis catorce años), la Madre había llegado a Federico y, sin siquiera sacarse el abrigo, había corrido a buscarlo a su taller y, agarrándolo de los hombros, le había dicho: “Te conseguí novia. Es hermosa, te va a encantar. Es rubia, alta y además es poeta”. Inmediatamente, ella le había preguntado cuántos años tenía él, había hecho una especie de cálculo mental, y después le había dicho que no importaba, que los dos éramos almas viejas. Eso fue lo que me contó Marcos.

---

31. Durante décadas, yo no podía contar lo que me había sucedido en la adolescencia porque, si bien sabía que había estado involucrada en una institución con características de grupo de control, con un fanatismo religioso dogmático demencial, me faltaba una pieza clave para entender de qué modo había operado en mí en particular, aislándome del resto de la vida, aun cuando yo iba al colegio todos los días. Me faltaba integrar una dimensión especialmente lesiva de toda esta experiencia, algo que me habían hecho a mí en la extrema singularidad de mi persona, de mis pensamientos y afectos: algo que me habían hecho en el cuerpo, o más específicamente, en la sexualidad. Eso que me faltaba integrar era el abuso sexual, que se montó sobre el aparato delirante de esa institución, pero que tuvo las características típicas de cualquier abuso sexual de un guía religioso y de un profesor, sobre una adolescente que está bajo su influencia. Y *eso* en particular, *eso* que Marcos me hizo a mí, empezó en el internado de febrero de 1997, mediante la captación. Fue en esa circunstancia, en la que él me tuvo a su disposición concentrando una autoridad desmesurada sobre mí, cuando me eligió como presa y empezó a desarrollar, con la paciencia de un estratega, su plan criminal.

Comprender esto fue la llave que me permitió empezar a contar una historia que estuvo clausurada para mí misma durante la mitad de mi vida. Una historia a la que yo aludía no solo de manera inconexa, sino (y esto es lo más tremendo) según la lógica del agresor. Esa lógica es la que me responsabiliza a mí por lo padecido. Es la lógica que borra su delito. La que dice que yo me desinteresé de las actividades de los chicos y chicas de mi edad en un ejercicio de mi libre elección. La que dice que a mí empezaron a parecerme frívolas y superficiales las actividades de mis compañeros y compañeras que tenían que ver con el ocio, con el placer, con el descubrimiento de la sexualidad, con el ejercicio de cierta rebeldía, con la búsqueda de ideas propias en la complejidad de un mundo que se empieza a conocer, que me empezaron a parecer frívolas y superficiales por

características autónomas de mi personalidad. Que yo empecé a aislarme, simplemente porque prefería otra cosa. Porque *consentía* libremente otra cosa. Y todo esto es falso. Por suerte, la ley vigente es clara respecto del consentimiento para relaciones sexuales con personas adultas en niños, niñas y adolescentes.

Yo no podía relatar mi adolescencia, porque en ese relato, bajo la sintaxis opresiva del delincuente, era precisamente yo la que estaba borrada, anulada, suspendida. Era un relato sin sujeto, el relato de una marioneta. En realidad, hablar para contar lo que había vivido era hablar contra mí. Traicionarme. No encontraba las palabras porque creía que los demás no iban a comprenderme, y en este punto, comprenderme viene de la mano de creerme. ¿Quién creería que una queda fascinada y se siente atada a alguien que la atormenta? Si hablaba, creía que iba a lastimar irremediablemente a mis padres. Creía que iba a quedar en ridículo. Sentía vergüenza, rechazo, miedo, sensación de pérdida y vacío, un agujero negro al que no quería por nada del mundo volver.

Ahora sé que esas pseudoideas y emociones que rumia la víctima durante años, durante décadas, y que le impiden contar lo que le sucedió, son precisamente las garras con las que esta clase de delincuentes se asegura la clandestinidad y la consecuente impunidad. Son las pseudoideas con las que nos fueron carcomiendo la subjetividad para que estuviéramos a su disposición. Una prueba contundente de esto es que tantas personas que pasamos por experiencias similares sentimos las mismas cosas: una absoluta singularidad e incomunicabilidad en torno a lo que nos pasó, anclada en el miedo a hacer daño a otro y a exponernos a peligros mayores si hablamos. Y la vergüenza y la culpa de asumirnos responsables.

Ahora sé todo esto y, sin embargo, sentarme a escribir me cuesta días, a veces semanas de dar vueltas y ponerme excusas, de volver a negar, de sentir que el peso es demasiado grande, de decirme que ya está, que para qué, que quiero liberarme de una vez por todas y no volver ahí nunca más. Entre mis papeles viejos encontré un autorretrato a lápiz que me hice en el reverso de un mapa de los que completábamos en el colegio. Le puse fecha: dos días antes de cumplir dieciséis años. El detalle de haber escrito la fecha me conmueve en particular. Puse ese autorretrato en mi mesa de trabajo. Esa mirada que yo misma tracé me revuelve el corazón. Es por ella que hago el esfuerzo de sentarme acá a recomponer un lenguaje intervenido por la lógica perversa de cualquier agresor, a recomponerlo desde la evidencia vital de existir hoy, desde el escándalo de haber salido con esta potencia de esa maquinaria de muerte, que operó desde la infamia.

Estoy convencida de que recomponer la trama, devolverle su relato a la niña fantasma que intentaba sustraer el cuerpo para sobrevivir, reintroduce una potencia nueva en lo incierto de mis tejidos. Estoy convencida de que esto que estoy haciendo, de varias maneras distintas, vuelve a salvarme la vida.

32. Había una ambigüedad en lo que se suponía que yo iba a hacer a Federico: oficialmente, iba a realizar alguna actividad espiritual a cargo de un dirigente de una filial. Marcos me preguntaba, al verme llegar, con quién había ido, a hacer qué, y me aclaraba que esa era mi principal responsabilidad, que no la desatendiera, que ante todo éramos devotos de Dios; pero me pedía que fuera a verlo, que le llevara mis poemas, que leyera los suyos, que pasara tiempo con él, que encontrara alguna excusa para volver cada fin de semana a su encuentro. Fue la estrategia principal que Marcos usó no solo para captarme primero y someterme después, sino para producir confusión también en mi entorno, en la medida en que esa misma ambigüedad se trasladó a la naturaleza del vínculo que había entre nosotros. Nunca estaba claro cuándo ni dónde yo terminaba de ser la discípula, cuándo ni dónde empezaba a ser esa otra cosa que no tenía nombre, pero en virtud de la cual Marcos dispondría de mi sexualidad a su antojo.

33. Yo recibí e interpreté ese gesto como un desborde de amor hacia mí. ¿Qué era, exactamente? Es difícil, y siniestro, intentar la empatía con el agresor, pero es importante puntualizar esto: yo, en ese momento, creí que lo que tenía para decir era valioso para él, porque él me lo hizo creer así. Y no lo era. Ahora que tengo treinta y siete años y soy profesora de lLiteratura de personas adultas, me encuentro con esos papeles y sé que no, que no era valioso lo que yo podía aportar en términos literarios. También soy maestra de primer grado y sé muy bien que, cuando un alumnito nos dice, por ejemplo: “Seño, a vos no te sale muy bien dibujar caballos en el pizarrón: te olvidaste de pintarlo”, sentimos ternura. A veces, ponemos esa cara de aguantar la risa y le agradecemos su aporte. Solo que, luego, no nos aprovechamos del niño.

XVII

Con todo este trabajo de la Madre sobre el grupo de personas adultas que podían objetar (o al menos preguntarse algo) sobre las inquietantes aproximaciones de Marcos hacia mí y la visible influencia que empezaba a tener sobre mi vida, el principal obstáculo era, ahora que lo pienso, yo misma. Marcos tenía que ser sigiloso y hábil para pasar las barreras del miedo, el rechazo y el asco.

¿Qué me decía Marcos, de qué hablábamos durante estos encuentros? Obviamente, el entrelazamiento de comentarios ambiguos y sugerentes es imposible de reconstruir. Sin embargo, guardo memoria de su estilo. La charla siempre empezaba por la espiritualidad y se deslizaba hacia temas artísticos, de poesía, música y pintura. Poco a poco se filtraba una adulación exagerada de mi persona: según él, yo tenía un talento tan marcado para escribir y para expresarme, pero también para captar las cosas espirituales, que seguramente me resultaría muy difícil relacionarme con personas de mi edad. Además, yo tenía una hermosura que a él le recordaba sus años de adolescente. Marcos siempre fue patéticamente autorreferencial. Hablaba muchísimo de su adolescencia, de sus amoríos, de las noviecitas que tenía y, de a poco, por esta vía, introdujo los comentarios acerca del sexo. Solía referirse a lo irrefrenable del impulso sexual en la adolescencia. Me

acuerdo de los esfuerzos que hacía yo por imaginarme algo para lo cual no tenía ninguna imagen concreta, algo que me resultaba ajeno. Porque cuando él hablaba de su adolescencia, solía referirse aproximadamente a sus dieciocho años, y yo apenas tenía catorce. Para mí, una persona de dieciocho años pertenecía al grupo de los grandes.

Puede que fuéramos un poco pacatos, pero la verdad es que, al terminar primer año, mis compañeras y compañeros del colegio no andaban besándose por ahí, salvo una compañera que tenía un novio en tercero o cuarto año. Besarse, o transar (como decíamos en aquel momento), era un acontecimiento, algo que podía suceder en la medialuz de una fiesta de cumpleaños y que después se cuchicheaba con las amigas. Me daba muchísima vergüenza imaginar lo que pensaría Marcos si yo le dijera estas cosas: si le remarcara que me estaba hablando de una etapa de la adolescencia a la que a mí me faltaba mucho para llegar. En mi ingenuidad, creía que él se olvidaba de esto. Que se confundía. Que hacía un esfuerzo genuino por acercarse hasta donde estaba yo y no llegaba. Lo escuchaba desde un vacío de experiencias sexuales tan radical, que solo podía compensarse con una proliferación desbordante de fascinación por él.

A veces, él se dirigía directamente a Dios en mi presencia, clavando la mirada en el aire como si Lo hubiera visto. O se quedaba callado de golpe, contemplando la nada. Yo me quedaba quieta, en silencio, como si estuviera presenciando la entrada en éxtasis de un santo, que era exactamente lo que él pretendía darme a entender. Me hablaba de San Juan de la Cruz, cuando entraba en éxtasis al confesar a Santa Teresa de Ávila, y ambos levitaban a un lado y otro del confesionario. Me hablaba de Abelardo y Eloísa, los amantes medievales prohibidos. Me hablaba de Mira Bai, la poeta devota de Krishna que había sido acusada por su marido de serle infiel por el amor desbordante de ella hacia este Dios.

Iba presentándome, poco a poco, todo un repertorio de amores ejemplares y míticos entre hombres y mujeres, santos y santas, amores humanos y divinos que se entremezclaban con la poesía y la

mística, y me inflaban a mí una nebulosa de sensaciones románticas que reforzaban el compromiso de cultivar el amor más puro del que fuera capaz, el más sacrificado, el más indiferente a las tentaciones del mundo: el amor por Dios. Pero Dios podía adoptar muchas Formas. Y en última instancia, lo decisivo no era tanto el objeto, sino la intensidad del Amor, tal como enseñaba María Magdalena, la prostituta a la que Jesús el Cristo salva de ser lapidada y perdona diciendo: “Estás libre de pecado porque amaste mucho”.

Marcos solía ponerse también en una posición de cierta autodenigración, como si me testeara: que él era un viejo, decía. Y que era tonto. Que no valía nada. Era una manera de empujarme a que yo hiciera valoraciones positivas sobre él, y también era una vía para mostrarse inofensivo. Y de paso, era un modelo para seguir: una estrategia para que yo misma interiorizara, en espejo, la posición de alguien que no valía nada.

XVIII

Como cualquier adolescente fascinada por una figura de referencia, empecé a imitar a Marcos en todo, de manera grotesca. Además del altar de Shiva que armé en mi habitación copiando el que tenía él en la suya, me compré un cuaderno oficio como el que él usaba para escribir sus poemas. Al terminar uno, lo archivaba y comenzaba uno nuevo. En esos cuadernos imitaba sus temas, su estilo y hasta su caligrafía.

Me hacía el mate como se lo hacía él, elegía un libro sagrado para “estudiar” como hacía él, buscaba la soledad para sentarme con el cuaderno y el libro a escribir, con la imagen de Shiva mirándome desde la pared. Intentaba sentarme en posición de loto como hacía él (le había pedido a mi papá que me hiciera una mesita de piso para reemplazar el escritorio). Hasta me reía como se reía él.

Intentaba levantarme con tiempo para cantar el om antes de ir al colegio. Esto suponía una exigencia tremenda, porque el último tren que podía tomarme para llegar a horario pasaba a las seis cincuenta. Marcos me alentaba a esforzarme en las prácticas espirituales, fortaleciendo al máximo la voluntad, en contra del deseo. Yo ni me ponía a pensar que él normalmente no se levantaba antes de las nueve y que no tenía casi nada que hacer en todo el día, allá entre sus templos.

Mi esfuerzo era gigante. El Colegio Nacional de Buenos Aires exigía varias horas de estudio por día, además de cursar y, en mi caso, dedicar dos horas al viaje. Tomaba una clase semanal de piano y practicaba regularmente. Y era miembro en mi filial: cursaba una materia, participaba en la reunión de secretaría, trabajaba entre dos y cuatro horas y cubría una guardia de recepción, otras dos horas, todo esto semanalmente, sin contar jornadas de trabajo, celebraciones y toda clase de actividades extraordinarias, que no paraban de surgir. Ese año, además, empecé el curso de Teatro Sagrado los sábados, en la sede central. El profesor, como ya dije, era Lucio, el hermano espiritual de Marcos. Y encima, cada quince días como máximo, tenía una serie de poemas nuevos impresos en computadora para llevar a Federico.

Sinceramente, no termino de entender cómo me las arreglaba. A menos que empiece a tener en cuenta todas las cosas que *no* hacía. En primer lugar, no destinaba ningún momento a mi arreglo personal. Poco a poco, fui dejando incluso de bañarme. Me duchaba solamente los sábados. Yo sentía que realmente no tenía tiempo de hacerlo durante la semana, eso me decía a mí misma. La verdad es que cualquier contacto íntimo, placentero, cuidadoso o gratificante con mi cuerpo fue desapareciendo a medida que los contactos de este hombre conmigo se profundizaron.

Si había manifestado algún interés, en la pubertad, en transformar mi guardarropas infantil en uno más juvenil (en séptimo grado, una compañera me había acompañado a Avellaneda a comprar unas calzas, una pollera corta, una remerita ajustada), ese interés desapareció por completo al volver de aquel retiro, a mis catorce. Empecé a ponerme únicamente remeras muy holgadas, pantalones de algodón, buzos que heredaba de mi hermano mayor y a veces usaba del revés. Mi criterio era usar la ropa que estaba permitida en Federico (*llevar Federico al mundo*, y no a la inversa). Sin embargo, lo que yo elegía no solo era sobrio y andrógino, además solía ser rotoso. A veces, incluso sucio (empecé a lavarme la ropa a mano para imitar a Marcos: la dejaba en un balde con jabón en polvo unos cuantos días, después la enjuagaba y la colgaba). Era

la interpretación que yo hacía del vestuario que usaba Marcos, que en realidad elegía con atención lo que se ponía para producir una imagen precisa, pero yo no me daba cuenta. Por otra parte, no me peinaba para nada, con excepción de una trenza bastante ridícula que algunas veces me hacía, intentando dominar mis rulos. No sabía lo que era un maquillaje, un esmalte de uñas, un accesorio ni un perfume.

No pasaba ni un segundo frente a la televisión, no miraba películas, no leía revistas, no escuchaba la radio ni me importaba la música de moda. Solo escuchaba la música clásica que me recomendaba mi profesor de piano y música religiosa de distintas partes del mundo. Aunque en la pubertad había sido fan de Fito Páez y escuchaba las bandas que le gustaban a mi hermano, como Nirvana, Aerosmith o U2, a partir de los catorce años abandoné súbitamente todo interés y no le dediqué ni un minuto a informarme sobre las bandas que interesaban a las chicas y chicos de mi edad.(34)

Además de hacer Educación Física a contraturno, nos teníamos que quedar en el colegio después del mediodía para hacer lo que se llamaba *trabajos prácticos*, horas de clase extra en los departamentos de ciencias: si no los aprobabas, te llevabas la materia entera a diciembre. Y como casi todo el mundo vivía más o menos lejos, comíamos o pasábamos el tiempo ahí, en el comedor, tirados en los pasillos o en la Plaza de Mayo (generalmente, también estudiando). Además, muchas veces había que juntarse a preparar trabajos, en la biblioteca o en la casa de algún compañero. Así que era inevitable tener relación con los demás chicos y chicas. Sin embargo, fuera de mi amiga Clara, no dedicaba tiempo a cultivar amistades. En primer año había ido una vez a un parque de diversiones en grupo, otra vez al cine, incluso había ido a pasar dos días al *country* de una chica de otra división. A partir de segundo año, después del internado en Federico, abandoné por completo esas salidas. Empezaron a estar, cada vez más, implícitamente prohibidas para mí.

Tampoco dedicaba tiempo a reuniones familiares. Mi familia nunca fue muy numerosa. Una tía ultraconservadora y agresiva; una

abuela que quería hacerme tomar la comunión, mientras me hablaba pestes de mi mamá; un tío solitario del que solo teníamos noticias porque mi abuela le atendía la casa; unos tíos abuelos extremadamente rústicos que cada tanto venían desde Entre Ríos. Con mis abuelos maternos solíamos almorzar los domingos, pero en algún momento esta costumbre decayó. Las reuniones se redujeron a unos almuerzos breves para los cumpleaños, los días del padre y de la madre, alguna pascua.

Mis padres habían tenido algunos matrimonios amigos durante mi infancia, que tenían hijos de mi edad, y con quienes se juntaban a comer pizza o comida china un sábado que otro, pero lo cierto es que el involucramiento creciente de mi familia con la Fundación fue produciendo un rechazo recíproco que, en nuestro caso, redundó en aislamiento. Pero nosotros no lo notamos, porque en la Fundación parecíamos un grupo alegre, laborioso y unido. Al final, como mi mamá pasaba cada vez más tiempo ahí, a mí seguramente se me veía entusiasmada, mi hermano daba sus primeros pasos como aspirante y mi papá se incluía a su manera, el lugar de encuentro del núcleo familiar se fue trasladando, cada vez más, a la Escuela. Era ahí donde yo me sentía en casa.

---

34. Quizás cueste creer que sea posible semejante nivel de aislamiento respecto de la cultura contemporánea. Sin embargo, hasta hace poco, todavía algunas personas de mi generación se sorprendían de mi ignorancia absoluta acerca de las bandas e incluso las canciones más populares de aquellos años: ¿Pero dónde estuviste, vos? era la pregunta que se repetía y que yo no podía responder. El ensayo de Tamara Tenembaum, *El fin del amor* (Buenos Aires, Ariel, 2019), fue un aliciente para contar mi historia, con la esperanza de ser comprendida. La serie *Poco ortodoxa*, basada en la autobiografía de Deborah Feldman, que se estrenó por Netflix en 2020, también.

XIX

El 7 de julio de 1997 cumplí quince años. El festejo consistió en un *lunch* en mi casa, al que yo invité a los miembros de mi filial, personas que tenían, en promedio, veinte años más que yo. Me vestí igual que como iba al colegio, salvo por una camisola holgadísima de bambula azul que usaba para ocasiones especiales. Otro día vinieron a cenar mis abuelos maternos, mi abuela paterna y la tía conservadora con el marido y los suegros, que insistieron en hacerme bailar un vals en el comedor de mi casa. Sonriendo para no llevarles la contra, me dejé conducir dócilmente por el suegro de mi tía, un señor al que poco después dejamos de frecuentar.

El domingo siguiente fui a Federico, sumándome a algún contingente. Me acuerdo de que llegué de mañana temprano y no había casi nadie. Hacía frío. Marcos salió de su habitación con su poncho y su gorro de lana, se detuvo enfrente de mí sin saludarme, terriblemente serio con esa mirada intimidante que yo ya le conocía. Extendió hacia mí un brazo con el puño cerrado, como para darme algo. Yo abrí la mano. Sobre mi palma, cayó una miniatura de Shiva, de metal. *Feliz cumpleaños*, me dijo, sin sonreír. Y se fue.

Supongo que esa misma tarde, después de que yo hiciera lo que había ido a hacer, limpiar templos o algo así, nos reuniríamos en su taller para conversar sobre poesía, o para que él me mostrara algún

libro de arte y me explicara algo, me enseñara algo, me deslumbrara con algo, mientras deslizaba comentarios sobre mis quince años, sobre mi belleza y mi talento, sobre la hipocresía de observar todas las prohibiciones religiosas, sobre cuánto prefiere Dios a quienes lo aman sin detenerse tanto en las formas, sobre sus pasiones, sobre su nostalgia de la juventud.

Yo no comprendía el comportamiento de Marcos, pero estaba acostumbrada a no entender el mundo de los adultos. Además, no se suponía que una entendiera los móviles de un devoto de Dios que se dedicaba a meditar y hacer estatuas, obedeciendo las órdenes de una Gurú que había sido cantante de ópera. Ya de por sí todo era lo suficientemente extraño como para reclamar explicaciones sobre hechos puntuales.

Sin embargo, ahora me detengo sobre las preguntas que en aquel momento aparecían, sin que yo pudiera seguirles el tren. ¿Por qué había puesto ese gesto hosco para darme mi regalo de cumpleaños, que por otra parte me producía una emoción tan fuerte que me cerraba el pecho? ¿Por qué, después de eso, me invitaba a tomar mate y era extremadamente amable y dulce conmigo? ¿Por qué después desaparecía en su habitación sin saludarme, cuando sabía que el auto que me devolvía a la capital estaba por salir?

Más de una vez, en una situación como esa, le toqué la puerta de su habitación para saludarlo. Claro: en esos momentos ya estaba el contingente reunido cerca de la cocina, cerca de la puerta de su habitación, preparándose para irse. Yo hacía lo que me parecía natural: había pasado la tarde con él, ahora quería saludarlo. Él se dirigía directamente a las otras personas, a los adultos del grupo, conversaba algunas palabras con ellos y, al final, se despedía de todos, incluyéndome a mí. Aunque procuraba darme un beso apoyándome los labios en el cachete en lugar de soltar el beso al aire como se hace normalmente. Me daba una señal.

Encuentros de estas características, en los que su comportamiento era emocionalmente intenso pero por completo impredecible para mí, se produjeron regularmente los meses que siguieron, dejándome cada vez más pendiente de él. No sé

exactamente cómo lo conseguía, cómo lograba dejarme en ese estado de ansiedad respecto de la siguiente visita. Pero así era.

Lo siguiente fueron sus apariciones a la salida de mi clase de Teatro Sagrado, en octubre de ese año, con las que empieza este relato. El proceso de captación llegaba a término.

SEGUNDA PARTE

I

La Nochebuena de 1997 la pasamos en casa, los cuatro solos. Motivados por un súbito fervor místico, mi hermano y yo les planteamos a nuestros padres que, como era una celebración religiosa, queríamos pasarla religiosamente. Ni él ni yo estábamos bautizados y la más católica de la familia era la tía conservadora, a cuya cena navideña no queríamos ir más. Casi dos años de Fundación en mi caso y algunos meses en el caso de mi hermano, nos hacían sentir sacerdotes de cualquier culto, así que lo organizamos todo nosotros: cenamos escuchando la *Misa criolla*, pusimos imágenes de Jesús y encendimos sahumerios. A las doce, leímos versículos del Evangelio, rezamos un padrenuestro y cantamos el *Kyrie eleison*.

En una inversión de roles respecto de lo que había ocurrido durante mi infancia –yo esperaba ansiosa que mi hermano me invitara a su cuarto, a mostrarme cómo rasgueaba canciones de Nirvana– esa noche, después de la cena, lo invité yo a charlar conmigo. Sentados en el suelo, en una habitación ya completamente intervenida para parecer una celda religiosa (aunque con figuritas pegadas en la ventana y papeles de la secundaria por los rincones), hablamos de Dios, humildes y emocionados. Hablamos de la Madre. Y hablamos de Marcos, por supuesto, que para ese momento también era un guía y modelo espiritual para mi hermano, alguien

de quien, desde hacía algún tiempo, venía recibiendo toda clase de consejos.

Meses atrás, cuando yo había mencionado que tenía un hermano de diecisiete años empezando el curso de aspirantes, a Marcos le habían destellado los ojos y me había pedido que lo llevara un día, que quería conocerlo. La Madre también se fijó rápidamente en él, un adolescente que rebosaba energía y talento. De hecho, le hizo la generosa oferta de irse a vivir a Federico cuando apenas terminaba la escuela secundaria, precisamente en una de las transiciones más vulnerables y difíciles de la vida.

Durante algún tiempo, sobre todo durante los meses en que mi hermano estaba dejando la casa familiar para quedarse en Federico cada vez más, él compartió conmigo el secreto de que algo especial e impreciso sucedía entre Marcos y yo. Nunca terminábamos de explicitar por qué era un secreto. Habiendo crecido juntos, estábamos acostumbrados a cubrirnos en las cosas cotidianas, como sacar galletitas de la alacena o acostarnos tarde. No nos dábamos cuenta de que había un adulto interviniendo en nuestra relación todavía casi infantil, para su propio provecho.

Los dos sentimos de golpe, aquellos meses, una fraternidad nueva, intensa y extraña, que parecía cancelar las pequeñas peleas que habíamos tenido siempre. Sentíamos que habíamos encontrado el camino de la Verdad, del Amor, de la Sabiduría, que lo compartíamos de corazón. Lo sentíamos con el dogmatismo propio de los adolescentes que éramos, convencidos de que nuestros padres, aun cuando estuvieran en la Escuela, no iban a terminar de entendernos nunca.

II

Este es un recuerdo borroso, que me cuesta ubicar en la línea de tiempo. Lucio había sido enviado por la Madre a una sede de la Fundación en otro país, con la misión de reavivar la llama del Ideal. Al volver, iba a ser recibido por un grupo de discípulos en la sede central, un domingo a la tarde.

¿Discípulos o alumnos? No era nítida la diferencia. Eras alumno de alguien porque te daba una clase, pero quedaba abierta la puerta a que, si sentías el llamado, pudieras elegirlo como tu gurú. Y aunque tuvieras distintos profesores, el maestro era uno solo. Se trataba de un vínculo personal y permanente.

Tampoco estaba claro quiénes estaban en condiciones de tener discípulos. En general, se suponía que todos los dirigentes. En un manual para la formación de dirigentes –un material que solía leerse en las reuniones de secretaría– decía esto, inolvidable: *La Fundación es piramidal, como el universo mismo, que tiene a Dios en la cúspide*. Todas las personas que tenían gente a cargo, desde secretarios, pasando por vicejefes y jefes de filial, hasta directores nacionales e internacionales, eran *dirigentes*. Por su posición en la pirámide, debían velar por el bienestar espiritual de los miembros que estaban debajo, independientemente de que dieran clases o no.

En contraste con la importancia que se le daba, el tema del discipulado no estaba regulado, igual que el asunto del *Ishta Devata*.

También en este caso había rituales no oficiales: por ejemplo, el Día del Maestro Espiritual, que se celebraba en una fecha específica (la Fundación tenía sus propias efemérides), había quien le hacía un regalito a quien consideraba su gurú. Estaba bien visto que los dirigentes manifestaran cierto pudor a asumir que tenían *discípulos*, aunque aceptaran esos regalitos por humildad o por deber. Digamos que, cuanto más elevado era un maestro, más reacio podía ser a reconocer su condición de tal.

Así de resbaladizo era todo este asunto. Con el agravante de que, en la doctrina, el Gurú era la encarnación de Dios mismo. Y se hacía esta aclaración: si la devoción por el Gurú era lo suficientemente intensa y sincera, ni siquiera importaban tanto las cualidades reales de quien cumpliera la función de maestro. Se contaba una historia del *Mahabharata* (el poema épico hindú más estudiado) en la cual un joven había solicitado a un maestro de artes marciales que lo aceptara como discípulo. Como el joven no pertenecía a la casta de los *chattriyas* (guerreros), el maestro lo había rechazado. El joven, entonces, había modelado una estatua de ese maestro y le había rendido culto como a un gurú mientras practicaba sus artes marciales en solitario. Gracias a su intensa devoción, había conseguido superar incluso a su maestro en el dominio de esas artes. Se decía que, sin esa clase de devoción al gurú, no era posible aprender nada.

Lucio era mi profesor de Teatro Sagrado, además de ser residente de Federico y discípulo directo de la Madre, todo lo cual le proporcionaba un aura especial. Recibir al maestro y profesor después de su viaje misionero era una actividad devocional en sí misma, que a mí se me confundía con la probabilidad de que Marcos estuviera ahí, porque era el mejor amigo. Él me pedía con insistencia que volviera a verlo y me reprochaba edulcoradamente si yo faltaba un fin de semana. El tema era que yo no siempre conseguía la manera de llegar hasta Federico. A los quince años, no tenía permiso para tomarme el tren y el colectivo destartalado y simplemente irme sola a una quinta perdida en el conurbano.

Al centro, a la sede central, sí podía ir por mi cuenta. Así que

fui. Hubo una recepción informal, no me acuerdo mucho, algo aburrido. Efectivamente, Marcos estaba ahí. El edificio estaba vacío, salvo por el salón en el que nos habíamos reunido unas veinte personas. En un momento, Marcos me hizo una seña para que subiéramos al aula chiquita del primer piso. Se sentó en un pupitre y me hizo sentar en otro, a su lado. Se reclinó sobre su pupitre y acercó su cara a la mía. Sentí asco. Es un recuerdo muy nítido, aún hoy, el de la piel de su cuello, que para mí era una piel gastada, de viejo. Y la dentadura. Y el olor a transpiración, a desodorante fuerte.

Me levanté de golpe y dije que me tenía que ir. Él hizo un gesto de rencor que yo jamás le había visto, que tampoco se parecía a la mirada intimidante con la que a veces me miraba fijo. Era otra cosa. Me perturbó. Bajé las escaleras lo más rápido que pude y me fui a mi casa, sintiéndome culpable.

III

Cuando llegaron los internados de verano de 1998, yo estaba inscripta en el primer lugar de la planilla. Para mí, Federico era no solo el mejor lugar del mundo, sino donde me sentía cada vez más como pez en el agua. Llamaba a los perros y gatos por sus nombres, me manejaba en la cocina como en mi casa, los residentes me saludaban, y, sobre todo, entraba y salía del taller de Marcos como si fuera mío. Él me había aclarado que podía dejar mis cosas ahí y usarlo para leer, dibujar o simplemente estar. Para lo que yo quisiera.

A mí me encantaba: con un gran ventanal que daba a los eucaliptus del fondo, olía a trementina, tenía caballetes con cuadros a medio pintar, esculturas de imágenes sagradas de arcilla fresca, birimbaos caseros colgando de las paredes, tambores, libros de arte y de mística cubiertos de polvo y perfumados de incienso. Muchas tardes, Marcos dedicaba un rato a tocar el violín en ese taller. Aunque tocaba hacía poco, le sacaba unas melodías orientales que a mí me conmovían.

Marcos cumplía años durante el retiro, así que me ocupé de su regalo con anticipación; al fin y al cabo, él me había regalado una miniatura de Shiva para mis quince. Le compré un CD original de Ravi Shankar, el sitarista, que se llamaba *Flights of imagination*. Él había mencionado, una vez, que lo quería. Lo conseguí en una

galería de la calle Florida, donde me habían pasado el dato de que traían discos de la India. Mi hermano me había acompañado a comprarlo. Había sido un pequeño gran evento hacer esa movida juntos. Un regalo para Marcos era, de alguna manera, importante para los dos, una especie de actividad devocional hacia nuestro maestro.

La rutina del retiro era igual a la del año anterior. Marcos era el director nuevamente. Esta vez, éramos muchas más personas quienes participábamos desde las escuelas, incluida mi mamá. Aunque ella estaba en la Fundación desde hacía más de diez años, no tenía un vínculo fluido con los residentes de Federico, por quienes creo que sentía un respeto reverencial. Algo así me había dicho: que quienes vivían ahí eran como monjes, que llevaban una vida austera, que dedicaban su vida a Dios y que obedecían a la Madre en todo. Recuerdo que una tarde, durante aquel retiro, Marcos me dijo, después de un almuerzo, que mi mamá era muy linda y parecía no darse cuenta. Lo dijo con un tono lascivo que me resultó profundamente perturbador. Inasimilable.

De noche, más o menos a partir de las ocho, solíamos reunirnos en su taller. A veces venía alguien más, alguien de su confianza, que igual llamaba a la puerta antes de entrar. Él tocaba el violín, charlábamos. Después, nos quedábamos solos. A veces, hasta tarde. Se generaba una tensión que yo interpretaba como una continuidad de las intensas sensaciones que experimentaba durante las meditaciones y cantos del día. Sin embargo, había algo más, que yo no entendía y que definitivamente no podía manejar. Entraba para acostarme a la habitación de las mujeres cuando todas se habían dormido hacía rato, en las camas cucheta, y tenía que desvestirme a tientas con la cabeza revuelta.

Una noche de enero de 1998, después de un largo rato de charlar con Marcos en el taller, vi que se había hecho tarde. Me levanté para irme, pero él me pidió que me sentara en el suelo, delante de una estatua de Ganesha tamaño natural, modelada por él. Se sentó delante de mí, delante de la estatua. Ahí en el suelo, quedábamos inaccesibles a la mirada de cualquiera que pasara por

delante del gran ventanal. De todas maneras, ya no era horario para que circulara nadie. Encendió un sahumerio para Ganesha, hizo los gestos rituales para ofrendárselo y empezó a dirigirse al Dios. Yo estaba impávida como siempre que él se dirigía a la Divinidad, como si fuera la comunión de un santo. Le dijo al Dios cosas sobre mí, no me acuerdo cuáles, y terminó con esta frase: “Te pido que me bendigas a mí y bendigas a esta jovencita, que ahora voy a besar”. Y pegó sus labios gelatinosos a los míos. Yo sentí ese contacto frío, blanduzco, y retiré mi cabeza para atrás. Me acuerdo muy bien de quedarme mirando el suelo, no queriendo que sucediera eso que sucedía. ¿Esto era un beso? Bueno, no me gustaba. Era un asco.

Marcos se quedó inmóvil, expectante. Yo me levanté y salí. Él me siguió y me hizo una seña para que nos acercáramos a los eucaliptus del fondo. Después de la fila de árboles había un alambrado, y lo que se veía era un paisaje llano y silvestre, hermoso. Una pampa de cardos y manzanillas, que de noche era una fiesta de grillos, completamente negra. Marcos se puso a hablar solo, a monologar, como hacía él, con su tono melancólico. Capaz le habló a Dios, también. No sé. No me acuerdo. No podía sacarme de encima la sensación de esos labios amorfos y pesados arriba de mi boca. No podía pensar en otra cosa. Sentía por dentro un impulso más fuerte que ningún otro, que decía esto: no. De todas maneras, permanecí ahí, de pie, a su lado, escuchándolo hablar debajo de los eucaliptus. Sin poder moverme.

Antes de irnos a dormir, todavía me hizo pasear a su lado por los templos, que de noche se iluminaban con reflectores muy potentes, dándole al jardín un aspecto onírico. Yo no dije una palabra. Sé que algo en mi actitud impidió que él volviera a acercárseme esa noche. Me fui a dormir muy tarde.

IV

A la mañana siguiente, a las ocho, él estaba sentado en el Templo Mayor en su impávida posición de loto, esperándonos a todos para empezar su escarpada sesión de canto del om. Los ojos cerrados, el gesto adusto, ni siquiera me dirigió la mirada cuando me acomodé, al lado de mi mamá, en uno de los almohadones dispuestos en un gran círculo central. Después nos dio su clase normalmente, encabezó el almuerzo y dirigió los trabajos, cerrando el día con cantos devocionales, sin decirme una palabra. Esa noche no fui a su taller. Me fui a dormir junto con las demás.

Fue ese año cuando la doctrina del Amor terminó de consagrarse. La Madre había trabajado con los profesores durante todo el año sobre unos *sutras* que revelaban que la Devoción a Dios (*Bhakti Yoga*) era la única manera de acercarse a él en estos tiempos oscuros (*Kali Yuga*). Lucio nos daba clases sobre esos sutras, por las tardes. Un Amor que, por supuesto, solo se podía experimentar e incluso practicar, entregando a Dios la propia voluntad y venciendo los impulsos del cuerpo, la falsa satisfacción y el falso disgusto (*raga-dvesha*) que nos provocaban los sentidos.

Taladrada por estas ideas, no pude elaborar nada de lo que había sucedido la noche anterior. Debo haberlo omitido, simplemente.(35) De hecho, me resulta curioso no conservar absolutamente ningún recuerdo interior de esa experiencia. Nada.

Ni una pregunta, ni una expectativa, ni ganas de algo, después de aquella primera reacción de rechazo. Algo se había puesto en blanco, había quedado en suspenso.

Al día siguiente era el cumpleaños de Marcos. Yo tenía el regalo que le había comprado con mi hermano y quería dárselo a las doce, como había planeado. Esa noche, entonces, fui al taller más tarde que de costumbre, con la intención de darle la sorpresa. Al verme, hizo un gesto de satisfacción. Estaba sentado en una silla, sobre el escritorio que daba al ventanal. Yo me senté en un banco, en el medio del taller. Cuando le di el CD, sonrió y lo puso en una compactera. La música era muy sugestiva, a mí me transportaba a los mundos legendarios que nos pasábamos todo el día invocando entre los templos.

Apagó la luz de arriba y encendió el velador. Me agarró de la mano y me atrajo hacia sí, sentándome sobre sus piernas. Metió sus manos por debajo de mi remera, y empezó a tocarme el torso, los pechos. Me desabrochó el corpiño. Yo estaba inmóvil, sintiendo sus dedos sobre mis partes íntimas, pensando que eso era lo que él quería. Que él era un hombre grande. Que esto era lo que hacían los hombres grandes cuando amaban a una mujer. Que yo no era una mujer pero que él igual me aceptaba y me amaba, ese era su sacrificio, y por lo tanto el mío era dejarme hacer esto, para recibir el amor de este hombre, el amor del maestro. Que ya se había aguantado durante mucho tiempo conmigo. Que eso era una prueba de amor. Que no podía esperar a que yo tuviera dieciocho, como me había dicho, porque era demasiado tiempo. Que su pasión era demasiado fuerte. Que tenía necesidades de hombre. Que yo tenía que aprender de él, ablandarme, dejarme hacer, porque yo no sabía nada de nada. Que yo confiaba en él más que en nadie en el universo, más que en mí misma. Que él jamás, nunca y por nada del mundo, sería capaz de hacerme daño.

De golpe, apagó también la luz del velador y acercó la cara al ventanal, alterado. Por delante del taller pasaba Jorge, un hombre viejo que vivía en Federico pero que salía solo por las noches, que había sido compañero de la Madre en los orígenes de la Fundación

y ahora vivía ahí, sin participar de ninguna actividad. Al oír pasos, Marcos se había puesto nervioso, apagando de golpe la luz. Me acuerdo de mi confusión. ¿Por qué no quiere que Jorge nos vea? ¿Acaso no es él, Marcos, el director del retiro, el que sabe lo que está bien? ¿Hay algo de esto que no debería estar sucediendo? ¿Soy culpable de algo?

Cuando Jorge pasó de largo, con el taller todavía a oscuras, apenas iluminado por una penumbra que venía de afuera, Marcos, sin dejar de manosearme el torso, apretó su boca contra la mía y metió su lengua adentro, recorriéndome los dientes y el paladar. Murmuró algo así como que este era su verdadero regalo de cumpleaños. Inmóvil, esta vez no pude oponer resistencia.

---

35. La noche que Marcos me apoyó sus labios en la boca, en el retiro espiritual del que él era el director, después de ofrendar esa acción a Dios en la Forma de una estatua de Ganesha que él mismo había modelado y que se reproducía sin fin en los muros de los templos, me fui a dormir en *shock*. La verdad es que la disciplina no dejaba mucho espacio para pensar en nada más que en Dios, única Realidad, sobre la cual se proyectaban las sombras ilusorias de nuestros deseos egoístas, gustos y disgustos (*raga-dvesha*) y, en definitiva, nuestra gigantesca ignorancia (*avidya*), la que precisamente Marcos nos enseñaba a disipar. Lo que estaba claro era esto: solo un Amor suficientemente intenso podía sacar a nuestra conciencia enquistada en la materia de su profundo error, para ayudarla a vislumbrar la Verdad o la Naturaleza de Dios, mucho más allá de los movimientos aparienciales de los fenómenos (*maya*).

V

Fue hacia el final de ese retiro que un día me avisó que tenía que conversar con Amanda, que por favor lo esperara, que después me iba a explicar. Amanda era una mujer de la misma edad que él, también profesora de la Escuela, de otra filial, elegante, esbelta e inteligente. Marcos solía decir que ella tenía los ojos más hermosos que había visto. Era alguien que yo respetaba.

Los vi, de lejos, sentarse entre los eucaliptus que quedaban detrás del taller. Los vi charlar y reírse durante unas dos horas. Después, los vi caminar lentamente hasta la puerta del taller, donde ella, llorando, apoyó su cabeza sobre el hombro de él, que no la abrazó. Entonces, ella se retiró apretando el paso, sin levantar la cabeza, rumbo a las habitaciones. Marcos la miró alejarse y se acercó hasta donde estaba yo, como si supiera que los había estado observando. Me dijo, con un tono dulzón, que Amanda era una persona hermosa pero que él no la amaba. Que me amaba a mí.

Esa escena y esas palabras de Marcos –era la primera vez que me decía una cosa así, era la primera vez en mi vida que alguien me decía una cosa así– me produjeron un impacto muy fuerte. Sobre todo, me confundió que me comparara con una mujer adulta.

Durante el retiro, un día nos había tocado cocinar juntas, a Amanda y a mí. Recién ahora me percato de que era el propio Marcos quien armaba las parejas de cocina. Como había dos bolsas

grandes de cebollas que empezaban a pudrirse, ella decidió que cambiaríamos el menú habitual y haríamos tarta de cebollas. Me acuerdo de la admiración que sentí por ella al ver que no solo tomaba esa decisión sin consultarla con nadie, sino que era capaz de hacer la masa para unas tartas gigantes, para el almuerzo de más de treinta personas. A la hora de comer, todo el mundo se deshizo en alabanzas hacia Amanda, incluido Marcos. Yo piqué cebollas sin fin y la ayudé en todo lo que pude, preguntándome si algún día tendría esa solvencia, cuando fuera grande como ella.

Nunca supe qué le dijo Marcos a Amanda esa tarde, ni siquiera sé de qué hablaron, pero ella dejó el internado a la mañana siguiente, sin despedirse de nadie.

VI

Aquel día de enero de 1998, el día en que Marcos cumplió años, él pasó una barrera de resistencia sobre mi cuerpo que yo ya no pude activar nunca más. Quedé en disponibilidad a sus manoseos y lamidas, bajo el efecto de un acostumbramiento que quedó asociado a la ansiedad de sentir que de esta manera lo satisfacía como hombre y podía continuar siendo su elegida. Había sentido rechazo, asco, vergüenza, pero me conformaba con que no me hubiera dolido. Yo creía que dejándolo hacer me aseguraba su amor, del cual dependía para mi avance en el camino espiritual, para mi aprendizaje en la poesía, para mi valor como persona. A esto iba a agregarse, a partir de ahora, mi valor como mujer y mi sexualidad, de los cuales él iba a erigirse en una especie de amo. Esto, por supuesto, no era algo que yo fuera capaz de pensar claramente, de sopesar ni evaluar. Era un conjunto de sensaciones que se me pegoteaban por dentro.

Más allá de esas nociones vagas sobre satisfacer su impulso viril y ser el objeto de su amor, yo no me hacía una idea clara sobre el significado de esos contactos, de esos “besos”, o sobre lo que iba a pasar después. ¿Íbamos a ser novios, a partir de ahora? Eso era lo que les había pasado a algunas chicas que yo conocía después de transar con un chico: empezaban a *salir*. Supongo que comencé a alimentar esa fantasía, la de que, a partir de ahora, en algún

momento, Marcos y yo íbamos a ser novios. No es improbable que haya pensado que también íbamos a casarnos, más adelante, cuando yo terminara la secundaria.

Al día siguiente, descubrí que ese beso con lengua de la noche de su cumpleaños tampoco inauguraba un trato distinto de Marcos hacia mí, tal como había sucedido con el primer contacto. En realidad, lo que no se modificaba era su manera de dirigirse a mi persona enfrente de terceros. En cuanto me volvió a encontrar a solas, se me vino al humo directamente, en una actitud como de emboscada. Como si esa fuera la gracia: esto sucede cuando nadie nos ve. Es un secreto. Incluso, con gente rondando. Con el sabor del peligro. Eso parecía excitarlo, gustarle.

Esas emboscadas cuando me encontraba medio a solas, que se repitieron a lo largo de todo el retiro, eran una especie de juego que consagraba la clandestinidad como la gracia principal de lo que sucedía entre nosotros. Una indiferencia de gurú cuando dirigía las meditaciones, encabezaba los almuerzos y daba las clases se transformaba de golpe en una pasión místico-sensual de monje heterodoxo que no respeta las reglas, de manera impredecible para mí. Un doble comportamiento que yo no podía prever, pero debí gestionar de un día para el otro.

VII

Ese verano, después del retiro y antes de que empezaran las clases, nos fuimos con mi familia de vacaciones a Mendoza. Mi hermano y yo estábamos compartiendo la memorización del segundo capítulo del *Bhagavad Gita*, el principal de los libros sagrados que se estudiaban en la Fundación.

El *Bhagavad Gita* es un fragmento del monumental poema épico hindú llamado *Mahabharata*, que significa *la gran guerra*. Resulta que, en un episodio de ese poema, dos bandos de una dinastía se enfrentan en una batalla por el trono de un reino. Antes de comenzar la batalla, uno de los principales guerreros del bando de los buenos se percata de que los enemigos que tiene delante son sus propios parientes y desiste de luchar, desplomándose en su carro de guerra. Oportunamente, quien conduce su carro es el propio Krishna, una Encarnación de Dios. Krishna observa el desaliento de su guerrero y lo insta a luchar, en una argumentación que se despliega a lo largo de dieciocho capítulos. A ese discurso de Krishna se lo conoce como *Bhagavad Gita* (*Canto del Señor*). A lo largo de esos dieciocho capítulos, Krishna condensa los fundamentos filosóficos del hinduismo.

Básicamente –en términos de trama, digamos– el *Bhagavad Gita* es una arenga. Y en este sentido, el argumento fundamental con el que Krishna persuade a su discípulo, amigo y devoto de emprender

la lucha es este: pelear es su *svadharma*, su *deber propio*, la expresión de su naturaleza esencial, sobredeterminada por su origen y formación. Cumplir con el propio deber, renunciando al fruto de los actos mediante una entrega simbólica a Dios (*karma yoga*), es el único camino para acercarse a Él y realizar la misión de su vida. Es su única manera de ser verdaderamente feliz. Y si no le parece, si no quiere, si no le gusta, si siente que no puede, incluso si siente repugnancia por asesinar a sus primos y tíos, entonces tiene allí a Dios mismo que no solo le indica el camino correcto, sino que lo guía materialmente conduciendo su carro. El guerrero debe dejarse conducir por Él hacia aquello que le repugna.

El argumento final de Krishna, ya sobre el final del canto, es este: si el guerrero se niega a luchar en esa situación, que es una causa justa, acabará luchando por cualquier pavada y en cualquier situación injusta, enredándose más y más en la ignorancia y el dolor del mundo. No hay salida. *Aquello que no quieras hacer, aquello harás, sin remedio*, decía la traducción que durante años escuché citar en los pasillos de las escuelas, cuando alguien osaba protestar por algo, aunque fuera en chiste. El guerrero debe renunciar a su propia voluntad.

Mi hermano y yo estábamos memorizando el segundo capítulo, porque en eso consistía el examen para ingresar al Colegio de Pedagogos, al que pretendíamos postularnos al final del verano. El Colegio de Pedagogos era el prerrequisito para ser profesores de la Fundación. Se cursaba los domingos, de nueve de la mañana a siete de la tarde, en Federico. Duraba dos años y era exigente, porque los *pedagogos* (así se llamaba a quienes lo cursaban) tenían que dar el ejemplo en sus filiales, con trabajo, guardias de recepción, materias, pago de la cuota. La rutina del domingo era, además, pesada: había que salir de la capital antes de las ocho, trabajar en tareas de mantenimiento entre clase y clase, preparar trabajos prácticos y memorizaciones de una semana para la otra.

Fui calurosamente alentada en mi propósito de iniciar Pedagogos por todos en la Fundación, que eran todos los adultos que yo trataba (sin contar con los profesores y profesoras del

colegio, que nos ignoraban como si fuéramos estudiantes universitarios). Era dar un paso más en el camino espiritual, uno decisivo. El director, designado por la Madre, iba a ser Lucio. Entre los profesores, estarían sin duda los demás residentes de Federico. Mi hermano y yo contábamos los días, repasando el *Gita* sin fin y meditando en Shiva (él también lo había elegido como ishta).

A mi rutina del año anterior, que ya era excesivamente exigente, yo pretendía agregarle Pedagogos. Además, el tercer año de la secundaria en el Nacional de Buenos Aires aumentaba drásticamente el nivel de exigencia respecto del segundo, reemplazando materias artísticas por ciencias duras y agregando horas a contraturno. Porfiada, arranqué con todo. No me acuerdo si llegaron a pasar tres o cuatro meses. Sí me acuerdo de sufrir ataques de nervios por falta de sueño y estrés, y terminar de decidirme a dejar Pedagogos en medio de una crisis de llanto, en mi filial, donde un profesor intentaba contenerme diciéndome que podría incluirme en la siguiente promoción, que Dios me amaba de todos modos. Me acuerdo también de que sentía culpa, miedo y una desesperante confusión.

Lo que no había contado nunca hasta hace aproximadamente un año, fue lo que sucedió durante esos meses del otoño de 1998, no en Federico, sino en la flamante Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Lo que Marcos me hizo.

VIII

Un día de principios de abril de 1998, al salir del colegio, vi a Marcos pasar caminando rápido por la vereda, mirarme fijo y seguir de largo, haciendo un gesto como para que lo siguiera. Para mí, fue como una visión. Con una súbita taquicardia, lo seguí. Caminamos a paso vivo unas cuadras, sin hablar. Él estaba agitado y me miraba de reojo, con una sonrisita.

El colegio queda en el microcentro, un lugar atestado de autos y gente, a diez kilómetros de mi barrio y de mi casa. Los alumnos éramos cientos y, que yo sepa, jamás hubo ningún adulto responsable del colegio observando la puerta. Para pasar desapercibido, Marcos solo tenía que resguardarse de la mirada de los dos o tres compañeros con quienes yo eventualmente salía charlando, que pronto se dispersaban en el tumulto, rumbo al subte. Y había encontrado el modo. Yo no podía más que interpretarlo como ese juego de pasión entre mística y romántica que él había instalado entre nosotros, en Federico.

Vine a buscarte, me dijo. Parecía emocionado. Me preguntó si tenía tiempo. Dije que sí, bah, que tenía que ir a mi casa y que después tenía guardia de recepción en la Escuela, que quedaba en un barrio de camino a mi casa. Me dijo que seguramente podría pasar un rato con él, que había venido especialmente de Federico porque tenía mucha necesidad de verme. Yo sentí algo extraño,

maravillado: nunca había visto a Marcos entremezclarse con mi mundo prosaico. Aunque habíamos hecho ya aquel paseo extraño por el Bajo, Marcos en la puerta de mi colegio era como si el mundo mágico de Federico ingresara en la opacidad de lo cotidiano.

Me detuve en un teléfono público para llamar a mi casa. Él me dijo que dijera que tenía que ir al Museo de Bellas Artes con unos compañeros, a ver una exposición itinerante de Van Gogh. No me acuerdo cómo llegamos al departamento de su papá, un dos ambientes en un piso dieciséis, por Corrientes y Medrano. Yo no conocía la ciudad, fuera de los recorridos que hacía de mi casa hasta el colegio, o hasta mi filial. Me dejé conducir. Me contó que su papá era un médico psiquiatra y psicoanalista que vivía afuera de la ciudad y venía a la capital solo durante el fin de semana, a ver amigos y atender algún paciente en ese departamento, que servía de consultorio. Como era un día de semana, el departamento estaba libre.

Antes de subir, paramos en un kiosco a comprar algo como para pasar el almuerzo. Él eligió un paquete de maní, y yo, galletitas de chocolate. Marcos me miró con sorpresa o burla y comentó que lo que él había elegido *por lo menos era comida*. Me lo acuerdo por dos razones: primero, porque sentí una vergüenza específica que ya había sentido en su presencia, esa sensación de estar en falta por ser chica, por elegir algo que era una golosina, algo infantil. Segundo, porque yo empezaba a sufrir eso que tardé más de una década en poder llamar anorexia. Empezaba a sentir que mi cuerpo era algo desagradable, demasiado pesado y voluminoso, y por eso intentaba no comer. Y cuando no podía soportar el hambre, muchas veces me compraba alguna golosina, que me devolvía rápidamente una sensación de saciedad, aunque rebotara después como una falta horrible, imperdonable.

Hay algo más en ese recuerdo: la descalificación de mi decisión, de mi criterio, de mi deseo. Lo que yo había elegido estaba mal. Era ridículo. Yo no sabía lo que era bueno para mí. E insisto con esto: su manera burlona de hacérmelo saber estaba como embebida de eso que no quiero llamar *ternura*, pero no encuentro una palabra

mejor. Una especie de ternura sádica. Algo que dejaba en claro que esa ignorancia mía, esa inadecuación, tenía que ver con mi falta de experiencia por ser chica. Como la cara que me puso cuando le hice las correcciones de sus poemas.

Al llegar al departamento, Marcos encendió la estufa y movió los muebles: puso la mesa ratona contra la pared y corrió uno de los sillones, haciendo lugar en el *living* para que nos ubicáramos en el suelo, como en los templos. Se sentó en la posición de loto que usaba para dirigir las meditaciones y que yo procuraba imitar, sintiendo, para variar, que me faltaba elongación y flexibilidad, porque no conseguía sostenerla como hacía él. Comimos esas cosas que habíamos comprado y él sacó un porro. Me dijo que el cannabis era la planta de Shiva, que era muy sagrada en la India, que los monjes la fumaban todo el tiempo, incluso hacían rondas en las calles para fumarla, porque expandía la conciencia. Me lo dio y me explicó que tenía que pitar y luego contener la respiración inflando la panza, lo más que pudiera.

Lo siguiente que recuerdo es estar haciendo ejercicios como de estiramiento en el suelo de ese *living*, diciéndole que sentía dos cosos a la altura de la panza, y que él, riéndose mientras me observaba, me dijera que se llamaban abdominales y que me había pegado el porro. Después me acuerdo de él desvistiéndome mientras yo continuaba haciendo esos ejercicios, procurando sentir las partes de mi cuerpo que estaba como descuajeringado, como dividido por zonas, perdida la noción del entorno. Recuerdo a Marcos desnudándome. Y tocándome. Recuerdo cerrar los ojos para tolerar ese contacto, concentrándome en la conmoción emocional que me provocaba estar sola con ese hombre, que ya para ese momento era para mí lo máximo de lo máximo. Que había salido de la belleza mística de Federico para venir a buscarme al colegio, precisamente a mí. Cerrar los ojos y pensar todo esto con fuerza. Había fumado la planta de Shiva, que expandía la conciencia. Esto tenía que ser el amor. Él me había dicho que me amaba. Recuerdo sentir algo en mi vagina. Que él me metía algo en la vagina y no saber qué, pensar que podía ser su dedo, pero que me parecía grande para ser un

dedo, que quizás fuera su pene, que quizás esto era hacer el amor, sin animarme a abrir los ojos y mirar, ni mucho menos a preguntar nada. Recuerdo la presión sobre una parte de mi cuerpo que yo nunca había sentido, que era mi himen.

No sé cómo volví a estar vestida y con los ojos abiertos. Sí me acuerdo de que le pregunté la hora. Eran las cuatro menos cuarto. Yo a las cuatro tenía que estar en la recepción de la filial para cubrir la guardia. Él se inquietó, empezó a mover los muebles rápidamente y me dijo que por qué no le había dicho antes cuál era el horario, que él me hubiera avisado con tiempo, que la puntualidad para cubrir la recepción era lo básico que se esperaba de una discípula, que tenía que prestar atención a esas cosas ahora que estaba en Pedagogos. Mientras me acompañaba, apurándome el paso, a un colectivo que me iba a dejar cerca de la filial, me dijo que si me preguntaban, dijera que me habían encantado *Las barcas en la playa*, de Van Gogh. Y con los ojos melosos y uniendo las manos sobre el pecho, que esperaba volver a verme pronto, que a más tardar el domingo, por favor.

Llegué a la recepción casi una hora tarde. Tartamudeé algo confuso sobre Van Gogh, nerviosa por si alguien me preguntaba algo más sobre la exposición, o en qué colectivo había viajado desde el museo, que yo no tenía ni idea de dónde quedaba. Seguía sintiendo una especie de latido en mi vagina que me daba la impresión de que podía notarse desde afuera. Pero nadie me preguntó nada. El recepcionista al que tenía que relevar era un señor simpático, de la edad de mi papá. Me dijo que me perdonaba porque era yo. Nada más que porque era yo.

IX

Los domingos, en Pedagogos, no son como cuando iba a limpiar templos. Casi no tengo tiempo libre. Sin embargo, mi director de Pedagogos es Lucio, el amigo del alma de Marcos. Es él quien controla el cumplimiento de la disciplina, el responsable por lo que los pedagogos hacemos o dejamos de hacer en Federico. Y precisamente, Lucio me mira con una complicidad que deja poco lugar a dudas: está al tanto de lo que sucede y parece aprobarlo, incluso disfrutarlo. Durante los intervalos entre clase y clase, o entre clase y trabajo, Marcos me busca para emboscarme, tocarme, besarme. Un día, eso sucede en su taller. De pronto entra Lucio y se ríe, a la vez que me hace una admonición de que me apure porque estoy por llegar tarde a la clase, como si fuera un chiste. Pero no lo es.

Lo que empieza a pasar, entonces, es que ese secreto de pasión desbordante de Marcos hacia mí es un secreto delante de casi todas las personas, pero no de todas. Algunos residentes de Federico están al tanto y empiezan a presenciar el contacto de él conmigo, como si delante de algunas personas sí fuéramos una especie de novios. Por mi parte, yo no tengo claro frente a quiénes somos como novios y frente a quiénes no. Me va quedando claro que en general, no; delante de las autoridades, no; delante de los compañeros de Pedagogos, no; delante de mis padres, no; delante de mucha gente,

no. Pero hay toda una zona borrosa sobre la cual yo no sé.(36)

extrema, le decía piropos, ella como que se sonrojaba, o sea, la seducía; pero después, me decía que le tenía mucho cariño, que ella era una mujer brillante pero que no le gustaba. Yo no sabía nada de la vida amorosa de las personas grandes y, sobre todo, confiaba en él, así que omitía mis percepciones de circulación libidinal entre ellos.

Con respecto a lo que sucedía entre Marcos y Amanda (y que sucedió después con otras mujeres de su edad), a mí me parecía que ellos hacían una buena pareja, que habrían podido ser novios sin tanto secreto ni tanta historia, sin que Marcos tuviera que padecer mis niñerías, como cada vez más, de a poco, me iba haciendo sentir. Sobre todo, podrían haber sido novios sin que Marcos hubiera tenido que aguantarse nada de su impulso sexual, como yo creía que había tenido que hacer conmigo todo este tiempo, esperando a que yo creciera. De hecho, creo habérselo dicho. Pero él insistía en que lo que sucedía conmigo era especial, diferente, único. Lo que sentía por mí era un amor especialmente intenso y, sobre todo, espiritual, porque al mismo tiempo me dejaba cada vez más en claro que yo era inexperta y torpe en cualquier contacto corporal. (37) Así rebotaba, en mi cabeza, esa escena que Marcos montaba enfrente de mí entre Amanda y él. Así fue como sostuvo comportamientos seductores hacia montones de mujeres más grandes que yo en mi presencia, durante años.

De todas maneras, yo no tomaba ninguna iniciativa de contacto físico, así que no era necesario que tuviera claro quiénes podían vernos y quiénes no. Este comportamiento doble que a mí me tomó completamente por sorpresa, como todo lo que sucedió –pero quiero decir: para el cual, en particular, no tenía ni siquiera un modelo, a no ser las historias de amor clandestino que Marcos me venía narrando desde hacía un año–, ese comportamiento en el cual yo pasaba de ser un objeto de deseo sensual desbocado y de amor incondicional a una completa extraña, alguien ajeno, una alumna más a quien ni siquiera se saluda cuando se va; ese doblez, aunque yo me esforzara en pensar y creer que la parte de la indiferencia era

fingida, que Marcos la simulaba incluso con esfuerzo, para reforzar la pasión, que era lo verdadero, o para intentar preservarla de las habladurías de quienes no comprendían la pureza esencial de nuestro vínculo, a pesar de intentar creerme eso con todas mis fuerzas, me hizo sufrir desde el principio. Desilusionó mis expectativas, me lastimó en la necesidad de recibir afecto y reconocimiento, hirió mi autoestima, me confundió las ideas, me aisló, impidiéndome comparar mi situación con la de otras personas, me generó inseguridad, me dolió emocionalmente. Y me la aguanté. No sabía que se podía hacer otra cosa.

La enseñanza espiritual de la Escuela en general reforzaba este comportamiento, por supuesto. Bajo la concepción de que el objetivo último era la *destrucción del ego* (área que, de paso, le competía a nuestro Señor Shiva), Marcos hacía particular hincapié en que no había que enorgullecerse jamás por ningún logro, marcándome especialmente que exhibir a quien se amaba como si fuera una *charretera* (él usaba esta palabra) era repugnante. Él se negaba rotundamente a exhibirme, en un acto de renuncia, que en definitiva era una prueba de amor.

Había también componentes poéticos, digamos, que alimentaban esta actitud. Poéticos y doctrinales. Sobre todo, estaba el ejemplo del propio Krishna. Resulta que, en la mitología hindú, Krishna es un rey. Su historia es así: cuando él nace, su tío, que es el soberano, recibe una profecía de que el sobrino recién nacido va a destronarlo. Entonces lo manda a matar. Los padres esconden al bebé en una aldea de pastores, llamada Vrindavan. Cuando Krishna crece, todas las pastoras se enamoran locamente de él. En particular, Radha, que es una mujer casada y engaña a su marido con el joven Krishna. Esta infidelidad es considerada, en el hinduismo, un ejemplo de supremo amor por Dios, *Bhakti Yoga*. A Marcos le gustaba este episodio: una vez que Radha y Krishna se encontraban haciendo el amor, entró el marido de ella y, para que no los descubriera, Krishna se transformó en la estatua de una divinidad a la que Radha fingió rendir culto.

De mayor, Krishna cumple con la profecía: vence a su tío y se

convierte en rey. Entonces se casa con dieciséis mil mujeres. Dice el mito que, cada noche, Krishna se multiplicaba por dieciséis mil para tener sexo con todas sus esposas. Aun entonces, se escapaba de su palacio hacia la aldea de Vrindavan, donde se reunía con la que más amaba de todas, con la divina Radha, en secreto. El único amor que verdaderamente valía la pena era el clandestino, el que estaba prohibido, aunque Krishna tuviera otros miles de amores. Hay unas imágenes muy bellas de los cuerpos de ellos dos entrelazados, parados sobre un único pie: el de Krishna.(38)

---

36. Al poco tiempo de comenzados los abusos, empezó a suceder que los contactos de Marcos conmigo (besos en la boca, comentarios explícitos sobre sexo) se habilitaron en un reducido círculo de su confianza, pero debían ocultarse delante de una mayoría de personas, sin que yo comprendiera el criterio. Desde el principio, este hombre me pidió que *no lo expusiera como un trofeo*, dándome la enseñanza espiritual de que el orgullo de mostrarse con alguien era el principal enemigo del Amor (y el Amor era el único camino hacia Dios).

Yo estaba a años luz de pensar esto con la claridad con la que lo escribo ahora. Esto lo puedo decir más de veinte años después y gracias a un largo recorrido terapéutico y formativo. Como ya dije, no conservo casi ningún recuerdo de mi vivencia subjetiva de esa época con respecto a los contactos corporales de Marcos conmigo, fuera de pensar que si la molestia (por ejemplo, el latido en la vagina del que hablé) no llegaba a ser dolor, debía ser que estaba bien. Solo puedo recordar una ansiedad, que podría interpretarse como amor o como temor, una inquietud emocional constante referida a él que ocupaba todo mi pensamiento, una obsesión muy intensa, como si no pudiera enfocarme sobre ninguna otra cosa, incluso en su ausencia. Y los hechos.

Durante muchos años, al tratar de pensar si lo que yo había vivido con Marcos había sido abuso sexual, encallaba en la idea de que *él nunca me había generado dolor físico*, y eso me parecía suficiente prueba a su favor. Ahora que sé lo que dice la ley, lo que explican las y los especialistas, ahora que comprendo lo que yo misma viví, voy a hacer una aclaración al respecto.

El abuso sexual con acceso carnal de una niña, niño o adolescente es tal (es decir, es lo que se nombra como *violación* fuera del registro legal) porque la víctima no está en condiciones de *consentir* una relación sexual, no porque

el acto se lleve a cabo mediante la aplicación de fuerza física ni porque el agresor produzca lesiones corporales o dolor corporal. Esto es muy importante. El agresor crea las condiciones para que su víctima no pueda resistirse, *antes* de consumar el delito (o se aprovecha de las que ya existen); por eso, la primera parte de este relato es insoslayable para comprender los hechos que estoy denunciando. El agresor inhibe las posibilidades de la resistencia.

En la amplia mayoría de los casos, entonces, el sometimiento del delincuente sobre el o la menor de edad se consuma mediante manipulación y abuso de poder, aprovechándose de la falta de experiencia y vulnerabilidad particular en la que se encuentra la víctima. Por supuesto que las personas adultas también pueden ser víctimas de este tipo de manipulación y abuso de poder, y esto también está tipificado por la ley en los casos en que se prueba que una persona estaba incapacitada para consentir un acto sexual al cual se la sometió. En el caso de una adolescente (más aún cuando el agresor es una figura de autoridad), la imposibilidad de consentir es inherente a su condición, porque no ha tenido aún la oportunidad de construir recursos subjetivos que le permitan identificar esta clase de violencias y defenderse de ellas. Si no fuera así –es decir, si el delincuente sometiera por la fuerza y produciendo lesiones– este tipo de abuso no podría prolongarse en el tiempo, como usualmente sucede, ni podría tampoco gozar de la amplísima impunidad de la que goza.

El daño que provoca el abusador sobre su víctima menor de edad es físico solo en la medida en que un avasallamiento sobre la sexualidad daña la relación con el propio cuerpo, produciendo efectos traumáticos que llegan a poner en riesgo la vida de la víctima, y van desde los trastornos alimentarios, pasando por autoagresiones de distinta especie, hasta llegar al suicidio. Pero el abusador sabe que no debe dejar marcas corporales visibles y tangibles, y encuentra la manera de salirse con la suya. De hecho –y esto es así *sine qua non* en caso de niños, niñas y adolescentes, pero puede darse también con personas adultas– no se trata de excitación o no excitación, sino de consentimiento o no consentimiento, porque existen maneras de provocar un estado de excitación física sin consentimiento (por ejemplo, con una intoxicación mediante psicoactivos).

Por supuesto, para poder acceder carnalmente por vía vaginal o anal sin dejar marcas, el delincuente debe estimular los genitales de la víctima, quien probablemente experimentará sensaciones que van desde cierta apatía hasta cierta forma de placer o alivio, como cuando a uno le provocan una cosquilla y después le rascan, o como si a uno le dan de beber un diurético y después le ofrecen hacer pis, con el agravante de que se trata de una sensación

desconocida o poco conocida, de intensidad muy alta y de carácter subjetivamente complejo, como es un contacto sexual. Para colmo de males, generalmente es un tabú. Esta forma de placer o alivio digitado desde afuera, mediante la invasión de la sexualidad adulta sobre la sexualidad en desarrollo de una adolescente, no debe confundirse con el *deseo* de una persona libre de sometimiento, capaz de consentir una relación sexual con otra en igualdad de condiciones.

La estimulación genital de la víctima no solamente permite al delincuente consumar el abuso sin dejar marcas, también le da grandes oportunidades de obtener su silencio: este contacto improcesable aún para la niña, niño o adolescente avasalla su psiquismo produciéndole una profunda confusión, que generalmente coagula como culpabilidad. Sometida a la experticia del abusador adulto, la víctima atestigua cómo sus genitales reaccionan al contacto y puede llegar a sentirse radicalmente confundida respecto a su responsabilidad en lo que ocurre. Por eso, es muy importante comprender y enseñar que para que haya responsabilidad tiene que haber autonomía, o al menos tienen que estar dadas las condiciones para que la autonomía se desarrolle y se ejerza.

37. Mi supuesta excepcionalidad, combinada con mi supuesta torpeza, fue algo que Marcos me fue haciendo sentir desde el principio: una relación dual, contradictoria, paradójica, con mi propio cuerpo. Me decía que yo era hermosa de una manera abstracta, lo escribía en los poemas que me daba, con metáforas que implicaban cierta desmaterialización (me comparaba con la Venus de Milo, usaba adjetivos como *cristalina, pura, delicada*, se refería a mis *rizos dorados* o a mis ojos del color del cielo), pero, en los hechos, cuando compartíamos espacios, actividades, o durante los contactos corporales conmigo, se burlaba de mí, señalando supuestas torpezas al moverme y excesos (se medía su propia cintura con las manos y me instaba a hacer lo mismo, de modo que quedaba en evidencia que yo tenía más grasa o más redondez en el cuerpo), hacía comentarios despectivos y burlones sobre mi ropa, atribuyéndome un supuesto mal gusto propio de mi edad. Me comparaba con mujeres más grandes, poniendo de manifiesto una supuesta deficiencia en mi arreglo personal, deficiencia que, al mismo tiempo, permanentemente incentivaba bajo la forma de indicaciones espirituales.

Esto lo estoy agregando en una nota al pie porque, si bien digo algo al respecto más adelante, al releer mi propio relato me doy cuenta de que empezó mucho antes y tuvo mucho más peso en la estrategia de sometimiento de lo que yo me había percatado hasta hace poco. Sabía que la anorexia había sido arrasadora para mí, pero no lograba integrarla con estas formas sutilísimas de la denigración que Marcos logró instalar desde el

principio.

38. En alguna de esas volteretas interpretativas que se hacen de las historias religiosas, donde se pasa del mito al rito, pero también a la teología (como si el amor de los amantes fuera una metáfora de Dios y el alma), a la metafísica (como si el alma que ignora su Origen se reencontrara con Él), y también a la ética (como si dejarse llevar por el amor más allá de las reglas fuera respetar los designios de Dios en el corazón); en alguna de esas riesgosas acrobacias que involucran acciones, ideas, emociones, afectos, imágenes, fantasías, o en la mezcla irresponsable de todas ellas, yo quedé atrapada, llevándome la peor parte.

X

Algunas semanas después del día de la falsa exposición de Van Gogh, Marcos volvió a aparecerse en la puerta de mi colegio, a la salida. Lo hizo igual que la vez anterior, solo que ya no estaba tan nervioso.

También esta segunda vez fue de sorpresa, aunque nos veíamos todos los domingos. Él me daba a entender que se trataba de un rapto de amor o de deseo hacía mí que lo asaltaba de pronto, forzándolo a abandonar la sublime serenidad de los templos para venir a buscarme. Hablaba tanto, pero tanto. Y cuando no hablaba, cantaba. Canciones religiosas, boleros, tangos, cualquier cosa. Ocupaba todo el espacio, exprimiendo hasta la última gota de mi atención, que era admiración, la admiración de una adolescente de quince años.

Volvió a llevarme al departamento de su papá. Él se compró unas empanadas en la pizzería de enfrente. Yo dije que no quería comer nada. Esta vez, después de armar con los muebles un decorado a su gusto, sacó una botella de vodka. Yo nunca había tomado alcohol. Puso en la mesa ratona unos vasitos chiquitos (unas *medidas*, según me explicó), los llenó y me dijo que bebiera, no sé con qué enredo de fundamentaciones misticoides, como de costumbre. Siempre se trataba de que me estaba enseñando algo. De que me mostraba el camino y me conducía un paso más allá. Lo

mundano y lo espiritual eran indiscernibles en ese universo donde él tenía todo para enseñarme y yo todo para aprender.

Tengo grabadas en mi memoria estas imágenes inconexas: él riéndose, volviendo a llenar el vasito y dándomelo en la mano. Yo bebiéndolo. Yo desnuda, dando vueltas por ese *living*, cantando canciones religiosas, *kirtans*. Él vestido, sentado en el sillón, llenando de nuevo el vasito. Yo asomándome a la ventana que había en ese piso dieciséis, asomando mi torso desnudo, gritando algo. Un número: siete. Siete medidas tomé. Durante años recordé ese número, porque es sorprendente. O no. O es la resistencia de un hígado de quince años, que no conocía el alcohol.

Él volvió a entrar en contacto con mi cuerpo, a meter su lengua en mi boca, a manosearme. Se desvistió y frotó su cuerpo contra el mío. Yo volví a cerrar los ojos con fuerza, completamente tomada por un pudor que ahora mismo todavía me obstaculiza la escritura. No es fácil para mí decir esto, pero es necesario. La penetración volvió a repetirse, como la vez anterior. Mi duda respecto de qué era lo que introducía en mi vagina rebotaba en mi cabeza a la par que sentía el latido muscular y la presión sobre mi himen. Era una parte de su cuerpo, demasiado gruesa para ser un dedo, pero yo no tenía con qué compararlo, ni siquiera había visto un pene jamás, mucho menos erecto. Aunque llamarle duda no es exacto. Lo recuerdo como una aglomeración de imágenes en mi cabeza que no terminaban de ser palabras, paralizada por el *shock*.

No me acuerdo ni cuándo ni cómo volví a mi casa ese día. Lo que sí puedo decir es que durante más de diez y quizás más de veinte años, yo conté que la primera vez que me había emborrachado había sido en un campamento en Junín, a los dieciséis, organizado por el Centro de Estudiantes de mi colegio. Lo mismo me sucedió con la marihuana: nunca contaba lo que había pasado en el departamento de Corrientes. Omití estas experiencias previas durante todo ese tiempo, a pesar de recordarlas en detalle, evidentemente acatando una prohibición –tácita o no, no alcanzo a saberlo– que no deja de sorprenderme.(39)

---

39. Durante toda mi vida, hasta escribir esto, conté que me había emborrachado por primera vez a mis dieciséis años, en el campamento a Junín que organizó el Centro de Estudiantes de mi colegio. Omitía deliberadamente la tarde en que Marcos me alcoholizó y me violó en el departamento de su papá, a mis quince años. Todavía intento comprender, azorada, cómo funciona este mecanismo de omisión en el psiquismo de una víctima, e incluso de una sobreviviente, esta obediencia al mandato de clandestinidad que se mantiene tantos años después de que el abuso ha dejado de producirse. Pero lo que más me interesa, en realidad, ahora, es cómo funciona la rebelión que crece desde adentro de la memoria celular, atesorada entre los tejidos, adherida a la carne como un ejército de reserva invisible e invencible, que un día, tanto tiempo después, cuando parece que todo eso es tan lejano que ya ni vale la pena acordarse, aunque sus efectos se sigan padeciendo, aunque una siga luchando contra la dependencia emocional y la sobreadaptación a la violencia vincular, un día se despierta y dice: "¿Ah sí? ¿Así que yo casi me muero por un inexplicable desequilibrio psicofísico que me asaltó a los veintiún años, porque tendría algún problemita mental para sobrellevar el fin natural de un vínculo libremente consentido? ¿De verdad? ¿Y esto otro? ¿Y qué pasa si cuento esto otro? ¿Qué pasa si cuento *todo* lo que me hizo Marcos, desde el principio, sin omitir, esta vez, nada?".

Voy a hacer una aclaración, para despejar una confusión habitual: es cierto que la diferencia de edad entre este hombre y yo probablemente no hubiera horrorizado a mis bisabuelas. Cincuenta años antes, Marcos hubiese podido pretender casarse conmigo legalmente, lo cual lo hubiera obligado a asumir compromisos con respecto a mí, delante de mi familia y con las instituciones públicas como garantes. Apoderarse de la sexualidad de una jovencita desde la clandestinidad y mediante engaños era un delito incluso entonces.

Hasta hace algunas décadas, en la mayoría de los marcos legales a lo largo del mundo, las mujeres éramos consideradas ciudadanas de segunda categoría, incapaces de ejercer derechos tan básicos como los políticos o económicos, que los varones reservaron para sí desde siempre. No era verdad eso que me dijeron en la escuela primaria, cuando estudiamos la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, que lo de "Hombre" era en general, que valía por "ser humano": la prueba está en que la autora de la *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana*, Olympe de Gouges (una intelectual perteneciente a la burguesía francesa), fue guillotinada en 1793. Hoy en día, culturalmente, socialmente, políticamente, esta injusticia en la consideración de las mujeres viene corrigiéndose, como

la esclavitud o la tortura, prácticas que también perdieron vigencia legal hace no tanto tiempo. Como las mujeres no alcanzaban plena mayoría de edad jamás, debían ser tuteladas por un varón: paradigmáticamente, pasaban de la tutela del padre a la del marido, cuando no del hermano o del sacerdote. Así las cosas, el matrimonio entre una *mujer mayor de 12 años* (así decía la letra de la ley hasta hace no tanto) y un hombre adulto, no estaba mal visto, en la medida en que el hombre adulto estuviera dispuesto a hacerse cargo de esta *mujer* según las minuciosas cláusulas de un contrato matrimonial, cuyo cumplimiento la familia podía exigir ante la justicia.

¿Era esto lesivo para las púberes así entregadas en matrimonio? Por supuesto que lo era, como la esclavitud. Es por eso que las leyes al respecto fueron modificándose: porque violan escandalosamente la dignidad que merece todo ser humano, cualquiera sea su identidad de género, origen o condición. Ahora bien, entendamos algo: que un hombre de treinta y pico de años, con funciones de guía espiritual de una jovencita de quince y su familia, se hiciera pasar por su amigo, la pasara a buscar clandestinamente por la puerta del colegio, la alcoholizara, la violara y le dijera las mentiras que tenía que decir en su casa, con promesas de amor que nunca iban a cumplirse, imponiéndole la clandestinidad y planeando aprovecharse de ella todo lo posible para abandonarla en cuanto creciera un poco, era un delito gravísimo, aun en los tiempos en que las mujeres no teníamos los mismos derechos que los varones.

XI

Uno de esos fines de semana, de esos meses previos a que yo cumpliera los dieciséis, un sábado a la tarde le dije a mi mamá que iba a ir a la zona de Puerto Madero, cerca del campo de deportes del colegio, a sumarme a un grupo de murga que se juntaba a practicar ahí. Pero fui al encuentro de Marcos.

A mí me llamaban la atención las murgas. Me parecía mágico ese baile, que aparentaba ser caótico pero se organizaba en unas patadas voladoras que impactaban juntas en el aire, a golpes de tambor. Por eso, cuando pasó una compañera más grande a invitarnos, durante un recreo, había anotado dónde y cuándo se reunían. Me hubiera gustado tanto ir. Pero no. En lugar de eso, me encontré con Marcos en algún lugar del centro, porque ese fin de semana no había Pedagogos y él me había pedido que encontrara la manera, que no lo hiciera sufrir. Además, la murga era algo frívolo y mundano, y yo no era como las otras chicas perdidas en la ignorancia del mundo y el olvido de Dios.

No me acuerdo qué hicimos ese día además de caminar. Hablamos, o bueno, habló él, explicándome cosas sobre arte, filosofía, historia. Con los años, fui descubriendo que muchas de las cosas que supuestamente me enseñaba, las inventaba, o casi. Yo me creía todo lo que él me decía, que parecía abrir la cultura universal frente a mis ojos.

De la mentira sobre la murga me acuerdo porque mentirle a mi mamá para mí era algo muy fuerte. Tengo el registro de las veces que lo hice, que fueron pocas. Siempre le había ocultado cositas, como el escondite de la llave de mi diario íntimo, o si estaba enamorada de un compañerito de la primaria. Sobre todo, las cuestiones de la sexo-afectividad siempre habían sido un tabú. Pero inventar algo, decir una cosa por otra, eso era distinto. Me sentí horriblemente mal las veces que hice eso.

Hubo otra más, de esa época. Acabo de recordarla. Marcos pasó a buscarme por el colegio nuevamente, pero no me llevó al departamento del padre. Caminamos por la ciudad un rato, no mucho. Me dijo que había venido solo para verme, aunque tenía que volver inmediatamente, para lo cual tenía que ir a Once a tomar el tren. Por eso, me subí al vagón con él y me fui hasta donde él iba, que era lejos, para retribuirle el esfuerzo que había hecho al venir. Cuando llegué allá, donde él se tomaba otro colectivo más, llamé a mi casa desde un teléfono público para decir que todavía estaba en el centro, saliendo del colegio, que había tenido que quedarme a hacer no sé qué. Mi mamá me dijo que bueno, que menos mal que la llamaba, que ya se estaba preocupando. Yo volví a tomarme el tren rumbo a mi casa, a Villa Luro. Me acuerdo de pensar que el ruido de tráfico y gente de esa zona del conurbano era parecido al del microcentro, a través del tubo de un teléfono público.

Qué vértigo decirle a mi mamá que estaba casi a cuarenta kilómetros del lugar donde estaba realmente. Una sensación extraña. Creo que, como me había pasado el día de la exposición de Van Gogh, me sorprendí de que fuera tan fácil, de que nadie notara nada raro. Ahora entiendo ese vértigo de otra manera. Con esas mentiras que Marcos me guionaba o me incentivaba a inventar (para no preocupar a mi mamá, que no se merecía sufrir, me decía él), yo me sustraía del cuidado que, en realidad, necesitaba desesperadamente. Por eso la confusión, la desazón de mentir y comprobar lo bien que funcionaba. Lo sola que yo estaba frente al avance de este hombre sobre mí.

Otro recuerdo que tengo de esas primeras caminatas por la ciudad es cómo nos miraba la gente. En realidad, no me di cuenta sola. Él me lo hizo notar, diciéndome que la gente no entendía qué hacía una chica tan linda como yo con un viejo tan feo como él. A mí me explotaba el cerebro. Y me quedaba en blanco. Una vez me dijo, mientras me emboscaba contra una pared, que la gente debía pensar que él era un viejo verde. Yo sentí tanto asco y miedo al oír eso, que procuré no pensarlo nunca más.

Fue por esos meses que empezó a hacer bromas con los "dulces dieciséis". Tarareaba una canción, "Sweet sixteens", que yo no conocía. Me preguntaba burlón si yo no sabía lo que eran los dulces dieciséis. Decía que los dieciséis eran peligrosos. Cosas así. Lo comentaba con los amigotes de él delante mío, sobre todo con Lucio, los domingos, en Federico. Yo escuchaba sonriente, medio intentando hacer de cuenta que entendía de lo que hablaban, pero sin tener ni la menor idea de lo que había detrás de esa insinuación siniestra.

XII

El día que cumplí dieciséis años, el 7 de julio de 1998, fui al colegio pero no di el presente. Había una prueba difícil para la que no había podido estudiar, aunque creo que para ese momento ya había dejado Pedagogos.

Eso de faltar para alguna prueba específica era algo que hacíamos, de vez en cuando, para presentarnos directamente al recuperatorio. Administrábamos las faltas de manera estratégica, porque era prácticamente imposible responder a todos los requerimientos académicos. La exigencia era demente. Ese uso de las faltas se asumía, incluso por los propios preceptores y profesores, como si fuéramos estudiantes universitarios que eligen presentarse o no a una mesa de examen. Pero no era el caso. Éramos adolescentes que teníamos que ir a la escuela.(40)

Aunque no iba a dar el presente, fui hasta el colegio igual porque quería que mis compañeros me saludaran por mi cumple. Clara, mi amiga desde primer año, me regaló la *Poesía completa* de Rubén Darío. Llevé una torta y, en un recreo, la cortamos en el comedor. Distribuí las porciones entre todos los que se acercaron, sin probar ninguna. Brenda, la novia de mi hermano, que estaba en quinto año (mi hermano había terminado el año anterior), bajó hasta el subsuelo donde cursábamos tercer año a traerme un regalo, un cuaderno artesanal con un angelito en la tapa, porque sabía que

a mí me gustaba escribir. Era la primera vez que teníamos un intercambio nosotras dos, que solo nos habíamos visto medio de lejos.

Al día siguiente, exactamente al día siguiente de cumplir mis dieciséis años, Marcos pasó a buscarme por la puerta del colegio, igual que las veces anteriores. Sin previo aviso. Esta vez, me llevó al departamento de su mamá, en el barrio de Once. Ella no estaba. Era un departamento de dos ambientes, avejentado y lleno de libros. Nos sentamos a la mesa del *living*-comedor. Y entonces ocurrió lo siguiente.

Marcos saca dos cervezas de la heladera, me da una y se lleva la otra a la boca. Toma un trago y deja la botella sobre la mesa, como si estuviera ansioso. Sin decir nada, me agarra de la mano y me lleva a la habitación. Me tiende boca arriba en la cama de una plaza de la madre. Me desnuda. Se desnuda y se sube arriba mío. Me toca. Me penetra con el pene. A mí me duele. Él me mira fijo, serio, a los ojos. Yo siento que tengo que aguantar. Sostengo la mirada. Él es el gurú. Él es el poeta de Dios. Él es el guía espiritual que todos respetan, que me eligió a mí, y yo soy chica, yo no sé, yo tengo que dejar que él me guíe. Gimo de dolor. Él me suelta. Me levanto, voy al baño. Veo las gotitas de sangre fresca, de un color más vivo que el de la menstruación. Me arde. Nos vestimos. Salimos a la calle. Él me dice que se tiene que ir. En la esquina, se encuentra con Lucio. Dicen cosas que yo no entiendo, como en código. Se ríen. Los acompaño un par de cuadras y después ellos me despiden, dicen que se van a tomar el tren a Once, para volver a Federico. Yo me voy a encontrar con Clara a la oficina de su mamá, que queda cerca, para hacer un trabajo práctico de Química.

Algo le dije a Clara, de lo que me había pasado. Algo seguramente soterrado por medias palabras, pudores de la primera adolescencia y una inabordable confusión. No puedo recordar nada más, salvo que intentamos hacer ese trabajo y ella me mostró cómo entrar a internet usando la línea telefónica, por primera vez en mi vida.

---

40. En el Colegio Nacional de Buenos Aires, podíamos andar por los pasillos sin dar el presente, solo porque no habíamos alcanzado a preparar un examen que se tomaba ese día. No deja de sorprenderme lo irresponsable de esto; o bien, pensado desde la productividad del poder, el mapa jerárquico que traza. Ponerte en una posición imposible: forzarte a estar *en falta*. Obligarte a sonreír al preceptor para que aceptara no ponerte el presente, aunque te había visto por ahí. Y que el preceptor también quedara en falta (y, por lo tanto, en condiciones de aprovecharse de que te estaba haciendo ese favor y pidiera algo a cambio). Estos procedimientos instalados en el mejor colegio del país, el más elitista, el que forma a la clase dirigente, no me ayudaron ni un ápice para que pudiera respirar una gota de aire por fuera de la burbuja asfixiante en la que me encontraba yo.

Voy a insistir. Ahora que trabajo como docente en escuelas públicas desde hace quince años, me parece inaudito dejar a alumnos y alumnas dando vueltas por el colegio, en su horario de clases, sin figurar en ningún registro. Haciendo la vista gorda, porque se sabe que es la manera de permanecer dentro. Porque si te llevás dos materias y no las aprobás en marzo, simplemente te tenés que ir. En el Nacional de Buenos Aires no se repite. ¡Oh, qué orgullo! A nadie le importa un cuerno tu grupo de pertenencia, tus lazos afectivos, tu espacio de sociabilidad, tus dificultades, si tuviste un problema familiar o una crisis psicótica durante una clase, si acaban de violarte o si el mismo profesor que te tendría que haber aprobado te castigó porque no lo dejaste que te mirara el culo (todas cosas que sucedían).

No aprobás, te vas. Punto final. Entonces, en un doblez característico de estas concepciones aberrantes de la formación, se flexibilizaban ciertas cosas, como dejar que los chicos anduviéramos por ahí sin quedar en ningún registro. La mano dura siempre tiene hipotónica la otra mano. Yo detecto una negación deliberada a ejercer el cuidado, que es lo que le corresponde a una escuela a la que asisten adolescentes. ¿Cómo se representaban los adultos (autoridades, profesores, preceptores) su responsabilidad sobre los sujetos que éramos nosotros, en plena etapa de desarrollo y protegidos por leyes especiales de minoridad?

XIII

Poco después, volví a pedir permiso a mis padres para ir a un campamento en la laguna de Junín de los que organizaba el Centro de Estudiantes. Varios compañeros y compañeras de mi curso iban. Ya les había pedido ese permiso en primer año, con catorce años, pero me lo habían negado. Ahora, a mis dieciséis, me dijeron que sí.

Habrá sido, supongo, durante algún fin de semana largo de julio o agosto. Los que organizaba el Centro eran campamentos multitudinarios, de cientos de chicos. Esto quizás es difícil de imaginar para quien no conoció el Nacional de Buenos Aires: aparecía una estructura súper organizada como de la nada, una nota que decía cuánta plata había que pagarle a la responsable de no sé qué comisión, y que tal día se salía y tal día se volvía, con la lista de cosas que había que llevar, sin que nadie tuviera muy claro quién se encargaba de todo eso y, sobre todo: sin adultos responsables.

Vaya a saber qué tenía yo en la cabeza cuando pedí el permiso para ir al campamento. Lo que sé es que me llevé un libro titulado *Tres monjes rebeldes*, que contaba la vida novelada de tres santos de la abadía de Cluny, un hito en la historia monástica de Occidente. Llegamos en tren a la estación de Junín. Para completar el viaje había que treparse a unos camiones de carga, que creo que normalmente llevaban vacas. Ya en el *camping* y una vez que las carpas estuvieron armadas, me sorprendí muchísimo de que todos

los chicos se metieran a dormir adentro, en lugar de hacer actividades al aire libre, como me había imaginado yo, que a veces me iba de campamento con mis padres durante las vacaciones de verano.

Cuando anocheció, vi azorada que los chicos iban saliendo de las carpas. La cena que supuestamente nos iban a dar no solo era un asco, sino que no alcanzaba para todos. Había que abalanzarse sobre unas ollas gigantes donde unos chicos del Centro, de quinto y sexto año, habían preparado unos fideos sin gusto a nada, completamente pegoteados. Los que conocían cómo era la cosa se habían llevado plata para comprarse hamburguesas o pizza en los puestitos del *camping*. En mi caso, era una excusa perfecta para justificar mi pánico a comer.

La cuestión fue que, pasada la hora de la cena, se abrieron unos puestitos que habían permanecido cerrados durante el día, una especie de kioscos que estaban atestados de alcohol. Ahí entendí que la gracia era emborracharse y salir en grupos hasta el pueblo, en busca de discotecas o fiestas, o no sé qué otros lugares donde bailar y seguir bebiendo. Sin saber qué hacer, me compré una petaca de whisky barato. Me acuerdo de que cuando tuve la petaca en la mano, miré al hombre de unos cincuenta años que acababa de vendérmela y le dije: *Usted es un irresponsable. ¿Cómo me va a vender esto a mí, no sabe que está prohibido vender alcohol a menores?* El hombre me miró con una mezcla de furia y repulsión y me cerró la ventana en la cara, dando un golpe. Mis compañeros se reían con algo de vergüenza ajena. Yo no me reía. Estaba enojada y confundida.

Esa primera noche, aunque tomé un par de tragos de mi petaca, no pude hacer otra cosa más que meterme en la carpa yo sola y quedarme leyendo *Tres monjes rebeldes* con una linterna, imaginando claustros medievales y discrepancias teológicas mientras escuchaba cómo gritaban, cantaban y vomitaban afuera. Yo estaba indignada: era una moralista empedernida, que me la pasaba hablando de espiritualidad, de Dios y de vaya a saber cuántas cosas delirantes que todavía hoy no entiendo cómo

aguantaban mis compañeros, que me tenían paciencia infinita.

La segunda noche no pude quedarme encerrada adentro de la carpa. Con mi petaca de whisky escondida adentro del poncho que le había pedido prestado a mi mamá, porque hacía mucho frío, acepté la invitación de un compañero de mi curso a tomarnos juntos una botella de licor de dulce de leche. Nos sentamos debajo de un árbol y la vaciamos, mitad cada uno. Le dije que no me había hecho nada y él me respondió: *Esperá a pararte*. En efecto, al ponerme de pie me di cuenta de que algo había cambiado. Pero todavía no me sentía mal, sino súbitamente entusiasmada. Nos metimos en una parrilla donde un grupito de amigos se había refugiado a comer. Había chicos más grandes. Nos convidaron vino de la casa.

Al salir de ahí, fuimos a otro de los kiosquitos y compramos cuatro botellas de Pronto Shake, una roja y una azul para cada uno. Caminamos hasta la punta del muelle de la laguna de Junín, una plataforma de tablas semipodridas que se internaba en la negrura del agua. Yo ingerí el contenido de una de las botellas; al desandar el muelle tambaleante y sin barandas, la otra se me deslizó de la mano destrozándose contra el suelo, sin que yo alcanzara a inmutarme. Perdí a mi compañero.

En una especie de placita donde había hamacas y juegos, identifiqué a los chicos grandes que nos habían convidado vino en la parrilla y me acerqué. Tenían botellas de cerveza abiertas, me alcanzaron una, bebí del pico. De golpe, me sentí perdidamente enamorada de uno de ellos y se lo dije. Era un chico de piel muy blanca y gesto displicente, que tenía unas preciosas rastas negras, finitas, cayéndole a los costados de la cara como rizos de rabino. Me dijo que se llamaba Andrés, mientras me miraba con desprecio por el estado en el que me encontraba yo. Desprecio que no supe decodificar.

De alguna manera, en mi fantasía, yo creía que ningún chico terrenal y mundano podía negarse a una declaración de amor de mi parte, porque la Madre y Marcos y todos en la Escuela me habían convencido de que yo era un milagro de belleza que tenía que mantener maniatado el impulso amoroso, porque resultaría

inmediatamente inmanejable para cualquier chico de mi edad. Aunque yo fuera una adolescente bastante sucia, altanera, delirante e inexperta, con el pelo descuidado, enfundada adentro de un poncho de lana.

Lo siguiente es, con el mate y el termo que mi abuela me había regalado para mi cumpleaños (mi primer equipo de mate propio), asomarme a la casilla del sereno del *camping* para pedirle que me calentara el agua. El hombre me hizo pasar, me hizo sentar en una silla. En la niebla de aquella noche, conservo *flashes* de memorias increíblemente nítidas: el gesto de ese hombre provinciano que me sonreía mientras calentaba el agua en una hornallita, mirándome como si yo fuera una extraterrestre, con un gesto que encerraba una cavilación. No sé entre qué opciones se debatió, pero estoy segura de que estuvo a punto de hacer algo que no hizo. No digo que se propusiera atacarme; de hecho, quizás se preguntó si no era hora de llamar a algún responsable para avisar que todo eso se estaba yendo de las manos, que el *camping* estaba repleto de niñas dando vueltas por ahí a las cuatro de la madrugada, al borde de un coma alcohólico. Lo que sucedió fue que calentó el agua de mi termo y me la dio. Yo me senté afuera de la casilla (ahí había un farol) a tomar mi mate, mientras escribía una carta de amor al tal Andrés, el chico de las rastas del que me había enamorado hacía un rato, escondiendo las manos y el cuaderno adentro del poncho para no congelarme.

Lo siguiente es que está amaneciendo. A los tumbos, identifico una ronda de fogón donde veo que hay un compañero de mi división, Gonza. Él me hace lugar, me sonríe y me alcanza un cigarrillo encendido. Yo nunca había fumado. Le doy unas pitadas y recién entonces siento que se me revuelve la tripa de una manera incontrolable. Corro al baño. Después me tambaleo hasta la carpa, donde muero hasta la tarde siguiente.

Me despierto borracha. Esto es llamativo: no resacosa, sino borracha. Veo borroso, estoy mareada y desinhibida, extrovertida y rara, pero no me duele la cabeza ni siento náuseas. Busco mi cuaderno y me siento debajo de un árbol, a componerle un soneto

de amor al tal Andrés. Me comporto como si fuera una especie de reina, alguien a quien no se puede rechazar. Sobre todo, porque al mismo tiempo que le declaro ese amor, voy a tener que comunicarle que es un amor imposible, porque yo me debo a alguien superior. A alguien que me conduce hacia Dios. Estoy más allá de esto que condesciendo a que me suceda, me estiro hasta escribir un soneto, porque sé que no voy a entregarme nunca a algo tan bajo como el amor por un adolescente que, aunque sea hermoso y más grande que yo, es un jovencito perdido en la ignorancia del mundo.

Escribo el soneto al estilo del siglo XVIII, como los que maravillaban a la Madre y a Marcos, que los consideraban perfectos (técnicamente estaban bien, pero eran anacrónicos y absurdos). Cuando lo termino, busco a Andrés por todo el *camping*. Lo encuentro sentado a una mesa con sus amigos, a punto de comer unas hamburguesas, rodeado de otros chicos y chicas que hacen lo mismo. Me arrodillo en el suelo y le leo el soneto de amor en voz alta. Él intenta reírse pero está muy incómodo, me dice que me vaya, muerto de vergüenza ajena, mientras los compañeros de mesa se ríen a carcajadas y otros, desde lejos, me señalan. A mí no me importa. O sea, sí me importa. Pero no encuentro ninguna otra manera de darle algún curso al volcán destartalado de emociones y perturbaciones psicofísicas que me está atravesando, así que me refugio en esa pose teatral de inaccesible superioridad, y declamo mi soneto, de rodillas.

Esa noche era la última. Estoy en un galpón discoteca con una compañera de mi curso, que me dice que se termina el trago y nos vamos. No sé por qué decidimos irnos antes. Algunos lo hacían. Se iban yendo de a grupos. Caminamos juntas por la ruta rumbo al *camping* y se nos acerca una bandita de lugareños bastante más grandes que nosotras. Empiezan a hablarnos, nos rodean. Yo contesto con mucha altanería que se vayan, que no me interesa nada de lo que dicen. Mi amiga me mira de reojo y me calla por lo bajo, mientras les sigue la corriente. Alcanzo a entender que estamos en peligro y que mi posición soberbia no funciona, empeora las cosas. Me siento anulada, no tengo nada más para

aportar. Mi amiga finge simpatía, les habla de una fiesta, les promete encontrarlos más tarde y, llegando al *camping,* los lugareños se alejan.

Después, en plena madrugada, empacamos nuestras cosas y nos subimos a un remís que nos va a dejar en la estación del tren. Sentada en el asiento de atrás junto a mi compañera, que mira por la ventanilla para no ver nada más que un paisaje negro, yo alcanzo a pensar que ojalá que este hombre que maneja el auto nos deje en la estación, porque no tenemos la menor idea de dónde estamos. Afortunadamente, sucede así. En la estación hay decenas de chicos y chicas del colegio que también se están volviendo a Buenos Aires. Falta un ratito para que amanezca.

Ya en el tren, otra compañera se me acerca y me dice, con delicadeza, que quería contarme que Andrés le dijo de salir a Mara, una chica de otra división. Que me lo dice para que yo lo sepa, para que no me sienta mal, porque todas saben que yo me enganché con él en el campamento. Yo me sorprendo, me asusto, me avergüenzo, me incomodo. Le digo que no pasa nada, que no me importa, que no era en serio, que me alegro por Mara (del otro lado del vagón, ella y otras compañeras nos miran disimuladamente, a ver cómo reacciono). Y lo que siento son unos golpes adentro de mí, como si hubiera un gorila dando mazazos adentro de mi tórax, haciendo tanto ruido que ni siquiera me deja escuchar mis pensamientos.

Recién entonces me doy cuenta de que me estaban observando. De que pensaron que yo realmente podía llegar a querer tener algo con ese chico, cuando yo no puedo, porque existe Marcos. Porque yo no me mezclo con las cosas mundanas. Yo no puedo, nadie tiene que enterarse de que a mí me atrajo otro chico, de que le escribí un soneto. Pero además, al mismo tiempo que tengo ese miedo horrible de que la noticia trascienda ese tren y llegue a los oídos de Marcos, me siento profundamente humillada. Me doy cuenta de que nunca le gusté a Andrés. Que me estuvo mirando con burla y con vergüenza ajena. Llega a pasar por mi conciencia la idea de que quizás no soy tan especial y tan única y tan irresistible como me dice la Madre y como me dice Marcos y como me dicen todos en la

Escuela. Quizás soy una más. Una más, que no se baña ni se arregla ni sabe nada de bandas ni va a fiestas, una que es menos atractiva que Mara para un chico tan lindo como Andrés. Porque a mí me había encantado, Andrés. De verdad. Me había encantado.

No le conté a nadie lo que había vivido en Junín. Sentí una culpa horrorosa por todo lo que había hecho, una cosa que era una mezcla insoportable de remordimiento y humillación. Procuré enterrarlo de modo que nunca más nadie volviera a mencionar el asunto. Mis compañeros hicieron algunos chistes, creo que más con la intención de sumarme al grupo que otra cosa, porque por desajustado que hubiera sido mi comportamiento en el campamento, al menos era algo que había compartido con ellos, fuera de todas esas cosas delirantes en las que siempre andaba metida yo. Y además, que te gustara un chico que no te daba bola, y hacer cosas ridículas para llamar su atención después de tomar de más, no era nada tan terrible ni tan humillante para nadie. Era normal. Lo que no era normal era lo otro, pero nadie, salvo Clara, lo sabía. Después, mis compañeros se dieron cuenta de que yo no quería hablar del tema y lo dejaron atrás.

XIV

La fama de mis poemas místicos no paraba de crecer en la Fundación. El intercambio de poemas entre Marcos y yo se había convertido en una especie de institución entre nosotros. Él me corregía y me daba libros para leer, casi exclusivamente de poesía metrada y rimada según patrones tradicionales. Seguí leyendo a Rubén Darío, pero también leí a Quevedo, a Calderón de la Barca, a Santa Teresa de Jesús, a San Juan de la Cruz, a Fray Luis de León, a Almafuerte, a Alfonsina Storni, a Antonio Machado, a Miguel Hernández, a León Felipe, a Amado Nervo, a Jorge Luis Borges, a José Pedroni, a Omar Khayyam, a Rumi, a Walt Withman.

También le llevaba mis poemas a la Madre, que a su vez me hacía correcciones. Había en las intervenciones de los dos una obsesión por la métrica perfecta, que yo me esforzaba por acatar. En los cuadernos que completaba, copiando a Marcos, recurría a la métrica y a la rima para escribir cualquier cosa que necesitara expresar. Muchos años después, al intentar leerlos, tuve la impresión de que me apretaban el cerebro y necesitaba sacar la cabeza de ahí, como si me pasaran los pensamientos por una rejilla.

Acabo de acordarme de algo. Yo le mostraba a Marcos mis cuadernos. Una vez me dijo que yo tenía pensamientos ocultos, prohibidos, que no aparecían en esos cuadernos. Me dijo que usara otro cuaderno, que no le mostraría a nadie, para hurgar en mis

pensamientos oscuros, lascivos, crueles. Yo no sabía a qué se refería y se lo dije. Él entonces me indicó que tuviera un cuaderno secreto en el que escribiera todo lo que se me ocurriera que pudiera avergonzarme. Me dijo que, aunque no los reconociera como propios, si esos pensamientos se me ocurrían era porque estaban anidando en mis profundidades, ganando poder en mis sombras. Que la manera de que no me controlaran por completo era sacarlos a la luz. Yo le hice caso. Recuerdo que, con tinta roja, llené un cuaderno con ideas y sentimientos horrendos o vergonzosos que no reconocía como propios. Hacerlo me repugnaba, y encima me daba pánico que alguien pudiera encontrarlo y leerlo. Pero obedecía.

Un día, la Madre anunció que me iba a publicar un libro de poemas a mí y uno a Marcos. Se editarían juntos, en idéntico formato, y se presentarían en el mismo evento. Para la selección de poemas, ella nos reunió en su despacho delante de los profesores y jefes, refiriéndose a nosotros dos como si efectivamente formáramos algo juntos. En situaciones como esa, donde concentrábamos las miradas de todo el mundo, él se mostraba tímido y rotundamente distante de mí. Y, en algún momento, desaparecía sin aviso, dejándome con una ansiedad imposible de decodificar.

Fue la Madre quien eligió el título de mi libro. Me llamó por teléfono a la filial para comunicármelo, lo cual suponía un gigantesco honor.(41) A mí me pareció tan feo que hasta me animé a sugerirle una alternativa, pero ella no me permitió intervenir. La imagen de tapa también fue de su elección: una foto de almanaque. Los poemas que se incluyen son de una puerilidad y un mal gusto que durante muchísimo tiempo me avergonzaron. ¿Pero qué otra cosa podía esperarse de la pluma de una adolescente entre sus catorce y sus dieciséis años, chupada en semejante loquero? El título del libro de Marcos sí lo eligió él. Creo haber sentido, fugazmente, una sensación de injusticia que era también envidia por esa diferencia que ella hacía entre nosotros, darle a él una libertad que no me daba a mí, y que sepulté en un amontonamiento confuso de sumisión al gurú e impotencia, que seguramente llamé humildad.

La presentación se programó para agosto o septiembre, no me acuerdo bien. Fue en el subsuelo del Café Tortoni. Me compraron un vestido de *chiffon* azul largo hasta los pies, por indicación de la Madre. También siguiendo sus indicaciones, se imprimieron invitaciones en cartulina y a color para los profesores de mi colegio y para mis compañeros de curso, que vinieron vestidos como para una fiesta y me regalaron un ramo de flores enorme. En el escenario, un profesor de la sede central vestido de traje y corbata recitó poemas de ambos libros mientras otro tocaba el violín de fondo. Después hubo un coro. Un evento como para un contingente de turistas jubilados, digamos.

Marcos apareció tarde, al fondo, vestido de manera desprolija, con la intención de pasar desapercibido. Había mucha gente en la sala y no todos eran de la Fundación. Conmigo, no había sido claro respecto de lo que se proponía hacer, si iba a venir o no. Obviamente, yo tenía la expectativa de que compartiéramos el evento, que de hecho era la presentación de nuestros dos libros. Sobre su resistencia a aparecer en público, él argumentaba algo del orden de la modestia espiritual, algo de no querer recibir honores en el mundo, porque sus poemas solo eran para Dios y lo del libro lo aceptaba a regañadientes por obediencia a su Gurú, decía. De nuevo, yo no terminaba de entender por qué yo tenía que llegar temprano con un vestido de *chiffon* largo hasta los pies y firmar ejemplares, mientras él llegaba tarde, bastante rotoso, y se quedaba de pie en el fondo como un colado.

Por otra parte, su intención de que nadie lo reconociera en un evento que compartía conmigo formaba parte, de algún modo, de esa especie de juego que ya se había instalado entre nosotros, tan frustrante y pesado para mí. Me machacaba tanto con el encanto del amor secreto. *Como un rey y una reina*, me decía él, irguiéndose muy derecho y tomando distancia de mí, mientras caminábamos a la vista de otras personas, en Federico. Me decía que yo nunca soportaría a alguien que me estuviera encima y yo sentía que mi necesidad de ser abrazada y reconocida se decoloraba hasta ser un fantasma.

La cuestión fue que, esa noche en el Café Tortoni, ninguno de los profesores y dirigentes de la Fundación que participaban del evento osó revelar la presencia de Marcos, algo totalmente inusual tratándose del autor del libro que se estaba presentando, que había reunido a toda esa gente ahí. Se limitaron a saludarlo discretamente, como si hubiera alguna justificación para su anonimato, o como si no se atrevieran a contradecir su voluntad implícita de pasar desapercibido. Como si esa manera de estar y no estar, de ser importante e invisible, de tener autoría y autoridad sin que se note, fuera algo excepcional pero legítimo, una excentricidad respetable, o acaso un gesto de superioridad espiritual. Sea como sea, yo no pude presentárselo a mis compañeros, que me preguntaban quién era el autor del otro libro. Tampoco sé qué les dije para salir del paso, ni me acuerdo si alcancé a señalárselo a Clara, al menos.

Cuando terminó el evento, mis compañeros me dijeron de ir a comer y yo puse una excusa. En cambio, me fui con un grupo de profesores amigotes de Marcos. Mi mamá me autorizó con la condición de que él me acompañaría hasta mi casa después de cenar. Fuimos a una de esas pizzerías hipereconómicas del centro, de luz de tubo. Seríamos siete u ocho, todos entre treinta y cuarenta y pico de años, salvo yo, con mi absurdo vestido largo de *chiffon* azul y mis dieciséis años apenas cumplidos.

No me acuerdo si volvimos en tren o en colectivo. Lo único que me acuerdo es que, al llegar a la puerta de mi casa, en Villa Luro, Marcos me dijo que le pidiera a mi papá que saliera para hablar con él. Estaba tenso y me lo dijo serio, como si me diera una orden. Bueno, me estaba dando una orden. Y yo le obedecí. Mi papá salió inmediatamente. Mi mamá y yo nos quedamos adentro. Unos minutos más tarde, mi papá entró muy serio también, como si estuviera algo confundido, y nos dijo que Marcos le había dicho que iba a cuidarme y a comportarse honestamente conmigo. A partir de ese día, estuvo autorizado que yo me reuniera con él en la capital. La condición que mi papá había puesto era que Marcos me acompañara hasta la puerta de casa por la noche.

Hace apenas seis meses pude decirles a mi mamá y a mi papá que, la noche en que Marcos se comprometió frente a ellos a cuidar de mí y a tratarme honestamente, ya me había sometido y abusado muchas veces. Mis padres lloraron. En aquel momento no había palabras para decir eso. No las hubo durante más de veinte años.

---

41. Que la fundadora llamara a una filial ya era inusual; pero que pidiera hablar conmigo, en lugar de dirigirse a los jefes… era algo absolutamente excepcional, que me ponía a mí en una posición destacada. Pero, claro, a la vez me desprotegía, porque si la Madre tenía ese trato personal conmigo, entonces se suponía que las demás personas no tendrían nada que decir sobre nada que me concerniera.

TERCERA PARTE

I

Hacia la primavera de 1998, a mí se me terminó de formar la idea de que tenía algo así como un noviazgo secreto con Marcos. Puede que haya comentado algo de esto a algunos compañeros del colegio, además de decírselo a Clara. No era algo de lo que yo hablara abiertamente; eso, seguro. Además, decir o sugerir que tenía un novio, que además era un adulto y un gurú, no implicaba que hubiera sexo entre nosotros, mucho menos en el contexto religioso en el que yo estaba inmersa. Pero tampoco fuera de él. Varias de mis compañeras estaban de novias con chicos de su edad y aún eran vírgenes. Yo hubiera querido tener un noviazgo normal, compartirlo con mis pares, pero pensaba que era lógico que él –que además de ser un hombre grande era un místico– no tuviera interés en vincularse con los chicos y chicas de mi edad. Que le generáramos rechazo, como me daba a entender.

Jamás se me pasó por la cabeza que Marcos me imponía la clandestinidad porque estaba perpetrando un delito.(42) Tenía cierta noción de que lo que sucedía entre nosotros era algo prohibido, es cierto. Pero lo prohibido, cuando una tiene quince o dieciséis años, es una categoría difícil de manejar. Fumar está prohibido. Tomar una cerveza está prohibido. La sexualidad en general, incluso con una misma, es algo difusamente prohibido o, por lo menos, tabú.

En mi caso, las prohibiciones abarcaban muchos más aspectos: en la Fundación había montones de pensamientos, acciones, deseos e impulsos que eran erróneos, terribles. Casi todo lo que no fuera *posar la mente en Dios* estaba mal. Los impulsos que venían del cuerpo y del ego estaban particularmente mal. ¿Entregarme a la voluntad de Marcos estaba mal? No era deseo corporal lo que me unía a él, sino algo más parecido a ejercitarme en el abandono de la voluntad propia, cualidad de los santos. Tampoco sentía que mi ego se inflara demasiado, porque Marcos se ocupaba de darme lecciones de lo que él llamaba *humildad*, que consistían en minar permanentemente mi autoestima. Ya hacia fines de 1998 empecé a asumir que entregarme a Marcos era sacrificar mis deseos mundanos de divertirme y disfrutar de las cosas que disfrutaban las otras chicas de mi edad, para acercarme a Dios. ¿Por qué, entonces, seguía siendo algo que teníamos que ocultar? Era imposible para mí orientarme en este terreno.

Un viernes, al salir del colegio, lo llamé desde un teléfono público al número que me había dejado anotado en un papelito. Era el de la casa de su mamá. Cada quince días, los viernes, él venía a la capital a visitarla a ella. Ahora, gracias a la reciente autorización que había obtenido para verme, no necesitaba molestarse en pasar por la puerta del colegio un día de semana, para pescarme entre la multitud de chicos y chicas, exponiéndose a ser visto.

Del otro lado del teléfono, me dijo que nos encontrábamos en media hora, en Corrientes y Callao. Yo le pregunté dónde era eso. Él tuvo esa reacción entre sorpresa, burla y satisfacción que solía tener conmigo. Me preguntó si de verdad no sabía dónde quedaba Corrientes y Callao. Tratando de mantener en pie algo de orgullo, le dije que por qué tendría que saberlo, si yo había vivido siempre en Villa Luro. Con una condescendencia aplastante, me contestó que era la esquina más común de la ciudad y que cualquier persona que fuera un poco más grande que yo sabría dónde era. Sentí una humillación que me dejó muda. Él esperó unos segundos y me dijo, paternalista, que no me preocupara, que me iba a explicar cómo llegar.

Me acuerdo de esa primera vez que esperé en esa esquina, al frente de La Ópera. No recordaba haber estado ahí antes. De verdad que yo no conocía esa parte de la ciudad. Sabía cómo llegar hasta mi filial. La ropa, la comprábamos con mi mamá en Avellaneda o en Liniers, donde era más barata. Los libros para el colegio, los buscaba en la feria del Parque Rivadavia. Eso, las dos o tres cuadras que rodeaban mi colegio, y poco más. Por otra parte, nunca había callejeado. No estaba acostumbrada a andar por ahí. Hacía recorridos predefinidos, de un lugar puntual a otro. La verdad es que había vivido siempre en Villa Luro, iba a la secundaria en el microcentro y mis compañeros vivían en distintos puntos de la enorme ciudad. No era para nada sencillo apropiarse de semejante territorio.(43)

Ese viernes, Marcos pasó a buscarme por la esquina de Corrientes y Callao y empezamos a caminar, inaugurando una costumbre que se iba a consolidar en lo sucesivo. Yo caminaba a su lado sin saber dónde estaba. Mi única referencia era él.(44)

Al final, se estableció una rutina. Marcos llegaba el viernes al mediodía y el domingo a la mañana tenía que estar en Federico porque daba clases en Pedagogos. Al principio, la tendencia era vernos los sábados a la tarde, después de que él había almorzado con su mamá. Nos encontrábamos en algún punto de la ciudad y caminábamos. Fuimos al Museo de Bellas Artes, que era gratuito, muchas veces. Él me guiaba y me enseñaba cosas, muchas de ellas –como ya dije– inventadas por él. De Rembrandt a Sorolla, pasando por Rodin, en las artes plásticas, pero también en filosofía, literatura o historia, me acostumbré a tomar a rajatabla todo lo que él me decía, tanto en lo espiritual como en cualquier esfera de la cultura, donde mi curiosidad siempre fue voraz.

Marcos tenía unos saberes superficiales sobre algunas temáticas que interesaban a su mamá, una mujer que, aunque no había accedido a estudios superiores, había sabido aprovechar muy bien el florecimiento artístico de los años sesenta. Fuera de lo que había recibido de ella, la formación de Marcos era definitivamente pobre. Solamente una adolescente bastante aislada podía tomarlo por un

erudito. Por lo demás, en los espacios públicos, él seguía usando ese recurso de la emboscada para tocarme y alimentar una fantasía romántica de amor místico que, para mí, envolvía esos encuentros. Y me anclaba a ellos.

Los fines de semana que él no venía a la capital, yo empecé a ir a Federico con el objetivo ambiguo, entreverado, de ver a Marcos y meditar en Dios. A medida que pasaron los meses, fue dejando de ser necesario que yo me uniera a un contingente de los que iban desde las filiales, y empecé a ir por mí misma, tomando el tren, después un colectivo y, finalmente, un remís en la ruta que me dejaba en la puerta de la quinta. Además, dejó de ser necesario que fuera a realizar una actividad específica, tácitamente autorizada por la propia Madre, que se había encargado de legitimar mi presencia en Federico con sus retorcidas estrategias.(45) claro quién tenía algo que enseñarle a quién. Yo empecé a ocupar cada vez más una posición de secretaria, pasando en la computadora los poemas que él me entregaba manuscritos, arrancados de sus cuadernos. Como en la poesía y en la formación cultural, o en el modo de moverme por la ciudad, Marcos adoptó la actitud de enseñarme y guiarme en todos los aspectos de la vida.

Especialmente, se adjudicó una posición de entrenador, opinando sobre mi cuerpo según un criterio en el que se mezclaban la austeridad con la que machacaban los textos sagrados, la salud y la belleza, entendida esta última como la atracción que yo podría despertar en un varón (es decir, en él). Me mostraba cómo su vientre era chato y cómo lograba, aguantando la respiración, que se le notaran las costillas, para pedirme que yo intentara hacer lo mismo, cosa que me resultaba imposible, con las formas redondeadas de mi cuerpo adolescente. Me regaló incluso una imagen de Shiva en la que se le notaban los huesos, diciéndome que esa era la Forma de Dios con la que Shiva lo había enamorado a él.

Me indicaba dietas. Una vez me dijo que, para purificarme, tenía que comer solamente uvas durante una semana entera, hablándome del poder espiritual de las uvas, la fruta de la que sale el vino. Yo lo intenté. A las veinticuatro horas tuve un ataque de dolor de cabeza

tan fuerte que casi me llevan a una guardia. Cuando le conté lo que me había pasado, Marcos no solo se rio de mí, sino que lo atribuyó a mi falta de fortaleza. Dijo que cuando uno se purifica, primero sale todo lo malo, que si uno tiene la determinación necesaria, atraviesa ese malestar. Que quizás cuando fuera más grande estaría en condiciones.

Como en su juventud había practicado algo de Tai Chi, hacía unos movimientos ondulantes con los brazos delante de mí, mandándose la parte. Me contaba las disciplinas gimnásticas a las que se sometía su novia adolescente, que era trapecista, y una *vedette* televisiva que había conocido en su adolescencia (de la que decía que tenía el mismo tipo físico que yo), que no paraba de entrenar nunca "para que no se le cayera la estructura". A mí nunca se me había dado bien la gimnasia. Me atormentaba eso. Vivía acumulando un autodesprecio muy fuerte por el cual me sentía desagradable, demasiado gorda, demasiado débil. Intentaba hacer ejercicios en mi casa, en la soledad de mi habitación, pero solo me frustraba más y más. Entonces me ponía la ropa más holgada y rotosa que tenía a la mano, procuraba no mirarme al espejo y trataba de espaciar la ducha lo más que podía. O sea que, si bien Marcos me había convencido de que yo era tan hermosa que ningún adolescente podría resistírseme y por eso debía tener cuidado de no caer en ninguna tentación, al mismo tiempo se había encargado de que yo me sintiera permanentemente inferior a cualquier mujer. Suena extraño, pero así era.

Ni siquiera acostada, por la noche, debajo de las sábanas y las mantas, lograba sacarme de encima un ojo gigante que me miraba reprobatorio, acusándome de ser repulsiva por culpa de mi propia pusilanimidad. Me dormía rezando, pidiendo perdón por ser quien era, deseando existir sin ese cuerpo que me daba asco.

---

42. Ni se me pasaba por la cabeza a mí que la clandestinidad, el secreto de lo que sucedía entre nosotros, protegía a Marcos de quedar expuesto en la comisión de un delito que mis padres no estaban pudiendo ver, pero que otros adultos (como padres de compañeros o docentes del colegio), hubieran podido identificar como tal. De hecho, él no la llamaba clandestinidad ni la

presentaba como una imposición. Para poder nombrarla de esta manera tengo que hacer el esfuerzo de describir lo que efectivamente sucedía, muteando las manipulaciones discursivas que envolvían los hechos. No es tarea fácil. Hago esta aclaración porque muchas veces, cuando se presume que una niña, niño o adolescente puede estar siendo víctima de abuso, se deja librada la protección del o la menor a lo que los padres estén siendo capaces de ver: esto es un error de consecuencias terribles. En muchísimos casos, los padres no solo no están en una posición privilegiada para detectarlo, sino que se encuentran en una posición especialmente difícil, porque los abusadores suelen ganarse muy hábilmente la confianza de la familia. Las instituciones encargadas de la protección de los derechos de las infancias y las adolescencias deben ser conscientes de este hecho y desarrollar dispositivos que actúen por otras vías.

43. Yo no conocía la ciudad, entre otras cosas, porque no estaba acostumbrada a moverme con libertad en ella. Para una jovencita de catorce y quince años, andar por la ciudad suponía someterse a toda clase de acosos callejeros por parte de cualquier varón, de cualquier edad, teniendo como único recurso de defensa mirar para abajo y apretar el paso. A los quince años, ya había tenido que defenderme de un ataque sexual en el colectivo a plena luz del día volviendo del colegio, y estaba acostumbrada a correr cuando, desde la vereda de enfrente, un grupo de muchachotes de mi barrio me gritaban cosas, desde mis primeras salidas sola después de la menarca, alrededor de mis doce años. Un colectivero me había tratado de estafadora porque, cursando séptimo grado, al volver a mi casa, pedí un boleto escolar. En su risa socarrona al llamarme “nena” y preguntarme si estaba segura de que iba a la primaria, había algo más que voluntad de cuidar los intereses de la empresa de transporte. No lo hablaba con los adultos porque muchas veces, de niña, la respuesta que había recibido a este tipo de planteos habían sido burlas cargadas de dobles sentidos que no terminaba de entender y me llenaban de vergüenza y culpa.

44. Fue importante para mí recordar cómo comenzaron estos paseos en compañía de este hombre por una ciudad que desconocía, sin potestad para decidir nada, porque hasta el día de hoy conservo una desagradable dificultad para orientarme, que todavía me trae algunos problemas. Más de una vez, en mi vida adulta, me ha sucedido esto: salir de un local, o llegar a una esquina cualquiera de la ciudad, y tener la sensación de que reconozco visualmente el lugar, pero no tengo ni la menor idea de dónde estoy, de cuál es la dirección en la que tengo que avanzar para acercarme o alejarme de mi casa. Llegó a hacérseme habitual el problema de doblar una esquina y perder completamente la noción del espacio, sin saber si tengo que retomar a

izquierda o derecha. Es una experiencia angustiante, que aprendí a subsanar entonces llevando siempre una Guía-T o, recientemente, usando el GPS de mi celular. Llegué a considerar alguna clase de problema neurológico. Hace pocos meses comprendí cuál era el origen traumático de este síntoma. Evidentemente, el campo de la moral, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, o permitido y prohibido, no era el único terreno en el que iba a tener dificultades para orientarme. Los síntomas se organizan como metáforas. Gracias al psicoanálisis y a la crítica literaria, pude empezar a rearmar un mapa que me permitiera volver a mi propio territorio.

45. Entre los quince y los dieciséis años, yo no tenía autorización para viajar sola hasta Federico. Sin embargo, Marcos me pedía que fuera a verlo cada fin de semana. No siempre era posible conseguir una combi que saliera desde alguna filial. Yo me había hecho medio amiga de una chica diez años mayor que yo, también devota de Shiva, que iba a Federico a meditar, pero que en realidad se acostaba con otro de los residentes. No sé muy bien cómo se produjo la conexión con ella, porque no éramos de la misma filial. Alguien debió ponernos en contacto. Resultó muy práctico que yo viajara con ella. El residente con el que ella se acostaba no la reconocía como pareja ni como nada y la trataba de manera despectiva en público. Había, en efecto, un grupo variable de visitadoras cuya presencia era tolerada en la supuestamente estricta disciplina monástica de aquel lugar.

Las máximas autoridades de la Fundación –en primer lugar, la Madre– solían conocer estos procedimientos y aprovecharse de ellos. Quiero decir: había matrimonios arreglados por la Madre, parejas que se habían formado por decisión de ella entre jovencitos que habían quedado muy tempranamente captados. En estos matrimonios, era habitual que los varones tomaran como amantes a algunas discípulas, para desazón de sus esposas, que adoptaban posiciones variables entre perseguir a las amantes y negar patológicamente lo que era obvio para todos los demás. Si alguno de estos amoríos llegaba a salir a la luz, la Madre solía tomar cartas en el asunto personalmente, ocupándose de las esposas ofendidas: por lo general, se echaba a la amante de turno con algún pretexto (o incluso sin él), instando a la esposa legítima a posar la mente en Dios y aceptar los desvíos del marido por amor al Ideal.

La propia Madre contaba de sí misma que se había casado con su marido por indicación del gurú de ambos, que les había encargado fundar el ala juvenil de la Sociedad Teosófica, a la que pertenecían. Ella no ahondaba en los pormenores de todo eso, que quizás la habrían comprometido, pero insistía, delante de los discípulos más allegados, en que ella estaba perdidamente enamorada de su marido porque veía sus cualidades

espirituales, intelectuales y de liderazgo, que destacaban por sobre las del común de los mortales. Aclaraba que le repugnaba físicamente. Daba a entender que nunca había consumado el matrimonio, lo cual explicaba la ausencia de hijos, amén del desprecio con el que se refería a la maternidad en general, a menos que fuera una maternidad espiritual, de maestros y discípulos. Más de una vez la escuché contar que, antes de casarse con ese marido, ella había tenido un novio que le gustaba, pero que había renunciado a él para casarse con la persona adecuada, aunque le causara repugnancia a nivel sensual. Esto era lo que decía de sí misma la Madre, dando el ejemplo.

II

Fue por esa época que me llevó por primera vez a la casa de un amigo de él, Nacho, que no era de la Fundación. Era el hombre que había tocado el tabla en aquella primera conferencia sobre el om en la que yo había visto a Marcos por primera vez, a los trece años. Nacho vivía en un PH alquilado, con un jardincito, en la zona menos elegante del barrio de Belgrano. Vivía ahí con su compañera y su hijita de un año. A su vez, tanto su compañera como él tenían otras hijas, de parejas anteriores, niñas de entre cinco y diez años. Nacho era pianista de conservatorio, pero además había estudiado percusión en África y tablas de la India con un maestro nativo.

La casa no era amplia. Me acuerdo de un ambiente repleto de tambores, mamaderas, birimbaos, calabazas colgando de las paredes, el piano, alfombras, juguetes, sahumerios, pañales, platos sin lavar, hombres jóvenes (de edades indefinidas, para mí todos eran grandes) que entraban y salían, brasileños, hindúes, alemanes, con rastas, vestidos con bambula, el jardín librado a su suerte, con un limonero viejo en el centro, todo inmerso en una nube de humo de marihuana, constante, que brotaba fundamentalmente de la boca de Nacho, ubicado en el centro de todo ese movimiento como un rey, que achinaba los ojos y hablaba de manera indescifrable para los acólitos reunidos a su alrededor. Me acuerdo de su compañera con un turbante de colores en la cabeza, también vestida con

bambula, sonriendo a regañadientes al constante flujo de visitantes y persiguiendo en cuclillas a su hijita de año y medio, mientras daba indicaciones a las hijas más grandes sobre cómo prepararse una merienda entre el cúmulo de trastos de la cocina.

Nacho era un profesor talentoso. Combinaba su formación en música clásica con una didáctica para la música popular muy eficaz, que se basaba en el ritmo y en el canto, recreando el modelo oriental. Te proponía una manera de entrar al ritmo de matriz africana, marcando un pulso con los pies sobre el suelo o cantándolo, y desde ahí te llevaba al piano. Te pasaba, de manera sencilla y natural, células rítmicas o melódicas que eran lindas, entretenidas, ensamblables y que permitían recombinarse en estructuras más complejas para seguir avanzando. Tenía buen oído para elegir canciones hermosas y sencillísimas de ejecutar, desde el tango y el bolero hasta la cumbia villera, en auge por esos años, pasando por Manu Chao, la electrónica europea de vanguardia, Marisa Monte y el Cuchi Leguizamón… O un coral de Bach, un kirtan en sánscrito, una canción en hebreo para hacer en canon, un *spiritual song*.

Además, su presencia era fascinante. Tenía una manera de hablar abundante en metáforas, casi incomprensible. De pie junto a Marcos en una ronda de tipos que fumaban porro y sonreían oyendo a Nacho casi monologar, yo me preguntaba si los demás estaban entendiendo realmente lo que decía. A veces, nos sentábamos en ronda en el suelo y, si estaba el maestro hindú de tablas, antes de recibir la pipa de marihuana había que saludar a Shiva (¡*Bom Bolenath!*) con un gesto hacia el cielo. Fue este maestro hindú el que me enseñó con señas que no debía rechazar la pipa sino recibirla, agradecerla y pasarla, aunque no fumara de ella.

Con respecto a si los amigotes entendían o no el lenguaje saturado de imágenes y metáforas desasidas de la realidad de Nacho, ahora lo sé. Cuando él hablaba de las mujeres –ya fuera de su compañera, de una alumna o de cualquier otra– ya todos sabían por dónde venía la mano, de modo que las metáforas se organizaban fácilmente. Y casi siempre hablaba de eso, cuando el

discurso se oscurecía. La misoginia y la actitud depredadora eran la matriz hermenéutica. La fratria llenaba los huecos semánticos, unos huecos por donde yo me caía como una Alicia.(46)

Marcos y Nacho tenían casi la misma edad. Marcos había tomado clases de percusión con él unos diez años antes. Evidentemente, la afinidad era tanta que quedaron amigos. Nacho le había enseñado a Marcos a construir tambores y birimbaos, cortando la madera de las reservas o campos baldíos del conurbano al fondo; le había dado semillas africanas para plantar sus propias calabazas, con las que construir instrumentos exóticos. Todo esto es muy importante, porque para mí, que tocaba el piano desde chiquita y amaba cantar, la música fue un elemento central en la fascinación que, desde el principio, sentí por Marcos. Ya en la primera conferencia sobre el om, el impacto no hubiera sido tal sin la música, que venía apuntalada por Nacho.

Una de las últimas veces que intercambié correo con Nacho, varios años después (él ya vivía en Alemania), me dio el siguiente consejo: me dijo que, si me inquietaba alguien, si no le sacaba la ficha, que lo pusiera a cantar o a tararear; *en el canto se ve el alma*, me dijo. Le hice caso. Prestando atención, comprobé que, salvo que se trate de profesionales del canto, las personas muestran un aspecto vulnerable de sí cuando cantan. Se les puede ver algo que no quieren que se les vea. Y obviamente, si se domina la materia, se puede intervenir sobre ello.

La música era una de las principales herramientas de la Fundación para embelesar a la gente. Cuando se nos hablaba del mito alrededor de la Madre, se nos decía que había sido una joven promesa del canto lírico argentino, que había renunciado a su carrera para dedicarse a enseñar el camino espiritual. Ella componía canciones e himnos que todos sabíamos de memoria y acompañaban los rituales y ceremonias.(47) A una concepción conservadora de la música propuesta por ella, venían a sumarse las estrategias de la música oriental y la *world music*, en boga por aquellos años, cubriendo un espectro que satisfacía las demandas medio *hippies* del canto colectivo. Lo que Marcos aprendía de Nacho

y a su vez enseñaba en los retiros, distribuyendo instrumentos caseros y enseñando a entrar en trance mediante el canto acompañado por tambores, servía para reclutar sensibilidades más *aggiornadas* a los tiempos que corrían. La Madre fingía desconfianza y desprecio por esta manera algo tribal de introducirse en la música devocional, que sin embargo era uno de los principales enganches, sobre todo para los nuevos.

Por esa época, a Marcos se le había metido en la cabeza que quería construir un tambor gigante, con uno de esos tachos de metal enormes que creo que contienen combustibles o algo así. Me hizo recorrer estaciones de servicio con él durante semanas hasta conseguir uno. Después, visitamos los locales de la calle Sarmiento buscando un parche lo suficientemente grande. Cuando finalmente logró armarlo, instaló ese enorme tambor en el Templo Mayor, donde el sonido rebotaba con mucho eco. Allí, de pie, tocaba el tambor y cantaba a Dios. Hasta que un día, según él mismo me contó, la Madre lo oyó, lo vio y enfureció. Le dijo que con esa práctica *de negros* estaba invocando a los espíritus más oscuros del mundo subterráneo, que él no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y le ordenó retirar inmediatamente ese objeto de Federico.

Marcos me lo contó con una mezcla de indignación y otra cosa. Quizás era una fascinación por su Gurú, con un componente algo siniestro. Sucede que, entre sus discípulos más cercanos, se comentaba entre dientes que la Madre no solo era esa devota celestial que hablaba del Amor a Dios, sino que tenía conocimientos esotéricos, que en la Escuela estaban prohibidos (la astrología, el tarot y cualquier arte adivinatoria u oracular, por ejemplo, eran tabú). A sus discípulos directos, esa constatación les fascinaba de una manera más o menos morbosa.

La Madre se había formado en la Sociedad Teosófica, junto a un marido que le habían impuesto por sus dotes para el liderazgo y su fanatismo. Para justificarla a ella, Marcos me explicaba que en la teosofía es medular la teoría de *las siete razas.*(48) Por lo que me decía Marcos (que bien podía ser una tergiversación o un invento,

pero yo le creía todo), esa teoría establece una jerarquía entre supuestas razas humanas, encabezada por lo que sería una *raza aria*, que habría poblado la Tierra conquistando pueblos mediante la violencia, en sucesivas oleadas provenientes del Norte. La que se llamaba *raza negra* sería una de las supuestas razas *inferiores*.

Marcos reforzaba estas explicaciones con anécdotas como esta: había conocido a la mamá de su hijo cuando él tenía unos veinticuatro años y ella, unos dieciocho. Según me dijo, ella quedó embarazada en el primer encuentro. Cuando se la presentó a la Madre, ella la hizo salir de la habitación y le dijo a Marcos, furiosa, que *cómo podía ser que hubiera preñado a una negra*. La violencia de esa frase quedaba ahí, entre nosotros, casi como si pudiera invertirse su valoración… ¿Como si fuera la señal de una verdad más profunda? ¿Como si ese gesto bestial engrandeciera, en realidad, el poder espiritual de la Madre? De mí, cuando alababa mi supuesta belleza, la Madre destacaba que era alta, que era rubia, que tenía los ojos azules. Eran para ella rasgos de distinción.(49)

Es obvio que entre Nacho y Marcos existía un pacto de caballeros. Viene a mi memoria este recuerdo: voy a su casa a dejarle un sobre, algo que Marcos me dio para él (como no le toca venir a ver a su mamá, yo hago de mensajera, aunque de Villa Luro a Belgrano tenga casi dos horas de viaje). A diferencia de lo que sucede cuando voy con Marcos, Nacho no me invita a fumar ni a sentarme ni a nada. La compañera de él acaba de saludarme con una sonrisa de plástico, mirándome de arriba abajo con algo que no son solo celos, dolor o desesperación por su situación, sino también por la mía, que tengo dieciséis años. Mientras me acompaña por el largo pasillo del PH rumbo a la calle, Nacho me dice algo de mal gusto sobre su mujer con una metáfora que capto a medias, y agrega: *No escuches a la gente, qué saben ellos; vos estás re bien con el monje; en la India, a tu edad, ya tendrías dos pibes colgando de cada brazo*. La imagen se me estampó en el cerebro. ¿Me estaba halagando? Por las dudas, me reí, me despedí y me fui rápido. En mi cabeza, vagamente, quedaron rebotando estas preguntas: ¿qué me estaba advirtiendo? ¿A quién no tenía que escuchar yo?

Unos años más tarde estuve a punto de pisar el palito, con Nacho. Marcos ya me había dejado tirada como un trasto y yo atravesaba el momento más vulnerable de mi vida, a mis veintidós años, sobre todo por mi crítico estado de aislamiento. Había empezado a alejarme de la Fundación y apenas contaba con una compañera de casa y una mujer ultraconservadora, en cuyo negocio había conseguido un empleo precario. Nacho me llamó un día desde Alemania, donde alquilaba una casita diminuta para él, su compañera y sus hijas más chiquitas (habían tenido otra bebé). Me invitó a vivir ahí con ellos. Él me mandaría la plata para el pasaje, que yo después le podría ir devolviendo de a poco, y me conseguiría trabajo como niñera. Dormiría en el sillón del *living* de su casa.

Yo estaba tan sola, tan triste y tan perdida que podría haber sucumbido ante el ofrecimiento, que él me pintó con todo el atractivo del que fue capaz. *Vas a tener los fines de semana libres para corretear por los bares de este Sanisidrito de Bavaria*, me decía. Por fortuna, ya se me había activado el instinto de supervivencia. Yo no sabía ni una sola palabra de alemán y poco inglés… Algo no me cerraba. Después de considerar su generosa oferta durante varios días, cuando volvió a llamarme le dije que le agradecía mucho, pero que estaba pensando en empezar el profesorado para ser maestra. Él dijo algo despectivo y confuso sobre estudiar, lo lamentó por mí y nunca más volví a saber de él.

---

46. Hace dos años, Nacho fue escrachado en un blog por algunas de sus alumnas, por sus abusos en situaciones pedagógicas que, sé por experiencia propia, alrededor de Nacho tendían a borrar sus fronteras: una no terminaba de estar segura de ser una amiga, una discípula o una participante de un ensamble; no quedaba claro si una estaba dando, compartiendo o recibiendo. Hace poco, cuando descubrí el blog donde se lo escrachaba, me sorprendí a medias. Experimenté por mí misma eso que les sucede a las personas que toman conocimiento de un abuso que sucedió casi en su presencia: de pronto, escenas, comentarios, sensaciones, que estaban ahí pero desarticuladas, cobran sentido. Un sentido horrible.

47. La propia fundadora contaba que su profesora de canto la había regañado, mientras la preparaba como soprano principal de una ópera de

Verdi, porque, como había estado dando clases y conferencias espirituales, no tenía la voz en condiciones; decía que la había hecho elegir entre su carrera como cantante y su misión espiritual, y que ella se había sacrificado por el Ideal. La fundadora había compuesto un nutrido cancionero: había un himno para pedagogos, un himno para maestros, uno para discípulos, muchos de ellos marcadamente marciales, que los miembros y profesores cantábamos embargados por una emoción que habría erizado de miedo a cualquiera que conociera algo de la historia del siglo XX, conocimiento que brillaba por su ausencia en aquellos negacionistas años noventa, en aquella perturbadora institución.

48. En su círculo de confianza, la fundadora nombraba a Helena Petrovska Blavatsky, la fundadora de la Sociedad Teosófica, como HPB. Esa sigla estaba en el sello que tenían los libros que habían formado la biblioteca de la Fundación en épocas anteriores. De esos libros, algunos habían pasado a la biblioteca de la sede central, pero otros estaban guardados en cajas, en una habitación de Federico. A veces, Marcos sacaba libros de ahí y los estudiaba.

49. Toda esta aberración racista de la que la fundadora hacía gala en la intimidad era obviamente ocultada en la Fundación. De hecho, alguien podía poner frases de algún pueblo precolombino en un volante o en un pizarrón, pero en los programas oficiales, cualquier expresión espiritual o religiosa proveniente de estos pueblos, así como de África o de cualquier civilización no blanca (con excepción, quizás, del Antiguo Egipto), brillaba por su ausencia. Las siete religiones cuyos símbolos estaban en el techo del Templo Mayor –y que estaban representadas por los libros sagrados correspondientes– eran el cristinanismo, el judaísmo, el islamismo, el budismo, el taoísmo, el hinduísmo y el zoroastrismo, aunque de este último culto jamás se dijera ni una sola palabra. Estas eran las vías distintas para acceder al Dios Uno. Solo estas.

III

Un sábado a la tarde, Marcos me llevó a la casa de una amiga de él, de la que me había hablado mucho. Ya dije que él se la pasaba hablando de su adolescencia como de un paraíso perdido. Esta mujer, Paula, había sido su noviecita cuando ella tenía catorce años y él, dos o tres más. Marcos me había repetido esta anécdota hasta el cansancio: Paula tenía una amiga, Romina. A veces, se reunían los tres en la casa de Paula y, cuando ella salía, pidiéndoles que la esperaran, porque tenía que ir al colegio o a teatro (ahora era actriz), Marcos y Romina tenían sexo en la habitación de Paula, cosa que le ocultaban. Él me lo contó muchas veces, preguntándose esto delante de mí: por qué Paula los dejaba a solas a su novio y a su mejor amiga, si era obvio que iban a coger.

¿Era obvio? A mí no me parecía, pero no se suponía que yo tuviera un parecer al respecto. Aunque era algo que había sucedido entre chicos y chicas de mi edad, yo no estaba autorizada para opinar, yo misma no me sentía autorizada. Ese mundo –uno en el cual se tienen noviecitos y amigas de la edad de una y se toman decisiones sin criterios de tipo espiritual– me era ajeno. Quizás por eso, aunque Paula era amable conmigo, en su presencia yo sentía como que desaparecía. La sensación de inferioridad era tan insoportable que yo no podía otra cosa más que estar ahí como si no estuviera, como una cosa.

Para ser precisa, yo estaba ahí como una niña que escucha la conversación de los grandes, con una actitud entre el respeto y la curiosidad, como cuando tenía doce o trece años y me quedaba sentada a la mesa en la que mis papás conversaban con un matrimonio amigo, sin edad ya para irme a jugar con el hijo menor de la casa, hablando solo cuando me preguntaban algo. Paula le contaba a Marcos, mientras cebaba mate y comía facturas, de sus problemas económicos, de la aparición de las primeras canas, de cuestiones en relación a la crianza de sus hijos que ya estaban tan altos como ella, el mayor terminando la primaria, de la separación del padre de los chicos. Para mí, era como si hablaran de mecánica de aviones. Cosas de grandes. Y siempre, en algún momento, rememoraba momentos de la adolescencia con Marcos como algo lejano, lejanísimo. ¿Qué podía yo entender, aportar, decir? Solo estaba ahí, en silencio, tomando el mate cuando me lo pasaban, sonriendo cuando ellos se reían, mirando las fotos que Paula tenía enmarcadas en su elegante loft, donde aparecía ella maquillada, hermosa, espléndida. Yo atestiguaba la cara medio libidinosa con la que Marcos la miraba y esperaba que él dijera cuándo nos íbamos.

Se ve que en alguna época debemos haber ido seguido a la casa de Paula, porque tengo un recuerdo de habernos encontrado directamente ahí. Marcos me había comprado un regalo, cosa inusual. El regalo era un CD de Armando Manzanero. Yo estaba feliz de haber recibido un regalo, aunque fuera de un músico que le gustaba a él. Pero cuando Paula lo vio, empezó a reírse junto a Marcos de algo que no entendí. Igual, me reí yo también, con esa sensación de estar ahí sin realmente estar, esa paradójica condición de estar como emburbujada, sumergida en una experiencia de la que no podía participar plenamente ni tampoco salir.

Al final de una de esas visitas, Paula me llevó en su auto a alguna parte. Supongo que Marcos se volvía a Federico y ella se ofreció haciéndole un favor a Marcos, porque estaba claro –aunque no dicho– que no convenía que yo anduviera sola por donde vivía Paula, a la vuelta de la estación de Once. Fue la única vez que estuvimos solas y fue incómodo. Para salvar el silencio, dije lo

primero que se me vino a la cabeza: que Marcos siempre me hablaba de ella, que me había hablado de un camisón celeste a florcitas que ella solía usar. Descolocada, me dijo que sí, que se acordaba de ese camisón y se puso a hablar de cuánto lo quería a Marcos, porque se habían hecho amigos a una edad en el que las amistades son para siempre. Dijo que después, a lo largo de la vida, las amistades ya no son tan firmes. Hablaba como para sí misma. Me pregunté si se daría cuenta de que yo tenía esa edad de la que ella estaba hablando, más o menos. Me acuerdo de la tristeza que sentí al escucharla decir eso. Pensé que yo no estaba ocupándome de las amistades de mi edad, que cuando fuera grande me iba a quedar sola. Toda esa remembranza que ellos hacían de sus años de adolescencia a mí me hundía más en ese hueco en el que estaba, ese no lugar, sin tiempo, en el que era una adolescente sin adolescencia atestiguando los recuerdos ajenos.

Una vez, en la casa de Paula hubo una fiesta. La casa estaba repleta de gente. Yo me senté en un rincón, rodeada de treintañeros, escuchándolos hablar. Marcos estaba sentado al lado mío. Una chica le pasó un porro, lo miró a los ojos y le dijo: “Es fuerte”. Él asintió, le dio unas pitadas y me lo pasó a mí, que nunca había fumado marihuana (salvo aquella vez en el departamento de Corrientes, esa vez que había quedado sepultada). Yo fumé y pasé el porro. Algunos minutos después, las voces y las luces a mi alrededor pasaron como a un segundo plano y empecé a escuchar muy fuertes, demasiado fuertes, los latidos de mi corazón. Cerré los ojos y exhalé lo más lentamente que pude, recordando las prácticas de yoga para niños de mi infancia, cuando mi mamá (que era la profesora) decía que exhalar lentamente bajaba el ritmo cardíaco. Me sentí dentro de un espacio negro y silencioso. De golpe, me di cuenta de que no había vuelto a inhalar y me aterroricé: abrí los ojos poniéndome de pie. La gente me miró, interrumpiendo los diálogos. Le dije a Marcos que me sentía mal. Todos se levantaron y abrieron paso. Paula ofreció su habitación y ahí fuimos.

El techo era bajo. Las luces de los veladores apenas iluminaban. Yo me sentí en el camarote de un barco. Me daba cuenta de que era

absurdo, pero no podía sacarme esa sensación: si salíamos, iba a haber una cubierta y un mar. Se lo dije a Marcos, que se sentó en la cama mirándome con gesto cansado. Poco después salimos a la calle. Yo no pude despedirme de nadie. Era un ente.

Serían pasadas las diez de la noche. Caminamos hasta la estación de Once. Era un lugar archiconocido por mí, porque solía tomar ese tren para ir y venir del colegio. Sin embargo, cuando Marcos me dijo que lo esperara ahí, sin moverme, y se fue a sacar los pasajes a Villa Luro, entré en pánico: me pareció que en los cuatro ángulos del enorme *hall* había personas confabulándose para tomar la estación, en una especie de motín, en cuestión de minutos. Me acerqué a Marcos para decírselo, alterada. Él me dijo que antes de ir a mi casa iba a tener que recuperarme un poco.

Fuimos hasta la cafetería de la estación y Marcos pidió un café con leche para mí. Todavía me acuerdo de él sentado del otro lado de la mesa, vaciando sobrecitos de azúcar en mi taza. Por primera vez a lo largo de esa noche, me tranquilicé. Entonces, bajo el efecto de la marihuana, me sucedió esto: apareció en mi mente un color naranja muy intenso, que parecía tan real como lo que estaba viendo con los ojos. Un naranja profundo, brillante, como un cielo, como si en ese naranja existiesen todos los mundos. Se lo dije a Marcos. Él sonrió y me dijo que ese era Shiva. El corazón me explotó. La sonrisa del Dios de los ojos entreabiertos quedó impregnada en el aire aunque no fuera visible, y lágrimas de emoción me corrieron por las mejillas. Sentí algo así como una gratitud infinita, como si la sensación de existir fuese un volcán. Como si yo fuese la eternidad y la eternidad fuese una fiesta inacabable. Un éxtasis.

Miserere, se llamaba el bar de la estación. En latín, *miserere* es un pedido de misericordia hacia Dios. Shiva es el Dios de la Misericordia y la Liberación. Aquella experiencia, de una intensidad imborrable, quedó ligada a la mirada fija de Marcos sobre mí, a mi completo abandono a su voluntad.

IV

Un sábado al mediodía, Marcos me dijo que fuera a almorzar con él y su mamá. La casa era el departamento donde él había crecido. Era el lugar al que me había llevado al día siguiente de cumplir mis dieciséis. La casa estaba repleta de libros viejos, tenía un teléfono con disco en una mesa con rueditas, un televisor con perilla para cambiar los canales, carpetitas tejidas al crochet, un tocadiscos con vinilos para escuchar y olía a comida recién preparada. Era la casa de una abuela.

Habían pasado los meses. El sexo había quedado prácticamente instituido, ritualizado, cada fin de semana, en la capital o en Federico. Yo estaba convencida de que el nuestro era un amor que sobrepasaba cualquier consideración humana. Algún día, cuando yo fuera grande, podríamos quizás tener una relación más normal, de la que podría disfrutar como mis compañeras del colegio disfrutaban de sus novios: sin secretos, culpas ni vergüenzas. Sin sentirme mal, torpe, inadecuada, horrible.

Con el pelo completamente blanco en un rodete, anteojos en la punta de la nariz y aspecto frágil, la mamá de Marcos era una mujer que aparentaba más edad de la que tenía. En cambio, era muy jovial en la conversación. Se había jubilado como empleada de una zapatería del microcentro. Como ya dije, tenía cierta formación artística, adquirida como espectadora en el mundillo porteño de los

años sesenta, en el apogeo de la *calle Corrientes* como centro de la vida intelectual de la ciudad. Habitué del Teatro San Martín y también del gallinero del Teatro Colón, cada año, cuando viajaba a la playa con Marcos niño durante el verano, volvía a llevarse para leer el *Quijote* y se descostillaba de risa. Fanática de Dostoyevski, de Tolstói y de los narradores rusos en general, también disfrutaba enormemente de la poesía y de la música. Los sábados a la mañana, en su casa, se escuchaba tango o música clásica por la radio. Ella reconocía los cantores o las obras antes de que el locutor diera la información. Solía sentarse unos minutos al lado de la radio y cerrar los ojos para oír algunos pasajes, con el cucharón de lo que estuviera cocinando en la mano.

Es probable que el padre y la madre de Marcos se hubieran conocido precisamente en la Sociedad Teosófica, de la que ambos habían participado en su juventud. Esto es curioso: la mamá de Marcos conocía a la Madre desde aquellos años. Cuando Marcos se acercó por primera vez a la Escuela –precisamente a comienzos de los años 80– su mamá le dijo que tuviera cuidado con la fundadora (a quien llamó por el apellido) *porque era nazi*. Eso fue lo que le dijo. No sé si Marcos no le creyó o no le dio importancia. En todo caso, tenía apenas dieciocho años y se había anotado para hacer Tai Chi, ya que todavía las artes marciales no se habían prohibido. Poco después, fue alojado en Federico. Lo que sí me aclaró fue que, cuando él ingresó a la Escuela, todavía se guardaba un arma en el cajón del escritorio de la recepción, puesto ocupado exclusivamente por los Legionarios de Dios, un subgrupo de varones comprometidos de manera especial con el Ideal.(50)

Me acuerdo de que todo ese relato sobre el ingreso de Marcos en la Escuela me confundía muchísimo. Yo, que nací precisamente en 1982, a mis dieciséis años empezaba a tener una vaga noción de que había habido una dictadura hacía poco. Me había enterado por comentarios de alguna que otra profesora del colegio, que lo mencionaba por lo bajo, por alguna que otra compañera, que también por lo bajo contaba que tenía un tío desaparecido, y trataba de unir esos comentarios con alguna cosa que había dicho

entre dientes mi mamá durante mi infancia, de un tío enterrando libros, y de lo que les hacían a los cautivos del Garage Olimpo, que quedaba cerca de mi casa y me llamaba mucho la atención, con su aura tenebrosa y sus ventanas tapiadas con ladrillos.

Lo que sí tenía claro era que la Fundación representaba y propagaba el Bien, el Amor, la Verdad. Si había habido una dictadura sangrienta, injusta, aberrante… ¿por qué no había perseguido a la Fundación, aunque tuviera otro nombre por entonces, y se había tolerado que hubiera un arma en la recepción? ¿Para qué era, exactamente, el arma? Este era un hilo suelto de los que, con el tiempo, iban a empezar a hilar en mi conciencia un relato diferente. Por lo pronto, era muy difícil, por no decir imposible, que yo, con dieciséis años y una formación política nula, hilara ese otro relato, cuando no solo Marcos, sino incluso su propia mamá –una mujer mucho más inteligente e íntegra que su hijo– había declinado toda crítica y sensata precaución para integrarse a la Fundación y sumarse al culto colectivo de la Madre y Maestra espiritual.

A la mamá de Marcos yo la había visto, de lejos, muchas veces, en Federico o en la sede central; ella me saludaba de compromiso y luego me evitaba. Después de una o dos veces de almorzar en su casa, un día que nos quedamos solas mientras Marcos bajaba a hacer alguna compra, me contó que, al principio, había escuchado murmuraciones de que Marcos andaba conmigo y se había preocupado. Me dijo que había pensado en *Lolita*, de Nabokov, con horror. Hasta que su sobrina –que había librado una batalla para ser aceptada en su familia por ser lesbiana, y siempre había contado con el apoyo de su tía– la había regañado: cómo podía ella, su tía favorita, juzgar el amor con criterios tan estrechos. Entonces, la mamá de Marcos había terminado por aceptarlo. Eso fue lo que me dijo, como dándome la bienvenida a su familia.

La mamá de Marcos siempre me trató con cariño, aunque la ceguera que tenía respecto de las cualidades de su hijo era absoluta. Algo sospecharía su intuitivo corazón. Una vez me dijo, con una tristeza de la que no me voy a olvidar nunca: “Por lo menos es un

buen hombre. Es todo lo que me importa”. Lamento mucho, por el aprecio que le tuve, que no fuera así. Probablemente ella se merecía otra cosa. Por lo pronto, yo no merecía lo que Marcos me hizo, porque nadie lo merece, y ni ella ni su sobrina pudieron hacer nada para ayudarme.

---

50. Hacia la época en que yo entré en la Fundación, los Legionarios de Dios todavía existían, lo mismo que su ala femenina, las Hijas del Servicio. Usaban camisa de vestir celeste y corbatas azul oscuro, bordadas en dorado por ellas, con las siglas E.D., Escuela del Deber, que era el nombre con el que se designaba a Legionarios e Hijas en conjunto; el uniforme de ellas era una túnica azul, con una soga blanca como cinturón. Si bien vi a personas con estos uniformes circulando por las escuelas durante mi infancia, a partir de mis dieciséis o diecisiete años estas formaciones desaparecieron. Las Hijas del Servicio hacían algunas actividades de acción social, recolectando donaciones, por ejemplo. Los Legionarios no sé qué hacían.

V

Los sábados a la tarde, como todas las tardes, la mamá de Marcos iba a atender la librería de la sede central, a cambio de una remuneración que complementaba mal su jubilación mínima. Si ella no hubiera recibido esa ayuda, bastante excepcional y especialmente gestionada por la Madre, Marcos habría tenido que ocuparse de ella, porque en los noventa no se vivía con la jubilación mínima. Fue el propio Marcos el que me explicó esto, dándome a entender que el trabajo al que su mamá le dedicaba tanto esfuerzo era apenas un pretexto para asignarle una mensualidad y retener al hijo entre los templos.

Quizás por eso, porque en el fondo consideraba que le correspondía, iba a la casa de su mamá y se hacía atender como un rey. Decía que iba a ayudarla con la limpieza, pero nunca lo vi hacer nada más que pasar una escoba superficial. Después, pedía sus comidas favoritas, platos húngaros o judíos que su mamá había aprendido de la abuela. También recibía dinero de su monedero, cuando ella no había podido cocinar, para ir a comprar unas porciones de guiso de mondongo en El Español. Obviamente, también me llevaba a comer a mí. Yo iba a la casa de la mamá de Marcos como cuando iba a la casa de una compañera del colegio –como una adolescente a la que los grandes se ocupan de garantizarle algo de comer– sin conciencia de que habría que haber

colaborado con las tareas y los gastos.

Los platos que pedía Marcos eran siempre especialmente grasos. A mí me desesperaba, porque en otros momentos recibía instrucciones precisas de él sobre dietas para adelgazar. Como ya conté, me hacía medirme el vientre con las manos para comprobar si estaba logrando la panza chata propia de una devota de Shiva. A veces, la mamá de Marcos me preguntaba a mí qué quería comer. Yo pedía arroz integral con verduras, que era el plato que el propio Marcos consideraba más apropiado para una buena salud física y espiritual. Pero ahí, en la casa de la madre, cuando yo pedía eso, él se burlaba de mí, diciendo que evidentemente no me gustaba la comida, que no tenía criterio para decidir, que él estaba cansado de comer arroz con verduras en Federico y que el fin de semana quería disfrutar de algo rico. Y no se hablaba más del asunto.

Entonces yo comía un poquito de gulash, de mondongo, de ñoquis húngaros con panceta, lo menos que podía sin despreciar y sintiendo que me inflaba como un globo inmundo. Después redoblaba mis esfuerzos de ayunar a solas, jurándome no comer, jurándoselo a Dios, para fracasar siempre en el medio de una crisis de hambre, despertándome de madrugada a tragar lo que hubiera en la heladera, aunque fuera un pedazo de pan congelado en el *freezer*. No todos saben que, cuando tenés hambre de verdad, hay un momento en que el cuerpo parece moverse solo hacia lo comestible, sin detenerse en la consistencia ni en el sabor, fuera del control del yo. La disociación es tan intensa que generalmente se siente pánico. Es una de las experiencias más horrendas y humillantes que tuve que vivir. Pero incluso así, no podía dejar de repetirme que valía la pena reintentarlo, recomenzar el ayuno por tiempo indeterminado cada vez que caía en la debilidad de tragarme algo. El propio Marcos nos había hecho anotar, en uno de los retiros internados, esta frase de su querido Ramana Maharshi: “Quien vence el hambre, vence el ego”.

A eso de las tres de la tarde, cuando su mamá se iba, Marcos se tiraba en la cama y me enseñaba a hacerle masajes, de la cabeza a los pies. Muchas veces, durante esos masajes, tenía sexo conmigo.

Otras veces, no: simplemente se quedaba inmóvil, dándome indicaciones precisas sobre cómo tocarlo. Solía quedarse dormido dejándome a mí una confusa sensación de vacío y frustración durísimas de remontar. Otras, se tiraba a mirar cualquier cosa que hubiera en la televisión, fastidiándose si yo le hablaba o le proponía escribir, meditar, cantar, o cualquiera de las actividades que supuestamente eran la sal de la vida, lo que nos unía en un vínculo único y especial. Me decía que no lo molestara, que ya para eso él llevaba una vida de austeridad y meditación, que lo dejara tranquilo. Fue durante esas tardes que yo empecé a sentir, cada vez más, un desasosiego como una piedra en el pecho, que me hacía llorar. No entendía cómo había pasado del brillo y la emoción extrema de las primeras meditaciones entre los templos, guiadas por ese hombre excepcional que me trataba entre algodones, a esa situación aburrida y decadente, donde recibía un trato denigrante que, por supuesto, me hacía sentir horriblemente mal conmigo misma.

Cuando mi llanto se convertía en alguna forma de crisis, obligando a Marcos a prestarme atención, él se mostraba fastidiado conmigo, diciéndome que no entendía qué me pasaba. Que estaba cansado de mis quejas. Que él era viejo y no podía satisfacer las necesidades de una jovencita como yo. Y otra vez, otra vez: que si yo fuera un poco más grande, un poco más madura, si tuviera templanza, si fuera menos egoísta, menos miserable, podría disfrutar y sentirme agradecida por lo que él me daba en lugar de hacer esas escenas patéticas y esos berrinches infantiles. Yo intentaba controlarme y ponerme a la altura de la situación, hacerme merecedora del honor que él me hacía al tenerme ahí, a mí, su elegida. Muy fuerte era mi sensación de que me estaba perdiendo de algo. Que me estaban privando de algo. Fuerte pero confusa. Y me sentía completamente impotente para salir de ahí. No sabía cómo moverme, con qué argumentos, con qué impulsos, como si mi propia fuerza y voluntad, el movimiento de mi propio deseo, estuvieran apagados, ensordecidos, maniatados en el fondo de mi cuerpo obediente.

A veces tenía un pico de nervios, ganas de gritar o correr o romper algo; entonces me encerraba en el baño, aguantaba la respiración con fuerza y me apretaba la cabeza con las manos hasta que me quedaban los dedos marcados. De esto me di cuenta porque una vez él, al despertar de una larga siesta, me lo hizo notar: sonriendo como si le divirtiera, señaló que tenía las marcas de mis dedos en la cara y los surcos de la sal, de haber llorado. Yo me morí de la vergüenza y aprendí, en adelante, a apretar otros objetos, sobre los cuales no quedaran marcas. A mirarme al espejo antes de salir del baño para lavarme la cara y chequear que mi gesto estuviera adecuadamente compuesto. Incluso le saqué a mi mamá un tapaojeras que ella tenía en el botiquín, por si el llanto me demudaba la cara. Para que nadie pudiera notar mi falta de templanza, mi debilidad, mi infantilismo. Lo miserable que era yo.

VI

El hijito de Marcos tenía unos ocho años menos que yo. Era un niño silencioso, obediente, formal, con una mirada profunda y penetrante. Un niño que jamás molestaba. Marcos solía decir que había tenido suerte con él, porque no le traía ningún problema. Como pasaba una semana en Federico, compartiendo la habitación del papá, y una semana en la casa de su mamá –una casita prefabricada en un barrio de los alrededores– muchas veces coincidíamos, él y yo, en Federico o en las visitas a la capital, a la casa de la mamá y también del papá de Marcos, a quien veíamos a veces los sábados, al caer la noche.

El nene se las arreglaba prácticamente solo. A veces, se acercaba a pedirle algo a su papá, una toalla para poder ir a bañarse al baño precario que compartíamos todos, o incluso algo de comer, porque Marcos seguía exclusivamente el ritmo de sus propias ganas. Me acuerdo de que una tarde, pasado el mediodía, vino hasta el taller y, suavemente, le dijo que tenía hambre. Marcos le respondió que aprovechara que estaba lleno de gente y que "garroneara algo", riéndose a carcajadas de su propia ocurrencia mientras el niño se quedó mirándolo fijo con esos ojos grandes que tenía y se retiró por donde había venido. Lo que ocurriría entonces (yo lo había visto otras veces) es que se instalaría en la cocina, sin hacer mucho ruido, hasta que alguno de los contingentes que sacaba táperes de comida

le convidara algo.

De eso me acuerdo porque fue una de las pocas veces en que a mí me pareció que eso no podía estar bien, a mí, que no tenía una idea muy clara del tipo de atención que requiere un niño de esa edad. Me acuerdo incluso de haberle reprochado en tono de broma (el único tono admitido para un reproche), que le preparara algo de comer a su hijo. Pero la broma quedaba sepultada por alguna respuesta brutal, una broma más fuerte y definitiva. Los modales de Marcos eran especialmente groseros cuando no había gente extraña cerca. Él lo exageraba y parecía divertirse con eso, en un código simiesco que compartía con sus amigotes de Federico. Toda esa delicadeza incluso excesiva con la que me había tratado al principio se había invertido, en particular cuando estábamos solos o con sus compinches, con quienes hacía bromas idiotas y groseras de las que todos se reían de manera grotesca. Era habitual que se burlaran también de los dirigentes de mayor rango que ellos, e incluso de la propia Madre, aunque con ella siempre había un último borde que no llegaba a cruzarse.

Anoto estas cosas porque todo eso contribuía a una confusión de valores imposible de organizar para mí. Por un lado, yo era una jovencita discípula apenas dando mis primeros pasos en la formación espiritual y, como tal, les debía un respeto profundo a mis superiores. No es que hacíamos la venia cuando pasaba un superior, pero había formas sutiles de reconocer las jerarquías: quién toma la palabra primero, quién enciende el sahumerio al entrar a un templo, quién le sirve un té a quién. Había detalles que permanentemente estaban marcando la estructura vertical. Ofrecerle un té a tu secretario o a tu director era, por una vía ritual afectivamente interiorizada, equivalente a ofrendar un sahumerio en un altar o, incluso, a meditar en Dios, porque en la cúspide de la pirámide estaba, precisamente, Dios Nuestro Señor.

Cuanto más alto era el cargo del dirigente en cuestión, más visibles eran los gestos de reconocimiento. Ahora bien, si era la propia Madre quien aparecía, fuera o no esperada, en alguna sala de la sede central o en Federico, la diferencia era cualitativa: todos los

presentes nos poníamos inmediatamente de pie y le dábamos el frente, abandonando cualquier conversación de golpe, como en presencia de una reina. Si estaba Claudia, su sucesora, se arrojaba a sus pies. Algunos otros discípulos también hacían eso. Pero incluso el miembro recién recibido producía un silencio reverencial. Al principio, por curiosidad o por no desentonar. Después, con el tiempo, el cuerpo se acostumbraba a tal punto, que al final parecía que era ella, la Madre, quien emanaba el poder de paralizar lo que sucedía a su alrededor.(51)

Entonces, que en la intimidad de Federico –no entre los templos pero sí en el taller de Marcos, en la cocina cuando no había visitantes externos, en las habitaciones de los otros residentes a las que poco a poco empezaron a dejarme entrar, donde se fumaba y se tomaba alcohol–, que en esos espacios los monjes se burlaran no solo de toda la parafernalia –que por otra parte respetaban a rajatabla en público (eran de los que se lanzaban al suelo cuando entraba la Madre)–, sino también de las personas que ocupaban los cargos más altos, siendo brutales y crueles… A mí me producía una intensa confusión. Porque, además, yo estaba invitada a reírme de sus bromas pesadas, pero, por supuesto, no a hacerlas. Lucio, que solía inventar apodos denigrantes para los dirigentes en estos encuentros a puertas cerradas con los amigotes, era el que más se ocupaba de volverme a mi lugar, recordándome mi edad y mi rango, si yo llegaba a decir algo en el mismo tono en el que lo decían ellos. Más tarde, Marcos lo justificaba diciéndome que Lucio era así, que necesitaba mandar, que siempre había sido muy inseguro.

El efecto sobre mí de todo esto era que, cuando estaba en mi filial, con los otros miembros y compañeros, que cumplían con los protocolos y la circulación de afectos indicada, yo me sentía sapo de otro pozo: me acordaba de las burlas de las que todo eso era objeto allá en la intimidad de Federico y eso me impedía integrarme. Yo no era una más en ninguna parte, ni siquiera dentro de la Fundación, porque en la filial no podía revelar lo que pasaba en Federico (habría sido una traición) y allá, entre los machotes que se

recreaban con las burlas a medida que se iban emborrachando, solo podía atestiguar, recibir, aprender, sentirme honrada de que me permitieran presenciar esa suerte de revés del respeto espiritual que ellos representaban, sin pertenecer al grupo, sino apenas como lo que era: la sombra de Marcos.

Ni siquiera estoy hablando de lo que me pasaba caminando por la calle, o sentada en un aula del Colegio Nacional de Buenos Aires, del aislamiento y la alienación que experimentaba yo fuera de la Fundación. Estoy hablando de la profunda disociación que se me había generado incluso dentro de la Escuela, donde era prácticamente imposible para mí establecer lazos sinceros con otros miembros. Circulaba por todas partes, tomaba clases, trabajaba en la secretaría en la que me designaban, hacía guardias de recepción, iba a Federico, lo hacía todo con solvencia y recibía felicitaciones, pero no pertenecía a ningún grupo, no hablaba a corazón abierto, no contaba lo que me sucedía, no tenía verdadera confianza con nadie.

El hecho de que en la Escuela todos fueran adultos no facilitaba las cosas, hay que decirlo. Creo que para esa época la novia de mi hermano (que tenía dos años más que yo) había empezado ya el curso de aspirantes en la sede central, pero todavía teníamos muy poco contacto. Mi propio hermano, tres años mayor que yo, residía ya en Federico. Paradójicamente, la primavera de confianza que habíamos experimentado un año antes se había desvanecido por completo. ¿Cómo podía ser que ahora que vivía en Federico la distancia entre nosotros se hubiera vuelto abismal?

Es cierto que él ya no venía a nuestra casa de Villa Luro prácticamente nunca. Pero yo pasaba mucho tiempo en Federico. ¿Qué sucedía ahí? Me ha dicho alguna vez que yo parecía tener una actitud soberbia, irritante, como si ser la elegida de Marcos, tener permiso para usar su taller y entrar y salir de su pieza, esas cosas, me pusieran en algún lugar jerárquicamente superior, o peor: en un lugar inaccesible. Qué tremendo. Tengo que reunir coraje para mirar desde la mirada de otro adolescente una de las imágenes que proyectaba yo: imagino un andar altanero, a la defensiva, una gran

rigidez en las ideas, habitual en la adolescencia pero potenciada al infinito por el fanatismo religioso y sectario, más la excepcionalidad que recaía sobre mí por tener una misteriosa intimidad con este hombre.

Lo que yo recuerdo, desde mi perspectiva, es que para mí era muy confuso el triángulo que se formaba entre mi hermano, Marcos y yo. Porque para mi hermano mayor, Marcos era una autoridad en ese espinoso mundo en el que estaba introduciéndose. Era inevitable que entrara a jugar el espectro de un padre, en un universo simbólico donde los maestros espirituales eran Madres y Padres. Que yo fuera algo así como una novia de Marcos me ponía en un lugar definitivamente incestuoso. Obviamente, yo estaba a años luz de comprenderlo en estos términos. Lo que sentía era un rechazo intenso y una incomodidad que había que neutralizar a cualquier precio.

Evidentemente, algo debe haber captado Marcos de la sombra intolerable del incesto que a mí me agarraba de las tripas, porque una vez sucedió esto: estábamos en el taller los tres, mi hermano dijo algo elogioso sobre mí, probablemente sobre mi poesía, se despidió y se fue. Marcos lo miró alejarse, sonrió y me dijo: “Vos sabés que tu hermano está enamorado de vos, ¿no?”. Yo sentí terror. Sin matices. Y a partir de entonces evité el contacto con él. Es entendible que mi hermano haya interpretado mi actitud como una distancia altanera. Es entendible que se haya sentido dolido por la súbita frialdad con la que debo haberlo tratado. Es entendible, sobre todo, que Marcos necesitara aislarme de ese vínculo tan fuerte que yo tenía tan próximo, porque ponía en riesgo sus planes de aprovecharse de nosotros hasta dejarnos sin resto.

---

51. En torno a la fundadora se producía un magnetismo perturbador. A partir de ahí, cualquier cosa que ella dijera era recibida como una genialidad: si era en tono de broma, desataría carcajadas unánimes; si se acercaba a una persona para saludarla, se consideraría que la estaba destacando por alguna razón; si decía un refrán, habría que anotarlo para reflexionar sobre él más tarde. De hecho, era habitual que después de haber pasado una hora o diez minutos con la Madre, los profesores repitieran en sus clases cualquier cosa

que ella hubiera dicho o hecho, o relataran esos encuentros con embelesamiento, para expandir *eso* que se sentía en presencia de ella, la Fuente de la enseñanza.

VII

Una vez, a Marcos se le había metido en la cabeza que necesitaba conseguir revistas de moda con fotos de modelos muy lindas, lo que él consideraba muy lindas, porque quería hacer una cabeza de Shiva gigante e iba a usarlas para guiarse. Durante un par de semanas recorrimos las librerías de Corrientes que vendían revistas viejas, hojeándolas una por una. Él me describía sin fin cómo era la mujer perfecta. Los rasgos que destacaba en esas mujeres ideales eran siempre opuestos a los míos. Como sus criterios estaban supuestamente basados en estudios artísticos, y como el objetivo era supuestamente hacer una estatua de Dios, yo no podía más que pensar que el dolor y la inseguridad que me generaba todo eso era otra manifestación de mi ser miserable, celosa, mundana y despreciable. Por fuera y por dentro.

Me esforzaba, entonces, en ayudarlo. Hojeaba las revistas tratando de encontrar la foto que él buscaba, la de una modelo con la boca grande y los labios carnosos, los ojos rasgados, el cabello lacio y oscuro, y por supuesto, todo lo flaca y huesuda que una modelo podía ser a fines de la década del noventa, que era literalmente patológico.(52)

Sé que compró algunas revistas, aunque no me acuerdo de haberlo visto usarlas para lo que decía que las quería. De hecho, cuando finalmente empezó la estatua, le pidió a su hijito que posara

para copiarle la boca. Me acuerdo de Marcos modelando la arcilla y diciéndole al hijo que había elegido a su mamá por esa boca, que había tenido un hijo con ella porque sabía que iba a heredar la boca de ella. Mientras tanto, yo le cebaba mate, asistiéndolo en su trabajo, en silencio. Jamás se cuestiona a alguien que está trabajando, me había enseñado él hablándome con dureza, una vez que yo había hecho una sugerencia a alguien que transportaba un mueble.

Yo intentaba convencerme de que esas mujeres eran hermosas, tan distintas de mí en todo, empezando por que eran grandes. Que yo necesitaba hacer dieta y ejercicio, porque maquillarme, peinarme y vestirme a la moda no estaban entre mis opciones. No me permitía contradecir a Marcos ni en mi propia intimidad, aunque a la vez conservo el registro de lo que percibía de verdad: no solo que las fotos de modelos que él había elegido no tenían ninguna naturalidad ni gracia, sino que su estatua estaba quedando rígida y fea. En cambio, trataba de vibrar con la emoción de estar asistiendo a la creación de nuestro Señor Shiva. Qué iba a saber yo de belleza, de sensualidad, de nada. Lo poco que sabía del mundo y de la vida me lo había enseñado él.

Me acuerdo también de lo que sentí cuando él le dijo al nene que había elegido a su mamá por esa boca que él había heredado. Además de herirme en la autoestima, me generó confusión, porque era mentira: él no había elegido tener un hijo. Había tenido relaciones sexuales casuales, y cuando ella le había dicho que estaba embarazada, se había querido matar. Eso era lo que me había contado a mí. Pero pensé que, bueno, que quizás estaba bien que un niño pensara que su papá lo había deseado, que había amado y elegido a su mamá para darle la vida. Eso pensé, justificando a Marcos. No podía darme cuenta de que esos comentarios estaban dirigidos a mí, a reforzar la triangulación mediante la cual me sujetaba.

El modo en que había llegado a ser padre me lo había contado para explicarme por qué nunca, jamás, yo tenía que quedar embarazada. Cuando se sacaba el preservativo para tirarlo al

inodoro, hacía el chiste de ponerle un nombre de niño. Una vez tuve un atraso de una semana y entré en pánico. Fui a revisar las carpetas que había guardado de segundo año, porque habíamos tenido una materia que se llamaba *Educación para la salud,* en la que se nos había hablado del aparato reproductivo y de métodos de barrera, pero yo no había retenido nada porque la sexualidad no estaba en el horizonte de mis intereses. Me acuerdo de revisar mis propios apuntes, con la letra todavía infantil de los catorce años, y sentir impotencia. ¿Qué información buscaba yo, exactamente? No lo sé. Entre otras cosas, lo que me llama la atención de este recuerdo es la absoluta falta de información alrededor de la sexualidad, la absoluta carencia de herramientas para pensar nada de lo que me sucedía.

Pienso en el hijo y vienen a mi memoria dos recuerdos más. Dos escenas inconexas, que solo puedo ubicar en la línea del tiempo por la edad que tenía el nene en ese momento, no más de nueve años. Estamos en el cine, Marcos, su hijo y yo. Fuimos a ver una película infantil o por lo menos apta para todo público, no me acuerdo de cuál. No era algo que hubiéramos hecho antes ni volvió a suceder nunca. Durante la película, Marcos empezó a masturbarme con sus dedos adentro de mi bombacha. Me acuerdo del esfuerzo por no moverme ni emitir ningún sonido en esa butaca, desesperada de vergüenza y culpa. Del otro lado de él estaba sentado su hijito. En el cine había familias con niños. Me cuesta escribir esto, del horror y el asco que me produce.

La segunda escena es en la habitación de Marcos, en Federico. Ya es de noche. El nene no está. Marcos lee sentado en su cama, sin prestarme atención. Yo agarro los juguetes de su hijo y los despliego en el suelo, en el centro de la habitación. Autitos, muñequitos, bloques. No tengo ni idea de por qué hago eso. Lo recuerdo como si lo viera desde afuera. Me pongo a jugar con esas cosas. Marcos ni siquiera me mira. Tocan la puerta. Entra otro residente, amigote de él. La escena lo sorprende. Mira a Marcos como interrogándolo, pero él arquea las cejas y suspira. El otro se ríe, le dice lo que venía a decirle y se va. Esa escena vive en mi memoria flotando en una

nube de polvo sucio, como si le hubiera sucedido a otra persona.

---

52. ¿Qué hacía yo hojeando esas revistas, de pie en una librería de Corrientes, mirando las fotos de esas modelos que representaban todo lo que estaba prohibido para mí: el *glamour*, la ropa hermosa, el maquillaje, la vanidad, la sensualidad… para encontrar a la más perfecta de todas, según el criterio de Marcos, y ofrecérsela, justamente a él, que me había llevado ahí para eso? Repaso estos recuerdos y me sorprendo. Estaban ahí, intactos, sin que hubiera vuelto a mirarlos de cerca. La estrategia de este hombre me deja anonadada. Pero también me anonada mi anulación, el punto al que había llegado yo, ya para entonces, de no poder reclamar para mí ninguna satisfacción fuera de complacerlo a él, de intentar cumplir sus deseos, lo cual siempre sería imposible para mí. Conmigo, él siempre quedaría insatisfecho.

VIII

No me acuerdo exactamente de cuándo se hizo habitual que yo entrara a la habitación de Marcos, en Federico. Las primeras veces, él vigilaba que nadie estuviera mirando para dejarme entrar o salir. Nuevamente me sorprendo de no haberle preguntado por qué hacía eso, quién podía vernos y quién no, qué era exactamente lo que estábamos ocultando. Flotaba imprecisa la idea de que algunos dirigentes eran muy pacatos, una especie de filisteos que en el fondo no entendían nada sobre la verdadera vida espiritual. Pero también nos ocultábamos delante de los nuevos, de los miembros rasos. Quizás, porque ellos podían ir con cuentos a los otros, a los peces gordos. ¿Y qué podía pasar si todo el mundo se enteraba de que yo pasaba tiempo en la habitación de Marcos? ¿Qué había de malo en lo que sucedía? Nunca llegué a preguntarme eso claramente, ni nunca nadie me lo dijo.(53)

A partir de determinado momento, dejó de ser problemático que yo entrara o saliera de esa habitación durante el día. Sin embargo, no pasaba la noche ahí. Tenía que amanecer en otro lugar. Esto fue así siempre, hasta el final. Incluso cuando yo ya dejaba un bolsito con ropa en su habitación o en su taller. Al principio, él solía acompañarme, a la noche, hasta la habitación donde yo iba a dormir. Se quedaba de pie, a cierta distancia de donde pudieran vernos, y me seguía con la vista, con ese gesto canchero de malevo,

con las manos en los bolsillos, que a mí me hacía sentir en una película. Me acuerdo de la belleza de esos momentos: el frío de la noche, las estrellas, los eucaliptus gigantes, allá del otro lado del muro los reflectores iluminando las cúpulas de los templos, una lechuza blanca que cruzaba lentamente el cielo, la mirada inquietante de Marcos que me hacía sentir única, especial, digna de ese secreto que compartía conmigo. Que saliera de su pieza en plena madrugada y me acompañara cincuenta metros a mí me parecía un gesto de amor absoluto. Con el tiempo, dejó de hacerlo. A medida que yo fui siendo más grande, salir de su pieza al frío de la noche para acompañarme al lugar donde yo iba a dormir terminó siendo algo impensable.

Reclinado en la cabecera de su cama, en la habitación, Marcos veía los templos a través de la ventana. Creo que era la única habitación en todo Federico que tenía esa vista privilegiada. Él se pasaba las horas ahí, tomando mate, leyendo, escribiendo sus reflexiones y sus poemas, meditando en Dios. Muchas horas pasé yo sentada a la vera de su cama, atestiguando cómo él entraba en *samadhi*, mirando por la ventana o contemplando el retrato de Ramana Maharshi que había colgado delante de la cama. A veces se quedaba mirándome fijo a los ojos durante mucho tiempo, en esa posición. Decía que había que mirar fijo a la pupila del ojo derecho, que era por donde se veía el Absoluto dentro de cada persona. Hasta eso estaba regulado. Yo clavaba la vista en lo negro de su pupila derecha durante ratos muy largos, hasta que sí, sentía algo. Una emoción extraña. Y me brotaban las lágrimas. Y tenía que bajar la vista. Entonces él sonreía, satisfecho.

Una vez, en una de esas sesiones adentro de su pieza, yo empecé a llorar con una angustia que no sabía de dónde me venía. Era algo que me pasaba a veces al encontrarme con él, en la casa de su mamá y también en Federico. Sin entender cómo ni por qué, de pronto se apoderaba de mí una pena demasiado fuerte, un dolor que yo no podía entender y que me hacía llorar. Yo esperaba algo de él, una ayuda, aunque no tenía ni la menor idea de qué era lo que necesitaba. Ese día, Marcos, con su mate en la mano y su montaña

de almohadas en la espalda, en su trono que era su cama con vista a los templos, empezó a decirme cosas que profundizaban el dolor rarísimo que estaba sintiendo en el pecho. Con una semisonrisita y los ojos entornados como de ver la eternidad, empezó a decirme, con ese tono de voz grave y medio gangoso que tanto me había cautivado alguna vez, que mi ego miserable y repulsivo se retorcía de dolor porque sabía que todo en mí era una farsa, una mentira, una cosa insignificante, que mis deseos de ser linda, de ser sabia, de brillar, se pudrían y se caían en el barro, donde se los comían los gusanos, y que eso era ser devota de Shiva, que yo lo había elegido, que yo había elegido integrar las huestes del Dios de la Muerte.

No era la primera vez que me decía eso. Solía decir cosas así. Pero quizás yo esa vez estaba más sensible, en un estado de angustia fuerte. Sentí como que me pinchaban por adentro y no podía pensar en nada, sino llorar y llorar cada vez más. Me quebré. Me desplomé sobre esa cama donde él permanecía impertérrito, aferrado al mate, en su posición de loto. Con ese mismo gesto de placer me dijo que lo mirara y me preguntó qué veía. Yo no pude contestar nada. Me preguntó si veía su sombrero alto, de Inquisidor. Me dijo que él había sido torturador de la Inquisición en su vida anterior. No puedo olvidarme de su expresión disfrutando del estado de *shock* en el que estaba yo, mientras me decía eso.

Otra vez, después de una de esas sesiones en las que yo lo observaba entrar en éxtasis y él me traspasaba su estado espiritual a través de su pupila derecha, me hizo ponerme de pie y esperar. Retiró la estatua de Shiva del altar que tenía armado ahí (una mesita baja con una estatua y una alfombrita) y me indicó que me sentara en la mesita, en posición de loto. Me acomodó las manos en una posición precisa, sobre las piernas. Y me adoró. Encendió un sahumerio, lo ofrendó haciendo círculos alrededor de mí, luego se sentó a meditar cantando el om y también algún kirtan dedicado a la Divina Madre, el aspecto femenino de la Divinidad.

Antes o después de cualquiera de las dos escenas que acabo de contar, podía haber tenido sexo conmigo. Yo no decidía eso. Nunca. Con la misma naturalidad con la que se burlaba de mi manera de

vestir, de comer y de moverme, disponía de mi cuerpo. Y no solo de mi cuerpo. Cuando conversábamos, empezó a hacerse habitual que interrumpiera lo que yo estaba diciendo para preguntar esto: "¿De qué estamos hablando?". Yo tenía que repasar mentalmente la conversación, recuperar de dónde habíamos partido y qué habíamos dicho, para formular el tema original y reconducir lo que estaba diciendo en la dirección de esa temática. Era un entrenamiento mental muy exigente.(54)

Lo que no tuvo en cuenta es que mis músculos mentales, así de entrenados, un buen día, también me permitirían desandar todo el recorrido, hasta el inicio, y explicar de qué estamos hablando. Aunque sea más de veinte años después. Estamos hablando de que este señor abusó de la adolescente que yo era, en el rol de profesor y maestro espiritual. De eso estamos hablando. Estamos hablando de que va a tener que hacerse cargo de lo que hizo delante de la Justicia.

---

53. Sé que insisto mucho en el modo en que Marcos consiguió que yo guardara ciertos secretos, manteniendo el componente sexual del vínculo en clandestinidad, incluso cuando yo creía que éramos alguna clase de pareja. Insisto porque creo que es clave. Una sobreentiende algo que en realidad nunca se llega a formular abiertamente, oculto por capas de frases confusas, bromas, halagos, golpes bajos, amenazas encubiertas. Es urgente habituar a los niños a un lenguaje llano y sin dobles sentidos para hablar de las cosas importantes. Lo siento por Papá Noel, pero es urgente dejar de mentirles. No soy ingenua: sé que el lenguaje está construido sobre metáforas y alusiones. Sé que el malentendido es fundante de la cultura. Es precisamente por eso que insisto en que, en la crianza, al acompañar a los niños, niñas y adolescentes en su progresivo manejo de la realidad, hay que reducir esta confusión al mínimo, habilitándola en el espacio protegido del juego y la poesía.

54. En cualquier momento en que yo estuviera hablando, él me interrumpía para que yo desanduviera todos los argumentos que se habían dicho. Con frecuencia, el resultado del ejercicio era poner en evidencia que yo había "desviado" el curso original de la conversación para hablar de otra cosa. Además, esa práctica me producía un estado de alerta exagerado con respecto a mis propios pensamientos y un control también exagerado sobre lo que decía y lo que no.

Desde hace muchos años, sé que las prácticas de meditación tal como se proponían en la Fundación me provocaban un estado de ansiedad intenso, asociado a un malestar igualmente intenso: una especie de hipersensibilidad respecto de los contenidos mentales que, sumada a una moral estricta en contra del deseo y los movimientos psíquicos en general, producía una autopercepción muy negativa, muy sufriente. Eso era así con casi todos los discípulos que se tomaban en serio las enseñanzas de la Fundación y realizaban cotidianamente las meditaciones. Comprendí a posteriori por qué la gente, después de pasar una semana entera de retiro en Federico, volvía diciendo que no podía tolerar una reunión familiar o una conversación en el trabajo, o que le perturbaban los ruidos. No era solo esnobismo espiritual. Las prácticas tenían un efecto sobre el psiquismo, o quizás directamente sobre el cerebro. Un efecto de debilitamiento para lidiar con la vida social.

De esto me di cuenta al poco tiempo de librarme del cautiverio de la Fundación y me sirvió en gran medida para abandonar cuanto antes todas esas prácticas que podrían haber terminado desequilibrándome muchísimo más de lo que ya estaba, o impidiéndome romper la jaula invisible del aislamiento, porque –voy a insistir– ciertas prácticas de meditación generan una debilidad mental tan grande (obviamente, quienes las enseñan dirían que es una *fortaleza*), que se hace intolerable participar de conversaciones más o menos banales, cuya función es preservar los lazos sociales, o permanecer en lugares donde hay cierto nivel de ruido ambiente, como un bar o una fiesta. El rechazo a participar de actividades mundanas no se funda solamente en el prejuicio moral o la pacatería: también se generan condiciones subjetivas para que determinados ámbitos resulten territorios imposibles de habitar.

Como decía, de esto me di cuenta al salir de aquel infierno. Lo que comprendí hace relativamente poco es un plus, que se relaciona específicamente con el abuso: Marcos necesitaba asegurarse de que había ciertas cosas que yo no iba a decir delante de ciertas personas ni por error. Como si se hubiera dedicado a entrenarme específicamente para que nada escapara al muro de la clandestinidad.

IX

La Madre había creado una escuela de homeopatía, que funcionaba en la sede central. Uno de los directores era un médico que ella había traído no se sabía de dónde. Se supuso que era su médico personal, alguien con quien ella habría sentido la suficiente confianza y afinidad como para nombrarlo director de una escuela, sin que el hombre hubiera pasado siquiera por un curso de aspirantes. La cuestión fue que de pronto este señor se hizo popular en la Fundación: se convirtió en una especie de moda que miembros y profesores le pidieran un turno para atenderse en su consultorio privado.

Yo hice lo mismo. ¿Qué dolencia sufría? No lo tenía claro. Un malestar difuso y constante que cada tanto me llevaba a esos ataques de nervios de los que hablé, la sensación de que había algo malo en mi forma de comer, un hambre constante que yo sentía que no podía controlar, una supuesta tendencia a engordar o una sensación de que mi cuerpo era algo gigante y torpe, una sensación de debilidad y cansancio semipermanentes. Supongo que podía llegar a referir cosas como esas.

El consultorio quedaba en la zona de Corrientes y Callao. Fui sola. El doctor era un hombre de unos cincuentilargos. Era pelado, atildado, regordete e introvertido. Me hizo pasar y procedió a hacerme preguntas, como es habitual en las consultas

homeopáticas. Alentada por la rareza y la especificidad de lo que se me preguntaba, le dije que estaba preocupada porque sentía *nostalgia de un pasado que no había vivido*. Me refería específicamente a esto: Marcos me llevaba a caminar interminablemente por Corrientes y otros lugares que había frecuentado de chico, y hablaba sin fin de su adolescencia, de sus novias, de sus amantes, de las aventuras con sus amigos, desplegando su frustración porque ya Corrientes no fuera lo que había sido, ni su vida tampoco. Quejándose. Lamentándose enfrente de mí. Monologando sobre la tristeza de su vida y sobre cómo Shiva le había quitado todo para que él pudiera ser su devoto y entregarse a la conciencia de Dios. Era deprimente. Yo sentía que, a mis dieciséis años, estaba sobrecargada de antemano con un sentimiento de pérdida y frustración que no me pertenecía.

No sé si le expliqué todo esto sobre Marcos al doctor, pero pude haberlo hecho. No hace falta decir que era muy confiada con las figuras de autoridad. El hombre no me respondió nada. También me acuerdo de haberle contado, preocupada, que tenía permanentemente ganas de hacer pis. Él me preguntó si también me sucedía durante las horas de sueño. Como le dije que no, me respondió que me despreocupara, que no había una causa orgánica, que era algo psicológico. A continuación, después de recetarme los globulitos, me dijo que me iba a hacer unos masajes. Me indicó desvestirme hasta quedar en ropa interior en su presencia, sin biombo ni nada, y acostarme boca abajo en su camilla. Me abrió el corpiño y comenzó a tocarme todo el cuerpo lentamente. Yo me sentí terriblemente mal y me lo aguanté, pensando que era el médico de confianza de la Madre, a la que él llamaba por su nombre de pila, gesto de confianza que no se permitía nadie más con ella. Cuando llegó a la cola, me dijo que necesitaba masajearme el coxis, y metió su mano entre mis glúteos, manoseándome con mucha intensidad. Después de eso, me hizo vestirme y me despidió.

Yo salí del consultorio muy confundida. No había entendido lo de los masajes. Ni siquiera sabía que formaban parte del tratamiento. No alcancé a pensar en nada. Tampoco lo comenté con

nadie, sintiéndome cada vez más humillada, desprotegida y estúpida a medida que pasaban los días. El fin de semana, cuando fui a Federico, se lo conté a Marcos para saber qué le parecía a él. Marcos empezó a reírse diciendo que ese doctor era un vivo, que no le extrañaba para nada, que por algo Lucio –que siempre inventaba apodos– le decía *Dr. Cópula*. Sentí tanta vergüenza que sepulté este recuerdo lo más hondo que pude. A pesar de que me compré unos globulitos homeopáticos en una farmacia, no volví nunca más a ese consultorio. De todas maneras, tampoco tenía ninguna enfermedad de la que curarme. Ninguna que yo fuera capaz de nombrar.

X

Hay algunos recuerdos que no logro datar con precisión. Por eso aparecen algo descolgados. Nítidos, pero aislados. Este es uno de ellos: hablo por teléfono con Marcos porque conseguí autorización para que venga a la casa de mis padres, en Villa Luro, de tarde. Él me pide que me asegure de que ellos no van a estar. Le digo que no se preocupe, que voy a preparar mi habitación para recibirlo. Él me dice que no hace falta, que está acostumbrado al desorden. Yo le digo que no es por el desorden, que tengo un estante con peluches que colecciono desde los diez años. Riéndose, me dice que saque todo eso. Qué conversación extraña.

La secuencia continúa así: estamos solos en la casa y subimos a mi habitación, que, aunque no tenga peluches, tiene las paredes del mismo color rosa con que la pintaron cuando yo tenía siete años. Mis cosas del colegio están por todas partes. Aunque monté un altar a Shiva, en la biblioteca todavía están mis álbumes de *stickers* y sellitos, por no hablar de lo que hay adentro del *placard*, donde los peluches se amontonan con otros juguetes. En esa habitación, él me tiende boca arriba sobre la cama, me desnuda y, vestido, me lame la vulva. Yo tengo los ojos abiertos, fijos en el techo. No puedo creer lo que está pasando. No me lo esperaba. No sabía que la gente grande hacía esto. Me parece de una repugnancia inverosímil. O sea, no me duele. Eso pienso: que no me duele. Yo no pienso

hacerle lo mismo a él. De ninguna manera. Que se olvide. Esto pienso así, con estas palabras, mientras siento sus lengüetazos e intento relajarme, parecer natural, pasar el momento.

Algunas semanas después, en enero de 1999, volví a anotarme primera en la lista para participar del retiro internado de enero en Federico. Una tarde, al llegar el horario del trabajo, Marcos me asignó a mí limpiar las cloacas con una botella de plástico cortada a la mitad por toda herramienta. La cámara séptica se había desbordado. Unas canaletas se habían llenado de una pasta blancomarronverduzca con olor a lo que era: caca podrida. Yo tenía que destapar esas canaletas cavadas en la tierra hundiendo mi mano en ellas, munida únicamente de ese pedazo de botella cortada.

Cuando me explicó lo que debía hacer, sentí una estupefacción, una especie de vuelco del corazón. El asco tiene un efecto particular sobre el cuerpo y sobre el psiquismo, y desempeña una función protectora. Después de asignarme esa tarea delante de otras personas con total naturalidad, se me acercó y me dijo al oído, lascivamente, que me había dado ese trabajo a mí porque me amaba más que a los demás, y que una devota de Shiva tenía que vencer el asco. Yo puse la mente en Dios e hice lo que me había mandado.

Poco después, sucede esto: estamos en Federico, es el atardecer, hay gente organizándose en la zona de la cocina para volverse a la capital. Marcos me dice de ir a los eucaliptus, en el fondo, a unos cincuenta metros como mucho de donde está la gente. Se sienta en posición de loto sobre el pasto y me hace recostar junto a él, apoyando mi cabeza sobre sus piernas. Empieza a cantar o meditar o algo así, mirando el horizonte. Mientras me acaricia el cuerpo con una mano, con la otra saca su pene y lo introduce en mi boca. Yo cierro los ojos e intento creer que él maneja la situación, que la tiene bajo control, que nadie está viéndome hacer eso. Intento convencerme, aunque estamos al aire libre y escucho las voces de las personas saludándose. Es todo lo que recuerdo. Lamentablemente, es una escena inaugural.

XI

Al volver a clases, en marzo o abril de 1999, en cuarto año, ya no me sentaba con Clara. Resulta que, en primer año, me había tocado azarosamente sentarme con ella y nos habíamos hecho muy amigas. En segundo y tercero nos habíamos sentado juntas sin que fuera motivo de una conversación. Se puede decir que éramos mejores amigas.

Sin embargo, al llegar a cuarto, Clara me avisó que no se iba a volver a sentar conmigo. Fue un golpe para mí. Incómoda, argumentó algo así como que tres años ya era suficiente, que era momento de cambiar. Yo sentía que lo decía como si no tuviera la importancia que sí tenía. A mí no me quedaba más remedio que aceptarlo sin entender y eso hice, sin darle lugar al dolor que me provocaba. Quedé en *shock*. Y para variar, únicamente lo comenté con Marcos, que se remitió a su adolescencia, a la pérdida, al destino de los devotos de Shiva, y terminó diciéndome que lo que pasaba en el colegio eran cosas del mundo. No podía ser importante.

¿Qué había pasado? Como no podía ser de otra manera, yo a Clara le había hablado sin fin de la Fundación, de Federico, de los templos, de Dios en el Corazón y de todo lo que a mí me ocupaba los pensamientos y los sentimientos. Sobre eso leía, pensaba, escribía, deliraba. Mis dibujos en los márgenes de las hojas de

carpeta eran retratos de Shiva y mantras en devanagari. Clara y yo solíamos estudiar juntas, hasta habíamos inventado un rap para memorizar las declinaciones del latín. Yo iba a su casa, en Almagro, y ella venía a la mía -menos veces, porque mi casa quedaba muy lejos–. Yo había compartido con ella lo que me había sucedido con Marcos, desde el principio. Y en algún momento, a lo largo de nuestro tercer año, entre los quince y los dieciséis, ella había venido a mi filial. Fue una vez que la Madre iba a dar una conferencia en la filial, un evento que se consideraba muy especial. Ella vino y se quedó un rato. Yo no sabía que le había tenido que ocultar esto a su mamá, porque para mí era prácticamente un evento familiar, el lugar más seguro y benéfico que yo podía concebir. No me daba cuenta de que, para todas las demás personas, se trataba de algo extraño, que podía incluso seducir con el olor de lo prohibido.

No me acuerdo de cuándo exactamente me enteré de esto: su mamá le había encontrado unos textos, unas fotocopias de la Madre Teresa, donde decía que había que *amar hasta que doliera.* Clara le contó lo que pasaba. Le habrá hablado de Marcos, o su mamá se lo habrá olido. La cuestión fue que su mamá logró alertarla respecto de lo que sucedía, prohibiéndole tener contacto con la Fundación, para lo cual debía dejar de tener contacto con mi familia, dejar de venir a mi casa, cultivar otras amistades. Yo no pude procesar ese corte, así que seguí adelante como si no hubiera pasado nada.(55)

Unos meses después de comenzado cuarto año, a principios de julio, cumplí los diecisiete. Esto me llama la atención: organicé un festejo con mis compañeros y compañeras. Iríamos un sábado al terrenito que mis padres tenían en General Rodríguez, una casita hecha a pulmón por mi papá con algunos árboles y una parrilla, donde podríamos hacer hamburguesas. La mayoría de mis compañeros y compañeras pertenecían a familias más adineradas o más elegantes que la mía. La casita de Rodríguez era pobretona comparada con los *countries* y clubes a los que estaban acostumbrados ellos. A mí me daba un poco de vergüenza. Sin embargo, todos los chicos y chicas que invité vinieron a mi casa en Villa Luro, casi todos por primera vez, bien temprano, comentando

que ni siquiera sabían que había un barrio con ese nombre. Desde ahí viajamos a Rodríguez en una combi que habían alquilado mis papás.

Charlamos, hicimos juegos, escuchamos música, comimos hamburguesas y torta. Yo, vestida con un buzo viejo puesto del revés, feliz de que los chicos y chicas de mi colegio estuvieran en mi casa, festejando mi cumpleaños. Laura, la compañera que estaba empezando a ser mi nueva amiga, me regaló un casete grabado de Silvio Rodríguez. Las demás se habían organizado para comprarme un disco original de Los Beatles que venía con caja y librito. Un compañero que era muy formal me trajo una chalina preciosa, en tonos de azul, y me dijo que la había elegido su mamá para mí. Fui muy feliz ese día.

¿Dónde estaba el supuesto novio, digo yo? ¿Qué me preguntaron, qué contesté, qué se decía, que se ocultaba? No logro reconstruirlo. Cuando volví a encontrarme con Marcos, el fin de semana siguiente, me regaló una estatuilla de Saraswati, la diosa hindú de la música y la poesía, que había pintado él mismo. Algo es seguro: el recuerdo de ese festejo de cumpleaños con mis compañeros y compañeras está recortado en mi memoria como una burbuja, aislado de todo lo demás, como una postal de lo que podría haber sido mi adolescencia.

---

55. El súbito distanciamiento con mi amiga Clara, causado por la pertenencia de mi familia a la Fundación, ya me había sucedido antes, con otra amiga. Escribí este relato, lo corregí una vez completo, y recién en la segunda corrección me percaté de esto (que, como los demás recuerdos, no estaba borrado sino aislado e inconexo): en el curso de ingreso del CNBA, me hice amiga de una compañera. Nos hicimos mejores amigas a lo largo de ese año, que era el último de la primaria. Ella entró al CNBA en el turno noche, así que nos veíamos poco, pero de todas maneras hablábamos por teléfono y seguíamos siendo muy amigas. Tanto, que cuando cumplió quince años, en su elegantísima fiesta me ubicó a su lado, en la mesa principal, y en la ceremonia de las velas me dedicó la anteúltima (la última era para el novio). Debo haberle contado sobre Marcos a ella también, al igual que a Clara, y también debo haberle hablado interminablemente de la Fundación, de Dios y del Camino. En algún momento de ese año, de nuestro segundo año, ella

inició un curso de aspirantes en la sede central. Me acuerdo de que tenía como profesor al director de la central. Durante algún tiempo me habló mucho de él. Ella había llegado a elegir un *Ishta Devata,* Krishna; lo recuerdo porque le regalé para su cumpleaños una tarjeta con la imagen de esa Forma Divina estampada en dorado. Lo siguiente que me acuerdo es que un día me preguntó, angustiada, si yo iba a seguir siendo su amiga si ella dejaba el curso. No sé qué le respondí. Ella dejó la Fundación al poco tiempo y no nos hablamos nunca más, ni volvimos a saber nada la una de la otra.

XII

Desde hace unos diez años, me resulta muy difícil ver películas o casi cualquier material audiovisual. Para disponerme a mirar una película tengo que conocer previamente el argumento y asegurarme de que no va a haber violencia explícita, en particular, torturas o violaciones. Hace poco recordé (mejor dicho, asocié) lo que voy a contar a continuación.

Es de noche. No sé por qué estoy sola en mi casa con Marcos, algo contradictorio con la moral imperante en la casa de mis padres. Quizás haya ocurrido algún imprevisto. Yo hice de comer. Preparé alguna de las pocas recetas que me sé, unos fideos a la boloñesa, probablemente. Intento complacerlo en todo. Él come riéndose de mí por los supuestos defectos en la preparación, que atribuye a mi inexperiencia, a mi edad. Entonces sucede lo siguiente.

Marcos saca una película en videocasete. Me indica ponerla en la videocasetera y apagar las luces. Estamos sentados, uno junto al otro, en la cocina, mirando la película que él eligió para ver conmigo. La historia transcurre en Nueva Zelanda: familias obreras con problemas de alcoholismo. Maridos violentos que golpean a las mujeres, revoleándolas de los pelos contra las paredes. Una hija de trece o catorce años que se va a dormir en medio de una fiesta de los adultos. Un hombre que sube a la habitación de la niña y la

viola mientras los mayores siguen emborrachándose en el *living*.

Me levanto de la silla, sin soportar más. Sin animarme a decir nada. Sin que se me cruce siquiera por la cabeza la posibilidad de apagar el televisor. Se supone que tengo que soportar eso, es algo así como parte de mi entrenamiento espiritual y también de mi maduración como mujer. Marcos permanece impávido, como si me ignorara por completo. Incapaz de seguir mirando la pantalla, enciendo la luz de tubo sobre la bacha de la cocina y me pongo a lavar los platos, mientras él sigue mirando la película en la que sigue pasando esto, que ahora veo de reojo: la niña amanece colgada en el jardín de la casa, por suicidio.

XIII

Por esa época, a un año de haber ido al consultorio del homeópata, hice una consulta con una médica macrobiótica. El dato también circulaba por la Fundación.(56) Yo fui, llevando el mismo malestar del año anterior, que fundamentalmente era angustia alrededor del simple hecho de comer. Y algo más: una incomodidad y rechazo radical hacia mi propio cuerpo. Insensible a cualquiera de estas señales, la médica no me miró, apenas me escuchó y me indicó una dieta estricta y estrambótica. Me fui del consultorio renovando mi juramento interior de fortalecer mi voluntad para obedecer a la doctora en todo, ilusionada con sentirme mejor.

Ese fin de semana, cuando le mostré a Marcos el papel con las instrucciones que me había dado la médica, él me dijo que le parecía excelente, que era la disciplina que yo necesitaba. Me acompañó a la dietética de la avenida Entre Ríos a buscar los extraños productos que me había indicado y, mientras yo tostaba semillas y hervía cereales, él se fue a comprar unas facturas que devoró adelante mío, como solía hacer, hablándome de mi cuerpo como si fuera una bolsa de papas. Me acuerdo de una vez que intenté levantarme de un colchón que había en el suelo y me tropecé: *Ahí está la gacela* –me había dicho él, burlándose de mí. Después, repetía ese chiste siempre que podía.

A la semana de intentar seguir al pie de la letra esa dieta

dificilísima –por supuesto, salteándome la mayor parte de las comidas: la médica había ponderado el valor curativo del ayuno–, una mañana, en Federico, me sentí sobrepasada y dije que iba a tomarme un mate común y corriente y comerme un pan, que no quería tostar semillas ni hervir arroz ni nada de todo eso. Marcos me dijo, con sumo desprecio, que con esa pereza y esa flojera no iba a lograr nunca nada, que cómo pretendía considerarme una discípula espiritual si no podía ni siquiera seguir una dieta por una semana. Me acuerdo de mis ganas de llorar y de no existir, de quedarme paralizada sin poder ya ni comer el pan, ni hervir el arroz.

Esa noche tuve fiebre. Yo, que nunca me enfermaba, amanecí al día siguiente con alta temperatura y vómitos. Ya de vuelta en mi casa, llamé a la médica: me dijo que todo eso era normal y saludable, que me estaba desintoxicando. No pude ir al colegio en toda la semana, y como no se podía faltar cinco días seguidos sin un justificativo médico, Marcos se lo pidió a su papá el sábado siguiente, cuando lo visitamos en su casa. El papá anotó en una de sus recetas este diagnóstico, inolvidable: *astenia psicomotriz*. Riéndose y suspirando, me justificó los cinco días sin clases.

---

56. Si bien el corazón de la doctrina de la Fundación no tenía nada que ver con cuestiones alimentarias, hacía varios años que la manera de sobrevivir económicamente de la institución eran las prácticas de Hatha Yoga. A raíz de esto, circulaban por la Escuela, tanto por las filiales como por Federico, grupos de personas vestidas de blanco (era el uniforme para hacer yoga), que en lugar de interesarse por el Ideal conversaban sobre alimentación y *pranayamas*. Se lo consideraba un mal menor.

XIV

En septiembre u octubre de 1999, la mayor parte de los estudiantes de cuarto año nos fuimos de viaje de estudios a Tilcara, en la Quebrada de Humahuaca. Como en mi colegio no había tutorías ni ninguna comunicación entre el colegio y la familia, no sé muy bien cómo fue llegando a los padres y madres la información de que haríamos un viaje educativo a Jujuy, que ellos debían costear. De algún modo sucedió, porque de hecho los padres fueron convocados a una reunión explicativa con quien sería el coordinador del viaje, un supuesto antropólogo.(57)

Durante ese viaje yo sufrí abuso sexual por parte del supuesto antropólogo a cargo. La cosa no pasó de un abuso simple y puntual. La cuestión fue que este coordinador continuó realizando estos viajes de estudios con alumnas y alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires durante veinte años, cobrándose otras víctimas. Una de ellas, una exalumna diez años menor que yo, radicó una denuncia en Jujuy y otra en Buenos Aires, hacia octubre de 2018. En abril de 2019 salió en *Página/12* una noticia al respecto. Después de sufrir en silencio las consecuencias del abuso hasta ver en riesgo su propia vida, esta exalumna realizó una investigación por su cuenta y, con un coraje y una lucidez admirables, emprendió la vía legal para buscar una reparación, con la esperanza de impedir que este hombre siga disponiendo de la vida de más personas a su

antojo. En el diario se convocaba a otras víctimas para contribuir con testimonios al debido proceso judicial.

Cuando leí la nota en el diario, no tuve dudas: iba a declarar en solidaridad con esa chica. Pero cuando empecé a pensar concretamente en llamarla, se me hizo un nudo en el estómago. Se me vino encima una sensación de pesadez, tristeza y oscuridad fuera de lo común, que no se me iba. Y no lograba reunir fuerzas para ponerme en contacto con ella. Gracias a mis amigas, pude empezar a poner en palabras lo que me pasaba: el recuerdo del abuso que sufrí en Tilcara, que en mi caso no había llegado tan lejos como le había sucedido a esta chica, me había disparado a mí otros recuerdos, unos que no estaba pudiendo manejar. Unos que, si bien siempre habían estado ahí, nunca había mirado bajo la luz que los enfocaba ahora. Tirando de ese hilo, empecé a desenterrar el relato que finalmente estoy pudiendo reconstruir en este libro.

La Quebrada de Humahuaca era un lugar impresionante, paisajística y culturalmente. El coordinador se empeñó desde el principio en que conectáramos con la mística andina, presentándose a sí mismo como un experto, o directamente como una especie de chamán. Yo era un blanco fácil para este personaje, no solo por estar sugestionada en cuanto a la mística en general, sino sobre todo por la vulnerable situación en la que me encontraba: a pesar de mi apariencia de adolescente desenvuelta, a pesar de que en algunos sentidos me comportaba como una adulta emulando a los adultos que me rodeaban, tenía mi desarrollo psicosexual congelado por el abuso y bloqueada la capacidad de defenderme. El coordinador (como antes el homeópata) lo detectó rápidamente.

Como decía: al volver de Tilcara, yo estaba sumamente confundida por lo que había sucedido durante el viaje. Me sentía culpable. A la única persona a la que yo le conté, o al menos le di a entender lo que el coordinador me había hecho, fue a Marcos. No se lo dije ni siquiera a una compañera del colegio. En realidad, ni siquiera hizo falta que yo dijera mucho. Estaba tan perturbada cuando llegué a Federico el fin de semana siguiente de mi regreso de Tilcara, que Marcos me trató con cinismo y con desprecio desde

el principio, presionándome con ironías para que le dijera lo que había sucedido durante el viaje.

Él solía ejercer ese tipo de presión cuando yo iba a algún cumpleaños o alguna reunión con chicos de mi edad,(58) mostrándose distante y despectivo, dando a entender que yo había tenido algún coqueteo con algún chico, mientras él se quedaba meditando en Shiva, sacrificado y austero. Como eso nunca era cierto, como yo –descontando aquel atormentado viaje a Junín– no me fijaba en nadie las pocas veces que pasaba un rato con chicos de mi edad, porque estaba obsesionada con él y con la vida espiritual, horrorizada de cualquier impulso mundano que pudiera venir de mi interior y, además, escenificando permanentemente un desprecio impostado respecto de la frivolidad entre los adolescentes, simplemente soportaba ese maltrato de Marcos como tantos otros, esperando que se le pasara. Esta vez fue diferente, porque yo sentía que sí había sucedido algo malo. Y aunque había logrado ponerme a salvo, me sentía horriblemente sucia, culpable y confundida.

No creo haberle contado a Marcos detalles de la situación por la que había pasado, pero di a entender algo que hizo que él montara en cólera. Me acuerdo de cómo le brillaron los ojos de odio cuando me dijo, mirando el vacío con esa semisonrisa cruel que yo ya le conocía, como si hiciera una complicidad invisible con el otro: “Ese tipo se debe trincar a unas cuantas por viaje”. Como si lo envidiara. Imposible olvidar esa palabra: “trincar”. Acabo de buscarla en el diccionario: *partir o desmenuzar en trozos una cosa*.

Ese fin de semana los templos estaban desiertos. La mayoría de los residentes se habían ido a la capital y no había retiros. Tratándome con una dureza y un desprecio por encima de lo habitual, Marcos me dijo que él iba a dedicarse a meditar el resto del día, que yo podía hacer lo que quisiera, y se fue al Templo Mayor. Temblando, tan humillada que no sabía ni qué decir, lo seguí. Como despechado, él entró al Templo y se sentó contra una de las paredes, en un rincón. Yo me senté a su lado. Monologaba, como de costumbre, dirigiéndose a Dios en mi presencia, diciéndole que ya sabía que el mundo no era confiable, que siempre lo iba a

traicionar, que lo único que se podía hacer era dejarse pisotear el ego y entregarse a Él, que nunca debía haberse dejado tentar por una jovencita miserable que no sabía nada de la vida.

En un momento, se interrumpió, me miró y me preguntó si no le veía los atributos. Yo lo miré y me pareció ver una especie de luminiscencia en su cabeza. Era algo que me pasaba a veces en Federico, sobre todo a la noche. Recorría los templos iluminados por intensos reflectores y a veces, de lejos, me parecía que las estatuas blancas agitaban los brazos o bailaban. También me parecía ver auras de luz alrededor de quienes dirigían las meditaciones. Cuando se lo comentaba a Marcos, él lo celebraba, alentándome a creer que eran visiones sobrenaturales, espirituales.

Le dije que le veía una luna, como la que tiene Shiva en su cabeza. Él sonrió apenas y me dijo que también tenía un collar de cabezas cortadas. Me preguntó si no le veía eso también. No sé qué le contesté. Entonces, achinó los ojos, me miró fijo y me dijo que me había *chupado un pepe* del altiplano. *Pepes* les decían los residentes de Federico a fantasmas o criaturas del submundo, seres malignos, también llamados *elementales* en cierta jerga esotérica que no circulaba abiertamente en la Escuela, sino solo entre los que decían conocer ese otro costado de la Madre y su pasado, como portadora de poderes ocultos. *Chuparte un pepe* quería decir que una especie de demonio se te había metido en el cuerpo. Obviamente, había un componente racista en esta afirmación, que le asignaba un carácter maligno a la espiritualidad autóctona de Jujuy, en consonancia con la *teoría de las siete razas* de la que Marcos ya me había hablado. Pero yo era incapaz de evaluar críticamente nada.

Me asusté muchísimo. Me asaltó la imagen de algo que había sucedido durante el viaje: el supuesto antropólogo nos había llevado a un descampado en plena noche, nos había contado historias sobre el diablo y, cuando estábamos todos sugestionados, había hecho meter una cabeza ensangrentada del animal que habíamos comido para la cena, clavada en un palo, adentro de la ronda. Yo había agarrado esa cabeza con mis manos, para arrojarla lejos mientras mis compañeros huían despavoridos en la oscuridad, a los gritos,

entre las risotadas siniestras del coordinador. Por un segundo, al sentir el contacto caliente de ese cuerpo recientemente muerto, había tenido la sensación de que algo me subía por los brazos, una electricidad. Cuando Marcos me dijo que me había *chupado un pepe* me volvió esa sensación inmunda y le pregunté, llorando de los nervios, si veía una cabeza de chivo. Él sonrió complacido y me dijo que sí, exactamente. Que era eso lo que veía superpuesto a mi cara. Pero que no me preocupara. Aunque yo no me lo merecía, él me iba a purificar.

Me condujo hacia una de las galerías exteriores del Templo Mayor, un pedacito de pasto que se forma cerca del muro, en un ángulo, que no era claramente visible desde el resto del predio. Me hizo tender boca arriba en el pasto, con los brazos y las piernas abiertas. Dijo que la tierra iba a absorber el bicho. Mientras repetía unos mantras, llenó unos baldes con agua y me los fue vaciando arriba del cuerpo. Me indicó ponerme boca abajo y también me vació baldes de agua encima, mientras yo lloraba de terror y de humillación. Con una actitud horrenda hacía mí, como si yo estuviera infectada con algo que le diera repugnancia, me dijo que tendría que quedarme el resto del día en los templos si quería que el coso ese me dejara en paz. Me dijo que cuando volviera a mi casa, tenía que quemar o destruir cualquier objeto que hubiera traído del viaje. Y se fue.

No sé cómo me fui de Federico ese día. Debo haber vuelto acompañada de alguien que iba a la capital, porque no tenía autorización para volver sola. Cuando llegué a mi casa, ya de noche, no había nadie de mi familia. Agarré los *souvenirs* que había comprado en mi viaje y los metí en una bolsa, dispuesta a deshacerme de ellos. En particular, me acuerdo de una estatuilla de arcilla, que me había encantado: era una mujer andina amamantando un bebé. Me habían dicho que representaba a la Pachamama. Agarré un martillo del taller de mi papá. Arrodillada en el suelo, llorando a mares, destrocé la estatuilla, hasta que solamente quedó polvo.

Durante un tiempo, Marcos se dedicó a despreciarme e

ignorarme. No volvió a la capital, y si yo iba a Federico, no me dirigía la palabra y me entregaba poemas y cartas donde me hablaba de mi miseria y de su sufrimiento, por mi culpa, por mi infidelidad, por mi impureza. Tan devastada quedé después de eso, tan sumida en la desesperación, que un día me levanté para ir al colegio como siempre, pero en lugar de tomar el tren rumbo al centro lo tomé para el otro lado y me fui a Federico. Nunca había ido un día de semana, mucho menos sin pedirle permiso a nadie. Fue un gesto osado, movido por la desesperación que me carcomía. Al bajar del tren tomé otro colectivo y, en el medio de la ruta, me subí a un remís, indicándole al chofer cómo llegar a *la quinta de los sahumerios*, que era como conocían a Federico en el pueblo. Pasadas las ocho de la mañana, estaba tocando la puerta de la habitación de Marcos quien, por supuesto, dormía. Llevaba unas facturas que había comprado para él en el camino. Cuando me vio entrar, sonrió. Y aceptó mis declaraciones de arrepentimiento y juramentos de amor, magnánimo.

A mí misma, me juré y me recontrajuré que nunca más, con ninguna excusa, iba a permitirme ningún tipo de desvío de la atención exclusiva que yo le debía a Marcos. Además, era por los agujeros de mi lascivia descontrolada, según me había dicho él, por donde se me había metido aquel demonio en el cuerpo. No podía volver a pasar por una cosa tan horrorosa como la que había vivido todos esos días. Nunca jamás, por nada del mundo.

---

57. Aunque en el CNBA no teníamos antropología como materia, se suponía que las experiencias del viaje de estudios a Tilcara formaban parte de nuestra formación como bachilleres. Me pregunto si se habrán presentado planificaciones de las actividades por realizar. Quién las habrá firmado. Bajo qué supervisión pedagógica. No tengo respuestas para estas preguntas. Sí puedo dar testimonio de que no hubo ninguna instancia de aprendizaje previa al viaje ni ninguna posterior, desde ningún espacio curricular, que retomara lo supuestamente estudiado en el viaje de estudios. Tampoco recuerdo que ningún profesor ni profesora, ni ningún representante pedagógico del colegio acompañara a los alumnos y alumnas de cuarto año a ese viaje en pleno ciclo lectivo, para realizar el cual teníamos justificadas las faltas de toda una semana.

58. Entre mi segundo y mi tercer año de secundaria me invitaron a unos cuantos cumpleaños de quince y barmitzvás. Yo iba, pero pedía que me pasaran a buscar a la medianoche para poder ir a Pedagogos al día siguiente, o a Federico con algún contingente que saliera para allá. Los cumpleaños y fiestas empezaban cerca de las diez y terminaban cerca de las seis de la mañana. Me perdía toda la fiesta. Una vez (supongo que sería un sábado) me acuerdo de que volví de Federico cerca de las siete de la tarde. No había previsto lo que me iba a poner para ir a la fiesta de una compañera, que me había invitado a sus quince. La sola idea de tener que vestirme, peinarme, mirarme en el espejo… se me hacía intolerable. Y la idea de estar en el cumpleaños en el que servirían comida que yo intentaría no comer, y habría chicas y chicos disfrutando de cosas de las que yo me tenía que mantener apartada, *estando allí como si no estuviera*, se me hizo inabordable, también. Me acuerdo de resolver, angustiadísima, que no iba a ir. La sensación fue de derrota, un alivio de darme por vencida, que me dejó con un sentimiento de culpa rarísimo, indescifrable. El lunes, en el colegio, noté que algunas compañeras estaban distantes conmigo, como enojadas. Una de ellas me dijo, con franqueza, que debería haber avisado con anticipación si no iba a ir al cumpleaños, que cada cubierto costaba mucho dinero y que la cumpleañera podría haber invitado a otra persona. Tenía razón, por supuesto. Fue horrible.

XV

Debe haber sido el fin de semana siguiente, o poco más. Otra vez, Federico estaba casi vacío. Yo caminaba por los templos. Me dirigía a la puerta verde que conducía al sector de la cocina, cuando escuché la voz de la Madre llamarme por mi nombre. Me di vuelta y ahí estaba: sentada en un banco en la galería externa del Templo Mayor, en el rincón medio escondido que se forma cerca del muro de la madreselva. Tenía puesto uno de esos batones floreados con los que se vestía cuando estaba de entrecasa. Me acerqué rápido, sorprendida y nerviosa. Con un gesto de la mano, le indicó a la discípula que estaba a su lado (una mujer consagrada a su servicio personal que la seguía siempre, tipo lacayo) que se retirara. La discípula saltó como un resorte y se escabulló.

La Madre me hizo sentar junto a ella. Sonriente y apacible, me dijo que se había enterado de que yo había estado de viaje por el Norte. Por si no quedó claro, la Madre era muy intimidante. Estar a solas con ella, entre los templos, era algo que no sucedía todos los días (encima, con ella vestida de esa manera, señal de intimidad). Un momento a solas con el Gurú. Algo a lo que solo accedían los dirigentes de mayor rango, los discípulos directos. Algo que podía llegar a justificar la ausencia en cualquier otra tarea, incluso la ausencia a clase.

Le contesté que sí, que había estado en Tilcara, que la Quebrada

de Humahuaca era el lugar más hermoso que había visto. Ella me dijo que se acordaba muy bien de Tilcara. Que había estado ahí de joven con un revólver a cada lado del cinturón. Y empezó a reírse fuerte, mirando el aire, como si recordara cosas. Uno de los ejes doctrinales de la Fundación era erradicar la violencia. Eso pensé, pero por supuesto no lo dije. A esa altura, tenía claro que la doctrina tenía distintos niveles, que una cosa era lo que se decía a los novatos y otra lo que circulaba entre los elegidos. Atiné a preguntarle para qué eran los revólveres. Ella se me quedó mirando fijo, con ese gesto tan extraño que solía usar: la mirada fuera de foco y la sonrisa impostada. Pasados unos segundos, volvió a mirar el aire delante de sí, el muro de la madreselva, y dijo, suspirando, que *aquellos eran otros tiempos*.

Entonces me preguntó si yo tenía novio, si había algún chico del colegio del que estuviera enamorada. Una oleada de confusión me mareó. ¿Cómo que si tenía novio? ¿Acaso no había sido ella la que le había dicho a Marcos, antes de mis catorce años, que yo sería su novia? ¿No había sido ella la que nos había publicado dos libros gemelos de poesía, reuniéndonos en una vocación, en una tarea, en un destino? ¿No estaba al tanto de lo que hacía su hijo el anacoreta? ¿No había sido él quien le había contado que yo había ido a Tilcara? ¿Qué se suponía que hacía yo en Federico, cada fin de semana que Marcos no iba a la capital? ¿No me preguntaba ella, a veces, cuando la veía en alguna reunión de la sede central, por mi *peor-es-nada*, y todos los profesores sonreían porque sabían que se refería a Marcos? ¿Qué estaba pasando? Y además… Además. ¿Cómo podía suponer que yo estaba mirando a los chicos de mi edad, que podía enamorarme de alguno? ¿No sabía ella que yo no estaba en las frivolidades del mundo, que no iba a fiestas, ni a ver bandas, ni me maquillaba, ni me ocupaba de mi aspecto para nada, ni hablaba por MSN, ni siquiera entendía cómo funcionaba, ni compartía casi nada del mundo de los adolescentes, porque me esforzaba al máximo por seguir las enseñanzas espirituales, sus enseñanzas, y me la pasaba en la filial, estudiando y haciendo servicio entre personas adultas, o ahí en Federico, de retiro,

limpiando los templos, o haciéndole compañía a Marcos y meditando en Dios? ¿No lo sabía ella? ¿No le mandaba periódicamente los poemas devocionales que escribía? ¿Acaso no se me notaba?

Nada de esto pude decir. Unas lágrimas me empezaron a caer por las mejillas. Le dije que no, que no tenía ningún novio de mi edad y que yo quería dedicar mi vida a Dios, no tener una vida mundana. Ella me agarró la mano y me retó suavemente… Con voz letánica, mientras yo lloraba cada vez más, empezó a hablarme mirando los templos, a lo lejos. Me dijo que yo tenía que tener un novio de mi edad, y después otro y otro. Que yo no tenía *samskaras* (semillas kármicas) espirituales, que yo no era como mi hermanito que sí, que estaba hecho para la vida espiritual y que por eso vivía en Federico y se iba a quedar con ella muchos años. Que yo no. Que yo todavía tenía mucho que vivir en el mundo. Que tenía que ayudar a mi mamá.

Aunque lo decía con tono de voz edulcorado, lo que me estaba diciendo equivalía a firmarme un certificado de defunción espiritual. Era lo peor, lo más temido de todo. Y era nítidamente contrastante con todo lo que había dicho sobre mí hasta ese momento, en particular en público, donde incluso había llegado a decir, una vez que estábamos en la sede central, que subiera a su despacho y me sentara en su sillón para saber cómo se sentía, porque quizás fuera a ser mi lugar el día que ella no estuviera más.

Sintiendo que me costaba respirar, suplicante, le dije que yo quería ser como ella, que me dijera si yo iba a ser como ella, que me iba a esforzar todo lo que hiciera falta. Ella volvió a mirarme y me dijo: “Cuando usted sea viejita va a estar rodeada de nietitos”. Y me secó las lágrimas con sus dedos gordos, sonriendo. Después me dio un pañuelo de tela que guardaba en la manga y me dijo: “No se comparte, pero yo le voy a dar el mío”. Le pregunté por qué no se compartían los pañuelos y después de mirarme fijamente de nuevo, me contesto: “Porque son vehículo de esto, de lágrimas”. Y me dijo que fuera a lavarme la cara, que ya estaba bien de charlar con la abuelita.

¿Qué hacía yo con eso que la Madre me había dicho? Nada. Lo atesoraba como la palabra de un oráculo. Durante años cargué con esa predicción que atentaba contra todos mis esfuerzos y que, por lo demás, era bastante ambigua, ya que también ella estaba rodeada de *nietitos* (espirituales), como por ejemplo yo. Pero ella había querido decir otra cosa. Al ver a mi hermano, sentía que estábamos cada vez más lejos el uno del otro. Que él sí y yo no. Sentí que era injusto.

Con respecto a los revólveres, cuando se lo mencioné a Marcos, reaccionó riéndose y haciendo un comentario irónico que no entendí. A veces, él hablaba de la Madre con rencor… Como había hecho cuando me contó lo de la mamá de su hijo. Nunca terminé de entender la relación entre la Madre y él, en términos de afecto. Era algo que, para variar, también me confundía: una dimensión de la relación Maestro-discípulo, supuestamente tan sagrada, que se me hacía enigmática. ¿Podía ser que el Amor se pareciera tanto al odio? En rigor, la doctrina decía que sí. En el *Bhakti Yoga* (el camino hacia Dios a través del Amor) los grandes Amantes de Dios estaban tan bien encaminados como los grandes Odiadores de Dios, porque en ambos casos la mente quedaba fija en Él. Lo único que había que evitar, lo que era realmente peligroso, era la indiferencia y el olvido.

Fue por esa época que, una tarde, saliendo del colegio después de algún trabajo práctico de Física o Química, o de estudiar en la biblioteca, atravesé por casualidad el claustro central y vi que habían montado una exposición. El objeto más llamativo era un mural: una gigantografía de la foto anual de un curso de los años setenta, de ahí mismo, del colegio, sacada en las gradas del salón de música. Chicos y chicas con uniformes posaban con muecas casi infantiles, porque creo que era un primero o un segundo año. Sobre esa foto en blanco y negro, habían hecho marcas con crayones de colores: algunas caras estaban tachadas; de otras, salían flechas con algunos datos: país actual de residencia de la persona, negativa de contestar los llamados. Cosas así. Las caras que estaban tachadas eran chicos desaparecidos. Yo todavía no sabía exactamente lo que

significaba eso.

Algo sabía, vagamente. Pero cuando, al recorrer la exposición, me topé con una hoja de cuaderno escrita con letra infantil, donde una adolescente de catorce años le contaba a una amiga lo emocionada que se sentía por haber ido a hacer trabajo comunitario a una villa miseria, con expresiones de una casi niña, y debajo leí un cartel que explicaba que meses después de escrita la carta, habían secuestrado a la chica y permanecía desaparecida, se me clavó algo en el fondo de la conciencia que no se me fue nunca, nunca más. Eso sí que yo no lo sabía. Incluso estaba al tanto de las torturas, había escuchado retazos de cosas, aunque intentaba no pensar en eso. Pero esa muchachita era como yo, más chiquita que yo. Tenía los mismos años que yo cuando Marcos se entrometió en mi camino. No había explicación histórica, política ni religiosa capaz de incorporar esa carta en un relato que no fuera una pura, siniestra y catastrófica aberración.

Viajaba en el tren del Oeste rumbo a Federico con Marcos cuando le conté, preocupada, lo que había visto. Con la satisfacción de revelarme una verdad final, dijo esto: *Sí, hubo una guerra. Uno de los dos bandos perdió*. Lo dijo haciendo gala de que no le movía un pelo lo que yo había descubierto. Él disfrutaba revelándome con naturalidad cosas desagradables y desestabilizantes para mí, como las infidelidades de los profesores de la Escuela con sus propias discípulas, por ejemplo. Pero esto yo no lo acepté. Me acuerdo puntualmente, porque es posible que haya sido la primera vez. Retruqué. Insistí. Entonces él, suspirando con superioridad, con esa semisonrisita que ponía achinando los ojos para mirarme fijo: “En la guerra no hay límites”, dijo. Yo me quedé pensándolo. Disentir hubiera sido demasiado. Pero estoy segura de que en ese punto se originó una de mis primeras resistencias, uno de los primeros puntos duros donde podría hacer pie para saltar.

La confusión no era fácil de despejar. De toda la gente de la Fundación (autoridad ética en mi vida), la única persona que había dicho algo en contra de la dictadura era, precisamente, la mamá de Marcos. Me había contado que el día en que había visto los tanques

avanzando por Avenida de Mayo, con Marcos chiquito a su lado, se había largado a llorar. Y me había contado esta anécdota: cuando él ya estaba en la secundaria, un día ella encontró unos paquetitos entre sus cosas, una prensa revolucionaria debidamente envuelta que Marcos se había comprometido a repartir. Ella lo sentó a la mesa y le dijo esto: "*A mí me parece bien dar la vida por una causa y no te lo voy a impedir. Solo quiero asegurarme de que vos sepas que por hacer esto te pueden matar*". Marcos, que según él mismo me dijo se había unido al partido porque había chicas lindas, dejó de repartir los paquetitos.

La carta de aquella casi niña constituyó para mí, tantos años después y en circunstancias tan diferentes a aquellas en las que había sido escrita, un potente factor protector. Fue la primera vez que la materialidad del cuerpo, en su irresoluble paradoja de fragilidad y contundencia, se me presentó como algo cuyo valor en sí y para sí era imposible de disolver en los narcóticos tentáculos de ninguna ideología. En la gruesísima burbuja dentro de la cual estaba yo, abulonada por una violencia tan invisibilizada como sistemática, se había producido, por fin, una fisura.

XVI

En el año 2000, al comenzar quinto, empecé también el Colegio de Pedagogos, aprovechando que se abría una nueva promoción. El director ya no era Lucio sino Claudia, la guardiana de los sellos y sucesora de la fundadora, pero Marcos seguía en el plantel fijo de profesores. Historia de la Pedagogía era la materia que nos enseñaría. La exigencia seguía siendo altísima para mí, pero ahora contaba con mucho más entrenamiento que a los quince. En tercer año me había llevado Matemática a diciembre (la había aprobado estudiando como una demente en una academia) y, en general, las exactas –que en mi colegio se enseñaban a nivel de industrial– me fueron costando cada vez más, pero me las arreglaba para aprobar. En cambio, en las humanidades me destacaba. Las profesoras y profesores solían apreciarme por el interés con el que seguía las clases.

Cuando digo que la exigencia era altísima, me refiero a que el colegio continuaba demandándome una enorme dedicación diaria. Seguía saliendo de mi casa a las siete menos cuarto de la mañana y volviendo entre las dos y las cuatro de la tarde, con mucho para estudiar en casa. De hecho, a poco de empezar quinto año, decidí que dejaría Química para marzo y simplemente no le presté más atención. No iba a poder con todo y me organicé. Una decisión así hubiera sido imposible dos años antes. Al ver que me sacaba un uno

prueba tras prueba, el profesor de Química bajó de su tarima y me preguntó qué pasaba. Era la primera vez que trabajaba en el colegio, él mismo me lo contó, y se le notaba por ese gesto de interesarse por una estudiante desde un punto de vista humano, que los profesores de la casa, acostumbrados a nuestras estrategias de permanencia en un contexto salvaje, no solían tener. Yo me reí, le expliqué que iba a estudiar Letras y que simplemente había decidido postergar Química para marzo. El hombre se sorprendió, se tomó un momento para asimilar la idea y me dio la razón: me dijo que él enseñaba acá con el mismo nivel que en el industrial de Química (de ahí saqué el dato).(59)

En febrero de ese mismo año, mi mamá había abierto una filial de la Fundación en un barrio alejado del centro, cerca de nuestra casa. Yo, por supuesto, me fui con ella. Muchas tardes de aquel verano pasé con mi mamá rasqueteando pisos de pinotea, lijando, enduyendo, pintando, acarreando maderas viejas, ayudando con la reforma de lo que había sido un almacén barrial con vivienda. En la nueva filial asumí más responsabilidades, porque estaba todo por hacer. Casi todo teníamos que hacerlo mi mamá y yo, desde limpiar hasta diseñar los volantes. Yo me había encargado, por ejemplo, de la decoración, procurando que estuvieran representadas todas las tradiciones religiosas que formaban el Ideal. También me encargué de inaugurar una biblioteca, a la que puse de nombre “Amado Nervo”, el poeta modernista mexicano favorito de la Madre, que había escrito bastante poesía mística.

Desde el principio me sorprendí de que Marcos no se interesara por nuestra nueva filial, que no viniera a ayudarnos en las jornadas de trabajo. Yo tenía de él, sin fisuras aún, la representación que él mismo me había impuesto: alguien idealista y trabajador, capaz de hacer enormes esfuerzos por el Ideal, que si se pasaba la vida meditando en Federico adentro de su habitación, con el mate en la mano, era porque eso en el fondo era más sacrificado que estar reciclando un local para abrir una escuela. Yo estaba convencida (porque me lo decía siempre) de que él me amaba por mi tesón en el camino espiritual. Sin embargo, de la filial, que yo me había

puesto al hombro para amar a Dios y servir a la Humanidad, él intentó mantenerse lo más alejado que pudo, desde el principio. Aunque confusa y dolida, yo lo acepté. Como aceptaba todo.

Pocos meses después se inauguró otra filial, en un barrio céntrico, con Lucio como director, que abandonaba su residencia en Federico para abrir una escuela en la capital. Tampoco en este caso Marcos estuvo presente para lijar, pintar ni hacer ninguna clase de trabajo. Sin embargo, sí empezó a instalarse en el local cuando terminaba el horario de funcionamiento al público y, poco a poco, empezó a hacerse habitual que nos reuniéramos ahí. No solo era la nueva casa de su mejor amigo, sino que la vicedirectora era su querida Amanda. Fue hacia aquella época que yo empecé a conocer más de cerca a esta mujer, que supuestamente había estado tan enamorada de Marcos en el pasado.

Ahora pienso que quizás tenga relevancia aclarar esto: Lucio me había dado a entender que había estado enamorado de Marcos (o que lo estaba aún, no quedaba claro), pero que era un amor imposible porque no tenían la misma orientación sexual. Me había dado a entender que conocía sus genitales, que le parecían especialmente atractivos, y que por lo tanto yo tenía que sentirme afortunada. Marcos también disfrutaba dando a entender que la amistad con Lucio tenía este trasfondo, el de un amor hacia él que nunca iba a poder corresponderle. Solía hablarme de Lucio en su ausencia, con una especie de conmiseración.(60)

Como dije, en Pedagogos, Marcos –una persona con tan pobre formación– era nuestro profesor de Historia de la Pedagogía. Preparaba las clases leyendo unas páginas de un viejo manual que le había dado la Madre (el de Larroyo, creo que era), nos dictaba algunos fragmentos, y después improvisaba cualquier explicación que se le ocurriera a él, sobre casi cualquier cosa. Al terminar la materia nos hizo hacer un trabajo escrito con una consigna vaga, algo así como escribir una síntesis de lo que habíamos entendido. Yo me había esforzado particularmente y estaba ilusionada con que lo leyera.

Justo antes de la clase, pasé por el taller, donde él terminaba de

corregir los trabajos, a contrarreloj. Solo le faltaba el mío. Sin leerlo, le puso la nota más baja de todas, ahí mismo. Desilusionada, le dije que era injusto. Me contestó que yo necesitaba aprender humildad, que eso era lo justo. Metió todos los trabajos adentro de un folio y salió del taller, rumbo a la clase.

---

59. Me pregunto cómo habría sido mi adolescencia con profesores que se hubieran interesado por nosotros desde ese lugar tan natural para un profesor, capaz de captar problemáticas en sus estudiantes que ningún otro adulto puede ver con tanta claridad, gracias a su función. Ahora que soy maestra y profesora desde hace muchos años, me pregunto también por las culturas institucionales que impiden ese gesto espontáneo de interesarse por aquellos a quienes se enseña. A veces, con mis compañeros hacíamos chistes de cómo habría sido nuestra vida si hubiéramos ido a otra escuela, *de esas en las que no hay que estudiar, que alcanza con ir*, decíamos. No había tanta soberbia, como puede parecer, en esos chistes. De verdad que reconocíamos una sensación de pérdida, de algo que no estaba en su lugar. De hecho, la conclusión era que no queríamos perder nuestro grupo de amigos, nuestra vida ahí. Decíamos: tendríamos que irnos todos juntos a la misma escuela. Como eso era imposible, simplemente volvíamos a ocupar nuestros puestos en el aula y a permanecer de pie hasta que el profesor asomaba a la puerta y nos permitía tomar asiento.

Tengo que decir que, afortunadamente, y a pesar de esa nefasta cultura institucional que estoy cuestionando, tuvimos profesores y profesoras no solo de una gran excelencia académica, sino también de una gran vocación pedagógica y calidad humana. No todos. Pero unos cuantos. Sería injusta si no dijera que estudiando en esas aulas pasé algunos de los momentos más felices de mi adolescencia, que me formaron y me acompañaron durante muchos años, hasta ahora.

60. Digo que lo *daban a entender* porque no logré reconstruir aún cómo hacían para poner a rodar este elemento, casi sin nombrarlo. Recuerdo cosas dichas a media lengua, risotadas, gestos, alusiones. Lo que va quedándome cada vez más claro es que Marcos procuraba involucrarme permanentemente en triángulos en los que él era el vértice deseado y codiciado, el objeto de amor.

XVII

Cuando estaba a punto de cumplir dieciocho años, en julio de 2000, Marcos me dijo que a partir de entonces no me iba a acompañar más a mi casa las noches que él se quedara en la capital. Consideraba que ya era tiempo de que me quedara a dormir con él, dondequiera que a él se le antojara. Me encargó que lo hablara con mis padres. Eso hice yo la noche anterior a mi cumpleaños, temblando de nervios e intentando compensarlo con una actitud de superioridad, que lo único que tenía detrás era el gesto avasallante de Marcos. Mi papá se enojó muchísimo, como si yo fuera una joven díscola desafiando la autoridad, y mi mamá se quedó muda, visiblemente en *shock*. Fue una situación horrorosa para mí. Sin embargo, a partir de entonces, se hizo lo que Marcos pretendía.(61) disco de vinilo de Nati Mistral que él me había pasado a un casete, para que la escuchara recitando poemas. Creo que el promedio de edad del público, esa noche, rondaba los sesenta años. Después del teatro, él se comió un vaciopán de parado en una parrillita de mala muerte sobre Corrientes, como solía hacer, mientras yo decía que no tenía hambre. Y después, me llevó a un telo. Durante años intenté adivinar cuál habrá sido, dónde habremos ido. Creo que debimos haber caminado por Corrientes hasta la zona del Abasto, porque terminamos pasando la noche en el departamento de su papá, a donde podríamos haber ido desde un principio. Del telo, lo

único que me acuerdo es la hilera de ficus tapando la vereda, la combinación de fucsia y dorado, la penumbra, la sordidez, la sensación de ahogo.

En el *hall*, del otro lado de una ventanilla verde que me resultó repugnante, me pidieron documentos. Tuve miedo. Me acuerdo de tener que pensar que Marcos sabría cómo manejar cualquier situación con esa gente torva, de que me cuidaría. Sin sacarle los ojos de encima, pensaba que él estaba conmigo, y entonces sobrellevaba toda esa situación que a mí me parecía un espanto, en esa roñosa sala de espera. No me daba cuenta de que era él quien estaba exponiéndome a eso, no protegiéndome de nada. Y sobre todo: que yo no tenía por qué estar ahí si no quería. Que no tenía que demostrarle nada a nadie. Que no podía salir nada bueno de forzarme a pasar por una situación desagradable. Que podía confiar en las ganas que me daban a mí y en las que no me daban. Que era mi cumpleaños.(62)

De lo que sucedió adentro de la habitación no me acuerdo nada. Solo la sorpresa de ver que el techo tenía un espejo, una sensación de absurdo. Por lo demás, debió haber sido algo similar a lo que pasaba siempre: Marcos me estimulaba hasta conseguir cierta dilatación, entonces se ponía un preservativo, se subía arriba mío y me penetraba hasta eyacular. No permitía que yo cambiara de posición corporal, decía que yo no sabía hacerlo, que me salía mal, que era torpe. Que quizás cuando fuera grande podría. Que yo era demasiado grandota, que *no era maniobrable*. Yo, anulada por la vergüenza, intentaba moverme lo menos posible. Una vez me dijo, con desprecio, que coger conmigo era desagradable porque me quedaba quieta boca arriba y era *como cogerse a una muerta*. Como yo tampoco me desvestía *motu proprio*, sino que me quedaba inmóvil mientras él me iba sacando las prendas, me dijo también, con dureza y como con asco, *que yo lo hacía sentir como si me estuviera violando*. Me decía estas cosas, pero se burlaba de mí si yo intentaba algún movimiento. A veces, antes o después de eso, me hacía hacerle masajes, con indicaciones precisas sobre cómo hacerlo y en qué parte del cuerpo. Jamás me abrazaba.(63)

61. La escena con mi papá y mi mamá de la noche anterior a cumplir mis dieciocho años ha sido motivo de reflexión para mí durante toda mi vida, desde entonces. Recién ahora estoy en condiciones de entender algo, al menos, de lo que sucedió allí.

En ese momento, al ver reaccionar a mi papá, sentí algo muy raro: en lugar de ponerme a la defensiva, se me aflojó de golpe la tensión del cuerpo y me quedé con la mente en blanco, con la emoción en blanco, pero no por los gritos, sino porque no esperaba que mis padres se sorprendieran como se estaban sorprendiendo de lo que yo acababa de decirles: que a partir de ahora, Marcos ya no me acompañaría a casa, porque me quedaría a dormir con él. La sorpresa quería decir que ellos no sabían que Marcos tenía sexo conmigo. La sorpresa quería decir que ellos creían que bastaba con exigirle que me acompañara a casa por la noche para evitar eso. Ellos creían, habían creído hasta ese momento, que me habían preservado. Una catarata de escenas pasó de golpe por mi mente: cuando Marcos le dijo, a mis dieciséis años, que iba a cuidarme y a tratarme honestamente, mi papá interpretó que no iba a tocarme; cuando mi papá me pasaba a buscar por los cumpleaños a la medianoche, a veces atravesando toda la ciudad, realmente creía que el peligro estaba en esos cumpleaños y no en lo que me esperaba al día siguiente, entre los templos.

Y acá viene el punto neurálgico de lo que me ha costado tanto comprender: ¿es posible que lo creyeran realmente? Sí, aunque se trata de una creencia particular, producto de una disociación semejante a la que afecta a la víctima. Lo creían debido a la *ceguera atencional* (Sandra Barilari, *Efecto dominó*, 2020) que afecta a las personas que tienen delante el abuso y, sin embargo, no lo ven. En Federico yo sí me quedaba a dormir, pero ya expliqué que se lo consideraba un espacio a salvo de toda mundanalidad. Mi pedido de no volver a casa por la noche, aunque yo no dije nada más que eso, funcionó como una suerte de develamiento del abuso, o mejor dicho: como un riesgo de develamiento. Con la particularidad de que se nos estaba develando al mismo tiempo a los tres. Sin poder procesarlo, mi papá se posicionó como si yo, su hija adolescente, estuviera desafiando su autoridad. Sin embargo, no se trataba de que yo estaba intentando ganar autonomía ni cruzar límites, sino de que estaba sometida a la voluntad de otra persona, de un adulto, de un abusador.

Me quedé mirando fijo la mesa de la cocina. Sentí vértigo. Como si, ante la crisis que mis padres estaban teniendo, se me corriera el velo de la disociación y pudiera ver, aunque fuera por un segundo, la clandestinidad que Marcos me había impuesto, la manipulación, la ausencia de

reciprocidad, la crueldad, la verdad. Casi, pero no. De alguna manera –y esto Marcos lo había calculado muy bien– cruzada la barrera de los dieciocho, mis padres podrían hacerse a la idea de que entre este hombre y yo había una especie de noviazgo, y alojar toda la incomodidad acumulada por la ceguera atencional de los años anteriores en esa nueva representación tranquilizadora. Y así fue.

62. El día de mi cumpleaños número dieciocho, cuando Marcos me llevó a un hotel alojamiento sin preguntarme nada, sin siquiera avisarme a dónde me estaba llevando, tuvo un comportamiento similar al que había tenido cuando cumplí los dieciséis: traspasar un límite legal respecto de mi sexualidad. El mismo día que cumplí años, y después de sorprenderme con una salida al teatro completamente inusual (que, sin embargo, seguía respondiendo a sus gustos e intereses), me llevó a ese lugar que a mí me inquietó y me pareció inmundo. Es inevitable suponer que estaba al tanto de lo que permitían y prohibían las leyes. Lo escribo, lo digo, es obvio, y a mí misma todavía me cuesta creerlo. Los comportamientos aberrantes son difíciles de aceptar porque, a menos que se ponga en juego un componente perverso, resultan absurdos.

A veces, cuando paso con el 24 por delante de un hotel sobre la calle Sarmiento, todavía me pregunto si habrá sido ese, si habrá sido ahí. Yo me movía al lado de él como un *golem*. Me resulta extremadamente doloroso recordar eso, reconocer eso, sorprenderme yo misma de una clase de sumisión que parece inverosímil. Yo doy testimonio no solo de que así fue, de manera extrema, durante toda mi adolescencia, sino además de que me dejó secuelas de muy larga y difícil recuperación en las relaciones que entablé hasta mucho después, en las cuales me costó enormemente autorizarme para tomar decisiones, sintiéndome incompetente, sufriendo bloqueos, quedándome paralizada, sin poder hacer lugar a mi deseo, criterio o preferencia, sin poder establecer límites claros ante comportamientos invasivos e incluso violentos. Esto me sucedió durante mucho tiempo, aun siendo una mujer solvente e independiente en otros ámbitos, como el profesional y el académico. Exactamente igual a como me sucedía en aquellos años de pesadilla. La fuerte disociación que me permitió sobrevivir entonces dejó en mi organización subjetiva un surco tan profundo que demoré décadas en empezar a desactivar, para recuperar la vitalidad y la potencia que estaban en suspenso.

63. Durante muchos años, viví convencida de que *eso* era la sexualidad. Viví convencida de que los hombres, quienesquiera que fueran, sabían más sobre mi sexualidad que yo misma. Y, por supuesto, de que yo, aunque mi cuerpo reaccionara con alguna forma de placer físico ante el estímulo, era incapaz

de desear. Viví con la creencia implícita de que el sexo era una prebenda para conseguir un afecto que al final, igual, nunca llegaba, porque todavía no podía iluminar la certeza que siempre estuvo ahí: que el sexo sin afecto es una cosa tan incompleta, tan pobre, que ni vale la pena el esfuerzo, cuando no es directamente una violencia o un asco. Y cuando digo *afecto* no me refiero a ninguna romantización. Hablo de reconocer la presencia del otro, valorarla, hacerle lugar, florecer en empatía, aunque se trate de alguien que recién se conoce. Haber vivido como viví y haber luchado como luché para comprender esto y estar escribiéndolo es, para mí, la más deseada de las reparaciones.

XVIII

Hace poco recordé algo aparentemente trivial. Un viernes a la noche hablé por teléfono con Hernán, un compañero de curso al que yo quería mucho. Hernán era una persona con una inteligencia y un encanto personal muy fuertes. Era amigo de casi todos. Hacía poco tiempo, en la fiesta de cumpleaños de una compañera, yo le había contado que ya no era virgen y él se había sorprendido. Esa pérdida de la virginidad a la que me refería había sucedido casi dos años atrás, y en su momento apenas había podido comentarlo con Clara, en un registro de absoluta confidencialidad.(64)

Ese viernes a la noche era el cumpleaños de otro compañero, de Erne, que nos había invitado a su casa. Yo no sabía si ir o no. Hablando por teléfono con Hernán, le confié que pensaba que Marcos iba a enojarse si yo iba. Él me dijo, con una firmeza empática, que *qué importaba si él se encabronaba un poco, que no podía ser para tanto*. Me convenció de ir al cumpleaños.

En realidad, lo que me pasaba era que me había enamorado de un compañero de curso. Ale era un chico desmesurado, talentoso y conflictivo, pero conmigo era inusualmente cariñoso. El año anterior nos había tocado azarosamente sentarnos uno junto al otro en el aula. Yo había sentido que le gustaba y, aunque fingiendo indiferencia, me había sentido halagada. Incluso más que eso. Me había sentido mirada, considerada, querida. La gota me había

horadado, dejando una marca. Cuando empezó el siguiente año, por primera vez en mi vida, me sucedió esto: estar ansiosa por la llegada de un chico de mi curso, desear verlo cruzar la puerta del aula y, cuando llegaba, más de una vez, mojarme. Dieciocho años tenía cuando me pasó eso en el cuerpo por primera vez. Y fue ante la presencia de mi compañero de banco, el que me trataba bien.

Yo me había jurado que no. Que nada me iba a desviar del amor que le debía a Marcos, que era lo correcto, que era lo que me acercaba a Dios. No podían repetirse las escenas del año anterior, después de lo de Tilcara. Por eso, puse todas mis fuerzas al servicio de aplastar esas sensaciones. Como a mi amiga Laura también le gustaba Ale, canalicé parte de la atracción que sentía por él fomentando un vínculo entre ellos. Laura y yo nos sentábamos en un banco del patio, durante el recreo, y lo mirábamos las dos, lo celábamos las dos cuando se hacía el lindo con otras chicas, pero las dos sabíamos que era para ella, porque yo no, yo no podía.

Ale era el genio de la informática. Un día, le pedí que viniera a mi casa a ayudarme con una computadora que tenía virus. Jamás invitaba yo a nadie a mi casa, que quedaba demasiado lejos. Pero no podía aguantarme. Sabía que me tenía aprecio, o lástima, o no sé qué, pero que no iba a negarse. Necesitaba tenerlo cerca y esa necesidad empezaba a ser más fuerte que yo. Así que se lo pedí y fuimos a mi casa. Después de un par de horas de trabajar infructuosamente en el arreglo de mi computadora, el clima se cortaba como papel. Él se sentía mortalmente incómodo y yo también, porque era obvio que no lo había llevado a mi casa para arreglarme la computadora, pero ninguno de los dos sabía cómo salir del atolladero. Al final, reuní coraje y, tartamudeando, le dije esta pavada, esta verdad, en potencial: que quizás, si Marcos no existiera, en ese hipotético caso, quizás me podría pasar que él me gustara. Él sonrió con ternura y me contestó que, en el hipotético caso de que Marcos no existiera, y que entonces yo pudiera llegar a gustar de él, y aunque quizás podría haber sucedido que él gustara de mí el año anterior, igual no iba a pasar nada entre nosotros porque ahora él estaba enamorado de otra chica. Los dos nos

reímos, pero quedamos angustiados. Rápidamente concluimos que mi computadora no tenía arreglo. Lo acompañé a la parada del colectivo, porque él no tenía ni la menor idea de dónde quedaba Villa Luro en el mapa de la ciudad. Esa noche era el cumpleaños de Erne.

Después de la conversación telefónica con Hernán, entonces, decidí ir. El cumpleaños era una reunión en un departamento elegante de Recoleta. Lo único que me acuerdo es que tomé alcohol sin fin. No podría decir exactamente cómo llegamos a esta situación: Ale y yo, en plena madrugada, en el umbral del edificio. Todos se habían ido. Yo no podía ni hilar las frases, y sin embargo le repetía que estaba enamorada de él, explicándole por qué lo nuestro no podía ser, aun cuando él ya me había dicho que gustaba de otra chica. Me acuerdo también de que lo aferraba del brazo y le daba besos en el hombro, sin poder contener lo que me sucedía en el cuerpo y en el corazón. Él me tuvo una paciencia muy amorosa. Finalmente, me convenció de que llamara un taxi. En aquella época pedíamos taxis desde los teléfonos públicos. Ya sola, arriba del taxi, después de decirle al chofer la dirección de mi casa, me acuerdo de mirar para afuera por la ventanilla, ver las calles desaparecer a toda velocidad, y pensar lo que ya había pensado otras veces, en situaciones parecidas: que ojalá ese tipo me estuviera llevando a mi casa, porque no tenía la menor posibilidad de hacer funcionar mi cerebro para darme cuenta de dónde estaba.

Ese año, se nos propuso un nuevo viaje de estudios. No sé si se dijo explícitamente que reemplazaría el viaje de egresados, pero resultó obvio. Esta vez, el destino sería Grecia. Iríamos a Atenas, recorreríamos varias islas del mar Egeo en un crucero y pasaríamos un día en Estambul. No creo exagerar si digo que probablemente nadie, de los ciento setenta chicos que formábamos quinto mañana, había imaginado, fabulado, leído, hablado, estudiado y ensoñado tanto sobre Grecia como yo. Era uno de mis temas favoritos. Ese mismo año, de hecho, había ganado un concurso de poesía sobre la Grecia Clásica organizado por el Departamento de Latín del colegio, con un soneto sobre Ulises y Penélope. La posibilidad de ir a Grecia

me exaltó. El precio era accesible. Acompañé a mi mamá a pagar la primera cuota, en una sede del Banco Mayo que quedaba sobre la calle Florida.

Ese fin de semana, en Federico, cuando le conté a Marcos del viaje a Grecia, me llevé un disgusto horrible. Contrariamente a lo que yo había imaginado, que compartiría algo de mi entusiasmo, él reaccionó mal. Se puso hostil. Se burló de mí, me dijo que ese crucero iba ser un *cogedero*, palabra imposible de olvidar. No sé cuántas cosas me dijo a lo largo de esos dos días que pasé con él. Sé que tuve miedo, por lo que había pasado el año anterior, y sé que el domingo a la noche, cuando volví a mi casa, le informé a mis padres que había decidido no viajar. No recuerdo qué argumentos pude haber desplegado. Sentí una tristeza enorme, infinita. De hecho, el viernes anterior al viaje, al despedirme de Laura, las dos estábamos tristes por mí. Como si yo estuviese enferma o impedida por alguna razón inevitable de disfrutar del viaje al que iban todos. Le pedí que me trajera algo de la verdadera Grecia, un pedacito de allá. Revivo estos recuerdos y no puedo terminar de entenderlos.

Al volver, Laura me trajo una estatuilla de plástico que compró en el mercado de Estambul: una reproducción de la Venus del cuadro de Boticelli, una pintura florentina del Renacimiento. Al verla, sentí dos cosas fuertes: por un lado, el amor y la lealtad de mi amiga que había pensado en mí y había cumplido su promesa; por otro, que probablemente ninguno de mis compañeros estaba en condiciones de reconocer una obra griega del período clásico. Que aquel viaje que acababa de perderme era el que había deseado durante años, que no se me iba a presentar una oportunidad así en toda mi vida. Una tristeza infinita a la que, sin embargo, no podía darle ningún lugar, ni el espacio de un alfiler, porque yo lo había decidido así.

Después de darme el regalo, Laura llamó a Ale. Juntos, me contaron que se habían puesto de novios durante el viaje, que querían decírmelo ellos para que no me enterara por nadie más. Me lo dijeron tanteando mi gesto, como no queriendo lastimarme. Sentí algo muy confuso. Algo semejante a lo que había sentido en el viaje

de vuelta del campamento de Junín, dos años atrás. Por un lado, el cuidado con el que me trataban mis amigos, que parecían entender algo de mis sentimientos que yo misma no entendía, que intentaba ocultar, que creía que no se me notaba. Por otro lado (¿o por el mismo?), una vergüenza enorme. En el primer recreo, compré en el kiosco un chocolate grande que les regalé a los dos, para felicitarlos. Para que no creyeran que yo guardaba ningún rencor. Y era cierto: no guardaba ningún rencor contra ellos, al contrario. Pero qué difícil que era todo adentro de mí. Qué desolación rarísima, por Dios. Qué desierto.

---

64. Hace poco hablé con Laurita, la compañera de la que me hice amiga después de distanciarme de Clara. Le conté que estaba en un proceso de develamiento del abuso que había sufrido en la adolescencia y le pregunté qué recordaba ella. Laurita me contó esta escena: un día, conversando con Clara, pasaban revista a las chicas del colegio que ya no eran vírgenes (que no eran tantas). Clara me mencionó a mí, y Laura se sorprendió. Nunca se lo hubiera imaginado. Efectivamente, yo daba una imagen mucho más aniñada e inexperta de lo que mis experiencias, las que yo le contaba a Clara, habrían requerido. Había un desfasaje. Un desacomodamiento que, ahora lo sé, tiene que ver con la disociación promovida por el abuso. Además, ese recuerdo de Laura me confirmó que, durante los primeros años, efectivamente se trató de un secreto bien guardado. Hábilmente camuflado.

XIX

Terminábamos quinto año y habría una fiesta de egresados. Como casi todo en el colegio, lo organizaba una misteriosa comisión formada por chicos y chicas de los tres turnos (solo en quinto año éramos cuatrocientos estudiantes). Yo lo único que sabía era que había que ir poniendo una cantidad de dinero por mes, que sería en Pachá (una de las discotecas más caras de la ciudad) un día de semana, que habría que ir de gala. Más cerca de la fecha, me enteré de que los padres estaban invitados a un cóctel donde nos sacaríamos fotos; después, los adultos se irían y a cada división nos vendría a buscar un trencito de la alegría (esos que se pasean por la ciudad con animadores disfrazados de Pato Donald), mientras el boliche se llenaba con nuestros invitados, y finalmente volveríamos nosotros, con la fiesta ya armada. A la mañana iríamos juntos al colegio, sin cambiarnos, a dormir sobre los bancos, porque a fin de año ya no podíamos usar las faltas que administrábamos para ausentarnos estratégicamente de ciertos exámenes.

Yo no tenía ninguna expectativa. Se trataba de algo de una frivolidad absoluta. Y además, lo único que quería era que se terminara de una buena vez la secundaria para poder quedarme en Federico para siempre, con Marcos. Aunque a todos les decía que iba a hacer el CBC para la carrera de Letras, y efectivamente me había anotado, mi único deseo era por fin, por fin, irme allá a vivir

la vida espiritual que había intentado llevar adelante entre medio de mis obligaciones mundanas, durante tantos años. No sabía muy bien cuándo iba a suceder, ni cómo, pero estaba segura de que sin el yugo del colegio iba a ser cada vez más inevitable.

Marcos y yo íbamos a estar juntos. ¿Quizás nos casaríamos? No estaba segura de que él quisiera, pero a veces, la Madre obligaba a algunos discípulos a casarse... En sordina, muy en secreto, me imaginaba una fiesta de casamiento íntima a la que asistieran solo los residentes de Federico y la Madre. Me imaginaba bailando el vals de noche, entre los templos, con velitas perfumadas como para el cumpleaños de Ganesha. Girando por fin entre los brazos de Marcos, que me tendría íntegra como recompensa después de tantos años de soportarme chiquita, adolescente, incompleta. Así que, cuando me dieron mi parte de entradas para que las repartiera entre amigos, las guardé en un cajón. No tenía a nadie a quien invitar a mi fiesta de egresados. Los únicos adolescentes que conocía eran mis compañeros del colegio. Sentí una vergüenza que ahogué en baldes de superioridad espiritual. Aunque las entradas eran muy codiciadas y muchos se quejaban de que no les alcanzaban para repartir entre sus amigos, no le ofrecí las mías a nadie. Evidentemente, no quería reconocer que tenía cero invitados.

Me puse el vestido largo de *chiffon* azul que me habían comprado para la presentación del libro en el Café Tortoni y que no había vuelto a usar. Del cóctel no me acuerdo casi nada. Un salón gigante con un decorado televisivo –yo nunca había estado en una discoteca– que daba al río. Alguna foto junto a mis padres. Poco más. Después, los adultos se fueron. Nosotros salimos del boliche y nos subimos a uno de los trencitos que nos esperaba en la puerta. Una vez arriba, algunas compañeras y compañeros sacaron no sé de dónde todo el alcohol que se había comprado con los aportes que habíamos ido haciendo a lo largo del año. Con música a mucho volumen, empezaron a circular botellas con toda clase de bebidas fuertes. Aturdidos, bailando y gritando, empezamos a consumir todo eso a una velocidad que ahora me parece escalofriante. Recuerdo haber tomado del pico de todas las botellas que iban

circulando, sin mirar lo que contenían.

La borrachera subió como un incendio. Yo sacaba la cabeza por la ventanilla mirando el río –íbamos por la Costanera– y vociferaba kirtans a Shiva, mientras un compañero intentaba convencerme para que le diera un beso. Gonza. Me acuerdo de sus ojos de ese color amarillo increíble, rogándome por un beso. Me negué rotundamente, posando el intoxicado pensamiento en Dios. De fondo, mis compañeros y compañeras se enredaban en una especie de orgía de cuerpos vestidos, transando todos con todos, o muchos con muchos, algo que les iba a traer problemas los días siguientes, en particular a quienes tenían novios y novias en otros trencitos. Todas las parejitas se arreglaron, después. Se entendió que había sido un carnaval espontáneo, nada personal. Únicamente yo no había podido relajar el férreo autocontrol. Tenía que mantenerme pura, costara lo que costara. Incluso cuando no había ninguna manera de que Marcos se enterara de lo que había sucedido en ese tren, a no ser que yo se lo dijera. O que él lo adivinara.

¿Cuánto pudo haber durado ese paseo? ¿Una hora? ¿Dos? Cuando el trencito volvió a estacionar delante de la discoteca, junto a los demás trencitos, todos empezamos a lanzarnos afuera medio aturdidos. Al poner un pie en la calle, me di cuenta de lo borracha que estaba. Grupos de chicas y chicos menores que nosotros se arremolinaban a nuestro alrededor para pedirnos entradas. Yo saqué las que tenía y me las arrebataron de las manos. Sería la medianoche. Observé la larga explanada que me separaba de la entrada de la discoteca, unos ochenta metros vacíos, en una zona bastante descampada de la ciudad. A lo lejos, el gigantesco local era todo luces y vibraciones, pero alrededor reinaba la oscuridad. Mis compañeros y compañeras, únicas personas con las que podía contar, estaban igual de intoxicados que yo. En la muñeca llevaba una cinta fosforescente que indicaba mi derecho a entrar en ese lugar. Alcancé a pensar que mi vida dependía de que lograra llegar hasta ahí, así que me concentré y avancé, sola.

El malestar físico era tan fuerte que, no bien atravesé la puerta, me dirigí al baño, vomité todo lo que tenía adentro del cuerpo y, al

tratar de salir, me desplomé en el suelo. Incapaz de mantenerme en pie, me senté con las piernas cruzadas contra la pared, en un piso mojado y sucio con mi vestido de *chiffon* azul. La música fuertísima que venía de las pistas, los gritos, las luces me daban vueltas por afuera y por adentro. Sentía que me moría. Cerré los ojos y la tele se me apagó, pero no la conciencia. Me quedé viendo lo negro, disfrutando del silencio total, sin experimentar ningún impulso. De pronto, sentí que me sacudían: volvió a aparecer la calesita ruidosa del mundo exterior y yo en el ojo de ese huracán, la náusea insoportable del cuerpo, las palpitaciones. Dos chicas más chicas que yo, quizás de segundo o tercer año, estaban acuclilladas intentando reanimarme. Hablaban entre ellas medio a los gritos, mientras otras chicas las esquivaban para entrar y salir del baño.

Desde la semiconciencia en la que me encontraba, como a lo lejos, escuché que dijeron esto, más que razonable: “Hay que llamar a los padres”. Aterrada ante esa posibilidad, recordé que los egresados teníamos un salón especial para dejar nuestras cosas, el Vip. Tomé una bocanada de aire y les pedí que me llevaran ahí. Ellas me levantaron entre las dos y me condujeron en sus hombros hasta ese salón, escaleras arriba. Me acostaron en un sofá y se fueron. No alcancé a agradecerles, ni siquiera a preguntarles cómo se llamaban. Al contacto con la superficie mullida, sentí un placer tan inmenso en todo mi cuerpo, con el ruido algo menos estridente, mirando el río a través del enorme ventanal y sintiéndome segura, que me quedé inmediatamente dormida.

Lo siguiente fue alguien de mi curso avisándome que nos íbamos. Me desperté y vi que amanecía. La fiesta había terminado y yo, que había vomitado a la medianoche y había dormido seis horas de corrido, estaba fresca como una lechuga. El salón de la discoteca parecía un escenario de posguerra. Mis compañeros y compañeras estaban arruinados. No me acuerdo si habían contratado micros o si fuimos en colectivo hasta el colegio. Antes de entrar, desayunamos a la vuelta porque era temprano. Me acuerdo que le conté a Erne, que luchaba por mantener los ojos abiertos, el argumento de *Les choses*, de Georges Perec, que tenía que rendir para no llevarse

Francés. A lo largo del día, varias profesoras cumplieron su horario charlando conmigo, que era la única que no estaba despatarrada entre los bancos intentando dormir.

Cuando volví a mi casa al mediodía, con mi vestido de *chiffon* sucio en el tren del Oeste, no sabía qué sentir. Me había perdido la fiesta. Pero, al fin y al cabo, yo nunca había ido a una fiesta como esa, no habría sabido qué hacer, ni siquiera me sabía las canciones. Era un entretenimiento mundano, ridículo. En cambio, había logrado atravesar eso y mantenerme firme. No tenía nada de qué avergonzarme. Podía enfrentarme a Marcos con la conciencia limpia.

En cuanto a la intoxicación, a todos en Federico les iba a causar gracia la historia cuando se las contara. Al fin y al cabo, algo parecido a eso me había sucedido muchas veces los fines de semana que pasaba ahí, y siempre era motivo de risa. Era habitual que dos o tres residentes se reunieran en la habitación de alguno con muchas botellas de vino de última calidad que compraban en el pueblo, para beber hasta quedar mal. Yo, pegada a Marcos, participaba como uno más. A veces, era la Madre la que les mandaba el vino por medio de su secretario. Incluso una vez que estábamos reunidos en el taller, yo había ido hasta la habitación de Marcos a buscar una botella de coñac que le había mandado ella (*la bebida de los poetas*, me contó que le había dicho cuando se la dio). Estaba tan borracha que me subí a una bicicleta para recorrer esos cincuenta metros. Me estrolé contra una pared de ligustrina, dejando la bicicleta encastrada entre las plantas hasta la mañana siguiente, sin siquiera sentir las raspaduras que tenía en todo el cuerpo.

Era la última semana de clases en el colegio y, por lo tanto, la última oportunidad de rendir algunos recuperatorios. Así como Erne tenía que salvar Francés, yo estaba a punto de llevarme Anatomía, lo cual era una desgracia. La profesora nos hacía memorizar capítulos enteros de un libro universitario lleno de nombres de proteínas o cosas así, imposibles de retener, incluso para mí que tenía un entrenamiento sobrehumano en educación memorística, y

no solo porque era de las pocas en el colegio que nunca había usado un machete ni para recordar las declinaciones del latín, y me sabía poemas larguísimos de memoria, sino también porque en Pedagogos nos hacían memorizar el *Bhagavad Gita* íntegro, a siete slokas por semana, lo cual mantenía la cabeza permanentemente en estado de memorización, en el tren, en la ducha, en todo momento. Pero con Anatomía no había caso. De hecho, mi ignorancia sobre el cuerpo humano era absoluta a pesar de haber aprobado la mayor parte de la materia.

La cuestión era que tenía una última oportunidad de no llevarme la materia completa a diciembre, rindiendo un examen sobre el aparato reproductor femenino. Por alguna razón, ese viernes no había clases, así que me fui a Federico temprano. Como era día de semana, los residentes cumplían un horario de trabajo, creo que de dos a seis de la tarde, algo así. Se daba por sentado que, si había miembros de visita, debían cumplir con las mismas obligaciones que los residentes, si bien estas normas no estaban escritas en ningún lado. Como no había nada particular que hacer, Marcos me dijo que me quedara estudiando, mientras él trabajaba en una escultura que estaba empezando a modelar por su propia iniciativa. Así que me instalé en la mesa debajo del tilo, al lado de la cocina, y me pasé la tarde intentando memorizar ciclos hormonales.

Esa noche, después de cenar en la cocina, Marcos se fue a su taller y yo me quedé preparando té, con otros dos residentes. Serían cerca de las once. Yo estaba en plena narración de los acontecimientos de mi fiesta de egresados mientras filtraba el té, cuando la Madre irrumpió en la cocina como una tromba, blandiendo una bandeja que llevaba en la mano de manera amenazante. Empezó a gritarme. Me preguntó quién me creía que era yo, que se había enterado de que yo no había hecho el trabajo del día, que era una vaga, que ella no iba a tolerar vagos y no sé cuántas cosas más que no pude retener, pasmada de que ella estuviera gritándome de esa manera violentísima. Los otros residentes escuchaban con la cabeza baja. Fuera de la cocina, el secretario y la discípula lacayo la habían seguido y atestiguaban la

escena. Sin dejar de gritarme, diciendo cosas horribles sobre mí, me dijo que *estaba castigada*, que debía ir a trabajar a Lakshmi (el galpón donde se envasaban los sahumerios) ahora mismo, que iba a quedarme trabajando toda la noche. Y se fue por donde vino, seguida por sus servidores.

Yo me quedé en *shock*. Uno de los residentes que estaba conmigo en la cocina hizo un chiste como para descomprimir y me instó a que lo siguiera, sin cuestionar absolutamente nada de lo que había sucedido ni de lo que iba a suceder. Fuimos a Lakshmi. Yo no lograba asimilar lo que acababa de pasar. Él encendió las luces, preparó sahumerios para envasar arriba de la larga mesa y se sentó a trabajar conmigo. Al rato, apareció Marcos con un termo de mate. Intenté balbucear que todo eso era absurdo, que si no había trabajado era porque en realidad nadie estaba propiamente trabajando, que Marcos me había indicado que no lo hiciera, que había usado el tiempo para estudiar. Ninguno de los dos hizo caso a mis argumentos. Me dijeron que las cosas no funcionaban así, que no me preocupara, que a la Vieja (como le decían ellos a la Madre) le agarraban esos arranques. Intentaban mantenerse de buen humor.

Cerca de las dos de la mañana, se presentó en Lakshmi Patricio, el secretario de la Madre, un cuarentón de eterno sobretodo negro y camisa celeste de Legionario, con una barba negra hirsuta. Patricio vivía con la Madre en Federico y también en el departamento de la capital, sin dejarla ni a sol ni a sombra; era quien conducía el auto y hacía todas las tareas de servicio para ella, además de manejar lo esencial de la economía de la Fundación. Pálido, de voz gangosa, contextura pequeña, actitud circunspecta y algo aniñada, gesto impersonal y distante, no estaba claro cuál era su cargo, pero su palabra era obedecida de inmediato porque se suponía que venía directamente de la Madre. Creo que era agrimensor o ingeniero y por eso dirigía las obras de construcción de los templos. Repartía los sobrecitos con los miserables viáticos para los residentes, razón por la cual ellos lo odiaban. Lo llamaban *el eunuco*. A Marcos le encantaba repetir que la Madre le había dicho, suspicaz, que este

individuo tenía *un problemita en sus funciones reproductivas*, como si eso explicara algo o fuese motivo de humillación.

Este personaje se asomó por la puerta de Lakshmi y me pidió que saliera. Afuera, me dijo lo siguiente: “La Madre te levanta el castigo. Podés irte a dormir. Mañana a primera hora te tenés que ir de Federico y no podés volver más, salvo en el estricto horario de Pedagogos”.

Después de cerrar Lakshmi y despedirnos del otro residente, Marcos y yo nos fuimos al taller, donde a veces yo tiraba un colchón en el suelo para pasar la noche. Él también estaba algo perturbado. Decía que seguramente la Vieja cambiaría de opinión, como había cambiado de opinión con lo de hacerme trabajar toda la noche. Pero no se lo terminaba de creer. Finalmente, amargado, antes de irse a su habitación, dijo que en realidad este era un castigo para él. Yo no entendí. A la mañana siguiente, Marcos me acompañó a tomar un colectivo destartalado que pasaba cada cuarenta minutos por las calles de tierra del conurbano profundo y que me dejó, a mí sola, en la estación del tren.

A una semana de terminar la secundaria, a una semana nada más de liberarme del obstáculo para lo que más quería en la vida, que era quedarme para siempre en Federico, la Madre me había cerrado la puerta en la cara. En la capital, más de un dirigente me dijo que si la Madre me había gritado era porque me aceptaba como discípula, que debía sentirme honrada. Noté que otras personas consideraban acertada la decisión, por motivos que no me decían. Yo estaba dolida y absolutamente desconcertada. No lograba asimilar la idea de que pudiesen arrebatarme Federico, mi Federico, mi madreselva, mis templos, mis estanques. Conocía cada rincón, cada árbol, cada almohadón, cada campanita adentro de cada templo. De noche, cuando me iba a dormir, imaginaba que flotaba entre los arbustos, las cúpulas y los caminitos, reviviendo en mi interior los detalles más mínimos. Hacía años que me dormía haciendo eso. ¿Cómo podía la Madre, aunque fuera sabia, aunque fuera el Maestro, cómo podía ella arrebatarme lo único que yo había deseado con todas mis fuerzas desde que era chica, la razón

por la cual había soportado tantos dolores y hecho tantos sacrificios, y que, en definitiva, ella misma me había enseñado a preferir por sobre todos los placeres y por sobre todas las cosas?

El sentimiento de impotencia y de pérdida fue tan hondo, tan desolador, que ni siquiera hubo espacio para considerar la violencia o la injusticia que, por lo demás, era interpretada por todos como un mensaje directo de la propia Divinidad, un jugoso fruto del más puro de los amores, el del Maestro por sus discípulos. Una completa e inapreciable bendición.

CUARTA PARTE

I

Una desagradable sensación de estar perdiéndome algo me había perturbado, como un bajo continuo, más o menos a partir de mis dieciséis años.

Los primeros dos años después de conocer a Marcos fueron de deslumbramiento: poco a poco me fui introduciendo en un mundo maravilloso que revivía las fantasías de mi infancia. Yo era una niña prodigio cuyos poemas acompañaban el camino hacia Dios, repetidos por una comunidad alegre de devotos. Y sobre todo, donde un monje y poeta del jardín encantado, con la música y el arte en sus manos, se estaba encargando de que yo depositara en él mis necesidades de ser vista, reconocida y valorada, cumpliendo una función de maestro, de guía, y de algo más que yo no llegaba a entender bien, pero que resultaba halagador. Todo eso había sucedido entre finales de mis trece y mis quince años y medio. A partir de ahí, las cosas habían empezado a cambiar, con el abuso sexual como bisagra.

En lugar de iniciar el complejo pasaje hacia la vida adulta propio de la adolescencia, en la Fundación –y bajo la atención especial de Marcos y de la Madre– mi mundo infantil había sido galvanizado con una fuerza tal que ni siquiera en mi infancia había llegado a tener, porque ahora parecía desbordarse de la esfera de la fantasía y del juego para salirme al encuentro desde el exterior,

desde la realidad.(65) Toda esta magia, más o menos a partir de mis dieciséis años, iba a convertirse en un paraíso a su vez perdido, a su vez por recuperar, por el cual yo tenía que hacer toda clase de sacrificios y esfuerzos. Marcos ya no era ese ser benévolo y mágico que me conducía por el camino de la mística y me devolvía una imagen preciosa de mí misma. Cada vez más, iba a ser un tipo que se tiraba a mirar televisión después de comerse lo que la mamá le preparaba, mientras me indicaba a mí cómo masajearlo, para después tomarse un vino con el padre, manguearle plata para puchos y dormirse borracho en algún colchón sucio que alguien le prestaba, monologando sobre su juventud perdida y sobre la humillación actual de vivir dependiendo de un eunuco, cogiéndose a una pibita que ni siquiera era una mujer.

A la vez, seguía siendo un gurú, en los retiros, en las clases y en la consideración de todos. Seguía estampando su figura de monje cuando dirigía larguísimas meditaciones en perfecta posición de loto, en un templo inundado por la primera luz del día, para un grupo de discípulos que lo respetaban como si fuera un anacoreta descendido de la montaña. De sus manos salían las imágenes sagradas que todos adorábamos y de su mente, los poemas que repetíamos. A mí, que atestiguaba los dos lados de la moneda, ese reverso del aura, esa figura grosera, frustrada y parásita que era Marcos, se me aparecía como una suerte de verdad más profunda de la espiritualidad, como cuando se dice que el verdadero misterio de la Encarnación del Verbo es la humanidad de Jesús más que su divinidad como Cristo. Exactamente eso. Ah, oportunas paradojas de la teología, cuánto pero cuánto daño han hecho.

Cuando Marcos hablaba de su juventud perdida, de su adolescencia perdida, en la que había disfrutado de corretear por ahí, libre, con amigos y amigas, yo sentía que se me cerraba el pecho. Por un lado, lo que él ansiaba era un mundo irremediablemente perdido del que yo no formaba parte. Mi presencia junto a él tenía valor cero. No producía ninguna alegría ni bienestar. Yo apenas cumplía pobremente la función de escuchar esos quejidos. Tampoco la vida espiritual que tanto me había

ilusionado cuando él me la había transmitido, entre los templos, parecía tener ningún valor, porque en ese discurso oscuro que él desplegaba delante de mí, Federico era un agujero putrefacto donde morir al mundo, para entregar a Dios los despojos del ego. Pero además de ese panorama donde yo era una nada, una cosa, me repercutía la pena por estar perdiéndome yo mi propia adolescencia. Cuando tuviera la edad de Marcos ni siquiera tendría un paraíso perdido por el cual sentir nostalgia.

Alguna vez, desbordada de angustia, intenté balbucear delante de Marcos esto que sentía, porque él era la persona en la que más confiaba en el mundo. Digo que intenté balbucear porque obviamente no tenía claridad para explicarlo. Cuando intentaba contarle lo que me pasaba, él se fastidiaba, se ofendía, se amargaba, me decía que él era un viejo, que yo tenía que ir a quemarme en la lascivia de mi juventud, si era eso lo que quería, en lugar de molestarlo a él con esas cosas; brutal, me decía que me fuera, que me olvidara de Dios y viviera las locuras y los dolores de la gente de mi edad, cosas así. Sentada en un rincón, me secaba las lágrimas, cerraba los ojos y trataba de recuperar la presencia de Dios dentro de mí.(66)

Al final del túnel brillaba una luz: no iba a ser chica para siempre. Iba a cumplir dieciocho, iba a terminar la secundaria, iba a quedar libre para ir a Federico y ser, oficialmente, a la vista de todos, con todo derecho y dignidad, la compañera de Marcos. Juntos haríamos grandes cosas. La posibilidad de tener hijos estaba completamente anulada. La Madre detestaba a los niños en general y a los bebés en particular, a pesar de que en una de sus canciones le pedía a Dios que le diera la mente de un niño, *porque el niño perdona todo*. Ella hablaba con asco de las mujeres embarazadas y con desprecio del deseo de tener hijos, diciendo que esas mujeres que deseaban hijos eran como animales y que usaban la maternidad para encadenar a los hombres a la vida mundana. Decía que a ella no se le había pasado por la cabeza jamás. Que únicamente había que tener hijos espirituales. Y Marcos me lo había dejado clarísimo desde el principio. No más hijos, nunca nunca más. A mí se me

grabó a fuego, eso. Ni siquiera cuando fantaseaba con que nos casaríamos y viviríamos en Federico para hacer poesía, música, meditación, dar clases y escribir libros en servicio de Dios, se me ocurría imaginar que podríamos tener hijos, que yo podría tener hijos alguna vez.

Por eso, cuando la Madre me echó de Federico prohibiéndome volver, a una semana de terminar la secundaria, fue como si me pegaran un hachazo en el pecho. Como si destrozaran no solo mis sueños, sino los enormes sacrificios que yo había hecho durante todos esos años. Que a mi alrededor las personas lo tomaran como algo trivial, incluso como algo sensato, me sumía en la desesperación, en la soledad. No encontraba ninguna palabra para comunicar lo que había perdido en el camino. En efecto, no podía comunicarlo, y no pude durante estos veinte años, porque me faltaba comprender cómo funciona el abuso sexual en una adolescente. El sufrimiento que se soporta, bajo promesas de felicidad futura que obviamente nunca se cumplirán. La extraña e impensable sensación de haber sido estafada. Me resulta imposible acordarme de estas cosas sin que se me anude, todavía, la garganta.

---

65. En la Fundación, los rasgos infantiles de mi subjetividad fueron galvanizados mediante el pensamiento mágico, la ponderación ética de la obediencia por sobre otros valores, la afectivización de la dependencia extrema a figuras de autoridad y el fogoneo constante del temor hacia un mundo que se extendía fuera del control de la Madre, entre otros dispositivos.

Ahora me doy cuenta de que no solo el abuso a partir de mis quince congeló ciertos procesos de mi desarrollo psicosexual, sino que todo el proceso de inmersión en la Fundación, potenciado por la atención especialísima que me prodigaron Marcos y la fundadora, fue reinfantilizante de varias maneras. La propuesta ideológica de la Escuela lo era en sí, desde el momento en que se buscaba la plena identificación como hijos (espirituales) de una Madre (espiritual), y el *summum* del comportamiento era la obediencia y la sumisión. Ese era el objetivo de las prácticas, el perfil moral por conseguir, contra toda forma de dignidad y autonomía.

El cultivo sistemático del pensamiento mágico como modo de

representarse el funcionamiento de la realidad atentaba deliberadamente contra cualquier fuente de información por fuera de los relatos y explicaciones delirantes, fantasiosas y exclusivamente autorreguladas de la Fundación, incluso a contrapelo de las propias percepciones y sensaciones. La mente (el pensamiento) y el cuerpo (las sensaciones) eran enemigos que había que acallar y vencer. Solamente la fe y el amor podían guiarnos. En particular, había que estar en guardia contra cualquier pensamiento *negativo*, emoción *baja* y palabra *crítica* cuando provenían de nuestro interior, y aceptarlas con humildad cuando recaían sobre nosotros. Había que entregarse con inocencia y buena voluntad al Ideal, resguardándose del mundo exterior *–no hables con extraños–*.

A estos elementos se agregaba un universo estético de cuento de hadas que resultó arrasadoramente eficaz conmigo. Consiguió anclarme en un lugar profundamente regresivo. El valor que tenía Federico y sus templos para mí no era un valor material: era el paraíso perdido de la infancia. Estaba afectivizado como si se tratara del territorio de mis sueños. Todavía me pasa. Un *flash* de la noche fría con los templos iluminados por esos reflectores que hacían que las cúpulas parecieran visiones; por dentro, solo habitados por las estatuas de los dioses, con sus eternos gestos de bienaventuranza: esa visión me sigue llevando, si me agarra desprevenida, a un lugar muy sensible de mí misma.

Mantener encendidos esos reflectores tan potentes toda la noche costaba carísimo; sin embargo, aunque en Federico hubiera un solo residente, las luces se encendían igual. Todas. Jorge, el hombre mayor que había sido profesor de la vieja Fundación y ahora vivía aislado en Federico, haciendo experimentos raros y estudiando astrología (que estaba prohibida) como un papá pitufo, decía que los templos tenían que brillar durante toda la noche para que las almas de los muertos supieran a dónde dirigirse. También decía que todos nosotros, los discípulos de la Fundación, éramos la reencarnación colectiva de la escuela de Plotino, el filósofo neoplatónico del siglo II, heredero de las enseñanzas de Pitágoras. Obviamente, estas cosas las decía a puertas cerradas.

66. Ya hacia los diecisiete podía provocarme un hormigueo cálido en un punto preciso del tórax con ejercicios de introspección, para concentrar la atención ahí y olvidarme por un rato de todo lo demás. Lo había aprendido, sobre todo, de un libro de ejercicios espirituales del cristianismo ortodoxo (un profesor de mi filial, que me conocía desde chiquita, me lo había regalado para mi cumpleaños): *Arte de la oración*, de Teófano el Recluso.

II

Ante la prohibición de ir a Federico, toda mi energía se volcó hacia la filial de mi mamá, que en febrero de 2001 cumplía un año. Cada tanto venía algún profesor invitado a dar una clase y algunas personas del barrio empezaban a acercarse, pero todavía éramos muy poquitos, casi mi mamá y yo solas, para hacer absolutamente todo. Mi mamá siempre fue una mujer de una enorme eficiencia para el trabajo: era capaz de llevar adelante una librería de temática espiritual bien nutrida y armada desde cero, mientras mantenía limpio todo el lugar, daba clases teóricas y prácticas de yoga todos los días, seguía tomando clases, organizando eventos, redactando informes y diseñando estrategias de publicidad, entre otras cosas.

La verdad es que yo no me quedaba atrás. Trabajaba a la par de ella, ocupándome en particular de ciertas áreas, como diseñar los volantes y programas culturales y repartirlos por todo el barrio.(67) Como estaba promediando Pedagogos y en mi filial hacían falta profesores, fui autorizada a dar clases. Ya tenía algo de experiencia, porque daba "conferencias" sobre temas aislados (una introducción al budismo, la vida de algún santo, cosas así) a las que asistían, por lo general, dos o tres viejitos del barrio que se sentían solos, más algún despistado. Dieciocho años tenía cuando recibí por primera vez a un grupo de seis o siete alumnos para dictar junto a mi mamá

mi primer curso de aspirantes (el curso completo constaba de dos materias: dábamos una cada una), alumnos que tenían entre treinta y sesenta años.

Yo dictaba una materia cuyo objeto de estudio era la ética comparada de Oriente y Occidente, en la que se estudiaba el *Bhagavad Gita*, el *Sermón de la Montaña* del Evangelio de San Mateo, el Noble Óctuple Sendero del budismo, la Ética, de Aristóteles, y la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, de Kant. Las clases en la Fundación eran exposiciones orales a cargo del profesor, que debía repetir como un loro las exégesis oficiales. Digamos que eran clases magistrales, pero por el registro y la temática terminaban siendo, más bien, sermones. Además, daba la práctica de meditación que venía adosada al curso, guiando a esas personas en los ejercicios de introspección y oración: cómo sentarse, cómo reclinarse, qué sentir, qué pensar, qué cantar y de qué manera, para ponerse en presencia de Dios. Yo tenía facilidad de palabra, una memoria de oro, mucha experiencia ya en ese tipo de prácticas, cantaba bien y estaba convencida hasta el tuétano de las cosas que intentaba transmitir, con el fanatismo de una jovencita de dieciocho años que se aferra al mástil de su dogma para no sentir el vértigo de la nada que la rodea. Así que la gente quedaba muy contenta con mis clases, muy inspirada.(68)

Al mismo tiempo, cursé el Ciclo Básico Común para ingresar a la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la sede de Puán. Aunque el CBC se considera un filtro difícil de atravesar para muchos chicos y chicas salidos de las escuelas secundarias, a mí, que venía del Nacional de Buenos Aires, me resultó fácil. Me demandó bastante menos dedicación de la que yo estaba acostumbrada a sostener. Cursaba un par de veces por semana en un aula atestada de gente. Éramos más de cien estudiantes por curso, que recibíamos, también, una clase magistral, completamente impersonal, donde no éramos nadie.

Mi contacto social con chicos y chicas de mi edad se redujo hasta prácticamente desaparecer, perdido el ámbito de pertenencia que suponía para mí la secundaria. A lo largo de ese año, me junté

una o dos veces a preparar exámenes con Hernán y creo que con Clara, mis excompañeros de la secundaria, que también hacían el CBC para Letras. Fuera de eso, perdí el contacto con toda otra persona de mi edad. Ni cumpleaños, ni salidas, ni fiestas, ni llamados telefónicos, ni absolutamente nada de nada. Mi aislamiento se profundizó de golpe, de manera alarmante.(69)

---

67. Necesito destacar que una capacidad de trabajo incluso un poco exagerada es una característica de cualquier persona que haya pasado muchos años en la Fundación, cubriendo una variedad muy amplia de tareas: desde disponerse a dar un discurso hasta rasquetear y pintar un techo, pasando por llevar el catálogo de una librería y atenderla al público, limpiar baños o participar de un número musical, aunque sea tocando los toc-toc. Negarse a hacer algo por considerar que no se tenía talento para eso era una inaceptable vanidad del ego: había que tener la humildad de hacer todas las tareas, sin importar que fueran manuales o intelectuales. Se hacía el trabajo lo mejor posible, dedicando los resultados a Dios.

68. Era indudablemente grotesco que, en las clases que empecé a impartir en la filial, yo hablara de cumplimiento del deber (*svadharm*a), refiriéndome a obligaciones laborales o familiares, dando literalmente cátedra y hasta respondiendo preguntas personales a un grupo de adultos, yo que acababa de terminar la secundaria. Me amparaba interiormente lo que aprendía en Pedagogos: aunque no fuéramos Soles ni Estrellas, debíamos entregar nuestra humilde llama, y aunque no fuéramos Ríos ni Vertientes, debíamos ofrecer el agua de nuestros cántaros para calmar la sed de nuestros hermanos, que luego harían un Camino mejor. Eso tenía en la cabeza yo. Ahora bien: me impresiona recordar cómo esas personas de cuarenta, cincuenta, sesenta años, y las que siguieron, que fueron unas decenas, aceptaban esta escena en la que yo me paraba al frente del curso y les explicaba lo que tenían que hacer con sus deseos, con sus pensamientos, con sus recursos, con sus emociones, con sus seres queridos, vivos y muertos. Si no lo hubiera vivido en carne propia, no creería la docilidad con que tantas personas son capaces de confiar en una figura que les promete una forma de salvación o evolución, aunque sea una jovencita en una situación de tanta miseria interior como era yo. No estoy hablando mal de esas personas, a algunas de las cuales quise mucho. Estoy diciendo que se trata de fenómenos que es urgente revisar.

69. Es curioso que, cursando el Ciclo Básico en la UBA, yo pudiera sacarme diez en un examen de Sociología sobre Marx, aunque estuviera, como estaba, total y absolutamente convencida de que sus teorías eran falsas y nocivas.

Una vez, el profesor de Sociología había dibujado en el pizarrón una figura humana cabeza abajo para explicar el modo de producción como móvil de la historia por sobre las ideas, y yo me había reído íntimamente, pensando cómo podía ser que llegaran a tener la soberbia de corregir a la naturaleza, de invertirla, creyendo que de esa forma iluminaban algo. Era obvio que si las personas tenemos los pies sobre la Tierra y la cabeza apuntando al Cielo, lo que tenemos que aprender es eso, no dar vuelta las cosas. Todavía estaba lejos de comprender que mi paradigma de pensamiento era premoderno, aunque acababa de aprender el concepto kuhniano de *paradigma* en Introducción al Pensamiento Científico. Me sorprendía esa manera de pensar (esa que, ahora puedo decirlo, se llama *pensamiento crítico*). La ideología realmente funciona como una escafandra invisible e impermeable, a prueba de argumentaciones. Hay que seguir preguntándose de qué material está hecha.

El final de la escuela secundaria, el momento en que se sale del sistema educativo obligatorio (que mínimamente brinda algún amparo a lo largo de la infancia y la adolescencia), es una etapa sumamente delicada para cualquier persona. En particular, yo me encaminaba hacia los años más sombríos y riesgosos de mi vida. Si en el CBC se hubiera trabajado con otra mirada sobre la enseñanza-aprendizaje, si se hubiera hecho carne algo del pensamiento crítico que se estudiaba en los textos, en la práctica específica que le concierne a una institución educativa (no me refiero al asistencialismo), quizás yo hubiera tenido otras herramientas para atreverme a ver mi vida como lo que realmente era: un escenario siniestro, donde yo estaba cada vez más a la deriva. No lo digo de manera quejosa ni destructiva, porque, a pesar de sus falencias, las instituciones de la educación pública fueron las que más y mejor me alojaron, sin ninguna duda. Destaco estas cosas con la intención de aportar en un sentido protector y emancipador, enfatizando el hecho de que esos dos aspectos son necesariamente solidarios.

III

Poco después de echarme a mí de Federico, la Madre anunció la creación del *Código del Loto,* que a partir de ese momento regulaba la vida de los residentes. No recuerdo pormenores, pero en el Código figuraban edades mínimas para participar de actividades (no sé si eran dieciséis o dieciocho años). También se indicaba cómo debían comportarse los residentes que tenían novias fuera de Federico: debían visitarlas fuera del predio.(70)

Este Código afectaba también a mi hermano y a su novia, Brenda, la misma que tenía desde los diecisiete o dieciocho años. Brenda era compañera mía de Pedagogos. De todas maneras, la relación entre mi hermano y yo se había deteriorado tanto que no guardo recuerdos de cómo sobrellevaron ellos todo esto. Creo que mi hermano empezó a venir a verla a ella a la casa de su mamá, a la capital. Sí me acuerdo de conversar con Brenda durante la jornada de Pedagogos sobre cosas que teníamos en común. Mi confianza en ella iba a ir aumentando con el paso del tiempo, pero a pesar de tener casi la misma edad, haber ido al mismo colegio y ser casi cuñadas, no se puede decir que fuéramos propiamente amigas. Lo cuento y no deja de parecerme rarísimo.

Marcos y yo empezamos a encontrarnos en la filial que habían abierto Lucio y Amanda el año anterior. Los sábados, después de las visitas a su mamá y a su papá, cuando terminaba el horario de

atención al público en la filial, nos reuníamos ahí a comer, fumar porro y tomar alcohol hasta el límite de las fuerzas de cada quien. Marcos y yo tirábamos un colchón sucio, de una plaza, en el piso de un aula, para dormir un rato antes de salir temprano rumbo a Federico. Para que yo pudiera empezar Pedagogos a las nueve, teníamos que tomar un colectivo rápido en Plaza Once a eso de las siete de la mañana, cuando todavía rondaban borrachos que rompían botellas contra el asfalto y niños jalaban pegamento en el cordón de la vereda. Todo era un horror, de principio a fin.

Lucio vivía en la filial y Amanda se había alquilado un monoambiente a pocas cuadras. A partir de las diez de la noche, se ponía música (*Buena Vista Social Club* era el disco favorito) y Lucio se disponía a cocinar. Creo que era él quien se encargaba de que hubiera suficiente alcohol. Ya más cerca de los cuarenta que de los treinta, ellos –Lucio, Marcos y Amanda– seguían siendo mis profesores de Pedagogos, mis maestros, mis *hermanos mayores* en el camino espiritual. Lucio me lo seguía marcando como había hecho siempre: *Tenés que atender a tus mayores*, me decía, con los ojos chispeándole de maldad, cuando se acababa la cerveza y me pedía que sacara otra de la heladera. Él se ubicaba en el centro de esas reuniones, acaparando la atención: así como ponía sobrenombres ofensivos a todos los dirigentes, así también vociferaba sin parar chistes obscenos sobre toda la gente. Tenía una especie de obsesión con la sexualidad, entendida de una manera pornográfica.

Además de nosotros cuatro (Lucio, Marcos, Amanda y yo), participaban de esas trasnochadas algunos miembros selectos de la flamante filial, algunos amigotes de otras escuelas y, a veces, invitados de Lucio que eran *externos* (o sea, que no eran de la Fundación). Él solía retirarse con alguno de ellos a su habitación a tener sexo, cosa de la que se jactaba interminablemente después. Como era el director y además el que generalmente pagaba –con dinero de la filial– la comida y el escabio, obviamente nadie lo cuestionaba en nada. Al contrario. Lo adulaban.

Por esa época, volví a pedir un turno con una médica clínica. Mi motivo de consulta no había variado desde que había recurrido al

homeópata y a la médica macrobiótica: cansancio extremo, supuesta tendencia a engordar, ansiedad permanente. Esta vez, tuve mejor suerte. Me tocó una doctora joven, que me escuchó, me pesó y me revisó. Finalmente, me dijo que tenía anemia y me recetó un suplemento de hierro. Después, me dijo que, por mi contextura física, yo no iba a engordar, que lo que tenía que hacer era comer las cuatro comidas. Yo me la quedé mirando, sin entender. Hacía tanto que no hacía nada parecido a cuatro comidas, había pasado por tantas dietas a lo largo de los últimos años en función de toda clase de objetivos –la moral, la salud, la estética y la religión se mezclaban– que se me hizo un blanco en la cabeza. Le pedí que me dijera qué tenía que comer. Seria como una momia, ella me miró a los ojos, me hizo sentar y me dijo que podía desayunar lo que yo quisiera, por ejemplo, tostadas con queso o con mermelada, lo que a mí me gustara más, y así fue dándome opciones de menúes normales, que yo no estaba pudiendo pensar. Era la primera vez que alguien me trataba de esa manera, con sensatez y con respeto, adivinando al menos algo de lo que podía estar pasándome.

Por supuesto, no fue tan fácil. Tomé el suplemento de hierro. Al menos por un tiempo. Para comprender el problema de salud que venía arrastrando, todavía me faltaba perder bastante peso y pasar por lo peor de la enfermedad.

---

70. No voy a dejar de mencionar que, poco antes de que la fundadora me expulsara de Federico y escribiera el Código del Loto, que fijaba edades mínimas para las actividades, hubo un cambio importante en la legislación nacional sobre abuso sexual de menores, incluyéndose como agravante desde entonces que el agresor sea “ministro de algún culto, reconocido o no”, donde antes únicamente se mencionaba al sacerdote, destacándose también las responsabilidades penales de facilitadores o cómplices. Básicamente, el delito de abuso sexual agravado que Marcos cometió contra mí, con la fundadora acechando alrededor, quedó claramente tipificado a partir de una ley que terminó de reglamentarse en mayo de 1999, unos meses antes de que ella empezara a sugerirme que yo *no estaba hecha para la vida espiritual, que mejor me quedara ayudando a mi mamá*. Hace poco, cuando descubrí esta coincidencia de fechas, se me heló la sangre.

IV

Ese año, mi abuelo estuvo internado en un hospital sórdido, como solían ser los hospitales públicos, en una zona difícil de la ciudad. Lo habían llevado al quirófano para operarlo por algo del estómago y le habían encontrado un tumor maligno y gigante en el páncreas. Solo quedaba esperar una lenta y dolorosa decadencia.

En los días que siguieron a la operación nos turnamos para cuidarlo. No podía quedarse solo en el hospital. La morfina le había pegado tan fuerte que se arrancaba el suero y se levantaba de la cama por las alucinaciones. Tenía ochenta y cuatro años y siempre había sido un hombre extremadamente sobrio y orgulloso: nunca lo vi tan vivaz y cariñoso conmigo como durante esos días en los que estuvo bajo el efecto de la morfina. Por eso fue horrible presenciar lo que le pasó inmediatamente después. Cayó en una depresión terminal, que se potenció con el avance del cáncer. La última vez que lo vi, unos enfermeros se lo llevaban envuelto en una frazada, delgadito como una pluma. Un rato antes, mi mamá y yo lo habíamos bañado con una esponja, mientras él miraba el vacío con sus grandes ojos azules, con un gesto que podría no haber sido de tanta humillación, porque nosotras lo estábamos atendiendo con cariño. Pero él no encontró ningún refugio.

Para mí fue duro. A pesar de su sequedad, mi abuelo era mi abuelo. Y a mí nunca se me había muerto un familiar. Tampoco

había estado en una sala de internación de un hospital público, con camas separadas por tabiques, llena de moribundos. Además, los alrededores del hospital eran peligrosos. Yo no registraba el miedo nunca y, aun así, experimenté cierta inquietud los días que tuve que llegar o irme de noche. Un sábado, le dije a Marcos que tenía que ir al hospital y él –que solía hablar con un placer morboso de los crematorios como lugares de Shiva, de Benarés, la ciudad donde los viejos monjes iban a morir en harapos por las calles, y de cosas así– hizo un comentario de asco sobre cuidar enfermos y luego dijo algo sarcástico sobre las obligaciones familiares, burlándose, como hacía siempre. Con un nivel de insensibilidad que fue como un cachetazo en la cara. Me sentí estúpida y egoísta por darle importancia a la muerte de mi abuelo, a quien me unían meros lazos familiares, esos resabios molestos de la mundanalidad.(71)

Me sentí muy mal, pero no podía articular un solo pensamiento que cuestionara lo que Marcos hacía. Creía que eran las ataduras familiares las que me hacían sentir así, eso y la ignorancia de Dios, que hacía del mundo un lugar tan horrible, y que me hacía a mí sentirme tan mal en contacto con el dolor y la miseria en lugar de ver en todo eso otro rostro de la Divinidad. Falta de fortaleza y falta de fe. Pero, sobre todo, identifico ahora mis sentimientos impregnados de esa cosa que todavía no sé si logré sacarme de encima por completo, y ni siquiera sé si puedo terminar de explicar. Lo digo así: una duda radical sobre mi propia percepción de las cosas, sobre mi propia manera de sentir y sobre mi propio valor. O más que una duda, una impugnación implícita. Un malestar acompañado por culpa, como si yo fuera la responsable por sentirme así de mal, yo por alguna clase de falla constitutiva o moral, indigna de recibir cuidado, cariño, respeto, atención. Una herida en el amor propio y en la autoconfianza muy radical. Solo mi desesperada obediencia al Ideal podía dar la impresión de que yo era una persona con convicciones y fuerza de voluntad. Subjetivamente, estaba devastada.

Cuando mi abuelo finalmente se murió, ni Marcos, ni ninguna de las personas con las que pasaba mis fines de semana en aquella filial

–que eran lo más parecido a un grupo de pertenencia que yo tenía– me acompañó al entierro ni me preguntó siquiera cómo me sentía. El hecho no tuvo ninguna importancia para nadie, como tampoco la tenía nada de lo que me sucedía: si rendía exámenes en la facultad, si daba mis primeras clases en la filial de mi mamá, si extrañaba a mis compañeros de la secundaria a quienes no había vuelto a ver, si había problemas en mi casa y yo no sabía cómo hacer para irme porque no tenía trabajo, si había mejorado de la anemia. Nada. Yo estaba ahí como parte del decorado.

Las reuniones nocturnas de fin de semana en la filial se afianzaron. Ahora, Lucio estaba de novio con un chico de unos veintipico, hijo de un alto dirigente de la sede central. O sea que lo conocía desde niño. Recién ahora me percato de este detalle. Este chico se convirtió en otro de los habitués. Además, se sumó César, un actor de treinta y cinco años que vivía para cultivar de manera sorprendentemente sistemática su alcoholismo. Había encontrado en la Escuela un lugar que le brindaba techo y comida a cambio de algunas cosas que estaba dispuesto a hacer: limpiar, cocinar, participar de algunas meditaciones y clases, atender el teléfono y acostarse con Claudia, la sucesora de la Madre.

César –actor del *under* porteño de la época del Parakultural– tenía un talento especial para recitar poemas en voz alta, era gracioso imitando a la gente, no tenía ningún escrúpulo en burlarse de absolutamente todo lo que sucedía en la Escuela (tampoco en admitir por qué él estaba en ella) y, de paso, contaba con una larga y obstinada experiencia en el reviente. Lucio –que también había frecuentado el Parakultural– no tardó en reclutarlo para las trasnochadas de su filial. Marcos le escribía poemas especialmente para él, para que los recitara en voz alta, y Amanda se lo llevó a vivir a su monoambiente, hasta que terminaron a los golpes y ella casi lo corta con un tramontina.

Yo me acuerdo de esas reuniones en Barrio Norte como unos aquelarres de ruido, gritos, chistes obscenos, sin ninguna gracia, solo soportables con un consumo exorbitante de alcohol. No puedo recordar mi participación más que como un estar ahí, bebiendo y

fumando en un rincón, pendiente de Marcos, que me eructaba en la cara y decía guarangadas, ahogándose en risotadas con Lucio.

Si aparecía alguna chica que no era del grupo de habitués, Marcos se mostraba inmediatamente seductor con ella, haciendo de cuenta que yo no existía. Generalmente, yo me iba a dormir al colchón sucio antes que él, porque al otro día tenía Pedagogos. Como Lucio me había dado la llave de la filial (sin que yo se la hubiera pedido ni terminara de entender por qué me la daba: creo que me dijo algo de ser ya parte de la familia), a partir de cierto momento ni siquiera quedó claro que Marcos y yo llegábamos o nos íbamos juntos. Así, aunque él seguía acostándose conmigo y llevándome a la casa de sus padres, empezó a hacerse cada vez más difuso el hecho de que andábamos juntos (lo que fuera que eso significara), sobre todo para la gente que pasaba por las fiestitas de la escuela de Lucio.

Algunas veces, sobre todo cuando venían ciertos amigotes, las risotadas se volvían más estridentes, los chistes más grotescos y yo me sentía particularmente ajena, invisible, aislada. Después de una de esas noches, Marcos comentó al pasar que Lucio se había pasado con la cocaína. ¿Cocaína? Él me miró con un gesto ridículo: ¿y para qué creía yo que iban todo el tiempo al baño? Y qué sé yo. ¿A hacer pis? No sé. No tenía la menor idea. Nadie me lo había dicho y no tenía manera de saberlo. De pronto, Marcos me hablaba como si no hubiera sido él quien hacía apenas un par de años me había dicho que me quedara tranquila, que él me iba a explicar cómo llegar a Corrientes y Callao. Me hablaba como si yo fuera una chica que llegaba desde la calle, como si recién nos conociéramos, como si no me hubiese emborrachado él por primera vez, como si no me hubiera prohibido viajar a Grecia con mis compañeros de la secundaria, como si yo tuviera una vida por fuera de él, como si no hubiera ejercido todo su poder sobre mí para controlar mi vida en los más mínimos detalles. Esa fue una de las primeras veces que Marcos hizo eso de fingir demencia con respecto a quién era él en mi vida. Y me descolocó muchísimo.

Con respecto a la cocaína, pronto até cabos. De todas maneras,

no lograba entrar en sintonía con lo que sucedía a mi alrededor. En la filial había altares, había salón de meditación, había campanadas hasta las diez. Cada tanto, incluso durante esas trasnochadas, se encendían sahumerios, se cantaban kirtans con tambores alternando con la música que bailábamos, además de que la jerga misticoide no se abandonaba jamás. La espiritualidad no quedaba completamente afuera: se ocupaban de imbricarla, como si en esa situación estuviéramos celebrando alguna clase de bacanal de tinte místico, algo que sacralizaba la situación desde una perspectiva heterodoxa. En cualquier caso, era una escuela, una filial de la Fundación. Eso era lo que contaba para mí. Yo no anhelaba la jarana decadente de un grupo de cuarentones. Ellos eran mis guías en la vida espiritual, así que intentaba sumarme a lo que hacían, como lo había hecho con todo lo demás que me habían enseñado. Yo seguía añorando la vida en Federico como lo más precioso que podía anhelar, mi paraíso perdido.

Poco después de aquel diálogo con Marcos, una noche en que habían bajado las luces y puesto la música más fuerte, como para bailar, Lucio se la agarró conmigo: empezó a decir que ellos tenían que completar mi educación, así que ahora yo iba a probar la merca. Puso una raya sobre algo y me acercó un canuto, mientras alrededor la gente hacía un pequeño círculo para ver cómo él me explicaba lo que tenía que hacer. Lo intenté, de verdad. Pero no pude. No lograba jalar. Lucio estaba tan drogado y borracho que no tuvo paciencia y me dejó en paz, con algún comentario despectivo que por suerte no recuerdo.

Paulatinamente, empezó a sobrevolar la sensación de que yo era un trasto que Marcos se quería sacar de encima. Eso que yo había sentido desde que habían empezado los abusos –que Marcos hacía un sacrificio para estar conmigo, a pesar de lo chica que era yo, porque me amaba tanto que soportaba mi inmadurez–, eso que yo creía que iba a ir desapareciendo a medida que yo creciera, se volvió crónico. Esa sensación de que él me estaba haciendo un favor había aumentado, en lugar de disminuir. Yo, que no había aprendido ni a vestirme, ni a maquillarme, ni a moverme sola por la

ciudad, que no tenía calle, ni cultura urbana, ni proyectos fuera de la Escuela, ni amigas, ni opiniones propias, ni sabía nada de política, yo que todo lo había aprendido de Marcos –desde la vivencia de mi propio cuerpo hasta prepararme el mate, desde cómo posar la mente en Dios hasta cómo limpiar una cloaca, desde cómo descorchar una botella hasta cómo medir un soneto– me sentía en una gigantesca inferioridad frente a las otras chicas que venían del mundo exterior, que se habían anotado en un curso de yoga o de filosofía oriental como podrían haberse anotado en uno de danza o de cocina, que trabajaban o estudiaban alguna cosa, y que además no tenían para nada claro en qué clase de institución estaban quedándose a tomar una cerveza después de hora, lo cual les permitía desenvolverse con cierta soltura.

Aunque yo seguía siendo siempre la más chica, la diferencia de edad con esas otras mujeres ya no era tan grande, lo cual me hacía sentir más desesperada. Era como si la inferioridad que se derivaba de ser chica, en mi caso, se hubiera vuelto permanente: un defecto que el hecho de cumplir más años ya no iba a solucionar. Y en cierto sentido, así era. El abuso sexual sostenido en el tiempo me había croniquizado esa condición. Estaba entrando poco a poco en la etapa más oscura.(72)

Fue un día en que éramos pocos, que estábamos solo los de siempre. Habíamos terminado de cenar y tomábamos cerveza. Lucio dominaba la charla, como de costumbre, hablando sobre si dolía o no dolía el sexo en esta o aquella posición, cuando yo, por decir algo, dije que mí no me había dolido mi primera vez. Ni sé por qué dije eso. Marcos, sin mirarme, gritó que *no me había dolido porque él tenía experiencia en desvirgar pendejas*. Y estalló en risotadas, junto con Lucio. Fue tan brutal que Amanda no pudo reírse. Me miró de reojo y se levantó a buscar otra botella. Y cambiaron de tema.

Para mí fue como una trompada. Quedé atontada, incapaz de hilar un pensamiento. Ese instante se me grabó en la memoria como si me hubieran marcado con un fierro caliente.

---

71. Yo había acompañado a la mamá de Marcos a hacerse un fondo de ojos

hacía poco, un día de semana en que él no podía o no quería dejar Federico. Me lo había pedido ella. Sin embargo, ni se me cruzó por la cabeza que era esperable que él me acompañara al hospital a cuidar a mi abuelo que se estaba muriendo, o que se ofreciera a pasar a buscarme por la puerta a la noche, o que me esperara con algo de comer, o que me dijera al menos una palabra de consuelo. Algo que indicara que yo –mi integridad física, mi bienestar emocional, mi esfuerzo– tenía algún valor. Él se burló de mí por ocuparme de algo tan fastidioso e intrascendente como un familiar muriéndose y se fue con los amigotes a emborracharse hasta caer tumbado en un colchón sucio.

72. Cuando me nombro *sobreviviente*, pienso sobre todo en esos años, los que empezaron ahí, cuando las roturas íntimas producidas por el abuso empezaron a crujir, a notarse y a ponerme en riesgo inminente.

V

Parece mentira que una chica de diecinueve años, egresada del Nacional de Buenos Aires y con el CBC recién terminado con buenas calificaciones, haya atravesado diciembre de 2001 en plena Buenos Aires sin enterarse de la conmoción política, económica y social que sacudió el país. Pero así fue. Lo único que recuerdo es que una noche, poco después de las diez, volvíamos con mi mamá de la filial a nuestra casa de Villa Luro en su Fiat 147 y tuvimos que cambiar el recorrido varias veces porque nos encontrábamos cada tanto con vecinos haciendo barricadas y fogatas en plena calle. Nos hizo algo de gracia, pero no logró captar nuestro interés.

Lo que pasaba en ese afuera que era *el mundo* no era algo que realmente nos pasara a nosotros, los que estábamos en la Escuela. Llegado el caso, nos referíamos a esos acontecimientos con suficiencia, como si nosotros estuviéramos para cosas más trascendentales que ese bullicio ligado a lo material, que siempre acaba en dolor porque responde a los caprichos del ego, a las pasiones bajas, a la ignorancia de lo Eterno.

El matrimonio de mis padres estaba en crisis. Decidieron separarse sin mudarse de casa. Era francamente extraño y muy incómodo para mí saludar a mi papá en una parte de la casa y a mi mamá en la otra, ambos emocionalmente muy afectados. Mi abuela materna, que venía a mi casa una vez por semana, decía que había

corralito adentro y *corralito afuera* de la casa, que este era *el año del corralito*. Esa fue toda la información que manejé sobre la debacle económica.

La situación empezó a volverse realmente insostenible para mí a nivel emocional. Como yo estaba terminando Pedagogos, asumí en la filial mayor responsabilidad sobre la que ya tenía, que era bastante. Oficialmente empecé a dictar cursos, cursillos y conferencias, además de dirigir las reuniones de secretaría, porque ya teníamos algunos miembros propios. También empecé a hacerme cargo de la librería (tenía que abrir el local más temprano de lo que solía abrir la filial) a cambio de una mensualidad, según acordé con mi mamá, porque mis padres consideraban que a partir de los dieciocho años había que *trabajar*.

Al terminar el 2001, comuniqué a mis padres la decisión de que no empezaría la universidad al año siguiente y que, en cambio, me prepararía para entrar al Conservatorio Municipal. Yo decía que escribir ya sabía, que no necesitaba que me enseñaran; en cambio, necesitaba aprender música. Eran argumentos extraños y poco convincentes, a menos que se tenga en cuenta que la Madre hablaba pestes de la universidad, decía que los intelectuales tenían cerrado el camino hacia Dios, y en cambio ponderaba como ángeles a los músicos. Por otra parte, era ella la que decía que yo escribía como un *gandharva* (poeta celestial en la mitología hindú), que *qué me iban a enseñar en ese nido de víboras que era la facultad*.(73)

Con respecto a aprender piano, Marcos me había desvalorizado desde el principio, aunque siempre instándome a la vez a estudiar más y más. Ya conté que, aunque propiamente no tocaba ningún instrumento –estudiaba el violín desde hacía pocos años– se comportaba como una autoridad en la música, sobre todo por la influencia de Nacho, como si por ser amigo de él fuera el depositario de sus saberes y habilidades. En los retiros siempre ponía a los participantes a vocalizar escalas hindúes y llamaba la atención de todo el mundo con sus instrumentos caseros. A mí, a pesar de que siempre fui afinada y todos me decían que cantaba bien, él solo me señalaba defectos en la voz. Con respecto al piano,

me decía que algún día le gustaría poder pedirme que tocara algo para él, pero que tendría que trabajar muchísimo yo para que ese día llegara. Y así como me indicaba ejercicios de supuesto Tai Chi medio inventados que me dejaban frustrada y con muchísimo dolor de piernas, o dietas ridículas, así también me mandaba a tocar escalas, por lo menos una hora al día, aclarándome que era mejor si empezaba por cantarlas.

Yo le hacía caso, sintiéndome obviamente aplastada, aburrida, insípida. Le hacía caso aunque él no sabía ni sentarse al piano y yo ya podía tocar valses completos de Chopin. Me acuerdo de esto y casi no lo puedo creer. El año anterior, el 2000, me había dedicado durante meses a aprender un *Preludio en do menor*, de Bach, que él decía que le encantaba, que parecía el océano de Brahman en su movimiento y su quietud a la vez. Me esforcé muchísimo, hasta que pude tocarlo. Un día, se lo mostré. ¿Me habré equivocado en algún compás? Puede ser, siempre me puse nerviosa al tocar en público y el preludio era difícil. Pero habían sido unos cuantos meses de trabajo. Cuando terminé y me giré para recibir una felicitación o al menos una palabra de aliento, quedé atónita: estaba ofendido. Me dijo que para qué le había pedido que escuchara semejante *mamarracho*. Odio repetir esto, pero se me vuelve a hacer el nudo en la garganta al contarlo, que ya ni sé si es dolor o furia.

La decisión estaba tomada. Así fue como al iniciar el 2002 no solo había perdido casi todo contacto con mis compañeros de la secundaria, sino que ya ni siquiera iba a ir a la universidad. El plan era dedicar el año a prepararme para rendir libre el primer nivel de piano en el Conservatorio y empezar a cursar al año siguiente. En el verano, me había ido a La Falda con mi mamá, que estaba muy afectada por su separación. Yo me sentí sola, aburrida y apagada como una anciana prematura. Ni siquiera me animaba a ponerme una malla de dos piezas, aterrada de que alguien pudiera ver mi cuerpo, que imaginaba deforme. Veía a otros chicos y chicas de mi edad disfrutando en grupos de sus vacaciones y sentía una piedra en el estómago, pero me encerraba en una especie de orgullo espiritual y me encomendaba a Dios, pensando que estaba andando el camino

correcto, que me depararía alegrías más verdaderas y trascendentes.

Mi único horizonte de vida era el trabajo en la filial, que había conseguido hacerse de un puñadito de miembros, personas que contaban entre cuarenta y sesenta años, a quienes yo tenía la misión de guiar en la vida espiritual con mi ejemplo y mi trabajo, más los dos o tres viejitos perdidos que venían a verme cuando daba conferencias promocionales sobre la mística judía o el Tao Te Ching. Los fines de semana, me esperaban las trasnochadas de la filial de Lucio, cada vez más inhóspitas. Y si Marcos decidía quedarse en Federico, estudiar piano sola. Eso era todo.

Cada vez más delgada, cada vez más débil, cada vez más aislada y más triste, pasé un año fantasma. En mi cumpleaños número diecinueve habíamos descorchado un champán en la filial de Lucio y un señor sesentón que la frecuentaba me había regalado tres animalitos de madera que había traído de su casa, en el bolsillo de su saco. Todavía los conservo. En cambio, de mi cumpleaños número veinte no logro recordar absolutamente nada. De todo el recorrido que vengo narrando, a partir del final de mis trece años, esta es la zona de mi memoria que está más abandonada. Más desierta.

---

73. También quiero insistir en que la universidad no se había presentado como un terreno muy hospitalario, sino que había sido fuertemente expulsiva para mí (y no porque yo tuviera dificultades académicas).

VI

En marzo o abril de 2003, dejé la casa de mis padres. La situación se había vuelto insoportable. Mi mamá y mi papá se habían reconciliado, pero el clima seguía siendo irrespirable para mí. Aunque mi mamá y yo nos complementábamos lo más bien en la filial, en casa parecía que fuera yo la causante de los problemas familiares. Sea como fuere, yo tenía veinte años y no podía seguir durmiendo en la misma habitación que habían pintado de rosa cuando tenía siete.

En la filial había un depósito lateral con puerta a la calle (el local había sido un almacén), sin ventanas, con piso de cemento y una rejilla por donde entraban y salían cucarachas. Mi mamá contrató un herrero para que abriera unas ventanitas en la puerta, así entraba una rendija de luz. A ese lugar trasladé mis cosas: una especie de biblioteca vieja que guardaba toda mi ropa en dos o tres estantes, una colchoneta, una almohada y algunas mantas. Las sábanas no me parecieron necesarias. Me llevé la mesita de piso que me había hecho mi papá a los dieciséis y los libros espirituales. Y creo que nada más. Ah, sí: el cajón de manzanas cubierto con una tela azul, que era mi altar personal a Shiva. Me sentía una monja carmelita. Mi habitación, la de la casa de mis padres, quedó vacía y reluciente como un quirófano. Únicamente guardé algunos libros (los no espirituales) en la biblioteca de mi mamá. Por lo demás,

regalé o tiré todos los juguetes y objetos de mi infancia, incluyendo una caja grande con mis diarios íntimos, que dejé en la puerta para que se la llevara el camión de la basura.

El punto es que yo no lo vivía como una solución temporal, como cualquier chica de veinte años que se mete en una casa a medio demoler con tal de dejar la casa familiar, a la espera de alguna oportunidad mejor. No. Para mí era la decisión radical de mi vida: la renuncia al mundo de la que hablaban los libros que yo estudiaba y memorizaba desde la niñez, y que ahora también enseñaba. El camino del sacrificio: *Posa tu mente en Dios, sé Su devoto, sacrifícate en Su honor, póstrate ante Él*, decía una sloka de *Bhagavad Gita* que solíamos tener a la vista en las filiales. Una consagración de mi vida al camino espiritual. Ya que la Madre me había negado la belleza de los templos, seguiría sus enseñanzas con obediencia y humildad, viniéndome a vivir a este hueco, en una escuela dedicada al servicio de Dios. No podía imaginar ningún otro destino para mí. Y si era duro y sombrío, mejor. ¿Quién me había hecho creer que la *escarpada vía* hacia Dios de la que hablaba San Juan de la Cruz iba a ser un senderito con flores?

Abrigaba la esperanza de que Marcos y yo pudiéramos reunirnos ahí, ahora que tenía toda la escuela para mí fuera de los horarios de atención. Teníamos el salón de meditación, el salón grande de yoga alfombrado y con un piano, una cocina para prepararnos mate o lo que quisiéramos y hasta un patiecito con algunas plantas. Yo misma me había encargado de decorar todo. Había hecho construir una gruta para la Virgen María debajo de la escalera, que había quedado preciosa (cuando fui a Liniers a comprar la estatua a una santería, la vendedora me preguntó si yo era novicia). Al abrirse nuestra filial, pasada la primera sorpresa de que Marcos no se interesara en lo más mínimo y no viniera nunca, me convencí de que se trataba de la misma actitud antisocial de siempre, o la resistencia a ser visto conmigo que yo había aceptado desde el principio, aunque nunca terminara de entender su razón, ni alcanzara a preguntármela. Ahora era distinto. Yo vivía en la filial. Había dado el gran paso. Honrando mi condición de devota de Shiva, había renunciado al

mundo y tenía un lugar para recibirlo, digno de él.

Sin embargo, tampoco vino. Nunca. Ni siquiera a conocer esa cueva oscura que yo había convertido en mi habitación. No me acuerdo de qué alegó para negarse, si es que yo logré explicitar mi deseo de que viniera. Algo debo haber dicho. Imagino que simplemente se habrá burlado de mi iniciativa, como había hecho siempre, con algún comentario despectivo, repitiendo que ya se pasaba toda la semana llevando esa espantosa vida de austeridad en Federico como para meterse en otro agujero el fin de semana. Que quería divertirse un poco. Lo único que sucedía entre nosotros era su aceptación fría de continuar con la costumbre de visitar a sus padres y acostarse conmigo, de vez en cuando, con un desprecio cada vez más explícito. En las fiestitas de Lucio, cada vez estaba más distante y desagradable conmigo. Me hablaba con una dureza extrema o me hacía bromas pesadas. Tanto, que hasta los habitués de las trasnochadas empezaron a mirarme con lástima.

Yo negaba lo que veía, lo que sentía, lo que era obvio, y continuaba esperándolo todo de Marcos. Seguía esforzándome más y más en cada cosa que él me había enseñado a lo largo de los años. Si no iba a vivir la vida que había imaginado junto a él en Federico, al menos íbamos a ser compañeros en el amor a Dios, los poetas de Dios, lo que habíamos sido desde el principio. Yo había sacrificado todo. Pero no era suficiente. Un día yo iba a sentirme plena del Amor de Él y el sufrimiento se iba a terminar. Tenía que poner más voluntad. Meditar más, desde el *brahmamuhurta*, las horas previas al amanecer, cuando la mente está más quieta. La pereza era inmunda. Tenía que abandonar las ambiciones del ego. ¿Qué me creía, que iba a ser lindo? ¿Me creía que había sido fácil para la Madre renunciar a la ópera para construir las escuelas? ¿Me creía que había sido fácil para Marcos, a mi edad, irse a vivir a Federico, cuando todavía no estaban los templos y pasaban hambre y frío? Tenía que terminar de aniquilar el hambre de una vez por todas, para dejar de tener ese cuerpo asqueroso. Tocar mejor el piano, esforzarme más, estudiar más horas al día. Basta de vagancia. Ser más linda, más atractiva, menos quejosa. Nadie quiere tener al lado

a alguien que se queja. No llorar. Ser más valiente. Olvidarme de mí. Repetir mentalmente el Nombre de Dios de manera constante, incluso cuando hablaba de otra cosa, como enseñaban los monjes. Lograr que mi pensamiento se volcara como un río en el océano del Corazón, y que el Corazón estuviese en vigilia constante ante la enorme presencia de Shiva.

VII

No me acuerdo si a fin del 2002 o a comienzos de 2003, finamente rendí el examen de piano en el Conservatorio. Me había preparado todo el año. Me pusieron un diez. Cuando fui a inscribirme a las materias, había un problema con mis papeles. Una de las profesoras que me había evaluado entró a la secretaría, vio la situación e intervino: “Es un muy buen elemento”, dijo, sin mirarme. La empleada solucionó el problema administrativo de inmediato. Así que empecé a cursar.

Para llegar a horario tenía que salir antes de las siete de la mañana. El sexto piso del Centro Cultural San Martín, donde funcionaba el Conservatorio, era un lugar increíble. Era mágico para mí caminar por ese pasillo oyendo los pasajes de música que estudiaban chicos y chicas, instalados en los rincones con sus chelos o sus flautas. En el baño de mujeres, una chica había puesto un atril y estudiaba sus partes de bandoneón. Me parecía una hermosura.

Una vez, llegué temprano y me senté a hacer tiempo frente a la Sala Alberdi, que quedaba en el mismo piso. Un chico grandote, de pelo negro hasta la cintura, tocaba en la guitarra la *Suite para chelo nº 1*, de Bach, mi preferida. Yo no sabía que una guitarra podía sonar así. Me quedé muy quieta escuchándolo. Apenas se había equivocado dos o tres veces en toda la obra. Cuando terminó, no me pude aguantar de decirle que le salía hermoso. Él parecía muy

tímido. Hablamos un poco. Me contó que enseñaba música en una escuela primaria. Me dijo que la gente no se lo tomaba lo suficientemente en serio, que si un médico curaba mal, a todos les parecía grave, pero que un mal maestro de música podía arruinarle la vida a alguien. Lo decía con el ceño fruncido, mirando el piso. Yo sentí que sí, que tenía toda la razón del mundo. Después nos tuvimos que ir a cursar y no lo volví a ver más, aunque a veces, cuando andaba por Corrientes y veía una cabellera negra larga me quedaba mirando, a ver si era él. Me pasó durante años.

Y sin embargo, cada vez era más difícil. Me sentía extremadamente débil. A veces, sentía de golpe una especie de sueño mortal, como cuando una no durmió en varios días. Me reclinaba en alguna parte (que podía ser el suelo) y me dormía de inmediato. En realidad, como que me desvanecía. Hasta que sonaba el teléfono o escuchaba algún ruido y me volvía a poner de pie, sobresaltada, recriminándome la vagancia e insultándome sin fin. No me daba cuenta de que estaba débil porque no comía. Y aunque bajé mucho de peso, los únicos comentarios que eventualmente recibía eran halagadores, qué linda que estás. Qué delgada.

De noche, cuando todos se habían ido y me quedaba sola en la filial, ponía un poco de soja texturizada seca en una taza –era para hacer las empanadas que se vendían en el bufet– le ponía sal y aceite y me la comía así, como alimento balanceado. Eso y lo que comía en las trasnochadas o cuando iba a visitar a los padres de Marcos. No me acuerdo que comiera nada más. De hecho, sentía culpa porque no lograba evitar comerme los caramelos que la gente dejaba en los altares de los Dioses hasta vaciar los canastitos, y después sentía que me dolía la panza hasta hinchárseme. Siempre que comía algo, por poquito que fuera, sentía eso: que me inflaba como un globo.(74)

La cuestión es que comer era un tormento y no comer, también. Con la anorexia, prácticamente no hay instante –ni de pie, ni sentada, ni acostada y tapada hasta la nariz para dormir– en que la atención no esté en el contorno de la cintura, que imaginariamente se desborda de manera incontrolable y horrorosa. El control sobre el

impulso de comer, cuando se tiene hambre, requiere una gigantesca inversión de energía psíquica. La anoréxica piensa todo el tiempo, pero todo el tiempo, en la comida, para poder controlarse. Algunas se dedican a cocinar para otras personas y se calman con el olor de la comida (cuando llega el momento de comer, dicen que picaron mientras cocinaban, que ya no tienen hambre). Aun así, hay momentos en que el cuerpo se impone. Yo a veces iba a un kiosco y me compraba un alfajor de dulce de leche, algo bien grasoso y azucarado, que me diera una inmediata sensación de saciedad, y me lo tragaba lo más rápido que podía; no siempre era lo suficientemente rápida, muchas veces tiraba la mitad al primer tacho de basura que tuviera a mano, asqueada. En realidad, siempre tiraba aunque fuera el último bocadito. Comer *todo* era insoportable.

Otras veces, directamente me despertaba famélica de noche y me dirigía a la heladera. El hambre puede tomar el control con una fuerza desquiciada. He llegado a meterme en la boca casi cualquier cosa que encontrara, cucharadas de mayonesa o una milanesa de soja cruda. A toda velocidad. El sabor no tiene ninguna importancia. Solo importa tragarse algo. También me sucedía que, si estaba en una casa ajena, buscaba el momento de meterme en la cocina, abrir la heladera y robar algo, lo que fuera. Esto era particularmente horrible. Una vez, una compañera de la facultad me había dicho de pasar por la casa para darme unos apuntes. Mientras ella fue a buscarlos, abrí la heladera y metí el dedo adentro de un pote de queso crema. Resultó que estaba podrido. Me di cuenta cuando lo sentí en la boca. Inmediatamente la chica volvió y yo tuve que aguantarme la náusea. No podía admitir la humillación de lo que acababa de hacer.

Ese es otro elemento atroz: culpa, humillación y demás variantes del autodesprecio torturan la conciencia de la persona anoréxica todo el tiempo, interfiriendo con la capacidad de pensar. Hay algo muy perturbador relacionado con la necesidad de guardar un secreto, también, que se vive como una pesadísima obligación impuesta por no se sabe quién, y que una atribuye a la repulsión

que le causa su propio cuerpo desmesurado, que no cabe en la ropa, que es demasiado grande. La posibilidad de verse en un espejo es aterrorizante y, a la vez, puede ser un impulso obsesivo.

Una vez, en una etapa ya más próxima al comienzo de mi cura analítica –a los veintidós o veintitrés años– me compré comida por la calle, lo cual era un gran avance: una porción de tarta de calabaza. Tenía que caminar con el paquete unas diez cuadras hasta mi casa. El hambre era tal que empecé a comerla en el camino, pero resulta que el relleno estaba muy chirle. Seguí comiendo, hundiendo en la comida la cara, que se me iba llenando de puré de calabaza. No podía parar. Me tuve que sentar en un cantero y terminé lamiendo el plato de cartón como un perro. Estaba en pleno Caballito. Varias personas me miraron de reojo al pasar junto a mí. Cuando terminé, me agarró un ataque de llanto tan fuerte que me tuve que sentar en otro umbral a recuperarme, porque no podía caminar. Jamás había contado esto. Es como si una produjera situaciones humillantes en una especie de profecía autocumplida, una suerte de obediencia involuntaria hacia quien nos ha tratado como si fuéramos eso: un perro que come en la calle.

El de la heladera a la noche o los robos de comida son momentos voraces, de ausencia del yo, que después no solo generan culpa (un tormento mental, algo que pincha por adentro de la cabeza), sino también mucho miedo a esa pérdida del control. Es un círculo vicioso, porque una siente –al menos yo estaba convencida de eso– que si le soltara la cuerda al hambre aparecería ese monstruo voraz que tomaba el control una noche que otra y me empujaba hacia la heladera. Entonces redoblaba la intención de sujetarlo. El hambre no se percibe como una sensación vital que se resuelve comiendo, sino como un descontrol insoportable y sin medida, que conduce al terror. Como decía: un discurso mental de fuerte autodesprecio –no solo por ser deformemente obesa (aunque se esté delgada), por llevar un cuerpo asqueroso, demasiado visible, sino también por la falta de fuerza de voluntad, la culpa por no poder activar el propio impulso– no te abandona nunca, como si tuvieras adentro de la cabeza un verdugo que te fustiga.

El funcionamiento de la anorexia ameritaría escribir otro libro. Los pensamientos, los rituales, la transformación de la percepción visual de los cuerpos (incluido el propio), los vericuetos interpretativos para escuchar lo que dice la gente alrededor, las trampas, las estrategias, las tergiversaciones, las automentiras, las sensaciones corporales, el nerviosismo constante, en fin, es como vivir en una realidad paralela y secreta, de la piel para adentro, donde nadie puede ayudarte porque nadie te entiende. Cargar con una compulsión grave es el mismísimo infierno. Quizás haya sido la experiencia más tortuosa y más horripilante que me haya tocado vivir. Fue la condición psicofísica que soporté durante los años que viví sometida a Marcos, y hasta algunos años después de librarme de él.(75)

Al Conservatorio no pude ir más de dos meses. No tuve tiempo ni de intercambiar teléfonos con compañeros. Yo estaba sola adentro de una montaña rusa de la que no había manera de bajarse. La angustia de aquellos días era un mono en carne viva golpeándose contra los barrotes de mi esqueleto. Había momentos en los que me arrastraba por el suelo, literalmente, en medio de ataques de llanto que sobrevenían sorpresivamente cuando me quedaba sola. Hacía años que había aprendido a no dejarme huellas visibles de autoagresiones, Marcos se había encargado oportunamente de eso. Hasta el llanto y las ojeras aprendí a maquillarme. Y sin embargo, un par de veces descubrí las marcas de mis uñas clavadas en mis brazos, después de una noche particularmente difícil.

Ordenando los recuerdos, me doy cuenta de que hacia fines de mayo yo ya tenía conciencia de que Marcos me estaba abandonando, porque me acuerdo de esta escena: estoy sentada al piano en el Conservatorio junto a la profesora, una mujer diminuta que lee las partituras a primera vista como si tipeara en una máquina de escribir. Rebeca, se llama. Me tomó aprecio rápido porque dice que tengo buena base y porque le dije que quería aprenderme íntegro el libro de las *Invenciones a dos voces*, de Bach (*El que toca ese libro, toca el piano*, me había respondido ella, sentenciosa). Este día, sin embargo, estoy tan mal que me tiemblan

las manos. Me pregunta qué me pasa y yo intento controlarme, pero me saltan las lágrimas. Murmuro algo de una separación. Ella me pregunta si era una relación de mucho tiempo. Le digo que sí. Entonces me mira a los ojos y me dice: “De las crisis se sale, y se sale fortalecida”. Tuvimos que terminar la clase ahí. Yo también le había tomado cariño a Rebeca y me hubiera encantado seguir aprendiendo con ella, pero no logré volver al Conservatorio nunca más.

---

74. Años después, cuando empecé a curarme de la anorexia, descubrí que efectivamente, cuando el estómago está vacío y le ponés algo, la sensación es como si la panza se te agrandara.

75. Una vez, una mujer que venía a la filial a hacer algún curso, que era psicóloga, me trajo un libro fotocopiado y anillado, de regalo: *Adicción a la perfección*, de una psicóloga jungiana (Marion Woodman, *Adicción a la perfección*, Barcelona, Luciérnaga, 1993). En el libro, la autora recorre casos clínicos de trastornos alimentarios, tomando imágenes que van del *Macbeth* de Shakespeare al culto mariano del siglo XII. Algo un poco bizarro, si se lo mira con ojo académico. Había testimonios de los pacientes, también. En particular, me conmovió uno que terminaba con esta frase: *En la anorexia, comas lo que comas, siempre se trata de comida robada, aunque sea robada de tu propia heladera.* Era la primera vez que leía algo que tenía que ver con lo que efectivamente me pasaba, muy lejos de las pavadas que solían decirme, *comé que igual estás re flaca, aprovechá ahora que después de los treinta se te cae todo*, o esta, escalofriante: *comé que a los hombres les gusta tener de donde agarrarse*.

El libro de Marion Woodman no alcanzó para que yo me curara, como decía antes (la cura fue larga y difícil), pero fue el primer chispazo de salud que recibí, o el segundo, después de aquella médica que me había indicado que hiciera las cuatro comidas, que desayunara pan con queso y mermelada. Ya desde su inteligente título, el libro me daba una pista. En su lectura encontré una voz que me amparaba, que me hablaba a mí, que estaba de mi lado, no del lado del verdugo. Lo que me llama la atención ahora es el gesto de esa mujer cuyo nombre no recuerdo, que obviamente vio lo que yo estaba sufriendo y directamente me fotocopió el libro y me lo dio, sin preguntarme nada ni pedirme nada.

VIII

La prohibición de volver a Federico había ido flexibilizándose con el paso del tiempo. Alguna vez pedí un permiso para ir, consultaron con la Madre, me lo concedieron. Así fue como poco a poco fui haciendo algunas visitas y después quedándome a dormir de nuevo. Pero ya no con la frecuencia de antes. Empezaba a regir el Código del Loto. Y aunque mi deseo de quedarme a vivir allá siguiera palpitando adentro de mí como un sueño imposible de resignar, era obvio que no me lo iban a permitir. Tampoco Marcos tenía ninguna intención de tenerme ahí con él. Yo intentaba negar ese registro con toda mi fuerza, pero cada vez era más difícil tapar el sol con la mano.

Yo iba para allá cuando él me decía que no vendría a la capital, que se quedaría meditando. Dependía de lo que hiciera él.(76) La vivencia de soledad que guardo de aquellos días es difícil de comparar con ninguna otra, porque venía acompañada de una desesperación sofocante. Marcos casi no me prestaba atención, aunque aceptaba mis atenciones. Una tarde, en Federico, le había preparado una merienda y se la llevé a su habitación. Le dije que había estado pensando cómo mejorar con la música. Se me había ocurrido tomar clases con Vanesa, una chica unos años mayor que yo, que últimamente se había hecho habitué también de la filial de Lucio. Creo que venía de otra filial y era muy amiga de Amanda.

Vanesa era pianista, flautista y sitarista, enseñaba música y creo que hasta dirigía orquestas infantiles. Como Marcos parecía admirarla, me pareció que le iba a parecer genial. Sin embargo, reaccionó mal. No me acuerdo de qué me dijo exactamente, pero me disuadió de la idea. A continuación, me informó que se iba a ir a tocar el violín a los templos, que quería estar solo.

Después del atardecer, lo busqué por todas partes. Tarde a la noche, lo vi llegar en bicicleta junto con otro residente. Me dijo que había ido al pueblo a tomar unos vinos. Estaba borracho. Lo seguí a su habitación. Él se desvistió y se metió en la cama. Yo me arrodillé en el suelo y empecé a hablarle, a pedirle que me explicara algo, a decirle que me sentía muy mal, muy sola, que no daba más, a rogarle un poco de atención. Con los ojos semiabiertos y una sonrisa, me miró sin decir absolutamente nada hasta que se quedó dormido, conmigo llorando hecha un bollo en el suelo. Esa noche deambulé por todo Federico durante horas, desequilibrada, sin poder parar de llorar, sin poder unir el paisaje que veían mis ojos con el lugar que había sido para mí un hogar y ahora era un vacío, una nada.

Intenté recurrir a Lucio y a Amanda. A pesar de lo que conté sobre ellos, yo no solo creía que eran mis amigos, porque veníamos compartiendo mucho tiempo desde hacía ya varios años, sino que además seguían siendo para mí referentes espirituales, maestros. Además, eran amigos de Marcos y eran grandes, y me conocían a mí desde chiquita. No cabía en mi pensamiento la posibilidad de que pudieran dañarme. Lucio bloqueó cualquier posibilidad de conversar, y Amanda, en un inolvidable viaje en colectivo que compartimos, cuando le confié que pensaba que Marcos podía estar con otra persona, se quedó mirándome en silencio, abriendo muy grandes sus grandes ojos claros, como si considerara decir algo que no dijo. El novio de Lucio, el chico que era hijo del dirigente de la central, me trataba con algo de cuidado, llamándome *Solci* y convidándome cerveza. César tuvo algunos gestos de acercamiento, dándome a entender que yo era una chica atractiva. Incluso una vez me dijo, intentando halagarme, que él nunca había avanzado

conmigo solamente porque estaba con su amigo. Recién ahora me doy cuenta de que no solo sentían lástima: era obvio que sentían culpa.

Mi cumpleaños número veintiuno, no sé quién decidió que lo festejaríamos en el monoambiente de Amanda. Nunca nos reuníamos ahí. Yo me arreglé todo lo que pude y llegué para la hora de la cena. Estaban Amanda, César, Lucio y su novio, que me regalaron un plato de metal con la estampa de Shiva, para colgar. La cena fue incómoda, porque Marcos no llegaba. Lucio hacía comentarios que yo no entendía. Finalmente, Marcos cayó tarde, ya medio borracho, con un gesto desafiante y sin ningún regalo. Fue horroroso. La situación terminó como siempre, diluida en un pantano de alcohol y risotadas.

Los sábados seguíamos almorzando juntos en casa de su mamá. Ella me hacía regalitos, hasta me llamó por teléfono un par de veces, a la filial, con alguna excusa. Marcos siempre decía que sus exnovias se hacían amigas de su mamá, que de chico él llegaba a su casa y se encontraba a una ex tomando mate con ella y se quería matar. Yo, a pesar de que tenía cariño por ella, me sentía incómoda con ese interés algo exacerbado que desplegaba sobre mí últimamente. Algunas semanas después de mi cumpleaños, saliendo de la casa de su mamá, Marcos me dijo que se iba a Once a tomar el tren, que se iba a Federico, directamente. Que había venido a ver a su mamá y ya se volvía. Me armé de coraje y le pregunté si estaba con otra persona. Él me miró a los ojos durante algunos segundos, sonrió y dijo esto: “¿Cuándo querés que te avise: cuando la mire, cuando le hable o cuando me la coja?”. Yo bajé la vista, no pudiendo soportar más su mirada clavada en la mía, y murmuré que no sabía. Entonces él dijo: “Cuando me enamore, te aviso”. Soltó una risita, como festejando su propio ingenio. Y se fue.

A fines de octubre, el domingo del día de la madre, también vino directamente a ver a su mamá. Yo almorcé con la mía. A última hora lo llamé por teléfono y le pregunté si nos veíamos la semana siguiente. Me dijo que no, que se iba a quedar en Federico, que necesitaba estar a solas con Dios. Incapaz de soportar otro fin

de semana más en la absoluta soledad de la filial cerrada, el sábado siguiente, pasado el mediodía, decidí irme para Federico. Tomé el 47 a Liniers y ahí el tren. Después, el colectivo. En la ruta, el remís. Y llegué antes del atardecer. Federico estaba desierto. Después de golpear, empujé la puerta de la habitación de Marcos, pero estaba cerrada con llave. Mi hermano me vio, se me acercó y me dijo que Marcos se había ido a la capital la noche anterior. El vértigo me explotó en el cuerpo. Me desplomé en el suelo, doblada en una puntada. El ataque de estrés que tuve fue tan severo que mi hermano no pudo dejarme sola hasta la madrugada, cuando finalmente conseguí dormir un poco.

Lo siguiente que recuerdo es estar en la casa de Brenda, la novia de mi hermano, que se había mudado a un PH. En los últimos tiempos, me había invitado varias veces y yo había empezado a contarle lo que me pasaba, a hablarle de mi desesperación. Me quedaba a dormir en su casa. Me acuerdo de mirar las cortinitas de sus ventanas, sus almohadones, su heladera con imanes, sus tazas, las cosas que hay en un hogar, y sentir una tristeza lejana, como petrificada, pensando que nada de eso era para mí. Que lo mío era el sacrificio. Esa noche, yo debía estar tan demacrada mientras le intentaba hablar de lo que me había pasado, que me interrumpió para decirme que ella sabía con quién estaba Marcos. Que estaba con Vanesa, la profesora de música. Ese fue el fin. Lloré como una perra enredada en alambres.

No es que el nombre de Vanesa importara. Podría haber sido cualquier otro. Pero un nombre es una cara y es un cuerpo, es una realidad que existe. Sí importaba que fuera el nombre de alguien tan próximo, ella tan amiga de todos, por un pelo no podía considerarla mi amiga. El nombre de Vanesa me confirmaba que me habían engañado ahí mismo, ante mis propios ojos, incluso presenciando mi ruina. Que yo no le había importado a nadie. Que los fines de semana que yo me había estado arrastrando en un local vacío, luchando para sobrevivir, ellos habían seguido la fiesta sin mí. La verdad que Brenda me ofreció esa noche, por fin, la verdad que me habían negado las personas en quienes yo había depositado

toda mi confianza –haciendo que el abandono combustionara con la sensación de volverme loca, de estar paranoica y enferma de celos– la verdad que Brenda me ofreció esa noche, en un acto de valentía y de amor, me permitió terminar de desplomarme en el suelo del infierno. Desde ahí podría empezar a levantarme.

---

76. Ni se me pasaba por la cabeza que lo lógico hubiera sido llegar a un acuerdo para decidir cuándo, dónde y cómo encontrarse. Jamás había sido así. Marcos había dispuesto de mí unilateralmente desde el principio, dentro de los límites que mi edad y condición le iban permitiendo. Después, a lo largo de la vida, me costó muchísimo tomar decisiones o hacer valer mis propios criterios en vínculos de pareja, y esta dificultad me trajo problemas. Sobre todo, me llevó a estar en situaciones en las que no quería estar, haciendo cosas que no quería hacer, porque, lejos de hacer valer mi deseo o mi criterio, ni siquiera podía reconocerlo, considerar que estaría bien tener uno, preguntarme por él.

IX

Acá termina el relato de este espanto que atravesó un septenio completo de mi vida, mi adolescencia completa. Esa noche me acosté en el colchón que me ofreció Brenda, con sábanas limpias, y caí rendida. Estaba agotada. Pero tuve un sueño convulsionado. Me desperté muchas veces por el empuje de los latidos desbocados de mi propio músculo cardíaco, que me rescataban a puro bombardeo del aquelarre de mis pesadillas perdidas. Poco después, un cardiólogo me dijo que tenía un latido fuera de lugar, que tenía que hacerme estudios. En la consulta, murmuré algo acerca de una noche terrible, de una mala noticia, y el médico me respondió que sí, que podía haber sido un pico de estrés.

Después de eso, quedé tan mal que mis padres tuvieron que hacerse cargo de mí. Me llevaron a su casa. Durante un par de semanas me quedé sentada en un rincón sin hablar, casi sin poder llorar y sin fuerzas para simular siquiera que comía. Me tragaba alguna cosa que me acercaban. No di explicaciones, ni nadie me las dio a mí tampoco. Sin embargo, algo entendí de inmediato, porque un mes después sonó el teléfono de la filial y atendí yo. Era Marcos. Era la primera vez que llamaba a ese teléfono para hablar conmigo, y sería la última. Tenía la respiración agitada y un aire de culpa o de miedo. No lo dejé hablar. Lo insulté con voz firme y fuerte, sin preocuparme de quién pudiera escucharme. Cuando corté, me di

cuenta de que lo único que le había dicho fue que era un cobarde. Cualquier otro insulto me hubiera parecido poco.

Igual, no fue tan fácil.

Por intermedio de mis padres, conseguí trabajo en una inmobiliaria. Aunque el sueldo era una miseria, me alcanzó para aceptar la invitación de Brenda a vivir en su casa. Solo compartiríamos los gastos. Fue un gesto sensible, generoso y decisivo, en el momento más riesgoso de mi vida. De verdad, no sé qué hubiera hecho yo sin ella. Dondequiera que esté, cualesquiera que sean nuestras diferencias, mi casa siempre será la suya. Nada puede cambiar esto para mí.

Las fiestas de fin de 2003 y comienzos de 2004 me encontraron sola, rara y desgarrada, pero ya no sometida al depredador. El proceso de recuperación había comenzado. No tenía la menor idea de que algunas de las heridas tardarían décadas en empezar a cerrarse. Pero estaba afuera. Y estaba viva. Era libre y estaba viva. Eso era y sigue siendo lo único que me importa. El único motivo para saberme afortunada, porque no fue este el destino que se diseñó para mí, ni mucho menos el de todas las que pasaron por lo que pasé yo.

Sola, rara y desgarrada, me supe afortunada porque comprendí que era el fin de mi gemido víctima y el comienzo de mi palabra sobreviviente. Este libro es un eco del alivio infinito de aquellos primeros días, acunado, recreado y fortalecido por veinte años de luchas, solitarias y colectivas. Conmocionada por un llanto que me enorgullece, brindo por eso, rodeada de compañeras.

Gracias a Jun Sáenz, Pato Díaz, María Tagle, Analía Pineda, Javiera Fantin y Sandra Barilari por acompañarme en la escritura del libro. A Mariana Pacheco, Ivo Colonna, Mana Bugallo, Rakel Gómez Vázquez, Alejandro Levin y Ana Ojeda, por las lecturas y devoluciones. A Emilia Viacava, por su coraje. A todas las personas que me ampararon con su escucha. A la adolescente que fui.



¡Seguinos!

